



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*

Datos de la revista:

Año XXXIV, Vol. CCH, Núm. 5 (septiembre-octubre de 1975).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

5

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
México 12. D. F.
Apartado Postal 965
México 1, D. F.
Teléfono 575-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXXIV

5

SEPTIEMBRE-OCTUBRE
1975

INDICE

Pág. 3

A NUESTROS LECTORES
NUEVOS PRECIOS

DESDE HACE CINCO AÑOS NO HEMOS VARIADO EL PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN ANUAL DE LA REVISTA "CUADERNOS AMERICANOS" NO OBSTANTE LA CONSTANTE ELEVACIÓN EN LOS COSTOS; PERO COMO EN LOS ÚLTIMOS MESES HAN AUMENTADO CONSIDERABLEMENTE EL PRECIO DEL PAPEL Y LOS GASTOS DE IMPRESIÓN, COSA DEL DOMINIO PÚBLICO, NOS VEMOS OBLIGADOS A ESTABLECER A PARTIR DE 1976, LOS PRECIOS QUE INDICAMOS A CONTINUACIÓN:

	Pesos	Dólares U.S.
MEXICO	175.00	
EJEMPLAR SUELTO	35.00	
AMERICA Y ESPAÑA		15.50
EJEMPLAR SUELTO		3.10
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		18.25
EJEMPLAR SUELTO		3.65



"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

EDICIONES CUADERNOS AMERICANOS

	Pesos	Dólares
ORFEO 71, por JESÚS MERINA ROMERO. Autor de cuentos excelentes y libros de versos. En esta obra demuestra su capacidad renovadora de conformidad con las nuevas corrientes de la poesía contemporánea	15.00	1.50
INDICES "CUADERNOS AMERICANOS". Estos índices —por materias y autores— abarcan los primeros 30 años de la vida de la revista, de enero-febrero de 1942 a noviembre-diciembre de 1971. Obra de consulta indispensable para quienes se interesan por la cultura latinoamericana, principalmente, así como también por la de España y de algunos otros países como Estados Unidos, Francia, la Unión Soviética, China Popular, etc.	150.00	13.50

—oOo—

De venta en las principales librerías

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Covarranas 1945
México, 12, D. F.Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

REVISTA IBEROAMERICANA

Órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana
Director: Alfredo A. Roggiano, Universidad de Pittsburgh
Secretario-Tesorero: William J. Straub, Carnegie-Mellon University

No. 90

Enero-Marzo 1975

ESTUDIOS: SAUL YURKIEVICH, Nueva refutación del cosmos; RANDOLPH D. POPE, La apertura al futuro: una categoría para el análisis de la novela hispanoamericana contemporánea; ALICIA BORINSKY, Castración y lujos: la escritura de Manuel Paig; MARGERY A. SAFIR, Mitología: otro nivel de metalenguaje en *Boguitas pintadas*; JAIME CONCHA, D'Halmar antes de Juana Lucero; ALFREDO A. ROGGIANO, Proposiciones para una revisión del romanticismo argentino.

NOTAS: MANUEL DURAN, In Memoriam: Jaime Torres Bodet, Salvador Novo, Rosario Castellanos; JOHN P. DWYER, Lutas agasapadas y otros temas: unas palabras con Gustavo Sainz; KEITH A. McDUFFIE, Sobre el universo poético de César Vallejo; MONIQUE LEMAITRE, Aproximaciones a Octavio Paz.

BIBLIOGRAFÍA: ROSEANNE B. de MENDOZA, Bibliografía de y sobre Gabriel Márquez.

RESEÑAS: RAQUEL CHANG-RODRIGUEZ, Sobre Enrique López Albújar, *La diestra de Don Juan*; EVELIO ECHEVERRÍA, Sobre Nicolás A. S. Bratosovich, *El estilo de Horacio Quiroga en sus cuentos*; DAVID WILLIAM FOSTER, Sobre Hugo Rodríguez-Alcalá, *Narrativa hispanoamericana, Gúaldes-Carpentier-Roa Bastos-Rulfo* (estudios sobre invención y sentido); DAVID WILLIAM FOSTER, Sobre Ernesto Sábato, *Abbadón, el exterminador*; ROBERTO GONZALEZ ECHEVERRÍA, Sobre Klaus Müller-Bergh, *Alejo Carpentier: ... estudio biográfico-crítico*; ROBERTO GONZALEZ ECHEVERRÍA, Sobre Fray Ramón Páez, *Relación acerca de las antigüedades de los indios*... el primer tratado escrito en América; ANGEL CAPELLAN GONZALO, Sobre Kasel Schwartz, *A New History of Spanish American Fiction: ... Vol. I, From Colonial Times to the Mexican Revolution and Beyond; Vol. II, Social Concern, Universalism and the New Novel*; TAMARA HOLZAPFEL, Sobre Tomás Carnasquilla, *Frutos de mi tierra*; TAMARA HOLZAPFEL, Sobre Günter W. Lorenz, *Latinamerikika: Stimmen eines Kontinents*; JOSE OLIVO JIMENEZ, Sobre Oscar Fernández de la Vega y Alberto N. Páez (editores), *Incitación a la poesía afroamericana*; JOSEPH V. JUDICINI, Sobre Carlos Martín, *América en Rubén Darío: ... Aproximación al concepto de la literatura hispanoamericana*; MONIQUE LEMAITRE, Sobre Octavio Paz, *Teatro de signos/Transparencias*; GEORGE MELNY-KOVICH, Sobre di Giovanni, Halpern y Mac Shane (editores), *Borges on Writing*; JOSE OTERO, Sobre Gerardo Sáenz, *Ideología de la fuerza*; Teresinha Alves Pereira, Sobre Clarice Lispector, *Água viva*; ALFREDO A. ROGGIANO, Sobre Mônica Mansour, *La poesía negra*.

Suscripciones y ventas: William J. Straub, 274 Crawford Hall, Univ. of Pittsburgh.

Canje: Lillian Seddon Lozano, 274 Crawford Hall, University of Pittsburgh.

Suscripción anual en los Estados Unidos, 10 dólares; 3 dólares en América Latina.

Otros países, 10 dólares.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO
Revista Latinoamericana de Economía

Publicación trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
 de la Universidad Nacional Autónoma de México

México, D. F. Año VI, Número 22 Mayo-julio de 1975

Director: *Arturo Bonilla Sánchez*
 Secretario: *Juvenio Wing Shum.*

C O N T E N I D O :

OPINIONES Y COMENTARIOS: Sobre *La Estancflación* opinan:
 Emilio Mújica, Salvador Rodríguez, Alvaro Briones y César
 Velázquez, Ricardo Torres Gaitán, y Fernando Carmona.

ENSAYOS Y ARTICULOS:

Theotonio Dos Santos
Concentración tecnológica, excedente e inversión.
 Ramón Martínez Escamilla
Capitalismo y trabajo en la Revolución Mexicana.
 Carlos Bustamante
Desarrollo urbano, anarquía y planificación.

TESTIMONIOS:

Alfonso Anaya: *México: Trabajo agrícola a tiempo parcial.*
 Arturo Bonilla: *Inflación y clases sociales.*

RESEÑAS DE LIBROS Y REVISTAS

DOCUMENTOS Y REUNIONES

SUSCRIPCIONES: República Mexicana, anual 100 pesos, estu-
 diantes 85 pesos. Exterior, anual 10 dólares E.U.A.

El envío al exterior por correo aéreo registrado cuesta 4 dólares.
 E.U.A. por año; al interior del país, 20 pesos.

Números atrasados a partir del número 5.

Por cada suscripción anual será enviado un ejemplar del Índice
 General por Autores y Temas de los primeros 20 números.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO, INSTITUTO DE INVESTI-
 GACIONES ECONOMICAS. Apartado Postal 20-271, Méxi-
 co 20, D. F.

La información básica sobre el intercambio comercial de México



- El sector externo
- Comercio exterior
- Distribución geográfica del comercio exterior
- La ALALC y la participación de México
- Apéndice estadístico

\$70.00

Envíe cheque o giro postal a nombre del

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Av. Chapultepec 230, 2º piso, México 7, D. F.

JESUS SILVA HERZOG

HISTORIA DE LA EXPROPIACION DE
LAS EMPRESAS PETROLERAS

Cuarta edición corregida, aumentada y con
ilustraciones alusivas al acto expropiatorio.

Precios:

México	\$ 40.00
Extranjero	4.00 Dls.

—oOo—

De venta en las principales librerías.

Distribuye:

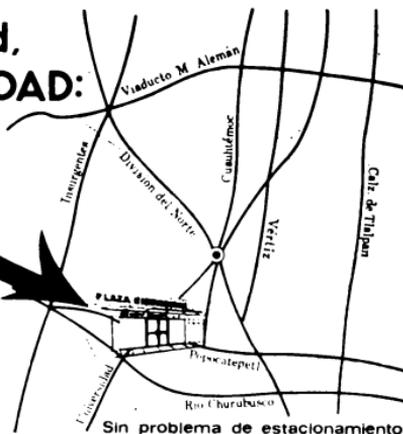
CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel. 575-00-17

Al Sur de la Ciudad,
en PLAZA UNIVERSIDAD:
una Sucursal más...



nacional financiera, s. a.

Se complace en informar a
sus clientes y al público en general, la
apertura de su nueva sucursal en el

Centro Comercial Plaza Universidad
donde se prestan ya los mismos servicios
que en la oficina matriz.

Ahora, quienes vivan al sur del Valle de México,
con mayor comodidad podrán invertir en
valores de *nacional financiera*
ganando desde el **9.11%** hasta el **12.63%** anual neto.

Consúltenos

 ***nacional financiera, s. a.***

Isabel la Católica Nº 51

Av. Universidad Nº 1000

	Pesos	Dls.
<i>Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana</i> , dirigida por JESÚS SILVA HERZOG.		
Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917	20.00	2.00
<i>Bibliografía de la Historia de México</i> , por ROBERTO RAMOS	100.00	10.00
<i>Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México</i> , por ALVARO DE ALBORNOZ	65.00	6.00
<i>El Problema Fundamental de la Agricultura Mexicana</i> , por JORGE L. TAMAYO, autor de la <i>Geografía General de México</i> . Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano	20.00	2.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí</i> , por ELOÍSA ALEMÁN	10.00	1.00
<i>El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964</i> , por JESÚS SILVA HERZOG	Agotado	
<i>México Visto en el Siglo XX</i> , por James Wilkie y Edna M. de Wilkie	100.00	9.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes</i> , por Mercedes Escamilla	10.00	1.00
<i>La reforma agraria en el desarrollo económico de México</i> , por Manuel Aguilera Gómez	40.00	4.00

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

UN NUEVO LIBRO

DIAZ MIRON O LA EXPLORACION DE LA REBELDIA

por

MARIA RAMONA REY

La autora trabajó conscienzadamente y durante largo tiempo en este importantísimo libro sobre el gran poeta veracruzano. Su lectura gratificará ampliamente a cualquier lector.

—oOo—

PRECIOS:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
		<i>U.S.</i>
México	90.00	
Extranjero		9.00

—oOo—

De venta en las principales librerías

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

NOVEDADES

M. Dalla Costa y S. James

**EL PODER DE LA MUJER Y LA SUBVERSIÓN DE LA
COMUNIDAD**

128 pp. \$ 26.00

M. Duchet

**ANTROPOLOGÍA E HISTORIA EN EL SIGLO DE LAS
LUCES**

480 pp. \$ 120.00

J. Lacan

ESCRITOS II

432 pp. \$ 100.00

N. A. Braunstein y otros

PSICOLOGÍA: IDEOLOGÍA Y CIENCIA

436 pp. \$ 92.00

C. Furtado

EL DESARROLLO ECONÓMICO: UN MITO

144 pp. \$ 32.00

S. Ramírez

INFANCIA ES DESTINO

220 pp. \$ 42.00

Ch. Baudelot y R. Establet

LA ESCUELA CAPITALISTA

304 pp. \$ 65.00

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERÍAS O EN:

SIGLO XXI EDITORES, S. A.

Ave. Cerro del Agua 248. Tel: 550-25-71

México 20, D. F.



Renault 17



Renault 15

¿Va usted a Europa? viaje en **RENAULT** nuevo con garantía de fábrica

Viajando en automóvil es como realmente se conoce un país, se aprende y se goza del viaje.

Además, el automóvil se va transformando en un pequeño segundo hogar, lo que hace que el viaje sea más familiar y grato.

Tenemos toda la gama **RENAULT** para que usted escoja (**RENAULT** 4, 6, 8, 12 y 12 quayin, 15, 16 y 17).

Se lo entregamos donde usted desee y no

tiene que pagar más que el importe de la depreciación.

Es más barato, mucho más, que alquilar uno.

Si lo recibe en España, bajo matrícula TT española, puede nacionalizarlo español cuando lo desee, pagando el impuesto de lujo. Por ejemplo, el **RENAULT** 12 paga 32.525.00 Pesetas y otros gastos menores insignificantes.

AUTOS FRANCIA, S. A. Serapio Rendón 117 Tel. 535-37-08 Informes: Srta. Andión.



La vida de este ser humano fue una cadena de
accidentes constantes. Imposible que contara
con la ayuda de hombres más lúcidos o más
expertos; el libro todavía no existía.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

LIBROS: EL FONDO QUE PRESERVA LAS IDEAS.

ULTIMAS PUBLICACIONES

Precios

Pesos Dólares

<p>CHILE HACIA EL SOCIALISMO, por Sol Arguedas, con prólogo de Hugo Vigorena, Embajador de México en Chile. Es un documento vivo y dramático. La autora ha escrito este libro después de haber vivido en Chile en los momentos políticos de mayor trascendencia en los últimos 10 años</p>	<p>30.00 3.00</p>
<p>LOS FUNDADORES DEL SOCIALISMO CIENTIFICO. MARX, ENGELS, LENIN, por Jesús Silva Herzog. Un libro sin académicos engorros con propósitos de divulgación. Contiene un estudio preliminar y una antología de los tres pensadores estudiados, con veintidos retratos</p>	<p>20.00 2.00</p>

—oOo—

De venta en las mejores librerías.

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y Europa		
		México Pesos	España Precios por ejemplar Dólares	Europa Precios por ejemplar Dólares
1942	90.00	7.20	7.50
1943	90.00	7.20	7.50
1944	Números 3 y 5	90.00	7.20	7.50
1945	90.00	7.20	7.50
1946	90.00	7.20	7.50
1947	90.00	7.20	7.50
1948	Número 6	90.00	7.20	7.50
1949	Número 4	90.00	7.20	7.50
1950	90.00	7.20	7.50
1951	75.00	6.00	6.30
1952	Número 4	75.00	6.00	6.30
1953	Números 3, 5 y 6	75.00	6.00	6.30
1954	75.00	6.00	6.30
1955	Número 6	75.00	6.00	6.30
1956	Números 3 al 6	75.00	6.00	6.30
1957	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1958	Número 6	75.00	6.00	6.30
1959	Números 2 al 6	75.00	6.00	6.30
1960	75.00	6.00	6.30
1961	Número 5	45.00	3.60	3.90
1962	Números 4 y 5	45.00	3.60	3.90
1963	45.00	3.60	3.90
1964	Números 2 y 6	45.00	3.60	3.90
1965	Número 4	45.00	3.60	3.90
1966	Número 6	45.00	3.60	3.90
1967	Números 1, 4, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1968	Números 1, 3, 4, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1969	Números 2, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1970	Números 4, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1971	Números 1, 3, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1972	Números 2 al 6	45.00	3.60	3.90
1973	Números 4 al 6	45.00	3.60	3.90
1974	Número 6	45.00	3.60	3.90

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 150.00	
Otros países de América y España		Dls. 13.50
Europa y otros continentes		" 15.50

PRECIOS POR EJEMPLAR DEL AÑO CORRIENTE

México	\$ 30.00	
Otros países de América y España		Dls. 2.70
Europa y otros continentes		" 3.00

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
México 12, D. F. México 1, D. F.

o por teléfono al 5-75-00-17

Véanse en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943
Y NUMEROS 4 y 6/61, 1 y 2/62 y 2/63 ASI COMO
COLECCIONES COMPLETAS

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos,
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

* * *

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

SIN NOMBRE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

Apartado 4391

San Juan, Puerto Rico 00905

DIRECTORA: Nilita Vientós Gastón

Sumario: Vol. IV Número 2 — CONCHA ZARDOYA: Oda y elegía Pablo Neruda. LUIS A. DIEZ: Grandeza telúrica y aliento épico del "Canto general". ROBERTO MARQUEZ: De Rosa armado y de Acero: la obra de Nicolás Guillén. JORGE MARIA RUSCALLEDA BERCEDONIZ: Recuento poético de Nicolás Guillén. MARIA TERESA BABIN: Aristas de la esclavitud negra en la literatura de Puerto Rico. JUAN ANTONIO CORRETTJER: La noche de San Pedro. PAUL ESTRADÉ: Cómo Betances defendió al negro haitiano: Carta a Jules Auguste (1882). BENJAMIN NISTAL: Catorce querellas de esclavos (Manatí, 1868-1873).

Volumen II, Número 4:

Homenaje a Baroja

Suscripción \$ 10.00

Volumen III, Número 1

Homenaje a Pablo Neruda

Ejemplar suelto \$ 2.75

CUADERNOS AMERICANOS

(La revista del nuevo mundo)

Publicación bimestral

Circula ampliamente por todos los continentes

Suscripción anual:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	150.00	
Otros países de América y España		13.50
Europa y otros continentes		15.50
Precio del ejemplar:		
México	30.00	
Otros países de América y España		2.70
Europa y otros continentes		3.00
Ejemplares atrasados precio convencional		

HAGA SUS PEDIDOS A:

Av. Coyoacán 1035

México 12, D. F.

Apartado 965

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

REVISTA HISPANICA MODERNA

Fundador: Federico de Onís

Se publica trimestralmente. Dedicada atención preferente a las literaturas española e hispanoamericana de los últimos cien años. Contiene artículos, reseñas de libros, textos y documentos para la historia literaria moderna y una bibliografía hispánica clasificada. Publica periódicamente monografías sobre autores importantes con estudios sobre la vida y la obra, una bibliografía, por lo general completa y unas páginas antológicas.

Directores:

Eugenio Florit y Susana Redondo de Feldman

Precio de suscripción y venta: 6 dólares norteamericanos al año.

Número sencillo: 1.60 dólares, Número doble: 3.00 dólares

HISPANIC INSTITUTE

Columbia University

612 West 116th Street New York, N. Y. 10027

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXXIV

VOL. CCII

5

SEPTIEMBRE-OCTUBRE

1 9 7 5

MÉXICO, D. F., 1º DE SEPTIEMBRE DE 1975

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
1.ª ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Manuel MARTINEZ BAEZ

Arnaldo ORFILA REYNAL

Jesús REYES HEROLES

Javier RONDERO

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Ramón XIRAU

Agustín YAÑEZ

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL LIBROS DE MÉXICO
AV. COYOACÁN 1035 MÉXICO 12, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

Núm. 5

Septiembre-Octubre de 1975

Vol. CCII

I N D I C E

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pag.</i>
LEÓN PACHECO. La filosofía política de Kissinger y América Latina	7
MARTÍNEZ DE LA VEGA. Cuba ya no es amistad prohibida. Un retorno a la soberanía de nuestra América	24
ANTONIO CARRILLO FLORES. La conferencia mundial de población de 1974	32
D. ALONSO CALABRANO y BRUNO Z. SOTO. Retrato político de la CEPAL	45
Joaquín García Monge: Sus obras, por MAURICIO DE LA SELVA	68

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

JESÚS SILVA HERZOG. El polifacético Alfonso Reyes. Sus preocupaciones sociales	77
ROBERT G. MEAD JR. Mariano Picón Salas y otras voces de protesta en el moderno ensayo hispanoamericano	97
ALBERTO FERNÁNDEZ LEYS. La muerte de Horacio Quiroga, tema de una controversia	109
FRANCISCO CARENAS. La abrumadora concreción del lenguaje Barojiano	116

PRESENCIA DEL PASADO

AÍDA GARCÍA ALONSO. Un hombre de idea fija	131
ALBERTO ELISEO FERNÁNDEZ. Judíos en las brigadas internacionales	141
GABRIELA DE BEER. Luis Cabrera, ensayista y teórico de la Revolución Mexicana	155

DIMENSION IMAGINARIA

MARÍA DEL CARMEN MILLÁN. Tres escritoras mexicanas	163
TERESA C. SALAS y HENRY J. RICHARDS. Nicomedes Santa Cruz y la poesía de su conciencia de negritud . . .	182
JAIME GIORDANO. El libro del destierro	200
RICHARD FORD. Los dos oficios de Fabio Cáceres	219
ALBERTO DALLAL. Lo inasible y lo dócil	248

Nuestro Tiempo

LA FILOSOFIA POLITICA DE KISSINGER Y AMERICA LATINA

Por León PACHECO

NADIE puede prevalecer fuera de la filosofía de su tiempo. Está en las posibilidades del hombre aceptar o no esta filosofía, pero sus postulados son la dictadura medular de cada época. Estos postulados los encarnan las naciones y los hombres que predominan, por el pensamiento o por la fuerza, en los escenarios primordiales del mundo. Actualmente, a pesar de los reveses recientes en sus acciones tanto nacionales como internacionales, los Estados Unidos constituyen la nación que dirige los vaivenes planetarios con una clara y cínica visión de los designios que le son propios. Frente a los Estados Unidos evolucionan una serie de fuerzas que oponen a su poderío un mesianismo dudoso que sueña más en el futuro que en el presente. Este mesianismo se mueve en los planos cómodos de la ideas y muy excepcionalmente en los de la acción, que son las que modelan las estructuras cambiantes de este fin de siglo. El ímpetu demoledor que caracterizó los años de entre las dos guerras mundiales agoniza si no está muerto definitivamente. El marxismo, cuyo más firme aporte humanista es el de haber incorporado el hombre concreto a la historia, como actor y consumidor de sus conquistas, es la máxima filosofía que se atraviesa a las etapas fulminantes del capitalismo norteamericano, síntesis del racionalismo occidental. La contradicción entre ambas interpretaciones de la historia, el capitalismo y el marxismo, consiste en que el marxismo no ha sido sino una brillante reflexión sobre las consecuencias económicas y sociales del capitalismo y este es un hecho concreto que trata de destruir las experiencias iniciales de aquél. Las etapas emocionales del marxismo han sido superadas por las conquistas sindicales y materiales de los trabajadores de los países occidentales quienes, sin embargo, en el disfrute de estas conquistas siguen siendo seres alienados por nuevas contradicciones que, aunque no las previó Marx, se derivan rectamente de las que el filósofo judío analizó. Los Estados Unidos, pues, encarnan el máximo poderío material de nuestro tiempo. Fuerte desarrollo técnico, poder económico desmedido, fuerza militar temible, sentido pragmático de las

prácticas administrativas de todos los negocios humanos, nada les falta para echar las bases de un vasto imperio dentro de una libertad tradicional de que no disfrutaban los individuos de los regímenes políticos que los adversan. La Unión Soviética y la China Popular van a su zaga aunque se desenvuelven en otro concepto de la filosofía de la historia: su lucha es por desuniversalizar el predominio del capitalismo y universalizar el suyo propio. La universalidad de un sistema político y económico es la que le da vigencia histórica al hombre.

En esta perfecta organización materialista de Estados Unidos hace su aparición Henry Kissinger quien, no por un capricho de la historia, sino por un mandato de sus dictados, se apodera de la política norteamericana y le imprime sus actuales directivas. En política nada sucede porque sí. Kissinger es el producto de la insania hitlerista que obligó a su familia judía a emigrar a Norteamérica cuando apenas era un niño. Esta insania se manifestó por su rabia anticomunista, su odio racial y un mesianismo que implicaba la creación del Tercer Reich que dominaría al mundo durante mil años. Kissinger hace su aparición a comienzos de 1950, en el momento más crudo del mackartismo y quizás por esto y por su tradición familiar, no es extraño al sentimiento anticomunista que desprestigió esa época sombría de los Estados Unidos. Cuando llega a dominar el primer plano de la vida política de su patria de adopción se afianza en una posición pesimista ante "el mundo bipolar de la postguerra", que envenenó su juventud, y entonces proclama el advenimiento de "la generación de la paz". Pero nunca se despojó de sus primitivas escamas anticomunistas, aun cuando sea el artífice del acercamiento de los Estados Unidos a la Unión Soviética y la China Popular. Estos acercamientos tácticos los ha realizado siguiendo las directivas de su pensamiento occidental que, frente al espíritu revolucionario de los comunistas y el despertar angustioso del Tercer Mundo, acepta el orden establecido tratando de mantener la estabilidad mundial en la trama deleznable de la diplomacia de la "détente". Kissinger, como diplomático experimentado, sabe que todas las revoluciones terminan por ser reaccionarias.

A Kissinger le asalta, por el momento, el temor de que los Estados Unidos se hallen en el trance de perder su hegemonía en el mundo, la cual parecía muy firme en los años 50 pero que, en la década de los 70, comienza a resquebrajarse con el crecimiento de una China poderosa, con la prioridad militar de la Unión Soviética y con el fracaso de su teoría de "las guerras limitadas", evidente en la experiencia de Vietnam. Lo que no ha cambiado es la mentalidad anticomunista del Secretario de Estado de los años 50, que

sigue nutriendo su inteligencia tan movible de los últimos tiempos. La de ahora es más peligrosa que la de entonces, pues este diplomático tiene en sus manos la responsabilidad total de la política internacional de los Estados Unidos.

Su pensamiento obsesivo se alimenta de la sustancia de tres hechos muy concretos: la existencia de la Unión Soviética, cada día más poderosa militarmente y cada vez más alejada de sus fuentes revolucionarias; los movimientos de liberación del Tercer Mundo que son los que, quizás, más le preocupen por su vastedad casi simultáneos en diferentes rincones de la tierra; el crecimiento económico espectacular de la Europa Occidental y del Japón, que compromete el desarrollo normal de los Estados Unidos. En el manejo de estas obsesiones se revela un táctico sumamente hábil, pero un estratega rígido. Recuerda las actitudes apasionadas de Fuster Dulles, aun cuando su espíritu sea más lúcido y frío que el de su antecesor.

Kissinger establece una distinción muy clara entre lo que él llama "el poderío insular" y "el poderío continental". Cartago frente a Roma. Rusia constituye un poderío "continental", pues forma parte de Euroasia, vasta región planetaria de insondables recursos materiales y humanos y de fronteras inalcanzables por lo movedizas. De esto proviene su desconfianza a una Europa Occidental Unida, la cual, en caso de un conflicto militar, sería fácil y rápidamente ocupada por Rusia. A este temor se debe, a no dudarlo, la decisión de Washington de transformar la estrategia militar de la OTAN con respecto a la protección de Europa. Por lo demás, esta transformación les permitió a los industriales norteamericanos realizar el "gran negocio del siglo". La Unión Soviética ha dejado de ser, pues, en sus planes una amenaza ideológica para convertirse en una amenaza militar.

Los Estados Unidos, por su parte, son un "poderío insular". Por el momento su táctica insular, ante la posibilidades de un encuentro frontal con los soviéticos, consiste en dividir, enfrentándolas, a las dos grandes superpotencias comunistas, ambas de consistencia "continental". Kissinger piensa que ahora son menos peligrosas que antes porque una y otra están dispuestas a aceptar "los cuadros del orden internacional". La colaboración de los Estados Unidos con Rusia y China es "una colaboración antagónica". Tolerancia de la intervención directa de la Unión Soviética en Europa Central, pero lucha contra la misma influencia en el Mediterráneo, donde los intereses norteamericanos son vitales. Práctica realista de la prosecución de una política pacifista en las relaciones con los países comunistas, pero decisión para un ataque sin piedad ante el solo peligro de una acción militar, si es necesario. El enfrentamiento de Nikita Kruchof y John Ken-

nedy, en 1962, para resolver el caso de Cuba, demostró esta actitud con claridad más que diáfana.

Para Kissinger todas las crisis internacionales tienen su solución en el "equilibrio de las fuerzas militares de los Estados Unidos y la Unión Soviética". Para obtener este equilibrio los Estados Unidos deben de actuar sutil y ágilmente en los posibles focos de conflicto: Irán, Pakistán e Indochina. Kissinger atiza el fuego de esta doctrina exacerbando el clima crítico de las relaciones entre Rusia y China, países que tienen miles de kilómetros de fronteras en común y se atienen a la misma filosofía marxista-leninista. Esta es la razón de ser del acercamiento de los Estados Unidos a China al terminar el primer periodo presidencial de Nixon. La actitud táctica hizo reaccionar a los soviéticos en el sentido que el Secretario de Estado deseaba sin que las aguas desbordaran el nivel que sus deseos buscaban. Kissinger afirma que "un orden internacional no se puede mantener si una potencia permanece hostil, de lado". Era preciso, pues, acercarse a China sin descuidar los buenos contactos con la Unión Soviética en el diagrama de las relaciones frías entre ambas potencias comunistas.

Las corrientes políticas que mayormente ponen en peligro la estabilidad del mundo son las revolucionarias de tipo nacionalista. La estabilidad mundial no se puede mantener sin la hegemonía norteamericana. Es necesario, por lo tanto, nulificar la ayuda de los países socialistas a todos los movimientos revolucionarios nacionalistas del Tercer Mundo, que Kissinger considera que son lo más dignos de ser tomados en cuenta, destruyéndolos en sus fuentes, para mantener la hegemonía norteamericana y defender de esta manera la estabilidad del mundo. Todos los movimientos de este tipo quieren acabar con los elementos de la estabilidad de poder de los países donde se manifiestan. Los Estados Unidos, por el contrario, defienden esos elementos de estabilidad cuando se hallan en estado de crisis: las sociedades transnacionales; las burguesías locales, sus aliadas y cómplices; el control y la coerción del Estado contra la rebeldía de las masas. En este concepto de la estabilidad mundial la paz es el objetivo de la política, porque la paz es estabilidad, es decir, el terreno ideal para la penetración imperialista: hay que aceptar "la paz como una sustitución del orden". Es necesario actuar de la misma manera en la aceptación de la justicia social: Kissinger no rechaza ni la lucha por el progreso económico ni la lucha por el bienestar social de los pueblos marginados siempre que "aseguren la universalidad de la ley contra lo imprevisto del poder".

El principio de la filosofía política de Kissinger es que la estabilidad internacional descansa sobre "la legitimidad generalmente

aceptada por las grandes potencias", cualesquiera que sean sus medios y fines ideológicos. Era necesario que el Presidente Johnson autorizara que los marinos norteamericanos desembarcaran en Santo Domingo en 1965, para mantener en el Continente el principio de "legitimidad", tal como lo entienden las grandes potencias. Lo mismo lo era para Bregnev cuando ordenó a los tanques rusos marchar sobre Praga en el otoño de 1968, para detener el avance "del socialismo de faz humana" de Dubchec. Ningún régimen auténticamente revolucionario puede estar en disposición de aceptar este principio de "legitimidad", tan grato a Kissinger.* Tanto para las democracias occidentales como para las democracias socialistas este principio no representa sino la justificación para la conquista. El análisis político del Secretario de Estado lo lleva a la convicción, no muy convincente, de que "la legitimidad" es la oposición lógica a "la revolución". "La revolución" la anidan los países socialistas ninguno de los cuales acepta "el orden occidental", ni tampoco la influencia que este principio pueda ejercer, voluntaria o espontáneamente, en los pueblos marginales.

Para Kissinger la Unión Soviética y la China Popular se han convertido en "poderes mixtos", lo cual no carece de interés estratégico en la ayuda del mantenimiento del orden internacional. En esta tesitura conformista se puede ejercer alguna presión sobre ambas potencias comunistas y evitar su intervención directa en los movimientos revolucionarios nacionalistas del Tercer Mundo. El Secretario de Estado ha llegado últimamente a la convicción, después de su experiencia en los hechos de resonancia planetaria en que ha participado activamente, de que las agitaciones revolucionarias y nacionalistas son más bien el resultado, en gran parte, de las condiciones lamentables en que viven los pueblos marginados por la civilización. Los agitadores revolucionarios no hacen sino explotar a fondo esta circunstancia.

Kissinger afirma que "se pueden definir dos tipos de estilo político —el del orden y el de la revolución—, como la oposición entre el acercamiento hacia la estabilidad y el acercamiento a la inestabilidad revolucionaria, lo que corresponde, en el nivel de las personas, a la distinción que existe entre el hombre de Estado y el Profeta". El hombre de Estado trata de construir, en el orden y la estabilidad, una realidad política con los elementos de que dispone para reformar "esa estabilidad y ese orden". Para "el revolucionario la realidad significativa es el mundo que se esfuerza en crear y no el que trata de destruir".

Kissinger teme más la amenaza de lo que él llama "el desequi-

* Y el caso chileno (N. de la R.).

librio psicológico" que la amenaza del "desequilibrio militar". Este último es fácil de contrarrestar con un esfuerzo similar al que realizan los países que quiere comprometer. "El desequilibrio psicológico", en cambio, no sólo es el caldo de cultivo de la subversión de las pequeñas sociedades, sino que su elemento anarquizante puede contagiar la gran sociedad norteamericana. Los movimientos de protesta que provocó en el interior de la nación la guerra absurda de Vietnam han marcado hondamente el alma de las nuevas generaciones y han creado "los gérmenes norteamericanos del desequilibrio psicológico". Sus consecuencias inmediatas han sido el escándalo de Watergate y la puesta en la picota de la CIA. "El guerrillero gana si no pierde; el ejército convencional pierde si no gana", piensa Kissinger sombríamente. Este es uno de los tantos peligros del desequilibrio psicológico. Este peligro explica también que la derrota norteamericana en Vietnam, echa por tierra su doctrina de "las guerras limitadas". También la aparición del mito, de resonancias mundiales, del Che Guevara, que tanto entusiasmó a los universitarios norteamericanos en plena crisis de las instituciones nacionales.

Ante estos peligros para la marcha lógica de la política internacional de los Estados Unidos, Kissinger propone la creación de fuerzas militares regionales que serían sostenidas, en caso de urgencia, por las fuerzas marítimas y aéreas norteamericanas. El descalabro político y militar en Indochina ha desacreditado esta táctica, la cual fue sustituida por la intervención directa en el bombardeo masivo de Hanoi y el minaje de Haifón. "Los Estados Unidos —afirma Kissinger—, no se hallan en una situación que les permita la aplicación de programas militares a nivel mundial. Físicamente somos una gran potencia, pero nuestros objetivos no pueden tener sentido si no contamos con la colaboración voluntaria de nuestros amigos". Complementa claramente este pensamiento cuando agrega a su formulación la recomendación de que "haya grupos regionales sostenidos por los Estados Unidos, los que deben asumir la defensa de la zona que los rodea. Estados Unidos se ocuparía de los cuadros de conjunto más que de la gestión de cada empresa local". Es lo que trataron de realizar en Vietnam del Sur. Es también lo que tratan de organizar en Corea del Sur. Kissinger ha llegado también a la conclusión de que los países divididos en pequeñas naciones antagónicas, con el fin de fortalecer la lucha contra el comunismo en los núcleos críticos, ha sido un error que los Estados Unidos han pagado costosamente.

La doctrina política de Kissinger que justifica la intervención indirecta se basa en cuatro premisas fundamentales: Preferencia de los Estados policíacos; fortalecimiento de los países amigos que de-

fienden los intereses norteamericanos; apoyo incondicional a las compañías transnacionales; intervención militar directa, en caso de necesidad urgente, aun cuando haya que emplear armas nucleares "limitadas". Es un pensamiento que corresponde al de la política que siguen las transnacionales que en su mayoría son norteamericanas. Estas compañías no poseen ejércitos, ni flotas navales, ni aviación táctica y se ven obligadas a confiar su existencia y actividades al poderío material de la nación de que dependen sus intereses para que les garantice sus inversiones. Las compañías transnacionales, y esto lo sabe mejor que nadie Kissinger, son más poderosas que el gobierno norteamericano y representan la fuerza de penetración imperialista más sólida de nuestro tiempo. Roy Asch, director de la oficina del presupuesto de la era nixoniana, consideraba a estas poderosas sociedades como "unidad trascendental". ¡Es curiosa esta definición metafísica que está resultando más real que la sociológica de los socialistas! Cuestión de espejismos históricos. Todas estas tendencias de expansión política y económica, muy bien disfrazadas con el ropaje literario de la propaganda pacifista, constituye la mejor expresión de la simbiosis del capitalismo monopolista y los Estados imperialistas.

La filosofía política de Henry Kissinger tiene la ventaja de su claridad. Por primera vez en este siglo un Secretario de Estado norteamericano formula, en una doctrina pragmática, un cuerpo coherente de ideas para el manejo de las relaciones internacionales. En la visión planetaria que de los problemas del mundo tiene Kissinger, todos los sistemas políticos del momento histórico en que le toca actuar son tomados en cuenta por él en forma tolerante y realista, por lo menos en apariencia, aun cuando en el fondo de esta tolerancia y este realismo, siga dominando el demonio del anticomunismo, resabio del mackartismo que marcó a la juventud norteamericana durante la Presidencia del general Eisenhower. Este anticomunismo enfermizo, que ha demostrado ser poco rentable, ha dejado de ser una posición ideológica para convertirse en una acomodación maquiavélica en un planeta en que las grandes potencias se hallan armadas hasta el desequilibrio temerario para defender, cada una desde su punto de vista, lo que Kissinger llama la "legitimidad" y el "orden" y sus adversarios la tesis contraria, es decir, "la derrota del capitalismo". En verdad lo que existe, ante el posible aniquilamiento inútil de la tierra, no es ni la legitimidad ni el orden, ni el sentimiento revolucionario, sino el equilibrio del terror, al que se le opone la táctica del viejo Fuster Dulles de llegar hasta los límites del miedo sin sobrepasarlos. Lo peligroso es que la "legitimidad" y el "orden" se hallan en crisis en todas las latitudes de la tierra,

tanto a la derecha como a la izquierda. No hay más remedio que aceptar que los hombres de Estado de regímenes absoletos y los profetas revolucionarios sobreviven enseñándose los dientes, pero que no están dispuestos a jugarse el porvenir de su bienestar. La historia de los pueblos ha llegado a ser la expresión más fría del egoísmo de los líderes que gobiernan sus destinos.

Las zonas más cercanas a una gran potencia, por la agresividad política y los intereses económicos, se ven forzadas a someterse sin condiciones. Este sometimiento siempre se justifica con una doctrina engañosa de fácil aplicación. Los Estados Unidos no se han movido, pues, de la Doctrina de Monroe, vieja de más de ciento cincuenta años, para defender, según su espíritu, los países que sus postulados determinan. La controvertida doctrina trataba de eliminar a Europa del Hemisferio Occidental con los medios y recursos y de la época en que se enunció. Esta eliminación significaba, a la larga y a la corta, el predominio norteamericano en las antiguas colonias españolas y portuguesas de América. Tal pretensión fue posible mientras los dos grandes imperios europeos, el inglés y el francés, existieron sin que se estorbaran mutuamente, y mientras los Estados Unidos necesitaron los sobrantes del capital del viejo mundo para propulsar su propio desarrollo. Francia mantuvo el equilibrio militar de Europa, después del fin de las guerras napoleónicas, hasta 1870, año en que comenzó a ser suplantada por los prusianos. Inglaterra siguió "gobernando las olas" hasta 1940. Los Estados Unidos comenzaron a ejercer su influencia, mientras tanto, en América Latina, con la excepción de las Repúblicas del Río de la Plata que prosperaban bajo la protección de Gran Bretaña. En el mundo prevaleció una paz ficticia casi centenaria, a pesar de las rivalidades de un colonialismo cínico favorecido por el potencial económico de Europa y Norteamérica.

El capitalismo europeo, con sus métodos mercantilistas, permitió el crecimiento norteamericano a lo ancho y a lo largo de un país planetario y también en la zona del Caribe, que constituyó el primer ensayo de expansión continental de los Estados Unidos. La nación del Norte creció a expensas de México y de las islas caribeñas. Esta era la realidad política de los norteamericanos cuando, en la primera guerra mundial, entraron de lleno en la política internacional. En la segunda guerra mundial, sólidamente en sus territorios hemisféricos, se convirtieron, por fin, en la primera potencia de la historia. Ahora les toca compartir, con la Unión Soviética, en su zona nata de influencia, el Caribe, como consecuencia de su fobia anticomunis-

ta y gracias a la audacia de Fidel Castro, este mar de sus primeros sueños imperiales. Todo hubiera sido estabilidad para la gran potencia después de su aventura mundial decisiva para su destino, a partir de 1950, si la segunda guerra mundial hubiera sido una guerra como en los viejos tiempos. Pero las guerras que se han sucedido después de 1914 han dejado de ser simples experiencias militares para convertirse en movimientos revolucionarios, a los que es preciso enfrentarse con un espíritu revolucionario. A lo más que se ha llegado, para resolver los problemas que planteaba esta nueva etapa de las luchas del hombre, es a la guerra fría, que no es sino una forma disimulada de aceptar el espíritu revolucionario de nuestro tiempo. Desde 1848 el mundo se transforma, primero por los mecanismos del mercantilismo y luego, en el siglo XX, por los del creciente industrialismo de las naciones evolucionadas, en un mundo contradictorio, en perenne revolución desde todos los puntos de vista. Este hecho demuestra que las grandes crisis de la historia son obra del hombre y están a su servicio siempre que las soporte con espíritu crítico. Es desde entonces que el hombre ha comenzado a tener conciencia de que era un ser concreto, que segregaba hechos históricos por todos sus poros y no una vulgar abstracción religiosa ni un despojo del azar político.

Los Estados Unidos no comprendieron esta transformación ni tampoco los países marginales que apenas si estrenaban nacionalidades muy frágiles. Los primeros pelearon en la segunda guerra mundial por su supervivencia. Para esto hasta se unieron a los soviéticos, sus enemigos natos, por simples razones estratégicas y tácticas. Los segundos continuaron siendo los suministradores inocentes de materias primas para seguir alimentando los imperios agonizantes y también los nacientes, con la ignorancia total de las leyes de la historia. Fue el Presidente Franklin D. Roosevelt quien defendió la tesis de la descolonización universal, pero sin ofrecer una solución a los problemas que su mesianismo plantearía. La política no opera en el vacío. Su doctrina, sin embargo, era noble y generosa. Roosevelt no se dio cuenta de que la lanzaba al viento en un momento en que se gestaba una poderosa revolución planetaria a la cual, tarde o temprano, tendrían que enfrentarse los Estados Unidos. Su aliada táctica de ayer, la Unión Soviética, volvió pronto al nivel lógico de su espíritu revolucionario, cuando las fuerzas demoledoras de la historia reemprendieron su labor incesante, incansable. El resto del mundo volvió a sus viejos cuadros, sólo que por las circunstancias tomaban nuevos rumbos. El cainismo político devoró nuevamente el alma de las naciones. No se pelea por ideas si el fin de la lucha son los intereses materiales. La novedad del cainismo

humano de nuestro tiempo es que las armas de la destrucción son ahora definitivas e indestructibles. Es temerario hacer uso de ellas. Fidel Castro, en este contexto, fue la cosecha, a corto plazo, de la política del Buen Vecino.

En este inestable y cínico panorama mundial es el que hay que situar la actitud panamericana de los Estados Unidos cuya filosofía política ha definido con claridad el actual Secretario de Estado. La vieja Doctrina de Monroe ha sido actualizada en todas sus posibilidades universales, de acuerdo con el poderío norteamericano, en el preciso despertar nacionalista de los países marginados por la civilización y ante la vigilancia incansable, en sus medios frustrados, del comunismo internacional, elemento que hay que tomar muy en cuenta para comprender las dimensiones de nuestro tiempo.

Kissinger, en un estira y encoge, trata de mantener el equilibrio mundial en "el orden y la ley" que preconizaba Nixon en sus tiempos felices. Los Estados Unidos son lentos para comprender, sin embargo, que la única manera de mantener "el orden y la ley" en el Hemisferio Occidental, en un momento de paz tan precaria como el que vivimos en nuestros días, es apoyándose sinceramente en América Latina, dejando de considerarla exclusivamente como una fuente milagrosa de materias primas. Lo fundamental es el destino total de América que se nutre de todos los elementos que la integran, desde el hombre hasta el paisaje, con la afirmación de sus tradiciones que ya comienzan a tomar cuerpo en el humanismo de este momento de la historia, a lo largo y ancho del vasto continente. La lucha indiscriminada de los norteamericanos para atajar, aun en el interior de su propio territorio, una filosofía de la historia que, buena o mala, está erosionando la tierra de todos, no es la más aconsejable en este plan de movilización del nuevo espíritu que anima la cultura y la civilización. El progreso que los Estados Unidos preconizan actualmente para combatir esta filosofía de la historia, no es sino una dimensión materialista que sólo les proporciona ventajas a los hombres y naciones que poseen los recursos necesarios para realizar sus medios y fines. La noción del progreso tal como la entiende el pragmatismo a raja tabla norteamericano, lo que está obteniendo es el empobrecimiento de los pueblos y los hombres subdesarrollados y el enriquecimiento injusto y peligroso de los pueblos y los hombres que poseen capacidades efectivas que corresponden a un desarrollo auténtico. Por estas razones la lucha por el desarrollo de nuestros pueblos en que empeñan los Estados Unidos, es un esfuerzo en contra de su genio que comenzó a manifestarse, tanto como el de ellos, al integrarse América a la civilización europea en los momentos de mayor crisis de la historia del viejo continente en pleno

siglo XVII. El mensaje norteamericano apenas ha rozado lo más superficial de la vida de nuestros países de campesinos e indios. Sólo ha logrado mediatizar a las burguesías que no son sino el apéndice de los hombres de negocios de Norteamérica. Estas burguesías son una punta de lanza de las oligarquías de los Estados Unidos, cuando no un trasplante de sus cuadros dominantes a estos países. Sus actuaciones equivocadas complican cada vez más los problemas que es necesario solucionar cuanto antes.

Es en esta perspectiva en que se desenvuelve la filosofía política de Henry Kissinger cuando toma en cuenta esta parte del continente tan extraña a su inteligencia. Kissinger, quizás por su ascendencia europea y su formación norteamericana, nunca ha creído en América Latina, siguiendo intuitivamente las consignas de la política tradicional de los Estados Unidos con respecto a ella. Si desconoce sus estructuras íntimas, no hay dudas de que sí las intuye. Estas estructuras en su rudimentario ideario diplomático americanista, se sustentan de la corrupción política y de la herencia feudal española y se mantienen por el esfuerzo de la penetración económica de los Estados Unidos, que operan impunemente en ambientes de una inercia alarmente, perezosa, sin ningún espíritu crítico, a no ser el de las escasas minorías intelectuales que analizan a hurtadillas sus efectos nefastos. Kissinger teme, sin embargo, el crecimiento del nacionalismo de estos pueblos donde campan fuerzas que pueden ser, en un momento dado, incontrolables. Su diplomacia de la "détente", en su comportamiento realista con la Unión Soviética y la China Popular, no es otra cosa que la intención de detener la agitación nacionalista del Tercer Mundo, del cual forma parte América Latina, donde el comunismo es la levadura del sentimiento anti-norteamericano, primera etapa de una revolución en ciernes. Kissinger sabe que las oligarquías locales, aliadas incondicionales de las compañías transnacionales y del gobierno de los Estados Unidos, están al servicio incondicional de los intereses norteamericanos y que de esta manera defienden un *statu quo* que a su vez las defiende a ellas. El mayor peligro lo constituyen los movimientos espontáneos nacionalistas, pero con el frenazo que han sufrido los movimientos comunistas en el Tercer Mundo con las nuevas directivas apaciguadoras de Moscú, la espontaneidad de esos movimientos han decaído bastante. Las guerrillas han fracasado. La propaganda cubana está terminando por ser un tema de discusión de literatura revolucionaria. También para movilizar gobiernos sin mensaje y corrompidos. Cuba, el diminuto enclave soviético en el Caribe, desempeña sobre todo un papel de advertencia a todo el continente para detener cualquier nueva transformación violenta de las es-

estructuras establecidas. Kissinger sabe también que los regímenes latinoamericanos fuertemente armados y disciplinados son, en síntesis, y poniendo de lado todo sentimiento cínico de los dictadores, las únicas realidades estables de estos rincones inocentes de la tierra. La falacia consiste en afirmar que estos regímenes, por lo general sumamente irresponsables, se mantienen para atajar un ataque frontal de las potencias comunistas a América en sus flancos más débiles. Los ejércitos latinoamericanos no son más que ejércitos de golpe de Estado que accionan al servicio de clases sociales comprometidas con el capitalismo internacional. Si la guerra estallara estos ejércitos pasarían a un último plano y los Estados Unidos tendrían que defender a estos países para poder defenderse ellos mismos.

La filosofía mesiánica de John Kennedy quiso darle un viraje al predominio de estos regímenes después de sus reflexiones sobre las causas y efectos de la experiencia cubana. Ideó y organizó la Alianza para el Progreso que, poco tiempo después de su asesinato, pasó a mejor vida. La Reforma Agraria y la reforma de los sistemas injustos impositivos, que constituyó la esencia de su doctrina social, se hallan entre los mitos más divertidos de América Latina. Sólo México, en este sentido, ha avanzado un poco, pero la reforma agraria mexicana tiene sus raíces en la revolución que inició el país en 1910. La experiencia de Kennedy bien valía la pena de intentarla, sin embargo, por lo menos para poner de manifiesto el fracaso reformista norteamericano en nuestras repúblicas oligárquicas y militaristas, producto de sus intervenciones sistemáticas.

Es lo que no entiende Kissinger al pretender aplicar en estos países su fórmula de la "legitimidad" y "el orden". Parece ignorar, quizás voluntaria o involuntariamente, que estos países están mediatizados por las compañías transnacionales y sus agentes criollos. Sí sabe que estas compañías cuentan con una técnica industrial muy avanzada, grandes capitales de inversión y un sentido administrativo de los negocios de primer orden, cuyos rendimientos obran milagros en países que consumen y casi no producen. Son, pues, medios indicados para la conquista.

El máximo peligro en esta perspectiva histórica inmediata es la penetración económica de Europa Occidental y el Japón, naciones altamente industrializadas y con métodos agresivos para disputarse los mercados internacionales. Este hecho constituye una de las tantas contradicciones del capitalismo que ha culminado en el neocolonialismo, es decir, la conquista económica de los países en desarrollo. Sin embargo, las transnacionales norteamericanas controlan las industrias europeas, japonesas y aún gran parte de la de los países

socialistas. La venta de Alemania Federal al Brasil de unas centrales nucleares, a pesar de las garantías que respaldan este importante negociado, ha alarmado a los grandes industriales norteamericanos y aun al gobierno de Washington.

En América Latina, desde la década de los 60 se han establecido por necesidad económica, política y estratégica, una serie de zonas de penetración norteamericana diseñadas por la conjunción del Departamento de Estado, la CIA y el Pentágono. Esta configuración política y geográfica no podía realizarse sino a base de regímenes militares del tipo fascista, bien armados y mejor sometidos al comando continental de los Estados Unidos. El motivo que justifica esta estrategia es el peligro que representa, para la seguridad de estos países, el régimen comunista de Fidel Castro siempre dispuesto, según esta teoría, al menor descuido de los gobiernos, a subvertir el orden establecido. Este movimiento militarista envolvente se ha logrado totalmente en América Latina, a pesar de sus mentiras convencionales, cuando los partidos comunistas latinoamericanos de obediencia moscovita han pasado a segundo plano en las luchas nacionalistas, y cuando la diplomacia flexible de Kissinger ha ido destruyendo, lenta y hábilmente, este espectro de la influencia soviética en estos medios. El establecimiento de relaciones de muchos países latinoamericanos con los regímenes socialistas es el resultado indirecto de su diestra política para desafiar la propaganda revolucionaria de los partidos de izquierda mediante el aburguesamiento de sus líderes cuando no con su corrupción. Si alguien sabe con claridad que nunca habrá un ataque frontal ruso o chino contra ninguno de los países del subcontinente americano, es el actual Secretario de Estado. En el caso de que esto sucediera el ataque sería directamente contra los Estados Unidos y no contra países marginales. Por lo demás, la alianza de Cuba, único país socialista de América Latina, con la Unión Soviética la siguen paso a paso el Departamento de Estado, para cuyos responsables este es un hecho que les trae muchos conflictos y que ha originado, en estos contornos americanos, una política inmovilista que ya va por los 15 años. Mientras tanto las relaciones de todo género entre los Estados Unidos y la Unión Soviética se afirman cada vez más en el antagonismo de sus directivas ideológicas. Los rusos y los chinos conocen, a su vez, todas estas realidades y confían en la táctica de la paciencia para ganar terreno en el Tercer Mundo sin ninguna clase de sacrificios catastróficos. Esta actitud sí significa un peligro para los Estados Unidos porque su política de penetración carece de una mística que le haga contrapeso a la de sus adversarios. Esta carencia la reemplazan por el más corruptor de los elementos: el dinero.

Cuando los regímenes militares o semidemocráticos emprenden campañas anticomunistas no obedecen a convicciones íntimas sino a una demagogia importada que saben que siempre produce buenas rentas y seguridad. En América Latina regularmente se realizan campañas anticomunistas en función de oligarquías aliadas al capital foráneo. Estas oligarquías cada vez se alejan más del pueblo y de sus necesidades donde se halla el germen de su muy segura destrucción, pues aportan a su fermento de rebeldía el fuego que la atiza y también su miedo. Muchas de estas oligarquías han sido engrosadas frecuentemente por los despojos de los partidos comunistas locales que han terminado por aceptar, por consejo de Moccú, los procesos políticos democráticos propios del capitalismo, que ellos afirman cínicamente combatir en nombre del más puro marxismo. El folclor político latinoamericano es incomprensible sin toda la gama de las oligarquías anticomunistas y sin la alharaca marxista de los camaradas.

Existen tres zonas de influencia norteamericana muy bien definidas en América Latina: el Cono Sur, el Macizo Central y el Caribe. El Cono Sur está totalmente dominado por los Estados Unidos, sobre todo después de la caída espectacular del gobierno de Salvador Allende en Chile, país éste que hasta entonces gozaba de una recia tradición democrática. El único problema para la dominación total de esta zona por los norteamericanos lo constituye la República Argentina que tarda en caer en las manos directas del ejército, pero que está madura para un largo proceso militar muy semejante al de todos sus vecinos. En esta región neurálgica del continente existe un subimperio, el Brasil, que ha sido creado en todas sus piezas por los intereses norteamericanos para apoyarse sobre sus recursos incontables y su geopolítica e ir dominando lentamente los países que rodean esta vasta zona de influencia: Chile, hoy sometido; Uruguay, Estado tapón, que pasó violentamente de un sistema político auténticamente democrático al pleno dominio de los generales y la policía; Paraguay, vieja y manida dictadura sangrienta y corrompida; Bolivia que, en medio de sus enredos de revolución y contrarrevolución, ya alcanzó la plenitud de la sumisión militar; Perú, que desentona en este mosaico de espadones por el espíritu más o menos nasserista que inspira a sus actuales gobernantes; la República Argentina, que termina su tradición democrática de los tiempos de Sarmiento y Mitre, en manos de una dama que les dejó como triste herencia la misión justicialista del general Perón. En todas estas naciones se siente la presión directa e indirecta del Brasil. El problema de esta dictadura técnica, cuyos generales de turno toman muy en serio su papel de mantenedores del subimperio, es que para serlo efectiva-

mente necesita estar presente en el Océano Pacífico. ¿Logrará destruir la experiencia indecisa y confusa del régimen militar del Perú para seguir en línea recta la ruta natural de su expansión subimperialista? En este ambiente anárquico, a pesar de la fuerza bruta que le da la apariencia de la estabilidad, los pueblos siguen viviendo en la zozobra de la inflación, del desempleo, de la miseria, de la ignorancia, de un crecimiento demográfico incontrolable, de los desmanes de sus generales mesiánicos, de una norteamericanización galopante, en fin, de todos estos elementos efervescentes de una revolución en perspectiva. Las dictaduras acuñadas en las mentiras del progreso no han resuelto ningún problema nacional, por el contrario, todo lo han enajenado con ojos abrillantados por la codicia.

El Macizo Central da al Caribe, *mare nostrum* del nuevo imperio. También el subimperio brasileño se asoma a este antiguo refugio de piratas y bucaneros. Dos grandes naciones lo integran: Venezuela y Colombia, ambas admirablemente situadas en las encrucijadas de América, ricas en materias primas y abocadas con decisión a su destino histórico. El petróleo es el drama inmediato de estos países. El petróleo abunda en las entrañas del suelo venezolano, pero las grandes compañías norteamericanas que lo explotan tienen hundiadas sus raíces en los Estados Unidos. El Presidente Ford y el Secretario de Estado han amenazado con la fuerza militar a los árabes si insisten en su política negativa petrolera. Nunca dijeron, en el momento de sus amenazas, que eran las transnacionales del petróleo las que sacaban los mejores beneficios de este negocio brillante y sucio.

El Norte del Mar Caribe es el más polémico en esta política de zonas de influencia, pues de él forman parte, por derecho geográfico e histórico, los mismos Estados Unidos. Por lo demás, en este mar han instalado las bases militares que les aseguran su supervivencia: el Canal de Panamá y Guantánamo, en Cuba. México cuenta con una larga y dolorosa experiencia por su situación estratégica en este mar. El rumbo que tomó la revolución de Fidel Castro para desplazar la dictadura de Batista apoyada por los norteamericanos, después de los primeros momentos de su euforia tropical, es el resultado de la visión limitada de Washington que no previó, en su tiempo, la posibilidad de la presencia sorpresiva de la Unión Soviética en el mar de su dominio natural. Todos estos errores se cometieron, paradójicamente, en medio de los escándalos de una campaña anticomunista. El hecho es que la Unión Soviética se les incrustó en el flanco más vulnerable de su poderío. También respira en esta zona la República Dominicana, país débil, corrompido por más de treinta años de una dictadura sin escrúpulos, armada y sostenida por los norteamericanos mucho antes de que formularan la doctrina de su fobia anticomunista.

Fidel Castro juega su papel en este charco acongojado, convencido de que es más útil para sus designios revolucionarios el bloqueo a que lo tiene sometido la OEA, ese organismo inefable, y el aislamiento diplomático en que vive, como un tiburón en el agua. Los Estados Unidos sólo cuentan para acabar con el régimen cubano con el poderío de su fuerza militar, el cual nunca lo usarán sino en el caso de que estalle la tercera guerra mundial. 1962 aún está vivo en la memoria del mundo para calcular ahora y siempre cuál puede ser la actitud de las dos superpotencias.

Aparece, por último, en esta zona en que aún pululan pequeñas islas hasta ayer dominadas colonialmente por Inglaterra, Francia y Holanda, Centro América, cinco pequeños palenques pintorescos que no cuentan ni pintan en los planes planetarios de Kissinger. Por lo demás, en lo militar y económico, estas cinco repúblicas están más que dominadas por los Estados Unidos. Sin embargo, la experiencia final de la "honrosa victoria" de Fuster Dulles en Guatemala en 1953, condujo a este país a la anarquía que desembocó en el terrorismo y contraterrorismo, reacciones absurdas que han costado mucha sangre inocente. El hombre fuerte de este mosaico folclórico es el Presidente de Nicaragua, Anastasio Somoza, general graduado de West Point, mantenedor de una dinastía sangrienta, espécimen perfecto del dictador tropical, producto en línea recta de la política intervencionista norteamericana de la década de los años 20, poderosamente rico, su fortuna desmedida ya se hace sentir en toda Centro América con una fuerza destructora que escapa de las manos de este aprendiz de brujo que ha desatado este poderío personal que terminará por consumirlo a él y a su desdichado pueblo.

Este es el panorama latinoamericano en que se asoma la filosofía política, de ambiciones planetarias, de Henry Kissinger. En el imperio mundial que su inteligencia fría plasma esta política no necesita, como sí la necesitó en su tiempo la de Teodoro Roosevelt, el uso de la fuerza bruta para alcanzar sus resultados reales en América Latina. Hace sus cálculos simultáneamente con la organización del Departamento de Estado, el Pentágono y los consejos de la CIA. ¿Tendrá un fin lógico esta nueva filosofía de la conquista de las nociones? Nos tememos que sí lo tendrá, pues aun los movimientos revolucionarios de nuestra época anarquizada suspiran por una paz apacible, la paz de la mediocridad y del egoísmo individualista.

Buena razón tiene Kissinger cuando afirma que "la paz es un sustituto del orden". Hoy como ayer existen hombres y pueblos que mandan y pueblos y hombres que obedecen. El rompimiento de este principio estático constituye el fin de los imperios y el comienzo de

las guerras. Es justamente lo que la filosofía del Secretario de Estado quiere evitar, siguiendo en América la misma línea de conducta que siguió en Europa su maestro, el Príncipe de Metternich, después de la Conferencia de Viena de 1815, donde nació la Santa Alianza que no era otra cosa sino la consagración de los imperios que dominaron el mundo en el siglo XIX. Hay que leer con atención el informe de Rockefeller, de la década pasada, cuyo autor era por entonces un profesor universitario llamado Henry Kissinger, para comprender el sentimiento explosivo que contienen sus ideas y proyectos.

CUBA YA NO ES AMISTAD PROHIBIDA

UN RETORNO A LA SOBERANIA DE NUESTRA AMERICA

Por *Francisco MARTINEZ DE LA VEGA*

ONCE años hace que la Organización de Estados Americanos acordó, naturalmente en Washington, un acuerdo de ignominia, de sumisión, de entrega. Recordamos el ambiente que rodeó esa inolvidable Junta de Cancilleres; su trepidante oratoria, los tropos desvergonzados que pretendían, con invocaciones a Bolívar y a la más pura democracia, justificar la consigna del Departamento de Estado para que los hermanos le dieran la puñalada fratricida a la República de Cuba cuyo régimen se había declarado marxista-leninista y se entregaba a los afanes de construir el socialismo a las puertas casi de la fortaleza imperial. Rodeando el antiguo edificio de la Unión Panamericana, varios cientos de cubanos reclamaban la intervención del ejército yanqui en su patria para derrocar al régimen encabezado por Fidel Castro y en torno a la elegante mesa de debates, no pocos cancilleres pedían, angustiados, una "guerra santa" para salvaguardar los dones de esa impecable democracia que florecía en la Nicaragua de Somoza, en la Guatemala de los militares terroristas y en casi todos nuestros países. El entonces Embajador de México, Vicente Sánchez Gavito, parecía "perro del mal" y cuando los periodistas mexicanos llegábamos a las sesiones, los cubanos anticastristas, pensionados por la Tesorería de los Estados Unidos, lanzaban injurias contra el país, contra su Presidente, Adolfo López Mateos y contra todos aquellos —muy pocos— que habían expresado su repudio a la consigna ordenada por el gobierno norteamericano. Episodio inolvidable por lo abochornante, lo indigno, lo servil. Como se había previsto, la votación que aprobó la iniciativa de la Venezuela de entonces, alcanzó jerarquía reglamentariamente obligatoria. Aun los países que todavía mantenían relaciones con la nueva Cuba estarían obligados a romper, por ese mandato de la OEA, que condicionaba todo ejercicio de soberanía, esas relaciones fraternales. De ese modo, nuestros países renunciaban al derecho elemental de decidir, por sí mismos, la dirección de su política exterior. Chile, Argentina, Uruguay votaron, con México, en contra. Bolivia se

abstuvo. La obligatoriedad del mandato fue, al final, obedecido por todos, con la solitaria y honrosa excepción mexicana. Todos los demás se sometieron al acuerdo, a la consigna. Y por solidarizarse con el Imperio, por no disgustarlo, hicieron añicos sus obligaciones fraternales con Cuba, rompieron todo tipo de relación y se unieron a un "boycott" planeado por Washington para convertir en frustración, en lección histórica, la revolución cubana. Después, la CIA iniciaría sus conspiraciones, sus planes siniestros. Y la invasión de Playa Girón sería, gracias a la decisión del pueblo de Cuba, anécdota sangrienta que robustecería, afianzándola, la revolución radicalizadora en la transformación política, económica y social de la patria de Martí.

Aquella Conferencia de Cancilleres, en 1964, había sido la culminación de un largo, ominoso proceso de los empeños de los Estados Unidos por anular la Revolución de Cuba. En un principio, se creyó que Fidel Castro y sus combatientes de Sierra Maestra querían, sólo, devolver a Cuba la dignidad pisoteada por los Batistas y sus signos ominosos —juego, prostitución, tráfico de drogas— pero que los propósitos se detendrían sin modificar los factores de sumisión, de complicidad con el saqueo y con eliminación de todo intento de independencia política y económica de Cuba. Se vio a Fidel y a sus "barbones" como a una nota pintoresca; como la ingenua rebeldía de preparatorianos conformes con sólo eliminar a Batista y a sus pandilleros pero mantenedores de la misma situación de fondo, sin más anhelo que limpiar la apariencia y los aspectos más obvios y desvergonzados de esa Cuba explotada por sus corruptos gobernantes. Poco a poco, Fidel Castro daba muestras de que sus planes iban más al fondo, más dirigidos a la justicia social que a las fórmulas del simple restablecimiento de una aparente democracia representativa.

Y los funcionarios de Washington empezaron a mostrar su sorpresa primero, su intolerancia después. ¿Un país socialista allí, inmediato a la península de Florida? A su juicio se trataba de un absurdo, de un proyecto demencial. Y ese proceso de tolerancia inicial, de desesperada intransigencia después, tuvo su reflejo inmediato y constante en la Organización de Estados Americanos. Quizás nunca antes, la actual OEA y la desaparecida Unión Panamericana mostraron tan desvergonzadamente su carácter de "Ministerio de Colonias" como en ese proceso de la relación Estados Unidos y la nueva, limpia, heroica Cuba revolucionaria. Ya en 1962, apenas tres años después de la huida de Batista y de la triunfal entrada de los "barbones" de Castro a La Habana, en Punta del Este se había acordado la expulsión de Cuba del seno de la OEA.

Los Cancilleres de Venezuela y Perú se distinguieron en su afán de hacer méritos ante el señor Rusk, entonces Secretario de Estado de Washington. Fue la reunión de la "incompatibilidad"; sostenida por el Canciller mexicano y de los inútiles esfuerzos del de Brasil, Santiago Dantas, quien sostuvo, con singular habilidad parlamentaria, posiciones incomprensiblemente realistas. Pero fue, sobre todo, la reunión donde la voz de la nueva Cuba, por conducto del presidente Dorticós, sostuvo sus claras verdades y dejó constancia de las agresiones norteamericanas y de la limpia decisión del pueblo cubano de hacer uso de su soberanía, con OEA y sin OEA. Recordamos que en la larga mesa de los Delegados, Dorticós quedó frente a Rusk y muy pocas veces hemos sido testigos de una actitud tan digna, tan resuelta, tan clara, de uno de nuestros países frente a la arrogancia del Gigante de nuestro continente.

Sí, no es posible hacer, a propósito de esta fascinante aventura del pueblo cubano, lo que los abogados llamarían una "relación de agravios". Todo este proceso de ignominia por una parte y de heroísmo por la otra tuvo su aparente epílogo en aquella reunión de Washington, en 1964, donde los gobernantes latinoamericanos se exhibieron como lo que, por lo general, es nota permanente en nuestra América: verdugos de su pueblo y esbirros de la potencia imperial.

Pero los tiempos están cambiando y hay en el aire presagios. Los nuevos vientos barren y anulan muchas de las "soluciones" que parecían definitivas. Ahora, apenas hace unas semanas, en San José de Costa Rica, la OEA rectificó con vergüenza, con remordimiento, lo que había considerado definitivo acuerdo hace once años. Ahora, por una votación que rebasó los dos tercios de los Estados miembros, se deja en libertad a cada país para definir su relación con Cuba como su soberanía lo decida. Pero, antes de ese acuerdo, ya muchos de nuestros países habían vuelto la espalda a la consigna del "boycott" y restablecían relaciones diplomáticas, comerciales y de comunicaciones de diversa índole con la amistad prohibida. El acuerdo de la OEA no es una rectificación noble y espontánea: es el reconocimiento de una realidad, la confesión de un fracaso y la proclamación involuntaria de una nueva realidad en la política continental.

Tras de este acuerdo, en todo el difícil camino recorrido desde la obligada ruptura al rescate de la dignidad latinoamericana hay una huella reiterada. Cuando la ruptura, México fue la excepción. Después se enturbió esa actitud, pues aunque se conservó la relación diplomática simbólica, la verdad es que el país que tuvo, con López Mateos, la noble rebeldía de no obedecer el mandato indigno de la

OEA cayó, en la práctica, en el asilamiento, en cierta persistente hostilidad, aunque la Embajada de Cuba en México y la de México en Cuba mantuvieron una protocolaria normalidad. Sin embargo, después de los dos primeros años del nacimiento del régimen de Luis Echeverría, se empezaron a advertir cambios novedosos. México no sólo mantenía las relaciones con Cuba, sino que se mostraba amistoso con el régimen de Castro y el presidente no perdía ocasión de censurar el boicott y la ruptura entre las naciones latinoamericanas y el hermano condenado sin razón, sin justicia, sin justificación. Se fueron estrechando los contactos culturales, comerciales y de toda índole entre México y Cuba. Y poco a poco, el presidente mexicano fue convirtiéndose en el abanderado de la rectificación. En todas partes, Echeverría y sus diplomáticos cambiaban impresiones con los gobiernos de América Latina. El tema de la injusticia cometida con Cuba, la insistencia de la indignidad de esa puñalada dada al hermano, debilitaba la relación de América Latina con los Estados Unidos; la presión de los propios pueblos, aun en países dominados por gobiernos surgidos del cuartel y entregados a la servidumbre de la metrópoli imperial, fueron creando nuevo ambiente. Por su parte, el presidente Echeverría, desde todos los foros internacionales accesibles, denunciaba la injusta relación política y comercial entre los pueblos aún no desarrollados y las potencias. Ocupó así, en plan de constante militancia, la trincheras del "tercer mundo" y presentó la iniciativa de la "Carta de Derechos y Deberes de los Estados" en la UNCTAD III, en un Santiago de Chile aún no ensangrentado por Pinochet, y esa iniciativa recibió la aprobación mayoritaria de la ONU en la Asamblea General de otoño último. Un país iniciador de ese documento que anhela justicia entre la relación de los débiles y los poderosos; un presidente peregrino que por todos los rincones del mundo proclama su posición justiciera, pacifista y respetuosa de la soberanía de todas las naciones, fue también, congruentemente, el más esforzado paladín de esta rectificación de la OEA ante el proceso revolucionario cubano. Consignarlo, reconocerlo así, es simple reconocimiento de una verdad y las diferencias o solidaridades con la política interior del presidente Echeverría no deben influir en el reconocimiento de esa realidad, de esa noble verdad de la actualidad continental.

Después de la votación rectificadora de la Reunión de San José de Costa Rica, el Canciller de México, licenciado Emilio Rabasa, tan frecuentemente despistado en sus actitudes y opiniones, tuvo un acierto feliz: este acuerdo, dijo en estas o parecidas palabras, más que un triunfo de la justicia y de la fraternidad latinoamericana es la recuperación de la soberanía de nuestros países, puesta en entre-

dicho mientras estuviera vigente ese mandato que nos obligaba a someter el atributo de resolver unilateralmente nuestra política exterior a los ordenamientos de la organización regional. En efecto, cuando se promulgó el acuerdo de la ruptura, sólo México, Chile, Argentina y Uruguay mantenían relaciones con el régimen cubano en el ámbito americano. El acuerdo de la OEA fue producto, pues, de quienes ya habían roto esas relaciones y dirigido sólo contra quienes, en uso de un atributo elemental de soberanía, querían seguir manteniendo esas relaciones con la hermana Cuba. Por ello, López Mateos expresó, aún antes de que se cumpliera el plazo para obedecer la orden, que México no la obedecería, como así fue. Por ello, el presidente Echeverría, en uno de los más nobles empeños de su política exterior, se esforzó en limpiar de esa nube de servilismo a la Organización de los Estados Americanos y, sobre todo, a respetar las decisiones soberanas de nuestros países.

Más que en sí mismo, por sus efectos prácticos, esta rectificación de la OEA adquiere jerarquía y trascendencia histórica como testimonio de un cambio en las relaciones continentales. "Se atrevieron a desobedecer", dice el comentarista de un prestigiado diario de París, al referirse a ese acuerdo, cuyo significado fue advertido a pesar de que, en última instancia, el voto de los Estados Unidos se sumó, ya innecesariamente, al de la abrumadora mayoría. Con ese voto o sin ese voto, el acuerdo se configuró con más de los dos tercios de los votos de los Estados miembros.

No por esta rectificación, que tardía y todo tiene, sin embargo un significado elocuente, la OEA se redime de sus pecados de origen y limpia su sucio historial, tan cargado de oratoria vacua como de indignidad ante los intereses de nuestros pueblos. Falta mucho que rectificar en ese organismo regional. Hay que limpiar la atmósfera, anular muchos precedentes vergonzantes. Pero la OEA no es una realidad en sí misma. Es un espejo de la persistente realidad continental, donde muchos gobiernos no son representantes sino verdugos de sus pueblos, virreinos mucho más atentos a servir a la metrópoli que a defender a sus países, aun en sus intereses fundamentales. Pero el proceso reivindicador está en marcha. Las manchas de las dictaduras en el mapa de América no desaparecen, pero se advierten claros síntomas de generalización de los empeños de liberación. Venezuela no se decide aún a la tan anunciada y limitada nacionalización del petróleo, pero hacia allá tendrá que ir, más pronto o más tarde. En Perú, aunque con dificultades internas, el programa nacionalista de la Junta Militar que preside Velasco Alvarado, marcha con firmeza. Se frustró, con la traición y el crimen, la democracia chilena y en Brasil, aunque se advierten ciertos cambios

favorables, aún están cerrados los caminos para el juego de los partidos políticos. En Argentina, los vientos soplan cargados de confusión pero es innegable que es la presión popular, pujante ya, la que pone en dificultades y en crisis la idea frustrada de un peronismo sin Perón y contra los descamisados. Pero en Nicaragua, la familia Somoza sigue afianzando su dominio dictatorial y en muchos otros países, la noche colonialista impera sin amagos, por desgracia, de amanecer. Hay, sí, vientos propicios y las nuevas condiciones mundiales se reflejan, con sus requerimientos de liberación, en todo el ámbito de nuestra América. Pero persisten muchas de las deprimentes realidades del continente. Esa es la situación a la que la OEA, a pesar de todo, no pudo ser insensible. Y, por fin, Cuba dejó de ser la "amistad prohibida".

Ahora bien, reiteradas veces, el Primer Ministro de la Cuba Revolucionaria, Fidel Castro Ruz, ha expresado la decisión de no contar, para nada, con la OEA. Es obvio que la razón le asiste y fundamenta esa decisión. Cuba agradece, seguramente, los esfuerzos de sus amigos, como lo demostrará, en estos días, la recepción que gobierno y pueblo cubanos tributarán a Luis Echeverría, presidente de México y el más notorio arquitecto de esa rectificación de la OEA. Pero Cuba no tiene nada perdido en la OEA; nada que la OEA actual le pueda dar. Por todo ello, el régimen cubano no hizo referencia alguna, en un principio, a la decisión de la Organización de Estados Americanos que rectifica la expulsión y el boicott decretados hace años contra su país. El régimen cubano de nuestros días dejó ya de ser una fascinante aventura de audacia singular para convertirse en una realidad consistente. En el primer día del año 59, mientras La Habana se anticipaba al júbilo de la victoria de la Revolución, Batista y sus paniaguados escapaban abandonando el poder. No habrá ya retorno posible de hombres y procedimientos anteriores a esa expulsión de los corruptos personeros del imperio. Ahora, la tarea ha recorrido mucho camino. Un camino difícil, áspero, con múltiples obstáculos. La construcción del socialismo, la transformación radical de las normas de convivencia no son tarea fácil ni sendero cómodo ni siquiera en el área donde el socialismo surgió a la historia como una realidad concreta. Mucho menos en lo que se consideró, durante tantos años, un fenómeno histórico y geográfico, el establecimiento de un régimen socialista en nuestra América, a las puertas mismas de la catedral del imperialismo.

El proceso de la Revolución cubana será —lo es ya— la descripción del esfuerzo de un pueblo heroico. Cuba se levanta por su propia decisión, contra todas las predicciones de los prudentes, de los fanáticos de la teoría, pero desconfiados y temerosos de la

praxis que esperan y esperan, indefinidamente las "condiciones objetivas" calificadas por su timidez, para la renovación radical de su sociedad nacional. Ahora, Cuba es lección, ejemplo, esperanza para muchos, advertencia de la historia, tan amenazante para quienes en la conformidad y en el temor a los cambios prolongan la inalterabilidad de las normas injustas de convivencia, tanto en el ámbito interno como en el internacional.

Esta rectificación de la OEA nos debe hacer reflexionar a todos. El mundo marcha a la izquierda. Por todos sus rincones y de acuerdo a conceptos y procedimientos diferentes, se multiplican los esfuerzos de liberación de los explotados. La realidad ominosa persiste en gran parte, pero la victoria de Vietnam, el reconocimiento de las realidades actuales, hecha de grado o por fuerza por el presidente Ford en Helsinki; la revolución de Portugal, aún en proceso inicial de confusión y contradicciones, planta en la Europa occidental los rotundos empeños socialistas y, toda proporción guardada, la rectificación del ominoso acuerdo de la OEA, que encadenaba a todo el continente a la agresión y a la hostilidad intransigente e irrazonable a la nueva Cuba, definen la dirección de la historia; los requerimientos de la época y anuncian nuevo clima y renovado ambiente en la convivencia humana.

El canciller brasileño Dantas, en la reunión de Punta del Este, antes de la expulsión decretada contra Cuba, decía que había que ser realistas, que el socialismo no era un fantasma irreal, un mito idealista en el hemisferio americano; que había proclamado ya su realidad en nuestra América. Entonces aún no se hablaba de "pluralismo" pero —decía Dantas— la realidad es de reconocimiento obligado, nos agrada o nos disguste, nos llene de júbilo o de temores. Desconocer entonces a Cuba, expulsarla y rodear la isla de un cinturón sanitario sólo será una muestra de nuestra ceguera, frente a los hechos y, por supuesto, de nuestra incapacidad política. Poco después moriría el Canciller brasileño. Hoy, vería confirmadas sus previsiones y justificados plenamente sus razonamientos. Sus palabras fueron certero anticipo de la historia.

Quizás, por lo pronto, los países que negaron su voto a la proposición de Echeverría en la Reunión de San José de Costa Rica, no varíen su intransigencia y se nieguen a abrir los ojos a la realidad como también coincidirán en esa negativa actitud no pocos de los países que dieron, obligados por las circunstancias, su voto afirmativo al acuerdo rectificador. Pero Cuba está, por ahora, más allá de esas negaciones. Su juventud, forjada en las disciplinas durísimas de la creación del socialismo, ha logrado posiciones irreversibles para su patria. Como mexicanos, estamos orgullosos de que

México haya sido la solitaria excepción en la ruptura y el paladín de los esfuerzos de rectificación. López Mateos y Luis Echeverría unen, así, su nombre a estas nobles actitudes y logros de la política internacional de nuestro país. Se trata, a no dudarlo, de uno de los empeños de mayor jerarquía y trascendencia en la verdadera liberación política y económica de nuestros países latinoamericanos.

México, D. F., a 11 de agosto de 1975.

LA CONFERENCIA MUNDIAL DE POBLACION DE 1974

Por *Antonio CARRILLO FLORES*

I

EL estudio científico o técnico de los problemas demográficos no es un empeño reciente en la comunidad internacional: así lo demuestran las actividades que tuvieron lugar ya en la antigua Sociedad de las Naciones (1920-1946), y posteriormente en la Organización de las Naciones Unidas, que nació de la Conferencia de San Francisco de 1945. Al constituirse el Consejo Económico y Social, conforme a la Carta de la ONU, una de las primeras comisiones que se crearon fue la de Población, pero en el claro entendido de que en ella no se abordarían cuestiones de carácter político. Durante muchos años la Comisión de Población se ocupó fundamentalmente de recopilar e interpretar —con el auxilio de una pequeña división del Secretariado— datos estadísticos.

En la Organización Internacional del Trabajo, en la UNESCO, en la FAO, en la Organización Mundial de la Salud y en el Banco Internacional, cuerpos autónomos de las Naciones Unidas que tienen a su cargo áreas especiales relacionadas con la cooperación internacional, la preocupación por los problemas de la población se manifestó antes que en el órgano rector, la Asamblea General de las Naciones Unidas; tal vez porque en estas instituciones los problemas a su cargo —las necesidades de proporcionar empleo, servicios educativos, sanitarios, de alimentos o de financiamiento para el desarrollo— pesaban más que las controversias puramente ideológicas que por tanto tiempo dificultaron un tratamiento objetivo de estas cuestiones. No eran solamente las discusiones entre "marxistas" y "malthusianos" (o "neomalthusianos"), sino las preocupaciones de carácter religioso y los tabúes —u obstáculos— de carácter cultural vinculados con todo lo que mira a la función sexual y reproductiva de los seres humanos.

Además, salvo en Asia, hasta que se conocieron los resultados de los censos de 1950, no parecía claro que el crecimiento de la población pudiese crear un problema serio para la humanidad. Ni

menos aún el crecimiento urbano. Al contrario, por razones de poderío político o militar, de desarrollo económico —“a más gente más mercado”— y aun de prestigio, se consideró axiomático que si alguna tarea tocaba al Estado era procurar el aumento *natural* de la población. (Pues con respecto a la migración las dudas empezaron en muchos países aún antes de la Primera Guerra Mundial.)

En cuanto a los alimentos, todavía en la década de los cincuenta —el primero de vida de la FAO— el temor de los países productores era que los más importantes acumularan excedentes que amenazaran la economía de áreas que estaban esforzándose por mejorar el nivel de vida de sus productores.

Fue a principios de la década de los sesenta cuando se advirtió que en “el mundo en desarrollo” —en conjunto, sin perjuicio de casos o situaciones excepcionales— la mortalidad estaba reduciéndose en tanto que la natalidad tendía a mantenerse en sus altos niveles tradicionales. Fue así como en 1962 la Asamblea General de la ONU, tras animado debate, aprobó una resolución reconociendo que el desarrollo económico y el crecimiento demográfico son dos procesos interrelacionados, que deben guardar equilibrio si los pueblos desean proporcionar a los suyos educación, trabajo y un nivel de vida razonable, incluyendo el cuidado de la salud y el bienestar de las familias.

Se proclamó desde entonces un principio que nunca se ha discutido después, y que hizo posibles los avances posteriores: que es responsabilidad indeclinable —soberana— de cada gobierno tomar sus propias decisiones y en su caso formular sus programas en estas sensitivas materias.

1965 fue otro año crucial. Durante él tuvo lugar en Belgrado la Segunda Conferencia sobre Población, todavía de carácter no gubernamental (la primera se había efectuado en Roma en 1954). Se ensayaron ya proyecciones para el año 2000: se consideraba que la población mundial fluctuaría entre 4 y 5 mil millones de habitantes. (La realidad es que viven ya ahora en el planeta casi esos 4.000 millones). Con sorpresa para muchos, en Belgrado los expertos acordaron recomendar a sus gobiernos que diesen a las parejas que lo desearan información que les permitiera tener sólo los hijos deseados y que la cooperación internacional para investigación y la de carácter técnico debería estar disponible para los países que la solicitaran.

También en 1965 la Asamblea de la OMS autorizó la prestación de asistencia técnica en los aspectos sanitarios de la regulación de la fecundidad; pero al llegar el mismo tema a la Asamblea General de la ONU en ese mismo año, no logró aprobarse una propuesta

que en ese sentido formularon 15 países de Asia, Europa, el Oriente Medio y uno de Africa. (Ningún país latinoamericano figuró entre los promotores).

Sin embargo, después de la Conferencia de Belgrado la evidencia de los hechos se fue imponiendo y en 1966 la Asamblea General aprobó por unanimidad que la organización prestase servicios de asistencia técnica a sus miembros en asuntos de población, aunque subrayando que sería sólo a petición de los países interesados y tomando siempre en cuenta las diferencias regionales y nacionales. El Secretario General U Thant, originario de un país asiático, Birmania, con apoyo de esa resolución autorizó, a mediados de 1967, la creación, mediante contribuciones voluntarias, del que es ahora el Fondo de las Naciones Unidas para las Actividades en Materia de Población, que coopera ya con más de 100 países, de todos los sistemas políticos y económicos.

II

1968 marcó otro hito en esta materia con la celebración de la Conferencia de Teherán sobre Derechos Humanos, en la que se adicionó la Declaración de París de 1948, enunciándose el derecho fundamental que tiene cada pareja para determinar el tamaño de su familia y para espaciar a sus hijos. Esta resolución habría de ser vigorizada por una de la Asamblea General de la ONU de 1969, denominada del "Progreso Social", en que además se reconoció el derecho de las personas no nada más a recibir la información, sino además los medios adecuados para el ejercicio libre y responsable de la paternidad (o de la maternidad, se diría ahora).

En este proceso, previo a la Conferencia Mundial de 1974, debe citarse la resolución acerca de la Segunda Década de las Naciones Unidas para el Desarrollo en que se hace una proyección para el crecimiento demográfico del "tercer mundo" de 2.4% anual, ligeramente inferior al de ahora, en el supuesto implícito de que a través de sus políticas demográficas, de la cooperación internacional y de la declinación de la natalidad que apunta en algunas de las naciones más populosas, pudiera haberse iniciado un periodo de más lento pero sostenido crecimiento de la población mundial.

III

CON esos antecedentes, y tras de una preparación de más de dos años, se celebró en Bucarest, en agosto del año pasado, la

Tercera Conferencia Mundial de Población auspiciada por las Naciones Unidas, y la primera de carácter político.

Los objetivos básicos de la misma fueron dar a conocer a todos los países participantes, 137 en total, las últimas estimaciones acerca de los distintos procesos demográficos —crecimiento total, distribución, crecimiento urbano y migraciones internacionales— e invitarlos a discutir y a aprobar un Plan Mundial de Acción, cosa ésta que se logró por consenso, del cual sólo se separó la Santa Sede por motivos respetables pero muy concretos.

La Conferencia, precedida por simposios de carácter científico y por 5 consultas regionales, en que tuvieron oportunidad de participar todos los estados miembros de las Naciones Unidas, tuvo un carácter todavía más acusadamente político de lo que se había previsto. Este hecho es explicable en gran medida por la coyuntura en que tuvo lugar la Conferencia, cuando hacían crisis problemas que como el monetario, el de los energéticos, el de los alimentos, el de los fertilizantes, el de mar y otros más, venían gestándose por lo menos desde hace 20 años. Los países del tercer mundo habían formalizado sus demandas en la primavera del año pasado, proclamando la necesidad de un "nuevo orden económico internacional", y el Presidente Echeverría, ante la III UNCTAD, celebrada en Santiago de Chile, había planteado la necesidad de una Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados que elevara a compromisos jurídicos las aspiraciones que el tercer mundo había ido concretando de tiempo atrás. La afirmación de la plena soberanía de los países sobre sus recursos naturales, la adopción de normas más justas en el comercio internacional, la defensa de las precios de las materias primas, la reforma del sistema monetario con participación verdadera de los países en desarrollo, principios más justos para la transferencia de tecnología, el otorgamiento de créditos sin ataduras para el desarrollo; esas aspiraciones y otras más habían encontrado el apoyo prácticamente unánime del mundo pobre, el respaldo de algunos países desarrollados, pero la firme oposición de otros, particularmente en lo que toca a reconocer la jurisdicción nacional para las controversias derivadas de las nacionalizaciones que los pueblos en desarrollo creyeran indispensable llevar a cabo, así como en contra de los entendimientos entre productores de materias primas.

La Carta de Deberes y Derechos Económicos de los Estados finalmente se aprobó por abrumadora mayoría en la Asamblea General de diciembre de 1974. En Bucarest una resolución la había apoyado, mas "el nuevo orden económico internacional" hizo que en la sesión de clausura en la capital de Rumania varios países desarrollados

expresaran reservas que no tocaban, es cierto, los principios del Plan Mundial de Acción en lo concerniente a sus recomendaciones de carácter demográfico, pero que no dejaron de influir el ambiente en que el Plan mismo se discutió.

IV

HE dicho que los problemas de la población durante más de un siglo estuvieron influidos por agudas controversias de carácter ideológico. Aunque sería inexacto afirmar que esas controversias han terminado, me atrevo a pensar que son ya pocas las personas informadas, cualesquiera que sean sus convicciones en materia política, que disputen la verdad del sencillo principio que norma la política china y que escuché repetidas veces de funcionarios responsables de la República Popular: "No se puede planificar una economía si no se planifican los nacimientos". Por eso considero un logro muy auténtico el consenso alcanzado en Bucarest para un Plan Mundial de Acción en materia de población; lo cual, como explicaré, no supuso afirmar que las políticas demográficas puedan desvincularse de las políticas de desarrollo.

La población del mundo crece a la tasa más alta que haya tenido nunca: 2% anual. Esto significa que para el año 2000 la población de la tierra, en el supuesto de que continúe la tendencia de descenso en las tasas de fecundidad que parece haber apuntado en ciertas regiones, bien puede ser de 6,500 a 7,000 millones. Lo preocupante, como bien se sabe, es que la tasa de crecimiento en el mundo de los pobres es más del doble que en los países de alto desarrollo económico.

La complejidad no termina ahí: en Latinoamérica, para citar el ejemplo que más nos interesa, México y los países ístmicos crecen mucho más de prisa que el resto de la región —más de 3% al año—, en tanto que Argentina y Uruguay tienen muy bajas tasas de crecimiento, comparables con las que existen en las naciones altamente industrializadas. Es así natural que las actitudes de los países varíen: Argentina desea que su población crezca y Brasil, con sus enormes reservas de tierra y recursos naturales, no está preocupado ante la posibilidad de que su población, que es ahora de más de 100 millones de habitantes, pueda duplicarse en 25 ó 30 años. Por otra parte, es también natural que México después de observar por casi 20 años su proceso demográfico, y especialmente el rápido crecimiento de la población, que el Presidente Ruiz Cortines señaló ya en mayo de 1954, finalmente optase hace dos años por una política de población en el marco de sus esfuerzos por alcanzar un

desarrollo integral y compartido. Algunas de las recomendaciones aprobadas en Bucarest han quedado ya incorporadas a la Constitución mexicana, específicamente el derecho de cada individuo para determinar de una manera libre, responsable e informada, el número y espaciamiento de sus hijos, así como la completa igualdad entre hombres y mujeres; tema este último que sería el objeto central de la Conferencia Mundial del Año Internacional de la Mujer que tuvo lugar en la segunda quincena de junio de este año.

El consenso logrado en Bucarest, muy real en lo que toca a las recomendaciones relativas a políticas demográficas, es revelador de que ha nacido ya una conciencia universal sobre esas materias específicas, impuesta por las realidades contemporáneas; a pesar de que en otras áreas, ya mencionadas, las controversias siguen entre los países ricos y los pobres, sin que pueda anticiparse cuándo y cómo habrán de terminar.

Todas las naciones, especialmente las del hasta hoy llamado tercer mundo, defendieron con gran vigor su derecho soberano en todo cuanto toca a sus políticas poblacionales. Ello es lógico: en muchos de esos países la Conferencia Mundial de Población provocó muy profundas suspicacias cuando fue convocada por el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas. Pienso que esas suspicacias son ahora mucho menores, pero sería ingenuo afirmar que han desaparecido por completo. Las declaraciones hechas en Bucarest, inmediatamente después de la aprobación del Plan Mundial de Acción, muestran que algunos países —y entre ellos China, el más populoso de todos— continúan preocupados con la idea de que algunos estados pueden tratar de imponer —o al menos de presionar con las armas económicas de que disponen, como la prestación de asistencia financiera o los alimentos— a los países pobres para que sigan políticas demográficas de carácter francamente restrictivo o que inclusive pudieran ser violatorias de los derechos fundamentales del hombre.

Con toda honestidad creo que quien estudie, así sea someramente, las resoluciones aprobadas en Bucarest, no puede compartir estos temores. Sin embargo debe señalarse que inclusive entre los países que es usual llamar en proceso de desarrollo, el sentido de urgencia no se expresó con igual intensidad en Asia que en África o que en Latinoamérica que, como he explicado ya, ofrece en estas como en otras materias, una enorme diversidad. En los países de Asia, las controversias fueron fundamentalmente de naturaleza política: en algunos de los mayores fue evidente, a mi juicio, que su actitud de la Conferencia estuvo determinada por su necesidad de atender a presiones políticas muy reales y de signo contradictorio: no deseaban

antagonizar, por obvias consideraciones políticas, a los miembros más influyentes del que sigue llamándose "Grupo de los 77", aunque ahora lo compongan más de 100, pero al mismo tiempo no podían olvidar ciertos hechos muy reales, como la incertidumbre, y en algunos casos la angustia, con que sus pueblos miran los problemas de la alimentación, de los fertilizantes y de los energéticos. Así se explica que cuando las naciones de Asia discutían entre ellas mismas, en Bangkok, antes de la Conferencia, las cuestiones poblacionales, sin la presencia de China, pero sí con la de Estados Unidos, que continúa siendo miembro de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para el Lejano Oriente, aprobaran recomendaciones, como las relativas a la fijación de metas cuantitativas para el crecimiento demográfico, que después calladamente dejaron morir en Bucarest ante la vigorosa oposición de los países más activos del mundo en desarrollo.

Los hombres de ciencia que estuvieron en la capital de Rumania, ya como miembros de las delegaciones o como observadores, se mostraban algunas veces nerviosos, cuando no francamente desconcertados, ante estas contradicciones, en tanto que los políticos estaban mejor preparados para comprenderlas. En este sentido es satisfactorio que los expertos, pasado el desconcierto inicial, empiecen a mostrar una comprensión más clara de estas contradicciones. Wendy Dobson, de Canadá, para mencionar a uno de los más lúcidos representantes de la comunidad científica e internacional y que jugó un papel decisivo en Bucarest como relatora del grupo que redactó el texto final del Plan Mundial de Acción, escribió en una reciente monografía lo que sigue: "La retórica de Bucarest debe también confrontarse para su justa comprensión, mirando lo que las naciones han hecho, independientemente de lo que ahí dijeron. China es un ejemplo típico de un país cuya práctica difícilmente se ajusta al texto de los discursos que sus representantes produjeron, al igual que un número de países africanos, muchos de los cuales participaron en el ataque dirigido por Argentina y Argelia principalmente, en contra de los programas de planificación familiar. Cuando salí de Bucarest, viajé hacia París en el mismo avión de la delegación china, lo cual me dio ocasión para una discusión con los chinos en un ambiente menos tenso que el que había en el grupo de trabajo. En esta atmósfera informal, un representante de la República Popular convino en que el debate podría ser sintetizado así: no se trata de optar entre el desarrollo o la planificación familiar, sino de que ambos se conjuguen en diferentes ambientes culturales y socioeconómicos".

La Conferencia de 1974 dio a los políticos y a los hombres de

ciencia la primera oportunidad de hablar los unos con los otros acerca de los problemas de la población en un contexto internacional y en muchos casos también en un contexto nacional. Ambos, estoy seguro, aprovecharon la experiencia.

Un punto que deseo señalar, así sea de paso, es este: que la tasa de crecimiento nacional es sólo uno de los problemas poblacionales. Otro muy importante es el del crecimiento de las ciudades. Prácticamente en todos los países, con la probable excepción de China, las ciudades están creciendo aún más aprisa que su población nacional. Este proceso está conectado con todos los procesos de la modernización: en general las gentes que viven en las áreas rurales creen que su suerte se mejora mudándose a las ciudades, lo cual no es verdad en muchos casos. Pero el drama está en que las condiciones de vida en el campo son a veces tan precarias que están dispuestas a correr la aventura, a pesar de que carecen en múltiples ocasiones de la preparación más rudimentaria para enfrentarse a las complejidades de las urbes contemporáneas.

La Conferencia de Bucarest básicamente persiguió 4 propósitos:

1) Enfrentar a los países con los hechos. Infortunadamente hay todavía muchas áreas de misterio y de ignorancia en estas materias, sin que esto implique negar que las zonas de conocimiento son cada vez mayores, como en todas las ciencias que se ocupan de los fenómenos sociales;

2) Invitar a esos mismos países al intercambio de experiencias, a que supieran de los éxitos y también de los fracasos que ha habido tratándose de políticas demográficas;

3) Alentar a cada país a definir su política, pero, y esto es de la mayor importancia, *integrándola en el marco más amplio de sus políticas económicas y sociales*. Aún antes de que la Conferencia principiara, había ya conciencia del hecho de que ninguna política poblacional puede triunfar si no está apoyada por un esfuerzo equilibrado para mejorar el nivel y la calidad de vida, y

4) Finalmente hallar vías y medios para vigorizar la cooperación económica sobre problemas de población. El Plan Mundial de Acción aprobado en Rumania, menciona tres categorías específicas de cooperación internacional: investigación, cambio de información y asistencia técnica y financiera. El Plan insiste enfáticamente en que la cooperación técnica y financiera sólo podrá darse a petición del país interesado y que deberá respetarse la diversidad de situaciones históricas, políticas y culturales. Ello hizo posible el consenso.

Ahora todos los países aceptan el derecho fundamental proclamado en Teherán en 1968, de que los individuos y las parejas, cualquiera que sea la naturaleza del vínculo que los una, tienen el

derecho a obtener de sus gobiernos información adecuada, los medios y los servicios necesarios para el espaciamiento de sus hijos. Ello no significa, sin embargo, que se haya desconocido la importancia de la familia como la célula social básica y así también, en su propia esfera, lo indican las reformas de que fue objeto, como ya dije, la Constitución de México.

Todos los participantes estuvieron de acuerdo en el respeto a los derechos humanos básicos y adoptaron vigorosas recomendaciones para elevar la condición jurídica y social de las mujeres, haciendo realidad el ideal inscrito en San Francisco en 1945, de que cese en contra de ellas toda discriminación.

El llamado "nuevo orden económico internacional", declarado por la Asamblea General de las Naciones Unidas en abril de 1974, y que será materia de los debates de la sesión especial de 1975, fue la causa de las discusiones más vivas que tuvieron lugar en Bucarest, como lo sería también en la Conferencia del Año Internacional de la Mujer. Después de que el Plan Mundial había sido aceptado, diversas naciones industriales consideraron necesario anunciar que seguían en contra de ciertos aspectos de dicho "orden". Esta controversia continuó después de Bucarest, a tal punto que Estados Unidos, que había sido uno de los países más interesados en la celebración de la Conferencia, emitió un voto de abstención en la resolución aprobada el último diciembre por la Asamblea General de la ONU elogiando los resultados del evento. La razón fue que el acuerdo aprobado por abrumadora mayoría en la Asamblea, consideraba que el Plan Mundial de Acción era uno de los instrumentos para poner en ejecución el nuevo orden económico.

Con el paso del tiempo, casi un año ya, es posible hacer una valuación tentativa de los resultados de la Conferencia de Bucarest. Yo lo haré poniendo énfasis en el punto de vista de América Latina: nuestra región fue la primera, en abril de 1974, en San José de Costa Rica, en abordar, con un criterio predominantemente político, las cuestiones que meses más tarde serían examinadas en la capital de Rumania. Para un latinoamericano no fue, pues, sorprendente que la política jugara tan importante papel en Bucarest. Sin embargo, aparentemente sí lo fue para las delegaciones de muchos países, según los escritos de la señorita Dobson, a los cuales ya me referí, y para organizaciones tan respetadas internacionalmente como el Consejo Nacional de Población de los Estados Unidos.

Los latinoamericanos que participaron en la preparación de la Conferencia, y en especial yo, en la calidad que tuve de Secretario General, y que me llevó a más de 30 países de todo el mundo, sabíamos que muchas naciones, del este, del oeste, del norte y del sur, tenían serias dudas acerca de la Conferencia. China práctica-

mente no participó en su preparación y no fue sino unos cuantos meses antes del evento, durante la visita que hice a Pekín, cuando aceptó la invitación para asistir. El día anterior a la inauguración de la Conferencia, la República Popular de China pidió a las Naciones Unidas que no distribuyesen ningún dato estadístico ni hiciesen ningún comentario acerca de la política poblacional de China.

La reunión de Rumania tuvo lugar cuando muchos de los problemas más graves de nuestro tiempo llegaban a su punto de crisis. Esta es la explicación más sencilla y honesta que puede darse al hecho de que la mayor parte de las delegaciones de África, de Asia y Latinoamérica no aceptaran limitar sus intervenciones y propuestas al campo de lo que los demógrafos y la Comisión de Población de las Naciones Unidas habían definido como "políticas demográficas"; esto es, aquellas a través de las cuales una nación trata de influir, por medio de la acción del gobierno, sus variables estrictamente demográficas: crecimiento, distribución, movimientos migratorios internacionales e internos y estructura de la población.

Entre los tremendos problemas mundiales de carácter no demográfico que no pudieron mantenerse fuera de las salas de nuestra conferencia, está la preocupación creciente por la reordenación de los factores económicos internacionales de modo de que sirvan mejor a los intereses de las naciones en desarrollo. Dentro de este contexto los problemas de la población se miran como una consecuencia del inadecuado crecimiento y de las inequidades económicas internacionales. Esto explica que la mayoría de los países participantes rechazaran el planteamiento convencional y simplista de que basta con tratar de reducir el crecimiento demográfico para resolver los problemas de la pobreza. De manera similar, rechazaron las interpretaciones, que habían sido aceptadas todavía en la Conferencia de Estocolmo de 1972, de que el crecimiento demográfico sea causa independiente y principal del deterioro del ambiente humano. Esa misma mayoría, de países en desarrollo, a la que en ocasiones se sumaron algunos países de alto desarrollo económico, en especial Suecia y en este punto concreto El Vaticano, hicieron triunfar la idea de que vinculadas como están con la pobreza, las políticas de población, cuya justificación intrínseca no se puede negar, tendrían éxito sólo en la medida en que en lo interno y en lo internacional se logre una mejor distribución de la riqueza. La fórmula, inicialmente expuesta por *The Times* de Londres, de que el mejor anti-conceptivo es el desarrollo, habría de ser repetida por el Jefe de la Delegación de la India; país por cierto comprometido desde hace más de 20 años en políticas de población cuyo éxito es difícil de valorar todavía.

Si la Conferencia de Bucarest se hubiese limitado a los problemas de la población en sentido estricto, indudablemente que los hombres de ciencia que cultivan las distintas disciplinas conectadas con esos problemas, especialmente los demógrafos, se hubieran sentido más satisfechos con los resultados obtenidos. Pero no podemos engañarnos. En 1974 o en 1975 es imposible reunir una Conferencia Mundial de Población y esperar que los políticos vayan a dejarse guiar por los hombres de ciencia o por los eruditos acerca de lo que ellos deben o no deben discutir.

Hoy la opinión que parece estar dominando es la que sostuvo Maurice Strong, Secretario General de la Conferencia de Estocolmo, en un documento reciente: "Cuando se considera que aun en países como Estados Unidos el tema de la población ha sido tan controvertido que sólo muy recientemente ha sido posible hablar de él en términos de la necesidad de tener políticas nacionales sobre ella, es sin duda notable el grado de consenso internacional que surgió de Bucarest. Logró más de lo que cualquiera hubiese creído posible hace apenas pocos años. En la perspectiva del futuro próximo estoy seguro que la Conferencia se mirará como el inicio de una época: forzó a muchos países a confrontar por primera vez, a los más altos niveles políticos, las implicaciones de su crecimiento demográfico sobre sus programas de desarrollo".

En resumen:

1. La Conferencia puso de manifiesto la gran diversidad de situaciones demográficas que existe entre las naciones y las diferentes regiones del mundo, así como la relación que existe entre el desarrollo económico y la modernización social y la racionalización de los procesos demográficos, especialmente del comportamiento reproductivo;
2. se respetó escrupulosamente la soberanía de todos los países. En consecuencia nadie salió de Bucarest obligado a seguir políticas determinadas; aunque sí convinieron todos en la necesidad de adoptar políticas demográficas, no como sustituto de su política de desarrollo, sino como parte de ésta;
3. no hubo voz disidente con respecto a que toda política demográfica debe salvaguardar los derechos fundamentales del individuo; pero la gran variedad de culturas que hay en el mundo impide que algunos de esos derechos tengan el mismo alcance o contenido en todos los países. Por eso tratándose del aborto, por ejemplo, la Conferencia no se consideró capacitada para hacer ninguna recomendación específica;
4. numerosos países, entre ellos, es justo decirlo, algunos de los desarrollados, hicieron notar la enorme discrepancia en la distri-

bución de recursos naturales entre los ricos y los pobres. Esta disparidad coloca sobre las naciones ricas la obligación política y moral de no hacer más amplia la brecha que las separa de los países pobres. En cuanto a los países en desarrollo, se consideró necesario abandonar la falsa idea de que pueden aspirar a alcanzar los niveles de consumo que prevalecen en Estados Unidos, en Europa Occidental y en general en el mundo altamente desarrollado;

5. la autoridad de los estados, de todos los estados, es inferior en materia de población de la que pueden ejercitar al tratar otros problemas, en especial los del medio ambiente: una nación puede prohibir el establecimiento de una fábrica, castigar a quien contamine la biosfera, los ríos o los mares. En contraste, es poco lo que puede hacer para influir a sus habitantes en su conducta reproductiva o en sus migraciones del campo a las ciudades o al extranjero, excepto a través de la educación, de los servicios sanitarios o de la persuasión. Los cambios en los patrones culturales influyen la conducta humana más que la acción gubernamental; aunque ello no impidió que hubiese un reconocimiento unánime de que las políticas demográficas son un campo legítimo de acción del estado contemporáneo. La condición que todos pusieron fue que en el ejercicio de esa responsabilidad no debería de haber presión alguna del exterior;
6. el plan proclama la necesidad de la cooperación basada en la "coexistencia pacífica de los estados con distintos regímenes sociales". Es alentador que el Fondo de las Naciones Unidas para las Actividades de la Población esté cooperando ya lo mismo con países de economía mixta o de mercado como con países socialistas, entre éstos, con Cuba. Ello, creo yo, ayudará a acabar de disipar las preocupaciones ideológicas a que me he referido antes.

Nadie podrá ser acusado ya de neomalthusiano porque le preocupe que la producción de alimentos esté quedándose atrás ante el crecimiento de la población en vastas áreas del planeta; como tampoco podrá afirmarse que una persona es marxista si cree que sin cambio social y sin desarrollo es poco lo que un estado puede hacer para influir la fecundidad de sus mujeres o la migración de su gente. (Esto fue expresado en la Tribuna por el señor John D. Rockefeller que ciertamente no es un marxista).

Por otra parte, no debemos subestimar la magnitud de las tareas que confrontan muchos países y gobiernos. La responsabilidad fundamental, como es natural, reposa en los hombros de cada nación, pero nadie puede dudar que algunas tendrán muy pocas esperanzas de triunfar sin la cooperación del resto del mundo.

Sé, como todos, que estas horas son indudablemente de las más difíciles e inciertas desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial. Estoy seguro de que en estos años, dentro y fuera de las paredes de las Naciones Unidas, se oirán duras recriminaciones entre los dos, tres o cuatro mundos que ahora existen. Esto es inevitable. Es por eso un reto a la madurez de los hombres de buena voluntad de todo el mundo mirar más allá del presente periodo de confrontación entre los países pobres y los ricos y unir esfuerzos para las buenas causas capaces de vigorizar el espíritu de cooperación en aquellos campos en que la cooperación es posible.

Uno de ellos es sin duda el que cubren las recomendaciones contenidas en el Plan de Acción aprobado en Bucarest. El que muchas de esas recomendaciones sólo puedan fructificar a largo plazo no debe ser motivo de desaliento. Al contrario debe llevar a redoblar paralelamente los esfuerzos encaminados a atender las necesidades de poblaciones que en vastas áreas del planeta, y particularmente en las más pobres, es irremisible que crezcan por muchas décadas todavía. Parte de ese esfuerzo puede implicar cambio de estructuras sociales; nada más que este cambio ya no es tarea internacional. Corresponde a la exclusiva responsabilidad de cada pueblo.

No deseo terminar este artículo sin indicar que el Plan Mundial de Acción aprobado en Bucarest enfáticamente declara que preocupante como es sin duda el acelerado crecimiento demográfico en la mayor parte del mundo en desarrollo, toda acción política debe partir del reconocimiento de que "el pueblo es lo que más vale de todas las cosas del mundo", por lo que "la reducción de la morbilidad y de la mortalidad en la mayor medida posible constituye un objetivo importante de toda sociedad humana y debe alcanzarse junto con el desarrollo social y económico en general". Convencido como estoy de que ha perdido significado frente a los problemas de este tiempo la vieja polémica entre marxistas y malthusianos, no puedo dejar de señalar qué larga distancia separa estas nobles declaraciones del documento de Rumania con algunos de los conceptos emitidos en el célebre ensayo que publicó en 1798 don Tomás Roberto, particularmente con su brutal declaración:

Un hombre que nace en un mundo que está ya en posesión de otros, si no puede obtener su subsistencia de sus padres... y si la sociedad no desea su trabajo, no puede reclamar como derecho la más pequeña porción de alimentos; en realidad nada tiene que hacer donde está. En el gran banquete de la vida, no hay cubierto vacante para él.¹

¹ Citado en John M. Keynes, *Essays in Biography*, The Morton Library, 1951, p. 106.

RETRATO POLITICO DE LA CEPAL

Por *D. Alonso CALABRANO*
y *Bruno Z. SOTO*

Introducción

CUANDO llega a nosotros un "Estudio Económico de América Latina, 1973"¹ en cuya portada aparece el sello de las Naciones Unidas, espontáneamente tal vez nos sentimos llamados a dos reflexiones: que la obra encierra un riguroso trabajo técnico de análisis de las causas profundas de la situación económica de los pueblos latinoamericanos; y, en segundo término, que dicho estudio se caracteriza por un alto grado de objetividad, correspondiente con el prestigio de la organización internacional que lo patrocina.

El propósito del presente artículo consiste en poner a prueba tales impresiones.

Los autores no somos economistas. De aquí que no intentemos efectuar un análisis técnico de un estudio técnico, sino un análisis político de una obra cuyo carácter descamos determinar. Político, porque no somos neutrales, ni podemos ni queremos serlo en un continente marcado por la miseria, el analfabetismo, el hambre, la explotación, la violencia y las tiranías impuestas por los monopolios; y, en un mundo profundamente dividido entre las fuerzas de la paz y el progreso, de un lado, y las fuerzas de la agresión y el retroceso, del otro. Estos hechos no pueden ser callados, tampoco disfrazados, ni interpretados en nombre de (la ciencia o) la neutralidad. Mucho menos en el de la "democracia" o la "libertad".

LOS AUTORES

México, 29 de julio de 1975

¹ "Estudio Económico de América Latina, 1973" Comisión Económica para América Latina (CEPAL) ONU, Nueva York (1974).

I

*Realidad, Objetividad y Neutralidad
en la Época Actual**a. Caracterización General de la Época*

LA época que nos ha correspondido vivir se puede caracterizar sucintamente:

- 1) Nuestra época es la del tránsito del capitalismo al socialismo a escala mundial. Es la época del derrumbe del Imperialismo.
- 2) Los éxitos del sistema socialista mundial, de la lucha antimonopólica de la clase obrera de los países capitalistas y los avances del movimiento de liberación nacional constituyen las tres grandes corrientes de la lucha antiimperialista contemporánea.
- 3) El capitalismo en su fase imperialista se revela en nuestra época como el peor enemigo de todos los pueblos del mundo. Al respecto cabe indicar que al comenzar el último cuarto del siglo XX el imperialismo condena a 100 millones de hombres al desempleo; 783 millones al analfabetismo; 375 millones al hambre; y, por supuesto, a la muerte directa: sólo en Chile tras el asesinato del Presidente Salvador Allende se han exterminado a más de 30 mil patriotas; recuérdese el millón de patriotas asesinados en Indonesia, después del asesinato del Presidente Sukarno; y los millones de víctimas que significó la guerra de Vietnam. En las dos últimas guerras mundiales perecieron más de 60 millones de personas y 110 millones fueron heridas. Después de la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo ha desencadenado más de 30 guerras y centenares de acciones armadas: contra la República Democrática de Vietnam, desde 1965; contra el pueblo de Laos, desde 1954; contra el pueblo de Camboya, desde 1970; a través de Israel contra los países árabes, desde 1956, etc., etc.
- 4) Otra característica procede de la tercera etapa por que atraviesa la crisis general del capitalismo, iniciada a comienzos de la década del 60. Esta se caracteriza por la pérdida de la iniciativa histórica del imperialismo. En este momento son las fuerzas de la paz, la democracia, el progreso social, la liberación nacional y el socialismo las que determinan la dirección fundamental del desarrollo de la humanidad.

b. La O.N.U. y la situación política mundial

En la organización de las Naciones Unidas también se manifiesta el enfrentamiento que tiene lugar entre las fuerzas del progreso y las del retroceso, o la antihistoria,² de manera especial, la contradicción fundamental entre el socialismo y el imperialismo.

Cuando nace la O.N.U., al terminar la Segunda Guerra Mundial, la correlación de fuerzas en el plano internacional era entonces claramente favorable al imperialismo, y éste conservaba aún la iniciativa histórica. La O.N.U. tuvo así, en sus primeros años, un marcado carácter pro-imperialista, que —como se sabe— la condujo a intervenir en la guerra de agresión contra el pueblo de Corea.

En nuestro tiempo, a 30 años de entonces, la situación internacional ha cambiado notablemente, y este fenómeno tiene a su vez una expresión en los distintos organismos internacionales. A tal punto que, afectado por una crisis multifacética, los imperialistas no están en condiciones de disponer de la O.N.U., como solieron hacerlo, por la magnitud de la fuerza emergente de la lucha anti-imperialista de nuestra época.

Sin embargo, lo anterior no excluye el hecho de que el imperialismo mantenga todavía gran influencia en los organismos dependientes de la Organización de las Naciones Unidas. En este sentido debe tenerse en cuenta que en la UNESCO³ aún el imperialismo es capaz de imponer una dirección que discrimina a los especialistas del campo socialista.

Lo anterior demuestra que la lucha de clases también tiene su expresión en los organismos internacionales, y que éstos cambiarán su carácter para ponerse integralmente al servicio de la humanidad sólo cuando el desarrollo de la lucha de los pueblos del mundo imponga su definitiva derrota al imperialismo.

c. Objetividad y Neutralidad

En este renglón cabe primeramente ponerse de acuerdo acerca del significado de los conceptos. La *objetividad* consiste en el reconocimiento de la realidad fundado en los logros de las ciencias naturales y sociales. Así definida, la objetividad implica una toma de partido. Y ésta depende, o está condicionada, por un factor ajeno a lo anterior, en cuanto dependen fundamentalmente de los intereses que el sujeto defiende.

² A. Lipschütz. "Marx y Lenin en la América Latina y los Problemas Indigenistas". La Habana, 1974.

³ Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

Desde el punto de vista de las fuerzas del progreso, la lucha ideológica en la actualidad radica su núcleo en el descubrimiento de aquellos que, en forma fraudulenta y mañosa, pretenden hacer creer que toman el partido de los intereses de los pueblos cuando sólo cautelán los de pequeñas minorías oligárquicas que lucran a costa de la miseria, la ignorancia, el hambre y la degradación de la dignidad de millones de hombres.

En este terreno es donde surge, jugando su papel, la llamada "neutralidad". Pero ella no es más que una manifestación encubierta de la ideología burguesa. Se dice que ser neutral significa no pronunciarse ni a favor ni en contra de determinada corriente o circunstancia. Pero en los hechos, por ejemplo la "neutralidad" respecto del capitalismo, no es más que una aceptación del mismo y sus consecuencias para la dignidad humana, y, por tanto, una toma de posición en su favor.

Por su parte, la historia demuestra *objetivamente* que los múltiples problemas del socialismo *pueden* resolverse en el curso de su propio desarrollo de este sistema; mientras que los del capitalismo sólo tienen solución fuera del capitalismo, en el socialismo.

Si nos atenemos a las consideraciones hechas en relación con el carácter general de nuestra época, y con la O.N.U. y la situación política mundial, la CEPAL no puede, sino reflejar la situación de nuestro continente, es decir, su actual correlación de fuerzas. Nuestros países, considerados tradicionalmente como el "patio trasero" de los EE. UU. y sometidos a su férula, tienen una larga y trágica historia de explotación, saqueo, intervenciones político-económicas y agresiones armadas. La Doctrina Monroe es, a este respecto, solamente un capítulo de la historia, que llega hasta nuestros días, y que se expresa en la reconocida intervención de los EE. UU. en el asesinato del Presidente Salvador Allende.

En el seno de la CEPAL existe, indudablemente, enfrentamiento ideológico. ¿Hasta qué punto se manifiesta en ella la influencia del Imperialismo norteamericano, y la complicidad de las viejas y de las nuevas dictaduras gorilas alimentadas por él? ¿Hasta qué punto logran alguna expresión en la CEPAL los gobiernos de corte anti-imperialista como los de Perú y Panamá, o los regímenes de tendencia independentista como los de Venezuela y México? ¿De qué manera se refleja en los análisis de CEPAL la presencia de Cuba, que señala el camino a seguir a los pueblos del llamado Tercer Mundo? ¿En qué medida la CEPAL pone el dedo en la llaga de las verdaderas raíces del atraso en nuestro continente? ¿O, la CEPAL maneja "concepciones" cuyo propósito consiste en justificar el saqueo imperialista?

Contribuir al esclarecimiento de estas cuestiones pretenden las páginas siguientes.

II

*Posiciones Doctrinarias de la CEPAL.**

a. *Análisis de la Introducción*

CORRIENTEMENTE, los economistas "occidentales", por su influencia en los organismos internacionales, imponen el uso de los términos "centro y periferia" para distinguir a los países capitalistas entre sí. En términos políticos, el llamado "centro" es el conjunto de los países imperialistas o explotadores, y la "periferia" consiste en el conjunto de los países dependientes o explotados (por el "centro") y que forman el llamado Tercer Mundo.

Esta terminología diplomática, que evita llamar las cosas por su nombre, se refiere claramente al mundo *no socialista*. A los países socialistas no se les puede incluir, por razones obvias, en la anterior clasificación. Se les denomina, como procede la CEPAL también en forma eufemística, "economías centralmente planificadas". La citada nomenclatura, que pretende ser "técnica", es aceptable por razones de compromiso en los foros internacionales, para no herir susceptibilidades.

Sin embargo, si en aquella clasificación se incluyera a los países socialistas, las consecuencias teóricas y políticas asumirían un carácter extremadamente serio, ya que la denominación "centro y periferia" se tornaría ambigua —y sobre todo, equívoca— prestándose en tal caso para elaborar fáciles deducciones que favorecen al Imperialismo, evitando con ellas la responsabilidad de ponerlas por escrito. Lo anteriormente dicho es lo que precisamente lleva a cabo la CEPAL, citando de soslayo a algunos países socialistas, dentro de su terminología, hecho que alcanza de esta forma un contenido abiertamente tendencioso. Así, por ejemplo, en la página 3 menciona la existencia de "*las dos superpotencias: los EE. UU. y la URSS*"; y más adelante, en la página 5, la CEPAL dice: "*Tomada la periferia en su conjunto —piénsese en la India y la China como ejemplos—...*". El lector agudo podrá advertir que al mencionar a la India por una parte y a la China (República Popular China, único representante del pueblo chino en la O.N.U.) por otra, dentro de

* Las posiciones doctrinarias aparecen concentradas en la *Introducción* y en la *Tercera Parte* del libro que estamos comentando.

la "periferia" o sea, entre los países dependientes, se está buscando situar junto al Imperialismo norteamericano a la Unión Soviética en el llamado "centro".

La CEPAL quiere ignorar así la diferencia económica, política y social que existe entre el Socialismo y el Capitalismo. Diferencias científicamente fundadas, y que hasta hoy, tan sólo unos cuantos ideólogos pretenden todavía desconocer.

Mirando hacia el futuro, la CEPAL afirma que "*se prevén en casi todas las economías centrales descensos en las tasas de crecimiento para 1974, elevación del desempleo, recrudescimiento de la inflación y aumento sustancial en el déficit de la cuenta corriente*".⁵ A propósito de este vaticinio ejecutado por los técnicos de la CEPAL, el uso tendencioso y ambiguo de la nomenclatura "centro y periferia" —al no aclararlo expresamente— permite interpretar que la crisis económica mundial (que afecta sólo al capitalismo) afectaría en igual medida a los países socialistas. En este terreno los expertos de la CEPAL retroceden varios años en la estrategia ideológica imperialista. Debe tenerse en cuenta que la antigua "*teoría de la convergencia*", según la cual los dos sistemas —Capitalismo y Socialismo— iban "*pareciéndose cada vez más*", de donde se deducía la inutilidad práctica de la lucha antiimperialista, esta teoría ha quedado ya como pieza de museo de la estrategia del Imperialismo, reconocida mundialmente en la actualidad las innegables diferencias entre ambos sistemas.

La CEPAL, o se coloca en un período —ideológicamente hablando— muchísimo más remoto, de cuando se hablaba de "*países ricos y países pobres*"; o es que da por lograda la meta de los ideólogos de la "*convergencia*". Cabe indicar, que las anteriores consideraciones futuristas de la CEPAL surgen en el momento en que el propio economista burgués, John Galbraith, reconoce que es en los países capitalistas donde reside "*el reino de la trinidad que forman la inflación, el desempleo y la escasez*".

En todo caso, resulta evidente que la CEPAL quiere ocultar el hecho de que la causa básica de los males económicos de la "periferia" radica en la dependencia política, económica, tecnológica y cultural respecto de los países imperialistas (el "centro"). Lo interesante de todo esto, entre otras cosas, radica en que CEPAL pretende erigirse en defensora de la "periferia", indicando en forma expresa la necesidad de una estrategia común de ésta ante el "centro".⁶

Sin embargo, se apresura a desalentar cualquiera estrategia de enfrentamiento de la "periferia" con el "centro". Plantea, sorpren-

⁵ CEPAL, obra citada, pág. 2.

⁶ CEPAL, obra citada, págs. 4-6.

dentemente, que hay "en la situación actual, cierta simetría de intereses y beneficios entre los países en desarrollo y los centrales". (i).⁷ Al parecer CEPAL sabe que es difícil que hoy en día haya alguien que pueda creer semejante afirmación, y por eso uno se explica que después afirme que lo anterior "no elimina las oposiciones o contradicciones entre ellos".⁷ En efecto, ninguna frase, por hermosa que sea, puede embellecer al Imperialismo, ni eliminar sus contradicciones antagónicas con los países que explota. Aquéllas son de tal magnitud que necesariamente dejan fuera cualquier "simetría de intereses y beneficios" mutuos.

CEPAL se empeña a fondo para demostrar que la política de enfrentamiento entre los países explotados y los explotadores es inconveniente; para demostrar que sólo quedaría "la otra ruta, que dista por cierto de ser fácil, pero que es la única viable: la negociación y el consenso".⁷

En cambio la realidad de los acontecimientos históricos de nuestro tiempo también se empeña en demostrarle a la CEPAL que los países dependientes exportadores de petróleo han aumentado notablemente sus ingresos, y que tal cosa ha ocurrido precisamente porque han comprendido que ni la negociación ni el consenso sirven a sus intereses. Con ello queda demostrado que el único éxito posible proviene del enfrentamiento inteligente y realista con el Imperialismo. Hay que recordar que este último, desesperado ante la crisis petrolera, no tardó un par de días para amenazar con la ocupación militar de Libia y otros países.

La CEPAL prefiere desconocer estos hechos y hacerse eco, o portavoz, de las amenazas imperialistas, mencionando la posibilidad de alza en "los precios de los bienes manufacturados y servicios que adquieren los países en desarrollo"; de disminución de la demanda "de bienes primarios y también de manufacturas provenientes de la periferia"; y, de la disminución "de recursos crediticios, especialmente públicos, hacia los países en desarrollo".⁸ Abiertamente, la CEPAL formula una seria advertencia a los países que quieran seguir el ejemplo de la OPEP en el futuro. ¿Habrá alguien que ignore el nombre de los intereses que la CEPAL está defendiendo?

Desde otro punto de vista, la CEPAL plantea la necesidad de un mayor grado de acuerdo "horizontal" en la "periferia" y la conveniencia de su cohesión como tal. Esto, que a simple vista parece un planteamiento destinado a ayudar a los países dependientes, visto a la luz de los párrafos siguientes, emitidos por CEPAL, demuestra que este organismo concibe el acuerdo mencionado debido a que

⁷ CEPAL, obra citada, págs. 5-6.

⁸ CEPAL, obra citada, pág. 5.

los mayores ingresos de los países "en desarrollo podrían desempeñar un papel de relieve en la dinamización de las economías centrales y de sus operaciones financieras" (i).⁹ Puede observarse que estos pretendidos defensores de los países "en desarrollo plantean que los mayores ingresos del llamado Tercer Mundo (que jocosamente CEPAL llama "excedentes"), obtenidos en el enfrentamiento con el Imperialismo ¡deben volver a los países capitalistas desarrollados para "dinamizar" sus economías!. Como si el saqueo imperialista de las colonias y ex-colonias no hubiera "dinamizado" ya lo suficiente, y desde hace decenios, a las "economías centrales".

Lamentablemente, en esa dirección han operado las inversiones de Irán y Arabia Saudita que han contribuido a "salvar" a varios monopolios imperialistas;¹⁰ asimismo, la suma superior a 2 000 millones de dólares invertidos por los países de la OPEP en los EE.UU. Esto último es claramente demostrativo de que mediante presiones diplomáticas, extorsión, y soborno —aprovechando la falta de claridad política de algunos gobiernos del llamado Tercer Mundo—, se consigue el objetivo de retornar el desembolso provocado por la crisis petrolera a los bolsillos originales del Imperialismo. Experiencias como estas son las que quisiera generalizar la CEPAL con sus recomendaciones "técnicas".

b. *Análisis de la Tercera Parte*¹¹

Cualquier estudioso serio, o el más simple observador honesto, de los acontecimientos sociales y políticos en América, sabe que las experiencias más significativas de cambio social en América Latina a comienzos de los años 70 son las que ejemplifican, en primer lugar, el desarrollo experimentado en esta década por el proceso revolucionario cubano, cuyas características radicales constituyen un fenómeno único en toda la historia del continente; en segundo lugar, el desarrollo de las transformaciones económico-sociales en el Perú; y, en tercer lugar, los 3 años de transformaciones estructurales llevadas a cabo durante ese lapso por el gobierno de Salvador Allende en Chile, precisamente a comienzos de los años 70 y en los marcos del Estado burgués.

Ninguno de los casos anteriores es citado en ese sentido en el estudio de CEPAL, que abarca casi 40 páginas pobladas de antecedentes y citas bibliográficas. Tan sólo la ignorancia de la situación social, cualitativamente diferente, en la Cuba de hoy es de por sí

⁹ CEPAL, obra citada, pág. 6.

¹¹ "El cambio social en América Latina a comienzos de los años 70".

indicadora de la orientación ideológica del texto de CEPAL. Por su parte, la terminología ambigua e imprecisa del estudio colabora también para disfrazar su profundo carácter reaccionario.

Todo serio investigador conoce también que el cambio social es un fenómeno que surge de la necesidad de transformar al Capitalismo dependiente, que domina en América Latina, porque ha demostrado suficientemente su total incapacidad para resolver los problemas de las mayorías latinoamericanas y, sobre todo, por la absoluta imposibilidad de transformación en capitalismo "desarrollado" (Imperialismo). Esto último debido a que ya existe el Imperialismo, lo cual implica la existencia de un conjunto de países dependientes de él cuya misión es precisamente nutrirlo: tales son los países de América Latina. Transformar el Capitalismo dependiente es una necesidad, y el cambio social sólo puede medirse en tal sentido. Cualquier "cambio" dentro del Capitalismo no tiene pues el carácter de verdadero cambio social, rigurosamente hablando, si su propósito es perpetuar al Capitalismo.

Lo sorprendente es que CEPAL desconozca esta circunstancia, y se esfuerce en demostrar las posibilidades de desarrollo capitalista del continente, procurando —al mismo tiempo— desalentar alternativas de índole revolucionaria. En cambio, destaca la "*heterogeneidad estructural*"¹² como causa fundamental del "*semi desarrollo*", colocando aquel concepto en el centro de su análisis, olvidándose precisamente del Imperialismo y de su responsabilidad en la actual situación que presentan la mayor parte de los países del continente.

Pero, donde el estudio de la CEPAL muestra más *claramente* estar dominado por una ideología contraria a los intereses de los pueblos de nuestra América es —paradójicamente— en las líneas más tortuosas y rebuscadas, con las cuales pretende liquidar las experiencias más profundas de cambio social experimentadas y llevadas a cabo por Cuba, Perú y Chile, más allá del Capitalismo. Dice CEPAL: "*algunos pocos intentos nacionales de modificar más radicalmente los estilos de desarrollo no lograron manejar las presiones contradictorias y las resistencias así generadas, en tanto que otros siguen encarando sus problemas con algún éxito pero sin haber logrado un avance incontrovertible hacia un desarrollo orientado al ser humano*".¹³

Tal es el párrafo en cuestión. Y cabe preguntarse, ya que no es muy explícito su texto, ¿qué se oculta detrás de esta fraseología? Veamos: A la CEPAL le parece que los intentos de modificar más

¹² "Diferencias de productividad y modernidad entre los sectores de actividad económica y entre ellos". CEPAL, obra citada, pág. 315.

¹³ CEPAL, obra citada, pág. 317.

radicalmente los estilos de desarrollo "*han sido pocos*", y pareciera que con ello quisiera minimizar el significado que, como manifestación antiimperialista, tienen esos "*pocos*" intentos. Como se refiere a ellos en los términos de intentos "*más radicales*" puede suponerse que se está refiriendo a Cuba, Perú y Chile en el periodo 70-73. Además que, de acuerdo con el tono ideológico del estudio de CEPAL, el carácter peyorativo con que se trata a estos intentos permite tal supuesto.

Por otra parte, el uso de la expresión "*intentos más radicales*" para designar a los casos de Cuba, Perú y Chile deja entrever que habrían en América Latina intentos de cambio social inspirados por las burguesías nacionales que serían de por sí *intentos radicales*. Como se puede apreciar, con este lenguaje, la CEPAL quiere establecer una especie de diferencia meramente cuantitativa entre el desarrollismo pro-imperialista (intentos "radicales") y el movimiento antiimperialista y revolucionario de liberación nacional ("*intentos más radicales*").

En tercer lugar, la CEPAL dice que algunos de los intentos "*más radicales no lograron manejar las presiones contradictorias y las resistencias así generadas*". En efecto, tal afirmación parece escrita con dedicatoria al caso chileno. Y en ello la CEPAL tiene razón. Sin embargo, oculta algo tan importante como lo anterior: que las "presiones" y "resistencias" más serias fueron generadas por el Imperialismo mediante el bloqueo financiero y económico y el apoyo a la sedición, el sabotaje en el interior del país, y sobre todo, con las maniobras que culminaron con el asesinato del Presidente Allende, hechos que han quedado de manifiesto en las recientes revelaciones de ex-directivos y agentes de la CIA.

Más adelante la CEPAL agrega que, pese a todo "*otros (intentos 'más radicales') siguen encarando sus problemas con algún éxito*". Si las frases anteriores están dedicadas a Chile, ésta, sin duda, se refiere a la Revolución Cubana. Aquí vemos, una vez más, el tono peyorativo con que CEPAL alude al más profundo fenómeno de cambio social de nuestra América. "Algún éxito" dice para medir la magnitud de un acontecimiento, cuyos resultados se expresan en la construcción del Socialismo a 90 millas de los EE.UU.

El resto del trabajo destinado al estudio del cambio social en América Latina a comienzos de los años 70 está referido a examinar ampliamente las experiencias menos significativas en este sentido, aquellas que no cuestionan las verdaderas raíces del atraso: el poder del capital financiero nacional e internacional.* A partir de estas últimas experiencias, la CEPAL constata que "*en los círculos*

* Tal es el caso de Bolivia.

gubernamentales ha parecido predominar la tendencia a una renovada confianza en la viabilidad del estilo predominante de desarrollo o de resignación ante la ausencia de una opción viable desde el punto de vista político y económico". En efecto, si la constatación hecha por CEPAL está basada en las experiencias de "cambio social" surgidas desde el interior de las burguesías nacionales, aliadas del Imperialismo, tiene que predominar en ellas necesariamente "*una renovada confianza en la viabilidad del estilo predominante de desarrollo*", es decir, dentro del Capitalismo. Y, en segundo lugar, si se tratara de llevar a cabo "*cambios verdaderamente radicales*" dentro del Capitalismo, es comprensible que la CEPAL constatare una tendencia de resignación en los círculos gubernamentales (burgueses) ante la ausencia de una opción viable desde el punto de vista político y económico. Como la única opción viable es la que ofrece el Socialismo, para los círculos gubernamentales a los que se refiere la CEPAL, no les queda otra alternativa más que cerrar los ojos y decir: "*no, no hay otro camino más que el desarrollo capitalista*", y renovar así su confianza en él.

Por su parte, la CEPAL parece cumplir con indisimulada satisfacción su papel de portavoz de las bondades del "*estilo predominante de desarrollo y su estabilidad*".

Otra de las cuestiones interesantes a que se refiere la CEPAL en la Tercera Parte de su obra es la que dice relación con el Estado.

Sabemos, no sólo por la vía teórica, sino por experiencia, que en los países dependientes como los nuestros, el Estado burgués es el aparato que garantiza la dominación por la fuerza de la burguesía sobre el resto de la sociedad, y que, al mismo tiempo, garantiza el saqueo Imperialista.

El carácter de clase de esta estructura administrativa y militar que es el Estado es lo que determina la clase de intereses que cautela. La llamada contradicción fundamental del Capitalismo, es decir, aquella que surge entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación, opera precisamente en este terreno. Por su parte, la experiencia histórica del siglo XX demuestra que tal contradicción sólo puede resolverse con la destrucción del Estado burgués, en vista de que él asume la función de mantener, por la fuerza, esa contradicción que se expresa en la explotación de una minoría sobre la inmensa mayoría del pueblo, y en la explotación del país por el Imperialismo.

Pero, al leer el estudio de CEPAL, cuando entra en estas cuestiones, nos encontramos con una definición del Estado, tan idílica, como remotamente científica, hecha a contrapelo de la realidad que muestran los estados latinoamericanos. Para CEPAL el Estado es

*"un aparato defensor de la soberanía nacional, definidor de los propósitos nacionales, árbitro entre los grupos de intereses y dispensador de servicios".*¹⁴ CEPAL, sin apartarse de su tendencia característica en este trabajo, insiste en una fraseología destinada a ocultar la realidad que envuelve al aparato con que la clase dominante, los explotadores, dominan por la fuerza a las masas de explotados. Refiriendo esta materia a un caso concreto, el proceso chileno, puede apreciarse en él que, no obstante el hecho de que las fuerzas populares llegan a dominar buena parte del aparato administrativo estatal burgués, éste —el Estado burgués— al mantener un poder real en su aparato militar, reacciona precisamente como último recurso de la defensa de los intereses de la clase dominante monopolista y del Imperialismo. Nunca el aparato estatal burgués estuvo entonces más lejos de ser *"árbitro entre los grupos de intereses y dispensador de servicios"*, piénsese en la clase de *"servicios"* que dispensan la mayoría de los estados del continente a sus pueblos. ¿Qué soberanía nacional defienden los estados como el de Uruguay, Chile, Paraguay o Bolivia, cuyo fenómeno característico es permitir la penetración imperialista?

Más adelante, y siempre en relación con el Estado, la CEPAL advierte la incapacidad que muestran los estados burgueses en el capitalismo dependiente de América Latina para resolver los problemas que afectan a sus respectivos países. Pero, este es un fenómeno inherente al capitalismo dependiente y al Estado burgués; este último, paulatinamente y en grado creciente, va dejando los recursos y las riquezas del país en manos de la iniciativa privada, con lo cual el Estado burgués del capitalismo dependiente asume sólo un papel policial en resguardo de tales intereses. El Estado burgués, en consecuencia, atraviesa por una crisis que, en América Latina, se inscribe dentro del fenómeno de la crisis general del Capitalismo. La CEPAL parece que advierte este fenómeno; pero, como la ideología que manifiesta se corresponde con los intereses del Capitalismo, señala el fenómeno de tal manera que vuelve su contenido, no contra los estados capitalistas, sino contra el papel del Estado en el Socialismo. Dice la CEPAL que *"por lo demás, regímenes de todas clases reconocen su incapacidad para administrar mediante controles centrales y financiar con cargo a ingresos fiscales el cúmulo de responsabilidades que el Estado ha asumido"*. Puede apreciarse en el texto anterior que la CEPAL emite un juicio que encierra una audacia de proporciones: la crisis por que atraviesa el capitalismo dependiente en América Latina y que se expresa también en el Estado capitalista la vuelve —a través de una terminología ambigua ("con-

¹⁴ CEPAL, obra citada, pág. 320.

troles centrales", "control estatal", "centralización")— contra el Socialismo. Posteriormente, y saliéndose del marco socialista, aplica sus conclusiones al marco capitalista, justificando una mayor entrega de las riquezas y recursos del país a la iniciativa privada.

De paso hay que decir también que el único régimen socialista del continente, Cuba, jamás ha planteado el "reconocimiento" al que alude el texto anteriormente citado de CEPAL. Los únicos regímenes que lo han hecho son de tipo capitalista, lo cual es comprensible.

Pero la CEPAL llega todavía más lejos. No sólo descalifica al Socialismo como alternativa política económica y social. Pretende además refutar al Marxismo y algunas de sus categorías económicas y sociales. Plantea que las investigaciones "*sólo arrojan una débil luz sobre el grado de validez de algunos conceptos como 'clase media', 'proletariado', 'masa marginal', etc.*";¹⁵ y afirma otros conceptos, en reemplazo de aquéllos, al decir que existen "*élites o antiélites que al buscar el respaldo de las masas para sus propias estrategias han conferido a las 'clases' una realidad ilusoria*".¹⁵ Aquí, nuevamente, encontramos elementos para conocer la forma usada por la CEPAL para encubrir sus propósitos contra el Socialismo y el Marxismo. Mezcla en un mismo saco los conceptos "*clase media*" y "*masa marginal*" —creadas por la burguesía para oscurecer la antítesis fundamental entre burguesía y clase obrera— con la categoría "*proletariado*". A través de ese expediente, cuestionando la validez de los dos primeros, aprovecha de cuestionar al único que realmente le interesa, y al único además que, de ser negado, tiene serias consecuencias en el análisis sociológico. Ello le servirá a la CEPAL para afirmar "*la realidad ilusoria de las clases*" que es la tesis básica que le permite negar, a su vez, la lucha de clases. De esta manera, el estudio de CEPAL funda "*nuevas*" (y falsas) contradicciones en el seno de la sociedad, que no reconocen el antagonismo fundamental entre explotados y explotadores. Tal vez, este nuevo esquema, pretenda suceder al que tuvo por centro la llamada "*lucha generacional*", tan difundida a fines de la década del 60, y que postulaba que "*los obreros ya se habían adaptado al sistema*", descartándolos como protagonistas de la revolución social. En este terreno, el más aventajado alumno de tales teorías es, al parecer, Augusto Pinochet, quien ha dicho que ha puesto fin a la lucha de clases en Chile al proclamar en un Bando Militar que ya "*se acabó la clase trabajadora (y que) ahora todos somos chilenos*".

Así "descartados" el Socialismo y el Marxismo, sólo falta negar la lucha política de los pueblos latinoamericanos. En efecto, la

¹⁵ CEPAL, obra citada, pág. 329.

CEPAL acaba por presentar las manifestaciones políticas y sociales de América Latina como productos de la teorización académica de "élites o antiélites". Por supuesto que, dentro del plan ideológico de CEPAL, todo esto resulta fácilmente comprensible ya que en su estudio ha procedido a declarar "*realidad ilusoria*" la objetiva existencia de las clases sociales, reemplazándolas por la existencia de (tres) "*grupos sociales significativos*", a saber: "*algunos expertos en ciencias sociales y la juventud educada*"; "*algunos círculos de investigación y enseñanza académica*"; y, "*los críticos jóvenes*". Después de esto, CEPAL le propina una especie de golpe mortal a las clases sociales cuando establece que "*las clases sociales, rezagadas por el estilo prevaleciente de desarrollo* (capitalista, según CEPAL), *no lo han impugnado de manera tan vigorosa como para amenazarlo seriamente*". Basado en eso, CEPAL ni siquiera menciona a las clases sociales como un "*grupo social significativo*"; mucho menos si el Capitalismo las ha dejado tan rezagadas que no constituyen ninguna amenaza seria para él.

Quizás sí a esta altura pueda realizarse un resumen de la visión de América Latina que se desprende de las afirmaciones de CEPAL: un continente sin Socialismo, que lo desconoce como alternativa frente al Capitalismo; sin Marxismo, y que lo considera superado; sin clases sociales, sin lucha de clases, sin proletariado, y por tanto, sin partidos políticos proletarios; un continente cuyos pueblos simplemente aprueban, ya que no "*impugnan el estilo prevaleciente de desarrollo*"; y en el que, si hay protesta, ésta es una manifestación de las "*élites o antiélites*" académicas.

Afortunadamente, la realidad de nuestra América nada tiene que ver con eso. ¿Acaso las "*élites*" construyen el Socialismo en Cuba? ¿Fueron círculos académicos los que en Chile nacionalizaron las riquezas básicas y expropiaron a los Monopolios? ¿Por qué razón —acaso por no constituir amenazas serias para los explotadores y el Capitalismo— en Chile, Brasil, Paraguay, Haití, Bolivia, Argentina, Uruguay se persigue, encarcela, tortura y asesina a la clase obrera especialmente; se asalta a las poblaciones obreras y se ocupan militarmente las fábricas y las minas? ¿Acaso porque constituye el proletariado una "*realidad ilusoria*"? ¿Es que los campos de concentración en Chile están poblados de fantasmas? ¿Acaso el asesinato del Presidente Allende no fue la expresión de una *clase social* cuya existencia es *objetiva y concreta*, lo mismo que sus intereses económicos? Por fortuna, el proletariado es y será la más seria amenaza —real y concreta— para el estilo prevaleciente de desarrollo, como denomina la CEPAL al capitalismo dependiente en América Latina.

Siendo la INTRODUCCION y la TERCERA PARTE de la obra

que estamos comentando las que contienen el grueso de las posiciones doctrinarias de la CEPAL, encontramos, no obstante, en las otras dos¹⁶ varios indicadores de su contenido ideológico.

Por ejemplo, en las páginas 55 y 56, al referirse a Cuba, lo hace con términos evidentemente peyorativos, y exhibe cifras importantes de la producción alcanzada por Cuba en el periodo 69-70. Sin embargo, más adelante realiza comparaciones unilaterales con el fin de minimizar el significado de los éxitos de la economía cubana en los últimos años. De todas formas es necesario tener en cuenta que la inclusión de Cuba en el estudio de CEPAL, para las consideraciones económicas, constituye en el caso que estamos señalando una excepción, ya que este país aparece excluido de la comunidad latinoamericana "*por carecer de información suficiente o comparable con los demás países*".¹⁷ En tal caso, la mención de Cuba en las páginas 55 y 56 confirma nuestra sospecha acerca del propósito ideológico antisocialista que asume la CEPAL.

De igual manera procede con respecto a la URSS. No analiza CEPAL la economía soviética en términos globales, con lo cual oculta, no sólo el carácter científico de su examen, sino el carácter real de la economía de la URSS, cuyo rasgo característico —inherente al socialismo— es su ritmo de crecimiento continuo de la producción, la productividad y la efectividad del trabajo.

En cambio, encontramos afirmaciones, como la que indicaremos enseguida a través de la cual comprendemos mejor todavía cuán lejos llega la CEPAL en sus propósitos: mientras más lejos de la ciencia verdadera, más cerca del Imperialismo. Dice: "*Los EE.UU. exhiben la mayor solidez general de la economía, basada en su CONSTELACION de recursos, su dimensión, su estructura productiva y su acervo tecnológico*".¹⁸ Puede observarse en el párrafo anterior que la metáfora estelar de la CEPAL la ciega a tal punto que le impide ver los profundos cambios cualitativos que ha experimentado la actual etapa de desarrollo de la crisis general del Capitalismo, que se manifiesta ya en las esferas más diversas: energética, monetaria, de la política económica, de la superproducción, en las relaciones del Imperialismo y el Tercer Mundo, en los principales centros de fuerza del propio Imperialismo (EE.UU., Europa Occidental y Japón). O sea, una combinación de procesos de crisis que no había conocido todavía la historia del Capitalismo de postguerra.

¹⁶ "La posición de América Latina en la evolución de la Economía Mundial; Desarrollo y problemas presentes de las economías latinoamericanas".

¹⁷ CEPAL, obra citada, pág. 101.

¹⁸ CEPAL, obra citada, pág. 3.

Tales fenómenos, imposibles de ocultar, por su magnitud, no los ve CEPAL.

Otro renglón importante para la determinación del carácter ideológico que asume el estudio de CEPAL lo constituyen las fuentes de información que utiliza, que por su origen resultan unilaterales. En la PRIMERA PARTE por ejemplo, incluye doce cuadros que proceden del Departamento de Agricultura de los EE.UU. y otros del Departamento de Comercio del mismo; hay otros que proceden de los Bancos Centrales de países como Bolivia por ejemplo; y otras fuentes que proceden de algunas Comisiones de la OEA. No deja de llamar la atención el uso de las fuentes de información en el examen que hace CEPAL en relación con la economía de los países latinoamericanos. En el caso chileno por ejemplo, durante el periodo 70-73, si bien emplea las cifras procedentes del INE (Instituto Nacional de Estadísticas de Chile), acaba por restarle validez a éstas, adoptando en su reemplazo las que para ese periodo le proporciona el CIAP (Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso). Cabe indicar que el de Chile constituye el único caso a través de toda la obra en el que se presentan dos índices para evaluar el desarrollo económico en un mismo país. Uno de esos índices, de procedencia de los círculos afectos al Imperialismo, refuta al índice procedente del propio país, cuyo caso se está analizando. Por supuesto, la CEPAL le otorga crédito al índice CIAP.

Sin embargo, no procede de igual manera con Bolivia, Brasil, Paraguay, Uruguay, Guatemala, etc., en los cuales emplea los índices estadísticos procedentes del interior de esos países.

Finalmente quisiéramos incluir otra muestra que explícita, a mayor abundamiento, el carácter ideológico proimperialista asumido por el estudio de CEPAL. ¿Quién, que no esté cegado por la pasión política, deja de advertir que durante el periodo 70-73 los cambios económicos más significativos en América Latina tuvieron lugar en Chile? Para la CEPAL, en cambio, *"la política económica que presenta los cambios más significativos con respecto a los periodos anteriores es la de Bolivia, que constituye un caso digno de estudio"*.¹⁹ La respuesta a esta calificación, que tanto enorgullece a la CEPAL, la entrega este mismo organismo varias páginas más adelante, cuando dice que, en efecto *"la política económica de Bolivia ha asignado importancia fundamental a la actividad privada, tanto nacional como extranjera"*.²⁰

¹⁹ CEPAL, obra citada, pág. 130.

²⁰ CEPAL, obra citada, pág. 139.

III

*Lo que la CEPAL Ignora: Rasgos Fundamentales de la Economía Contemporánea*a. *La Emulación Económica Entre el Capitalismo Decadente y el Socialismo Emergente*

EL sistema Socialista Mundial ha entrado, en el actual momento histórico que vive la humanidad, en una fase de desarrollo en la que le es posible aprovechar en una mayor medida todas sus reservas. Además su poder económico, militar y político le ha permitido ya situar en primer plano de su economía la elevación del bienestar de las masas en la mayor parte de los países que lo integran.

Por otra parte, la integración económica socialista, que asume el carácter de una forma superior de cooperación económica, prevé la cooperación en la producción y la especialización internacional en vastas proporciones, así como una mayor coordinación de los planes económicos nacionales a través del CAME.²¹ Todo esto facilita más aún el desarrollo acelerado de los países socialistas rezagados de antes, y tiene en vista la reducción de las diferencias de desarrollo en el futuro entre los países que integran el sistema socialista.

Otro hecho fundamental de la economía contemporánea mundial lo constituye el potencial industrial y de recursos de materias primas de los países del CAME, que representa en la actualidad un volumen mayor que el de los países imperialistas de Europa Occidental, EE.UU. o Japón.

Por último, hay que considerar también el auge económico que muestran las economías socialistas, que permite asegurar nuevos cambios cualitativos en la vida de sus pueblos; más y nuevas condiciones para una mayor creación espiritual humana, y para el desarrollo pleno de las capacidades del hombre trabajador.

Por el lado del Capitalismo, en cambio, tenemos la variada crisis que se manifiesta hoy a través de las crisis energética, monetaria y de superproducción; crisis de las relaciones entre el imperialismo y el llamado Tercer Mundo, y de los grupos imperialistas entre sí; crisis política e ideológica y una notable y creciente agudización de la lucha antiimperialista a escala mundial.

Sin embargo, esto, que puede parecer una sorpresa en el campo internacional, ya había sido previsto por la Conferencia de 1969.²² En ella se dijo: "*La revolución científico-técnica acelera el proceso*

²¹ CAME = Consejo de Ayuda Mutua Económica.

²² Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros.

de socialización de la economía; bajo la dominación de los monopolios, eso conduce a que los antagonismos sociales adquieran proporciones aún más considerables y mayor agudeza'.

En este cuadro del Capitalismo contemporáneo, la inflación, el desempleo y la escasez caracterizan fundamentalmente al mundo capitalista de hoy. Fenómenos considerados antinaturales por los economistas burgueses —tales como la inflación y el estancamiento simultáneo de la producción ("estagflación") surgen ahora en toda su magnitud. De la misma forma como la escasez de energía y materias primas acompaña a la superproducción de mercancías.

b. *Antecedentes del Emergente Avance del Socialismo*²³

Los éxitos económicos, políticos y culturales de los países socialistas acrecientan y consolidan sus posiciones en la competencia histórica con el capitalismo. Así, por ejemplo, con menos del 26% del territorio y sin llegar al 33% de la población de la Tierra, los países socialistas dieron en 1972 alrededor del 39% de la producción industrial mundial. Dicho en otros términos, la producción media por habitante es, en los países socialistas, superior a la del resto del mundo.

Otro hecho, en 1973, la renta nacional de los países del CAME superó el nivel del año 1950 en un 470%, mientras que en los países capitalistas desarrollados se acrecentó durante ese mismo periodo en un 180%.

En el mismo año de 1973, la elevación de la productividad permitió obtener en Bulgaria el 79% de aumento de la producción; en la RDA, el 87%; en Polonia, el 73%; en Hungría, el 82% —lo mismo que en la URSS— y en Checoslovaquia, el 88%.

Hay que decir también que todo el poderío material que logran los países socialistas está dirigido hacia el bien del hombre. En este sentido, tan sólo en 1973, los ingresos reales por habitante aumentaron en Bulgaria un 7.9%; en Hungría un 4.5%; en Polonia un 10%, y en la URSS un 5%. Con respecto a la Unión Soviética hay que consignar que constituye un país en el que no hay crisis, y la producción se desarrolla a un rápido ritmo a lo largo de decenios. En la actualidad ha adelantado ya a todos los países industriales en dominios tales como la extracción de hulla, la producción de hierro colado, acero, trigo, cemento, mantequilla, tractores, telas de algodón y de lana, azúcar, etc. Es un país en el que la semana laboral es, por término medio, de 39.4 horas; en el que los accidentes del trabajo, en diez años, han disminuido en un 33%; en el que el último

²³ Fuente bibliográfica: Revista Internacional 1974, 5, mayo.

desocupado fue registrado hace medio siglo y desde entonces no hay desempleo; en el que las mujeres pueden jubilarse a los 55 años. Un país donde los precios son estables, mientras que los ingresos reales crecen de año en año en un 5% aproximadamente; donde los alquileres representan un 5% del salario; en el que la asistencia médica es gratuita lo mismo que la instrucción y las escuelas, y los centros de enseñanza superior están abiertos para los hijos de todos los trabajadores. Es el país que ocupa el primer lugar en el mundo por el número de personas que frecuentan los teatros, cinematógrafos, salas de conciertos, bibliotecas y museos.

Por otra parte, siempre dentro del sistema socialista mundial, desde hace cinco años a esta parte, la cooperación económica socialista se ha perfeccionado y profundizado entre los países que la integran. Por ejemplo, desde hace diez años existe en Praga la Dirección Central de control de los sistemas energéticos unificados que comprende los sistemas energéticos de Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, RDA, Rumania y el sistema energético de Ucrania Occidental de la URSS. La actividad de esta Dirección permite un gran ahorro de potencial generador. Actualmente se ha acordado construir conjuntamente un potente "puente energético": una línea de transmisión de electricidad de 750 kilovatios de la URSS a Hungría que unirá el sistema energético de la parte europea de la URSS con el sistema energético de los otros países socialistas y permitirá utilizar la no coincidencia de las crestas de consumo de energía en un gran diapasón de husos horarios. Esto es capaz de demostrar la eficacia de la cooperación socialista y cuánto crece cada día. Así el Socialismo despliega su ofensiva pacífica, contando además con la iniciativa histórica, que ya perdió por completo el Capitalismo.

c. *Antecedentes Acerca del Imperialismo*²⁴

Con respecto al imperialismo, el último quinquenio transcurrido ha mostrado también toda la inconsistencia de las teorías burguesas —como las planteadas por la CEPAL en el estudio que estamos comentando— de que la revolución científico-técnica asegura un nuevo florecimiento del capitalismo; de que la regulación estatal-monopolista promete un desarrollo sin crisis; y de que la "coparticipación" e "igualdad de derechos" del trabajo y el capital modifican la esencia antipopular del régimen explotador. Hoy como ayer, en el capitalismo es insondable el abismo entre la riqueza y la miseria; el alza incontenible de los precios, desempleo crónico, a la ofensiva coordinada de los monopolios contra los derechos de los

²⁴ Fuente bibliográfica: Revista Internacional, 1974, 5, mayo.

trabajadores, etc. Tal es la realidad de los países capitalistas desarrollados, que no deja lugar para ninguna "simetría de intereses", como ve CEPAL en su estudio, entre los intereses imperialistas y los de sus explotados. Veamos en cifras y hechos esta afirmación.

En los Estados Unidos un 5% de la población percibe el 41% de la renta nacional; mientras el otro 95% de los habitantes deben repartirse poco más del 50% de la riqueza. La renta de un socio del llamado "Club de los 6 000" —como llaman en Francia a los más acaudalados— supera en 4 mil veces el salario de un obrero industrial. F. Flick, uno de los grandes monopolistas de la RFA, podría comprar la tierra de una ciudad como Munich o pagar durante un año el salario a todos los trabajadores de Francfort.

En relación con el desempleo, durante el año 1973 se registraron en los países del capitalismo desarrollado más de 11 millones de desempleados, de los cuales casi 5 millones correspondían a los EE.UU. Tan sólo en el mes de febrero de 1974, ya los EE.UU. registraban más de los 5 millones de desocupados que el año anterior.

Un economista norteamericano V. Perlo ha calculado en un estudio reciente que en comparación con el año 1947 el obrero norteamericano percibe hoy por el mismo volumen de producción aproximadamente la mitad del salario, mientras que el empresario se apropia 84% más de beneficio. Otro rubro dentro de la explotación capitalista lo constituye el trabajo infantil. Este se utiliza ampliamente en los países capitalistas donde, como afirma la Oficina Internacional de Trabajo de Ginebra, trabajan más de 43 millones de niños. Esto, sin contar otros rubros como es el de la explotación de las mujeres y el de los obreros inmigrantes. Sólo en Europa Occidental trabajan más de 10 millones de obreros extranjeros, los que son objeto de las más crueles formas de explotación capitalista.

El imperialismo condiciona asimismo una actitud rapaz para con la salud de los trabajadores. En las empresas norteamericanas mueren cada día 55 trabajadores, y sufren accidentes 8 500. En la RFA se registran accidentes cada 13 segundos, por término medio. Y cada 3 minutos un obrero pierde definitivamente su capacidad laboral; mientras que cada 2 horas se registra un accidente que cuesta la vida al trabajador.

Así el imperialismo se desarrolla como un cáncer a costa de la sociedad y la devora. Mientras el Estado —lejos, muy lejos de la visión que de él tiene CEPAL— al defender los intereses de los monopolios no puede contrarrestar la profundización de la crisis general de este sistema; mucho menos, la propagación y el entrelazamiento de los fenómenos de crisis que deparan inevitables calamidades a los propios trabajadores. Uno de esos fenómenos es la

crisis monetaria. Esta ya ha destruido el sistema monetario posbélico del capitalismo. Han perdido la cotización fija las monedas de la mayoría de los países que componen este sistema. Y según cálculos, el déficit de la balanza de pagos de los países capitalistas desarrollados alcanzará en breve tiempo dimensiones colosales: Japón 6 500 millones de dólares, Inglaterra 5 000 millones, Francia e Italia 3 500 millones cada una y la RFA 2 550 millones. Todo esto a su vez tiene hondas repercusiones en los países en desarrollo: después de la primera devaluación del dólar en el año 1971, por ejemplo, según datos de la UNCTAD,²⁵ esos países sufrieron pérdidas evaluadas en 1 600 millones de dólares.

Por su parte, la crisis energética agrava, agudiza las contradicciones sociales en los países capitalistas, provoca descensos en la producción, y despidos en masa. Sólo en dos meses de 1974, la General Motors despidió de sus fábricas a 113 000 obreros, lo que representa la quinta parte de su personal.

La delincuencia en los países capitalistas desarrollados también se manifiesta dentro de la crisis, como síntoma de una sociedad enferma. Durante los últimos 10 años, en la RFA se ha duplicado el número de delitos. En los EE.UU. ingresan cada día en prisión por primera vez 8 000 personas y un millón y medio permanece recluso. En París, cada hora se efectúan 4 robos con fractura, y son desvalijados más de 100 domicilios. Desde las páginas de los libros y desde las pantallas de cine y televisión, se proyectan en los EE.UU. filmes donde abundan las escenas de sadismo; mensualmente se publican allí 20 millones de ejemplares de revistas y libros dedicados a describir con pelos y señales sistemas de violencia y de torturas. Un estudio de los programas televisados de la RFA ha mostrado que el espectador ve en el transcurso de una semana 416 crímenes con uso de violencia y con 103 homicidios, 52 reyertas, 27 tiroteos, 7 asaltos a bancos, 8 incendios intencionados, 8 ejecuciones, 18 secuestros de personas, 27 amenazas con metralletas y 16 robos con fractura. En este mismo renglón de la delincuencia como síntoma de la sociedad capitalista enferma, cabe mencionar que según un informe del Departamento de Justicia de los EE.UU., solamente en 1973, fueron procesados y reconocidos culpables de delitos el vicepresidente de los EE.UU., 2 ministros, 3 miembros de la cámara de representantes, 1 senador, 1 juez federal, y más de 50 altos funcionarios de la administración de los Estados.

Todo lo anteriormente expuesto sólo es parte, muy brevemente dicha, de la realidad que muestra el capitalismo en su actual fase

²⁵ Conferencia de las Naciones Unidas para el comercio y el desarrollo.

de desarrollo. Lejos también, muy lejos de la visión que nos muestra CEPAL acerca de la "solidez de la economía" de los países capitalistas desarrollados.

IV

Conclusiones

EL análisis que hemos efectuado sobre la obra "*Estudio económico de América Latina, 1973*" publicado por CEPAL demuestra lo siguiente:

1. Que tal obra ni examina ni menciona —luego oculta— las raíces de la situación que presentan los países latinoamericanos: la dependencia económica, política, tecnológica y cultural respecto de los Estados Unidos y otros países imperialistas.
2. En las relaciones que establece entre lo que denomina "*centro*" y "*periferia*" asume una posición evidentemente favorable a los intereses imperialistas, y desalienta cualquier enfrentamiento protagonizado por la "*periferia*" en defensa de sus intereses contra el "*centro*" imperialista. Y acaba haciéndose portavoz de las amenazas de la metrópoli.
3. En cuanto a los problemas latinoamericanos, la CEPAL maneja las concepciones utópicas del desarrollismo; trata de infundir confianza en el capitalismo dependiente; oculta el carácter de dominación de clase que asume el Estado burgués; niega la alternativa socialista; pretende refutar al Marxismo y alguna de sus categorías; e insinúa la inexistencia de la lucha de clases, a la cual reemplaza por lo que llama "*inquietudes académicas elitistas*".
4. Oculta las diferencias económicas, políticas y sociales que existen entre el capitalismo y el socialismo; y oculta —o desconoce— los rasgos esenciales de la economía mundial contemporánea.
5. La expresión de las ideas avanzadas en el seno de la CEPAL constituye un fenómeno que carece de fuerza todavía frente a la influencia que en este organismo ejerce el Imperialismo y la mayoría que representan en América las dictaduras fascistas y reaccionarias y los gobiernos democrático-burgueses.
6. Que la CEPAL. —con su actual composición política e ideológica predominante— está afectada por la crisis que en general derrumba al Capitalismo y en particular a los órganos que asumen su defensa. Tal fenómeno es manifiesto en su Estudio 1973, objeto de nuestro comentario.

7. Que sólo el desarrollo revolucionario de nuestra América podrá cambiar el carácter proimperialista de los organismos internacionales, tales como la CEPAL, e impondrá las modificaciones o transformaciones necesarias para que estas instituciones —financiadas por los pueblos— asuman realmente y con eficacia la defensa de sus intereses, pensando con cerebro latinoamericano.

JOAQUIN GARCIA MONGE: SUS OBRAS

Sí, sus obras, buenas y malas, como las de los hombres más próximos a la perfección; las buenas y las malas obras como gusta decirse en la significación religiosa; y también, las otras obras, la del intelectual, las del escritor, las del educador, las del político que no quiere ser político, las del que se recogen en periódicos y libros, o las del que se difunden en conferencias y cartas. Claro, nunca es el propósito, pero así sucede siempre: las obras impresas y recogidas en volumen igualmente implican a las otras, las primeras; lo vemos en estas *Obras escogidas* que en Costa Rica le ha editado (1974) EDUCA, Editorial Universitaria Centroamericana. Por supuesto, no es tiempo de negar por ello, por lo que se refiere al equívoco trasfondo ético, la personalidad intelectual, democrática y fraterna de don Joaquín García Monge, aunque sí cabe desde ya hablar del riesgo que, por lo regular, se corre con la publicación de lo escrito por un hombre como el costarricense circunscribiéndolo al reto de las "obras escogidas", pues bien se sabe que en el escoger sólo cabe la selección de una persona o de un grupo de personas; otra cosa vale la publicación de la obra completa, donde la oportunidad es íntegra para el lector, a quien se le presenta *todo* —o la mayoría— de lo pensado y escrito por el autor.

Esta es una primera reflexión respecto a las *Obras escogidas* de Joaquín García Monge, en particular, y a las de cualquier otro gran autor, en general. El tomo, de 640 páginas, da pie para la discrepancia ya que lo escogido no cubre simbólicamente la actividad del escritor y, además, atendiendo un orden inverso coloca primero la realización y definición y después el intento, el propósito; así tenemos que las 640 páginas caben en dos grandes secciones: Ensayos y semblanzas, Periodismo, Unidos por la cultura y Respondiendo; luego, Cuentos, La mala sombra, Otros cuentos, las cuatro Novelas y el Apéndice escrito por el hijo del autor, Eugenio García Carrillo.

Ahora bien, continentalmente y sobre una perspectiva más justa, lo que se sabe de García Monge, lo que interesa de él, por lo que se le admira y aplaude es, con precisión, su presencia en el semanario *Repertorio Americano*; sus alcances trascendentes logrados desde su pequeño país no los debe a su desplazamiento literario, sus preocupaciones sociales dentro de la literatura no lo proyectan como el semanario tanto por lo que incluye de servicio desinteresado como por lo que su mismo fundador y director expresa. De aquí que, al escoger, hubiese bastado menos material literario, dando entonces mayor oportunidad al pensamiento difundido y ya sancionado del escritor.

Una segunda reflexión recae forzosamente sobre el material no literario de Joaquín García Monge: lo seleccionado muestra a un autor titubeante y, a ratos, hasta indefinido; es cierto, ideológicamente García Monge persiguió la neutralidad con inteligencia, el equilibrio con decoro, la inexistente tercera posición con honradez y definición; pero las *Obras escogidas* no transmiten esto, por el contrario, permutan los valores, deslizan una dudosa ambigüedad.

Menos mal que Alfonso Chase interviene en el asunto molesto con un oportuno prólogo; no omite la importancia de lo literario pero cala profundamente en lo ideológico; habla de *Repertorio Americano* como lo que fue, lo que significó para don Joaquín, lo que recogió diáfano de su mejor pensamiento; recuerda que nació en 1919 y cubrió casi cuarenta años, que nació "de la necesidad de don Joaquín por plasmar sus inquietudes periodísticas, que siempre le habían andado rondando y también como un deseo, íntimo y preciso, de dar a conocer en una revista planetaria y amplia, el pensamiento de los indoamericanos, especialmente, y de los escritores europeos, asiáticos y africanos y de otras latitudes, que por un extraño milagro, don Joaquín iba descubriendo y brindando a sus suscriptores". Alfonso Chase juega un buen papel en este libro, a pesar de ese término devaluado por el hayadelatorrismo, pues ya sabemos lo que terminó encubriendo "lo indoamericano", una de tantas delimitaciones conceptuales que han ido más allá de lo meramente geográfico y que, por desgracia, sólo trascendió por el logro de una verdadera tergiversación del contenido histórico de nuestros pueblos, útil a la explotación inicua de éstos por parte del imperialismo norteamericano.

A propósito, he incluido el hayadelatorrismo, Chase deslinda: "La revista fue una revista antiimperialista. Con ese tan particular modo de pensar de don Joaquín en política que lo lleva del anarquismo de Bakunin hasta la admiración por el joven Marx o por los movimientos revolucionarios antidictatoriales y antiimperialistas, como el de Sandino, la lucha contra Gómez, y una que otra vez: una tímida y prudente defensa de la llameante revolución rusa y sus problemas posteriores". Después, el prologoista aclara aún más: "De un anarquismo a lo Tolstoi pasó don Joaquín a la beligerancia antiimperialista de los años veinte encarnada en la figura de Haya de la Torre para ir evolucionando poco a poco hasta un socialismo, un poco utópico, pero claro y definido, que le hizo no participar en la Revolución de 1948 al lado de Figueres..." En fin, el prólogo resulta un reflejo del reflejo; el prólogo es fiel porque refleja lo que el material del libro impone y éste a su vez refleja los avatares, en todo sentido, de Joaquín García Monge. No olvidemos que el universalismo de don Joaquín padece el mal de muchos de sus contemporáneos educados en la veneración de nuestros próceres latinoamericanos, un universalismo íntegro en su proyección del pasado, feliz en la exégesis histórica hacia atrás, limitado por ello, autocontrovertido por ello,

universalismo ajeno —quizás— a la propia y personal contradicción; el apoyo en y a los adalides latinoamericanos denota, en ocasiones, no sólo una patriótica recurrencia sino, inútilmente, inteligentemente, también una búsqueda de respeto para el viejo liberalismo, para el localismo ideológico.

Sí, indudablemente, existe aquella contradicción, mas las hay en apariencia, no sólo notables en lapsos que comprenden décadas sino en los que abarcan mínimos periodos, explicables por la evolución condicionada de García Monge: fiel a la conservación de ciertas ideas que incluso lo comprometían con amistades que ya las habían traicionado, no podía cerrar los ojos ante el proceso inevitable, ante el proceso mismo de aquellas ideas, su cambio hacia la realidad progresista. Así se explica su entusiasmo por Martí, Morelos, Sucre, Bolívar, Sarmiento, etc., como también no percibir diferencias ni matices entre ellos, entre todos los que han hecho el nacionalismo, la historia, el orgullo patriótico latinoamericano; esta es sin duda una falla considerable, pues cómo no ver con claridad la diferencia existente entre un José Martí y Domingo Faustino Sarmiento, entre el héroe mártir anticolonialista y el confuso admirador de la gran potencia que divide el futuro mutiladamente, entre el apóstol que ya palpa el trasfondo histórico y el otro muy cultural que todo lo soluciona con la dicotomía "civilización" y "barbarie". Por algo Martí no se ocupó de Sarmiento y éste sí dio importancia al luchador cubano; bien registra Roberto Fernández Retamar, poeta de avanzada en todo sentido, perspicaz ensayista, devoto especializado en José Martí, cuando afirma de Sarmiento: "Por eso pudo ser tan tranquilamente yanqui y matador de indios". Martí nos prevenía contra el imperialismo norteamericano, Sarmiento nos proponía superarnos, avanzar, copiando extralógicamente la civilización norteamericana; Martí vivió 42 años y lo supo todo en relación al imperialismo yanqui, Sarmiento casi el doble y no supo siquiera el contenido profundo de los términos que manejaba como proposición de progreso, no supo el vínculo de desarrollo y subdesarrollo, de civilización y barbarie, de explotador y explotado.

Asimismo, se explica que el escritor costarricense tan celoso de la soberanía de nuestros pueblos, de la defensa de nuestros valores nacionales, quizá por su bondad, por cierta ingenuidad, no maliciara la penetración imperialista mediante vía y pretexto culturales; hay un discurso que escribió pero no pronunció al otorgársele, en 1944, el Premio María Moors Cabot; escribirlo, no pronunciarlo ni publicarlo sugiere un cambio de opinión que supera bondad e ingenuidad de principio; sin embargo, el discurso se incluye; un párrafo es: "Por desgracia las universidades américo-hispanas carecen de otras tantas cátedras dedicadas a estudios de los movimientos culturales, espirituales de los Estados Unidos. (Apenas si hay una que otra dedicada a conocer de los de Hispanoamérica.) Nuestra América, la que habla español y portugués necesita institutos de cultura superior norteamericana en donde se puedan apreciar las poderosas corrientes de arte, ciencia, letras y filosofía

que circulan en el organismo espiritual de los Estados Unidos". Lo citado tiene mayor importancia si reparamos que García Monge en 1920 se aproxima al Sarmiento que ya señalamos; decía entonces: "No andarán bien las cosas mientras queramos ignorar a los Estados Unidos, en su historia, sus instituciones, su literatura, su arte; mientras que queramos reñir con ellos en vez de reconciliarnos, para una común obra civilizadora en lo venidero... y a trabajar con más energía, con más entusiasmo porque en América la civilización futura, que ha de ser anglo-hispana, corresponda con la visión gloriosa que de ella tuvieron los próceres." Separado por una página, este trabajo colinda con otro denominado "José Martí en Costa Rica", escrito con 22 años de diferencia; vale decir que no se aborda al Martí total sino sólo a una faceta de él, al Martí cultural; no se ahonda en por qué José Martí pasa aquellos días en Costa Rica.

Como Sarmiento, García Monge vivió 77 años, como él fue periodista, admiró los Estados Unidos, estudió en Chile, fue perseguido por dictadores, fue educador e hizo periodismo comprometido; muerto en 1958, su trayectoria ha sido saludada con respeto y cariño por grandes intelectuales latinoamericanos, especialmente la trayectoria que se desprende de su actividad en, para y por *Repertorio Americano*: no se ignoran los reconocimientos internacionales de todo tipo para García Monge. Precisamente por ello, hay cierta discrepancia entre lo que en verdad fue aquel fraternal luchador y lo que podría deducirse, con mala o buena fe, de estas *Obras escogidas*. Por supuesto, nadie ha de suponer que el hijo de Joaquín García Monge trabajó a favor de quienes se confabularon contra éste.

De los múltiples homenajes que se rindieron al escritor centroamericano es oportuno recordar el de *Cuadernos Americanos*; algunos párrafos de algunos conocidos escritores latinoamericanos, son:

De su paisano Vicente Sáenz: "A García Monge se le juzgaba en *las alturas* —se le sigue aún considerando— como izquierdista peligroso. ¿Por qué? Por aceptar y preferir en su publicación colaboraciones de intelectuales con *ideas exóticas*, a saber: antinazismo, antifranquismo, antidespotismo, anti-imperialismo, antientreguismo."

De su otro paisano, León Pacheco: "Algo que sorprende en la vida de don Joaquín García Monge es el silencio con que trabaja en uno de los más apartados países de Hispanoamérica. En su pequeño estudio de San José de Costa Rica ha laborado, entre desalientos y privaciones, este hombre excepcional. Vive sencillísimamente. Pero todas las fuerzas pensantes americanas pueblan el silencio de su taller con el diálogo perenne de las ideas."

Del cubano Manuel Pedro González: "Esa es la más grande lección que a don Joaquín debemos y la más crecida deuda que con él tienen contraída todos los hombres dignos en la América irredenta. De sus generosos servicios a la alta cultura; de su preocupación americana; de su acogedora y

tolerante actitud; de la fina calidad que ha sabido imprimir —y mantener— a su *Repertorio*; de su amplio espíritu continental”...

Del colombiano Baldomero Sanín Cano: “. . . Ha llevado a cabo, contra las vallas naturales, contra la obtusa resistencia de los gobiernos y la indiferencia de los tipos humanos promediales una obra de aproximación de cuya magnitud sólo pueden darse cuenta quienes han tenido ocasión de observar las influencias de ese empeño durante la mayor parte de dos siglos, los caracteres de las cuales se miden por el influjo que han tenido sobre el curso llano y el atormentado de la historia.”

Del ecuatoriano Benjamín Carrión: “El es, al propio tiempo, para los problemas de América Latina, de su justicia y de su libertad, alertador y guía. En su alta torre de *Repertorio Americano*, se dan las campanadas de alarma, señaladoras de peligro; allí también, se dan los consejos guiadores, y se enouentran las flechas indicadoras de la buena ruta.”

Del guatemalteco Luis Cardoza y Aragón: “. . . Ha guiado sus páginas con la más respetuosa tolerancia, con la amplitud más cabal. En ellas se han discutido las ideas de nuestro tiempo, sin temores pacatos, con la certeza de que se está empeñado en la más noble tarea necesaria. . . aliado siempre de las mejores causas, paladín de la soberanía de nuestros pueblos, acusador del imperialismo que nos desangra y nos atormenta, baluarte de la paz y del entendimiento de los pueblos, sigue cumpliendo su deber benemérito.”

Del venezolano Rómulo Gallegos: “Haciéndole honor a la madurez de la vida, pues no es usted de los menguados de espíritu en quienes con los años se extingue el culto de los ideales realmente generosos, que no pueden ser privilegio de la fogsosidad juvenil solamente, —¡pobres de aquellos que han tenido que arrimar sus canas a la sombra de las viejas mentiras para que se les olviden las hermosas audacias postizas con que adquirieron transitoria fama!—, siga usted, don Joaquín, procurándonos el bien que nos hace a quienes no queremos perder la confianza en la dignidad del pensamiento y de las letras de nuestra América.”

Del uruguayo Carlos Sabat Ercasty: “Desde que apareció el *Repertorio Americano* he tenido oportunidad de seguir sus páginas, y mucho de lo que sé del Nuevo Mundo, lo debo a esos modestos cuadernos, en cuya sencilla humildad, en cuanto a la presentación, se han atesorado tantas joyas del arte y del pensamiento. En eso mismo hay un encanto singular, un estoicismo apretado a una voluntad inquebrantable, un tesón sagrado, y un estímulo para los que carecemos de grandes recursos y aguardamos en vano la hora del sacrificio.”

Del mexicano Jesús Silva Herzog: “Vida ejemplar la del varón cuyas virtudes reconocemos y exaltamos. Obra ejemplar la suya por desinteresada, por constante, por valiente y por fecunda. A García Monge debiéramos nombrarlo el mejor ciudadano de nuestra América; el mejor ciudadano en veinte naciones que luchan por conquistar para siempre la libertad y la justicia

social, por marchar hacia adelante y cumplir el hermoso destino señalado por los dioses. El ha consagrado a esa lucha sus más nobles afanes en su ya larga y laboriosa existencia.”

MAURICIO DE LA SELVA

Aventura del Pensamiento

EL POLIFACETICO ALFONSO REYES

SUS PREOCUPACIONES SOCIALES*

Por *Jesús SILVA HERZOG*

ALFONSO Reyes nació en la ciudad de Monterrey el 17 de mayo de 1889 y dejó de existir en la capital de la República el 29 de diciembre de 1959. Hizo los estudios primarios en su ciudad natal y los de preparatoria y jurisprudencia en la metrópoli mexicana. Obtuvo el título de abogado en 1913. En el mismo año fue designado segundo secretario de la Legación de México en Francia. Posteriormente se trasladó a España donde durante seis años se ganó la vida como periodista y escritor. Al mismo tiempo trabajó en el Centro de Estudios Históricos de Madrid bajo la dirección de don Ramón Menéndez Pidal. De 1920 a 1937 desempeñó cargos diplomáticos en España, Francia, Argentina y Brasil, embajando por riguroso escalafón desde segundo secretario hasta embajador. Reyes prestó eminentes servicios al país en el desempeño de sus tareas diplomáticas, siempre ponderado, discreto, inteligente y brillante. De regreso a su patria a fines de 1937 o comienzos de 1938 se radicó por el resto de su vida en nuestro país. Fue presidente de la Casa de España en México, institución fundada para acoger en su seno a intelectuales españoles arrojados por el franquismo del solar de sus mayores. Pasado cierto tiempo la citada institución se transformó en El Colegio de México, presidido por el mismo Reyes durante largos años. Numerosos fueron los honores recibidos por el gran polígrafo: fue en más de una ocasión candidato al premio Nobel de literatura, apoyado por varias instituciones de alta cultura; recibió doctorados de universidades extranjeras; miembro fundador de El Colegio Nacional, y presidente en los últimos años de su vida de la Academia Mexicana de la Lengua.

Alfonso Reyes fue un escritor nato, nació escritor. Sus escritos de adolescente y de su temprana juventud sorprenden por la corrección de estilo, la erudición, la gracia y la hondura del pensamiento. Su bibliografía es sumamente extensa y no es fácil decir cuáles

* Del libro: *El Pensamiento Económico, Social y Político de México. 1810-1964*. Fondo de Cultura Económica. México, 1974.

fueron sus principales libros, ya que ello depende del ángulo en que se coloque el juzgante. El Fondo de Cultura Económica ha publicado 17 volúmenes de sus *Obras completas* de alrededor de 500 páginas cada uno, y entendemos que todavía falta dar a la luz pública un volumen más. Sin embargo, hay trabajos de Reyes publicados y no incluidos en las *Obras completas* y sabemos que aún quedan por ahí escritos inéditos en poder de la familia.

No han faltado críticos superficiales que han acusado a Reyes de no haberse ocupado de México y de que jamás se interesó por los problemas sociales. Dichos cargos son injustificados e inexactos, pues en numerosos libros de que es autor está presente México; y quien conoce bien sus libros sabe que además de su obra literaria magnífica, actividad predominante en su vida, bien puede ser clasificado como historiador y que, frecuentemente, opinó sobre cuestiones económicas, sociales y políticas, casi siempre con criterio progresista. Nuestro propósito es recoger en estas páginas sus opiniones al respecto, ofreciendo así a los lectores una faceta poco conocida de nuestro gran polígrafo regiomontano, mexicano y universal.

Reyes publicó en ediciones limitadas una serie de folletos bajo el título general de *Archivo de Alfonso Reyes*. Uno de estos folletos de algo más de 40 páginas se denomina *Introducción al estudio económico del Brasil*, el cual se divide en los pequeños capítulos siguientes: "Propósito", "La frontera en marcha", "Metamorfosis del producto principal", "Tipos humanos económicos", "Las ideas económicas", "Las finanzas públicas en el siglo XIX", "Circulación y bancos" y "La segunda República". Es una breve historia económica del inmenso país que firmaría con beneplácito el más exigente especialista. A manera de muestra se incluye a continuación un párrafo que en cierto modo resume las vicisitudes económicas brasileñas en cuanto al auge y decadencia de determinadas mercancías en el curso de su historia:

En conclusión, el cambio continuo de *leading article* produjo un movimiento en la frontera económica: el ciclo azucarero formó núcleos agrícolas; el ciclo del oro vino a perturbarlos y produjo la creación de nuevos centros agrícolas y ganaderos; el cacao y el tabaco obraron como el azúcar a este respecto; el caucho tuvo una acción destructora parecida al oro, arrebatando a la gente de sus antiguas actividades; el café junta todos los caracteres anteriores, pues mientras atrae y barre como el oro y el caucho, tiene también la influencia colonizadora de los otros productos más pacíficos, aparte de su gran papel en la economía monetaria. Con el movimiento de la frontera, muda el centro de gravitación: para el azúcar, Bahía y Pernambuco; para el café, S. Paulo, especialmente en la Primera República, o sea hasta antes de

la revolución de 1930. La policultura de Río Grande do Sul y Minas Geraes (que también posee riquezas minerales famosas), amenazan la primacía de S. Paulo, pero aún tienen que cooperar con este rico Estado para salir adelante. La mudanza continua de artículos capitales no sólo afecta la política interior, sino también la política internacional: la lucha del Norte y del Sur es reflejo de la pugna entre influencias americanas y europeas: Bahía, la Virginia Americana, se puebla de ingleses, mientras S. Paulo da un nuevo tipo, un yanki sudamericano. El principal mercado de azúcar, oro y algodón era Europa. El caucho y el café pasan por los Estados Unidos. La lucha del café brasileño, como la de la azúcar cubana, se ha entablado en Norteamérica como campo de pelea. Es el café quien determina el acercamiento internacional —casi subordinación— del Brasil a los Estados Unidos.

El folleto de que se trata lo escribió nuestro autor en 1936 y lo dio a la estampa en México en 1938. Seguramente fue uno de los informes que Reyes enviaba a nuestra Secretaría de Relaciones.

El comentario que se ocurre al leer que "es el café quien determina el acercamiento internacional —casi subordinación— del Brasil a los Estados Unidos" es que de entonces acá, durante los 30 años transcurridos, la subordinación de ese "gigante inseguro" al capital norteamericano ha aumentado considerablemente, corriendo la misma o parecida suerte que otras naciones latinoamericanas.

En opinión de Reyes, "el Brasil ha perdido todas sus grandes batallas económicas" debido a que ha sido incapaz de producir en condiciones de competencia con los productos similares extranjeros. Hace notar la desventaja del cultivo extensivo brasileño en comparación con el intensivo de países técnicamente más adelantados, y agrega que la declinación de una mercancía brasileña "no lleva a perfeccionar técnicamente su cultivo", sino a lanzar al mercado internacional un nuevo artículo que a la postre sigue la misma suerte que el anterior.

En cuanto a los empréstitos brasileños contraídos en Londres en el curso del siglo XIX dice que se redujeron "al juego de la flauta: destapar unos agujeros para tapar otros". El comentario se impone: lo mismo pasó en México.

Y al examinar las ideas económicas predominantes en Brasil en la primera mitad del siglo pasado, nos informa del hecho paradójico de las dos principales influencias, la de Adam Smith y la de Claudio Enrique Rouvroy, Conde de Saint-Simon. La influencia sansimoniana quizá se debió al libro *Catecismo de la industria* publicado en París en 1822 y a alguna otra obra anterior del mismo gran utopista francés. Saint-Simon pensaba que la palabra industria quería decir trabajo pacífico y daba gran importancia a lo económico

en el desarrollo social. Para él las únicas tres clases productoras eran la de los industriales, la de los sabios y la de los artistas, clasificando a todos los demás como parásitos. En cuanto a Smith ya sabemos que es considerado, con razón o sin ella, nada menos que el fundador del liberalismo económico y de la escuela clásica inglesa.

Don Alfonso Reyes tenía ideas claras sobre la influencia del progreso tecnológico en la vida social. En "Historia de un siglo" que aparece en el tomo V de sus *Obras completas*, se ocupa de la Revolución industrial en los términos siguientes:

La revolución industrial, hija del maquinismo, comienza con los progresos de hilados y tejidos en Inglaterra, madura con el vapor, culmina con la electricidad; transforma, al volcarse por toda Europa, los cuadros sociales. Sus nuevos perfiles son la división del trabajo, el aumento de la producción, el nacimiento de ciudades fabriles, la creación de las dos clases —patronos capitalistas y trabajadores asalariados—, las uniones de obreros, la aceptación creciente de la labor femenina e infantil, la acelerada expansión del comercio, el prodigioso desarrollo de las comunicaciones. Antes, "las hilanderas", de Velázquez; ahora, una planta del Liverpool moderno. Tales son los términos de esta rauda evolución.

La política resiente el efecto de estas mudanzas. Y la relación entre las ganancias del capital y las ganancias del trabajo es el fondo de todas las futuras luchas sociales. . . "Las cuatro hadas del siglo XIX" han sido el vapor, la electricidad, el maquinismo y la química. La marmita, el motor de explosión y el barco de vapor, el ferrocarril, el telégrafo, el alumbrado, la fotografía y cien inventos más no son solamente unos juguetes. Bien está que afecten despreciarlos algunos modernos ascetas que, sin saberlo en el mejor caso, cuentan con ellos todos los minutos del día y de la noche, todos los días del año y todos los años de su "residencia en la Tierra". Pero a tales instrumentos debemos, en suma, el dominio de la naturaleza, que un espectador de Sirio, recorriendo nuestro panorama histórico, llamaría acertadamente la magia, insignia de la civilización de Occidente.

No es exagerado decir que la revolución industrial afecta a la familia humana hasta en sus últimas estructuras biológicas y en sus relaciones nerviosas; a la vez, comunica al hombre el sentido de ser un morador de todo el planeta. La era que hemos llamado actualidad de la historia, es la era prometeica por excelencia. El problema para nuestra especie depende ahora del equilibrio o desequilibrio entre la aptitud moral, difícil de acrecer, y la capacidad material en desenfrenado desarrollo.¹

¹ *Ob. cit.*, arriba, pp. 20 y 21.

Hacemos notar que cuando Reyes escribe que "la relación entre las ganancias del capital y las ganancias del trabajo es el fondo de todas las futuras luchas sociales", parece aceptar o por lo menos conceder significación importante al principio de la lucha de clases; pero lo anterior queda atenuado cuando escribe: "El problema para nuestra especie depende ahora del equilibrio o desequilibrio entre la aptitud moral, difícil de acrecer, y la capacidad material en desenfrenado desarrollo." En efecto, podemos afirmar que después de casi 50 años de lo escrito por Reyes (corresponde a artículos escritos en Madrid en 1919) es difícil sostener que el hombre haya adelantado desde el punto de vista moral frente a los extraordinarios avances de las ciencias de la naturaleza; y en ocasiones más bien se recibe la impresión de retroceso, de involución. Tres ejemplos bien conocidos: las cámaras letales de Hitler, las bombas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki y últimamente el caso de Vietnam.

En un conocido artículo de Reyes dado a la stampa bajo el rubro "El hombre y su morada" opina que un mundo en el cual se queman las cosechas mientras millares de seres humanos mueren de hambre, es un mundo mal repartido. Por otro lado, en el pequeño libro *Ancorajes*, publicado en 1951, diserta sobre las clases ociosas diciendo que los parásitos se dividen en ricos y pobres; que el rico "vive del esfuerzo ajeno y no devue^lve a la sociedad ninguna contribución apreciable", y que el pobre se deja llevar por la inercia social, la cual "lo transporta dulcemente de la cuna a la sepultura".² No estamos de acuerdo con lo de "dulcemente"; más bien conveniría utilizar los vocablos amargamente, o todavía mejor dolorosamente.

Uno de los libros más celebrados de Alfonso Reyes es *El deslinde*. En él encontramos sintetizado su parecer sobre la interpretación o concepción materialista de la historia. Reyes nos dice que la historia no puede prescindir de la ayuda de la economía política, porque "esta ciencia presta hoy su lenguaje a la explicación de los hechos históricos", entendidos en el pasado como sucesos caprichosos de lo político. Se trata del materialismo histórico descubierto por Carlos Marx, descubrimiento que significó algo semejante a "la revolución copernicana". Añade que no es necesario ser materialista histórico "para aceptar la necesidad de esta exégesis, que completa el entendimiento de los hechos sociales". Y todo parece indicar que él, Reyes, acepta la dicha exégesis. No es ocioso recordar que el materialismo histórico ha sido denominado interpretación económica de la historia por Seligman, realismo histórico por Sée e interpretación científica de la historia por Pareto.

² Reyes, Alfonso. *Ancorajes*, pp. 58 y 59.

No son pocas las páginas a través de alguno de sus libros en que examina con objetividad el hecho económico del imperialismo. En "Tentativas y orientaciones" escribe que el liberalismo ha desatado la competencia dando pábulo a esos super Estados, ingentes potencias industriales producto del capitalismo moderno "que se venía preparando desde los días de los grandes descubrimientos geográficos y la creación de los grandes mercados, las colonias de explotación, etc." Nosotros sabemos bien, por nuestras aficiones personales, que la libre competencia, considerada por los economistas clásicos como la palanca impulsora del progreso económico y social, se ha destruido a sí misma en los países de estructura capitalista, produciendo esas monstruosas unidades económicas de poder incontrastable, las cuales muchas veces influyen de modo decisivo en la política de los gobiernos. El caso de los Estados Unidos es notorio e incontrovertible.

En uno de sus excelentes estudios históricos que aparece en el volumen V de sus "Obras completas" al referirse a lo que podríamos llamar origen y desarrollo del imperialismo, nos dice lo que a continuación se transcribe:

En las últimas décadas del siglo XIX, se ensancha el escenario histórico. Los duelos europeos se vuelven mundiales. Ya no es el Rin, ya no es el Danubio o siquiera la península balcánica. Ahora se trata de África, de Asia, de los mares del Sur. No bien se han reorganizado las naciones, cuando ya tienden a convertirse en imperios; no bien arreglan, más o menos, su propia casa, se echan sobre la casa ajena. Esta expansión, como hemos dicho, va determinando al paso la evolución del sistema de alianzas descritas en anterior capítulo. Las ocupaciones de territorios comienzan por disimularse, con más o menos sinceridad o inconsciencia, bajo el aspecto de fardos morales, encomiendas de almas, duros deberes civilizadores, hasta que un buen día descubren —confiesan— que son un excelente negocio. El imperialismo reconoce causas económicas, y se escuda en pretextos humanitarios y de prestigio nacional.

Páginas adelante atribuye a causas económicas las guerras de Inglaterra en Sud-Africa, la europea en Pekín, la italiana en Tripolitania y las dos en las Balkanes, culminando con la gran guerra de 1914. Esta guerra en opinión de varios autores se debió a la lucha de Gran Bretaña contra Alemania por el dominio de los mercados de materias primas y de productos industriales, así como también por la supremacía financiera en las naciones coloniales o semi-coloniales. De suerte que la suerte, la vida o la muerte de millones de seres humanos, dependió, por lo menos en buena medida, de la

ambición de los grandes mercaderes de las dos potencias mencionadas.³

Citaremos nuevamente "Tentativas y orientaciones" en que nuestro polígrafo explica los pretextos que se dan para justificar la conquista de un país débil por un país fuerte:

a) El primer pretexto de la conquista imperial es el pretexto moral o civilizador. La historia está llena de ejemplos. Esta disculpa es irrisoria y contraria a la humanidad y el derecho.

b) El segundo pretexto imperial de la conquista es la teoría racial, anticientífica por todos aspectos, conforme a la cual corresponde a determinado tipo humano, y es su mayor incumbencia histórica, el gobernar a los demás. Se la encuentra, como mero alarde poético y patriótico, en una palabra de Virgilio. El falso espíritu de Gobineau la vuelve a poner de moda, aunque ya no como privilegio del romano, sino del escandinavo rubio; Nietzsche le presta su genio para la concepción de la "bestia blonda"; cierta política se la apropia, adaptándola y adulterándola a su talante (discurso de Munich, 27 de enero de 1936); y por la más cómica de las paradojas, esta pretendida verdad, construida por y para la raza blanca, opera milagros en Manchuria y en China, esgrimida por los amarillos japoneses. Por donde se ve que, en el fondo, el disparate racial no se refiere a raza ninguna, sino que sólo sirve para justificar la explosión de los imperialismos, de cualquier color que ellos sean.

c) Otro pretexto imperialista, con más visos o apariencias científicas, es el pretexto de la sobrepoblación. Según esto, las grandes naciones necesitan salida para su plétora humana. Lo curioso es que los apóstoles de esta doctrina, mientras por un lado la predicán, por el otro insisten en la urgencia de medidas para evitar que la proporción anual de nacimientos pueda decrecer con el desarrollo de los refinamientos ciudadanos, e instituyen premios para las parejas que den más "soldados a la patria".

d) El cuarto pretexto imperialista se funda en la necesidad de la materia prima que las grandes naciones industriales no poseen dentro de su actual territorio (Discurso de Goebbels, 17 de enero de 1936). Este pretexto tiene, al menos, en su crudeza, más realidad que los anteriores, aunque tampoco puede justificar la conquista. Pero, al presentar a las colonias como vastos almacenes o graneros del imperialismo industrial, disimula el verdadero carácter de las explotaciones coloniales. Si se tratara solamente de cambiar materias primas por artículos elaborados, ¿para qué la guerra y la conquista? Este pretexto

³ Reyes, Alfonso. Tomo V de las "Obras completas". En "Historia de un siglo", pp. 324, 325, 326 y 327.

lo esgrimen las llamadas potencias poseedoras o satisfechas contra las potencias desposeídas o insatisfechas: los "Have" contra los "Have-not", los cuales son generalmente revisionistas del Pacto de Versalles. Donde hay abundancia de materias primas, todas las naciones industriales podrían comprarlas; donde faltan artículos elaborados, todas las naciones industriales podrían venderlos; pero como la competencia de los capitalismo en libertad quieren asegurarse el vasallaje de mercados coloniales exclusivos, de aquí la conquista, la guerra, la lucha por los privilegios.⁴

Agreguemos nosotros: Cuando un país por el desarrollo de sus industrias, de su comercio y de sus sistemas de crédito, logra acumular capitales más allá de las necesidades que exige su propio desenvolvimiento económico, y los intereses del capital invertido se reducen a tasas muy bajas; entonces los capitales que no encuentran inversiones lucrativas en su territorio, emigran a las naciones de retardada evolución, donde se colocan en negocios que producen altas ganancias. Además, los países superindustrializados han menester para continuar su línea ascendente, tanto de mercados para sus productos como de materias primas. Con tal propósito adquieren en las naciones atrasadas materias primas baratas por medio de la explotación de los trabajadores indígenas y logran la adquisición de mercancías a bajos precios, lo cual es obstáculo para la industrialización de estas naciones. En otros términos, los capitales ascendentes se desbordan e invaden las zonas geográficas vecinas o lejanas, de la misma manera que el agua, cuando en abundancia se precipita por las corrientes que surten la presa que la contiene, sobrepasa la cortina y cae y fluye, inundando las comarcas próximas o distantes. Esto es lo que es imperialismo económico, que de modo inevitable se torna imperialismo político. Hay que proteger los intereses de los súbditos o ciudadanos de los países fuertes. Y como se ha dicho ya muchas veces, tras los comerciantes van las banderas.

La actitud contraria al imperialismo, fue constante en Alfonso Reyes. En una entrevista concedida al escritor Mauricio de la Selva con motivo de la intervención yanqui en Guatemala en 1954, dijo textualmente, que "ni por un instante rehuyo el declarar que abomino del Imperialismo bajo todos sus disfraces y disimulos y que deseo la libertad de los pueblos y de los hombres. La tragedia de Guatemala me duele como cosa propia". Al atentado contra la soberanía de la vecina república hermana lo llamó John Foster Dulles, sarcasmo inaudito, una gloriosa victoria.

Don Alfonso se ocupa de informar a sus lectores lo que a su

⁴ Reyes, Alfonso. "Tentativas y orientaciones", pp. 89, 90 y 91.

juicio debe entenderse por derecha y por izquierda. Para él la derecha carga el acento en el pasado y la izquierda en el futuro, de lo cual resulta que la derecha es realista y la izquierda utopista. Reyes es siempre sereno y ponderado; y prefiere la sordina al do de pecho. Parece que se inclina, invariablemente, a sostener que la verdad no está en los extremos. Sin embargo, "cuando la violencia, la impudicia, la barbarie y la sangre se atreven a embanderarse como filosofías políticas, la duda no es posible un instante. Nuestro brazo para las izquierdas: cualesquiera sean sus errores en defecto o exceso sobre el lecho de Procusto de la verdad pura, ellas pugnan todavía para salvar el patrimonio de la dignidad humana, hoy tan desmembrado, hoy tan amenazado". Y a propósito de tema tan traído y llevado, bueno es formular aquí, por cuenta propia, algunas reflexiones.

Parece obvio que todo hombre de derecha o derechista es un conservador. En consecuencia cabe afirmar que a través de toda la historia de las sociedades humanas han existido conservadores u hombres de derecha, lo mismo que progresistas u hombres de izquierda. El conservador es el que quiere conservar lo existente tal y como es, porque está bien situado en el mundo, porque se siente bien en su poltrona, porque la vida es buena para él y teme cualquier cambio que en alguna forma pudiera perjudicarlo. En ocasiones quisiera realizar algo imposible: detener el tiempo. Mas si el hombre de derecha no sólo es conservador sino reaccionario, en ese caso tiene la mirada fija en el pasado; quisiera que la sociedad retrocediera a la época de Felipe II; quisiera, absurdo inaudito, que las corrientes del río de la historia retrocedieran a su manantial originario. El hombre de izquierda o izquierdista, no se siente bien en su mundo porque le parece injusto. Puede o no sufrir él la injusticia, pero le duele el dolor del prójimo, la miseria del pueblo, y quisiera con su esfuerzo transformar la sociedad haciéndola marchar hacia adelante y ejercer en ella noble y constructiva misión rectora en su pequeño círculo, en su provincia, en su país o en el mundo entero.

En consecuencia, de conformidad con lo anterior, tratemos de averiguar quiénes en la historia de México han sido hombres de derecha y quiénes de izquierda, quiénes quisieron conservar lo existente tal y como existía, y quiénes quisieron realizar profunda transformación. El padre Hidalgo sintió en su recóndita intimidad el dolor de una patria sojuzgada y quiso libertarla. Su profundo desacuerdo con la organización colonial lo arrojó al torbellino de la Revolución de Independencia. El padre Hidalgo fue un inconforme, fue un hombre de izquierda, en tanto que fueron hombres de derecha

los obispos que lo excomulgaron. Murió sin realizar su grandioso sueño. Lo siguió en la lucha para crear una patria el cura Morelos, nuestro gran cura Morelos, hombre evidentemente de izquierda y evidentemente de derecha los inquisidores que lo humillaron, lo mismo que el virrey Félix María Calleja.

¿Y quiénes fueron de derecha y quiénes de izquierda durante las guerras de Reforma?

Fueron de izquierda Benito Juárez, el Benemérito, el hombre todavía odiado por la derecha fanática y ultramontana; fueron de izquierda Ponciano Arriaga, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Melchor Ocampo, Ignacio Zaragoza, Santos Degollado, Leandro Valle y otros más que sería ocioso citar. Fueron de izquierda porque lucharon para libertar a México del dominio de un clero inmensamente rico, egoísta, ambicioso e ignorante. Y fueron de derecha durante esa etapa dramática y sangrienta de nuestra historia los que fueron a pedir ayuda a Napoleón III, a traernos la Intervención francesa y a un flamante emperador: el Archiduque Maximiliano de Habsburgo; es decir, los que traicionaron a su patria para no perder su riqueza, sus granjerías, sus prerrogativas, sus privilegios.

Para el preciso momento histórico en el que le tocó actuar, Francisco I. Madero fue un hombre de izquierda, de igual manera que los que lucharon a su lado. La derecha porfirista no pudo tolerar el triunfo del caudillo revolucionario y nunca dejó de conspirar en la sombra. Así se creó el clima para el cuartelazo y la traición de febrero de 1913. Ya lo sabemos: Victoriano Huerta, el soldado traidor, hizo que Madero y Pino Suárez fueran asesinados. Victoriano Huerta fue un típico hombre de derecha, no sólo conservador, sino reaccionario, quiso gobernar con fórmulas caducas. Desde luego, lo combatió Venustiano Carranza con sus generales improvisados, con sus ejércitos improvisados de campesinos, de mineros y de artesanos. Del lado de Huerta —esto no puede negarse porque es un hecho histórico incontrovertible— estuvieron con decisión las fuerzas de la derecha, las derechas de siempre: los arzobispos, los obispos, los banqueros, los industriales, los comerciantes y el ejército porfirista. Carranza tuvo un solo apoyo, el apoyo del pueblo, del pueblo desnutrado y harapiento. Fue la lucha —la frase es de Pedro Henríquez Ureña— del peladismo honrado contra el decentismo ladrón.

¿Y ahora en 1974 quiénes son de derecha y quiénes son de izquierda?

La respuesta no ofrece ninguna dificultad. Son de derecha los descendientes ideológicos de los obispos que excomulgaron a Hidalgo y de los inquisidores que humillaron a Morelos; son de derecha los descendientes ideológicos de los traidores que nos trajeron la

Intervención francesa y a Maximiliano, son de derecha los descendientes ideológicos de Victoriano Huerta y de los mercaderes de toda laya que lo ayudaron a mantenerse en el poder usurpado. A toda esta variada especie zoológica, hay que agregar a buen número de generales y políticos desgajados de la Revolución, traficantes de influencias, enriquecidos en los puestos públicos o en otros menesteres nada honrosos. Y lo irritante estriba en que hay entre estos sujetos de vida turbia, quienes con cinismo increíble se atreven a señalar el rumbo que debe seguir la República. Muchas veces, seguros de que la Revolución ha muerto, se muestran públicamente defensores ardientes de la Revolución.

De izquierda son los que llevan el amor por México en la sangre, en la carne y en los huesos; de izquierda son los que luchan sin cesar contra la miseria, la ignorancia y el hambre de las grandes masas de nuestra población; de izquierda son los que defienden la soberanía nacional y la independencia económica del país; de izquierda son los que marchan hacia adelante para alcanzar metas nuevas de justicia social; de izquierda son los que quieren un gobierno honrado, progresista y patriota; de izquierda son los que sueñan en una patria grande, libre y respetada, en la cual todos sus hijos sean tan dichosos como sea dable serlo sobre la tierra. Por todo esto, el hombre de izquierda debe sentirse satisfecho de ser de izquierda y decirlo con orgullo, despacio y en voz alta siempre que se presente la ocasión.

Un humanista de la calidad de Alfonso Reyes tenía que ser defensor ardiente de la paz entre los hombres y entre las naciones. Nos lo dice en un artículo titulado "Doctrina de Paz", incluido en "Tentativas y orientaciones": "Trabajosamente se va abriendo paso por la humanidad el impulso ético que procura sustituir la antigua noción del honor guerrero por la nueva noción del honor fundado en la paz, fundado en el servicio del pueblo". Páginas adelante añade que son los pacifistas los que están preparando el porvenir. Y en otro trabajo, en tono levemente burlón: "Se sabe de agentes de la policía que, en ciertos países, toman nota, en su libreta de sospechosos, de todo el que hable de pacifismo o de solidaridad humana, porque, según parece, en el fondo de estos conceptos está agazapado el monstruo horrendo de las subversiones sociales." Precisa reconocer que en los últimos años después de Juan XXIII y de Paulo VI, la palabra paz ya no se considera subversiva o maldita como sucedía hace apenas 10 ó 15 años.

En otro libro, "Marginalia", encontramos un ensayo sobre el genocidio, asunto del cual se habla frecuentemente en nuestros días

con motivo de la agresión norteamericana en Asia. Copiamos enseguida tres párrafos del ensayo citado:

El "genocidio" abarca la destrucción premeditada de un grupo humano, en su entidad de nación, raza o religión, y cuantas tentativas se encaminen a llevar a cabo semejante aniquilamiento, sea abierta o clandestinamente, sea por autoría, complicidad o incitación efectiva, sea por los gobernantes o las personas privadas que compartan la responsabilidad de este crimen; ya se trate de aniquilamiento físico y actual, que consiste en mutilar o matar seres humanos, o en someterlos a condiciones irresistibles como las de campos de concentración, trabajos forzados, hambre o contaminación voluntaria de enfermedades; ya del aniquilamiento futuro o interrupción de la continuidad biológica como las medidas de esterilización, el aborto, el secuestro de niños y otros actos de parecido intento.

Los ejemplos de tales crímenes pesan en la conciencia de los contemporáneos, sin que sea menester remontarnos a los ejemplos de la historia: destrucción de Cartago, persecuciones de cristianos en Roma, matanzas armenias y otros casos de fácil e infausta recordación.

El genocidio merma y rebaja el valor espiritual de la especie, su patrimonio biológico, cultural y económico, y siembra vientos de rencor para futuras tempestades y guerras. Es el crimen por excelencia contra el Hombre y viene a anular el privilegio único de la familia humana entre todos los seres vivos, que consiste en ser capaz de promesa, de esperanza, de confianza en el porvenir.⁵

En la historia de todos los tiempos y de todas las naciones se encuentran casos de genocidio, es decir, de exterminio sistemático de un grupo social por motivos de religión, de raza o por razones de carácter político; el hombre, siempre, lobo del hombre. Y no es posible saber si algún día en lo por venir la voz genocidio desaparecerá del lenguaje humano, de nuestro pequeño grano de lodo lanzado hacia el espacio hace milenios por las manos inefables de una inteligencia creadora.

A juicio de don Alfonso la tierra desunida, partida en discordia, es un organismo con deficiente circulación y por lo mismo la sangre no llega a todas partes, hecho que produce "asfixias e intoxicaciones". Y agrega que "la fraternidad cristiana, hace veinte siglos que anda dando rodeos, y todavía no puede bañar a todos los hombres". El hecho —lo decimos por nuestra cuenta y riesgo— es que sumadas todas las ramas del cristianismo representan apenas el 18% en números redondos de los habitantes del mundo en la hora actual; y,

⁵ Reyes, Alfonso. "Marginalia", pp. 88 y 89.

por ende, ni siquiera en los países cristianos practican los cristianos el verdadero cristianismo; ceremonia y rito en vez de la esencia de la doctrina. Ya lo hemos dicho en otra ocasión: entre el régimen capitalista y la doctrina de Cristo hay una antinomia irreductible. Al amor entre los hombres, base cristiana de la vida, se opone el grito brutal del mercader: Ser es luchar y vivir es vencer.

Pasemos a otro tema. El diccionario de la Real Academia Española define la palabra cultura en los términos siguientes: "Resultado o efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio del ejercicio las facultades intelectuales del hombre". Pobrísima definición. Para Linton, autor de la obra titulada "Estudio del hombre", la cultura de cualquier sociedad es la suma total de las ideas, las reacciones emotivas condicionadas y las normas de conducta que sus miembros han adquirido por instrucción o imitación y que comparten en mayor o menor grado. Ortega y Gasset, en su estudio "Misión de la Universidad", dice que la "cultura es el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee", y que esas que él llama "ideas vivas o de que se vive, son, ni más ni menos, el repertorio de nuestras efectivas convicciones sobre lo que es el mundo y son los prójimos, sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones: cuáles son más estimables; cuáles son menos"; y agrega que "la cultura necesita —por fuerza, quiérase o no— poseer una idea completa del mundo y del hombre".

Hasta aquí no nos satisfacen del todo las ideas anteriores sobre la significación del vocablo cultura, ni las de Linton, ni las de Ortega y Gasset. ¿Por qué la cultura de un pueblo o de una época debe sólo abarcar el horizonte intelectual y no tener conexión alguna con las cosas materiales, tales como los utensilios, los instrumentos de trabajo, las máquinas y los edificios?

Algunos antropólogos han explicado mejor que los filósofos lo que es la cultura. Malinowski escribe que es esencialmente una realidad instrumental que existe para satisfacer las necesidades del hombre, de mucho mejor manera que por la simple adaptación al medio. En otra parte: la cultura es una unidad bien organizada que se divide en dos aspectos fundamentales: un conjunto de instrumentos de trabajo y una serie de costumbres sistematizadas; mas no se queda Malinowski en un solo campo, como pudiera inducirse de las frases anteriores; porque en su opinión, y la expresa con toda claridad, la cultura no material requiere un complemento menos sencillo, menos fácilmente catalogable y que consiste en el conocimiento intelectual, el sistema ético, los valores espirituales, la organización social, el lenguaje, la religión y el arte. Nuestro parecer se acomoda al criterio y a los conceptos del antropólogo polaco. En consecuen-

cia, la cultura estriba en los sistemas ideológicos y de producción de una comunidad, en un momento histórico dado.

Veamos ahora lo que el autor de *El deslinde* nos dice acerca de la voz cultura:

La obra de la cultura consiste en salvaguardar, transmitir y hacer correr con igual facilidad por todos los pueblos las conquistas del hombre, materiales o espirituales; consiste en redondear y canalizar la tierra para la mejor circulación del bien humano. Por eso la cultura es, en esencia, coordinación cooperativa: lo mismo los puentes y túneles, las carreteras, los medios de locomoción, que la repartición y distribución de los frutos económicos e intelectuales. La captación de la tierra por el hombre dista mucho de ser completa. El ideal no se ha realizado, acaso porque nunca se logró que los distintos pueblos marchen de acuerdo.

La cultura no es, en efecto, un mero adorno o cosa adjetiva, un ingrediente, sino un elemento consustancial del hombre, y acaso su misma sustancia. Es el acarreo de conquistas a través de las cuales el hombre puede ser lo que es, y mejor aún lo que ha de llegar a ser, luchando milenariamente contra el primitivo esquema zoológico en que vino al mundo como enjaulado. La cultura es el repertorio del hombre. Conservarla y continuarla es conservar y continuar al hombre.⁶

Como se ve, el parecer de Reyes sobre lo que es la cultura coincide en términos generales con el de Malinowski.

Ahora queremos recoger algunas opiniones de quien fuera dilecto amigo nuestro, tanto acerca del porfirismo como del propio general Porfirio Díaz. Transcribimos enseguida tres párrafos tomados de "El cazador", de "Aquellos días" y de "Pasado inmediato", en orden de inclusión:

...No sé si os asombrará lo que os digo; pero hubo un día en que México pareció —para las conciencias de los jóvenes— un don inmediato que los cielos le habían hecho a la tierra, un país brotado de súbito entre dos mares y dos ríos: sin deudas con el ayer ni compromisos con el mañana. Se nos disimulaba el sentido de las experiencias del pasado, y no se nos dejaba aprender el provechoso temor del porvenir. Toda noticia de nuestra verdadera posición ante el mundo se consideraba indiscreta. Por miedo al contagio, se nos alejaba de ciertas "pequeñas repúblicas revolucionarias". ¡Y teníamos un concepto estático de la patria, y desconocíamos los horrores que nos amenazaban,

⁶ Reyes, Alfonso. "Cuadernos Americanos", marzo-abril, 1942. De la página 7 a la 10.

sólo para que gimiéramos más el día del llanto! Y creíamos —o se nos quería hacer creer— que hay hombres inmortales, en cuyas generosas rodillas podían dormirse los destinos del pueblo.

El gobierno mexicano de Porfirio Díaz, con sus puntas y ribetes de "despotismo ilustrado", habría transcurrido sin obstáculo, a haberse dado en plena era monárquica de la humanidad. Por haberse dado en una era democrática, paró en un fracaso y admitirá siempre en la historia un grave reparo: el no haber contado con la integración fundamental y la movilidad y dinamismo que caracterizan a la democracia; el haber creído que podían ponerse —de una vez para siempre— de este lado los gobernantes y del otro los gobernados; el no haber dejado que el pueblo se educara gradualmente para gobernarse a sí mismo, puesto que el porvenir había de desarrollarse dentro de una atmósfera democrática. Y aquí gobernarse a sí mismo quiere decir algo muy preciso; quiere decir educarse para un cambio continuo y fácil de los hombres en los puestos públicos (no en los técnicos), entregando al resultado de los sufragios y a la mecánica constitucional el decidir periódicamente estos cambios, de modo que la función del gobierno interese a todos de un modo, a la vez, normal y no exclusivo.

El antiguo régimen —o como alguna vez le oí llamar con pintoresca palabra, el Porfiriato— venía dando síntomas de caducidad y había durado más allá de lo que la naturaleza parecía consentir. El dictador había entrado francamente en esa senda de soledad que es la vejez. Entre él y su pueblo se ahondaba un abismo cronológico. La voz de la calle no llegaba ya hasta sus oídos, tras el telón espeso de prosperidad que tejía para sí una clase privilegiada. El problema de una ineludible sucesión era ya angustioso. El caudillo de la paz, de la larga paz, había intentado soluciones ofreciendo candidatos al pueblo. Pero no se es dictador en vano. La dictadura, como el tósigo, es recurso desesperado que, de perpetuarse, lo mismo envenena al que la ejerce que a los que la padecen. El dictador tenía celos de sus propias criaturas y las devoraba como Saturno, conforme las iba proponiendo a la aceptación del sentir público. Y entonces acudía a figuras sin relieve, que no merecieron el acatamiento de la nación. Y el pueblo, en el despertar de un sueño prolongado, quería ya escoger por sí mismo, quería ejercitar sus propias manos y saberse dueño de sus músculos.

En el mismo libro publicado bajo el rubro de "Pasado inmediato", Alfonso Reyes escribe que la Revolución Mexicana nació más bien de un impulso popular que de una idea preconcebida, que no fue planeada sino resultado "de un crecimiento natural". A su entender nuestro gran movimiento social se fue aclarando poco a poco

y precisando las metas que debían conquistarse a medida que se intensificaba la lucha armada. El parecer de nuestro Alfonso ha sido compartido por muchos estudiosos de la historia contemporánea de México. Nosotros que también tuvimos tal parecer durante cierto tiempo nos hemos rectificado como consecuencia de más acuciosas investigaciones, de precisión de hechos vividos en la juventud, de nuevas lecturas y de lentas y profundas reflexiones; todo para llegar a las tres siguientes conclusiones:

1) Que la Revolución Mexicana sí tuvo un cuadro de ideas claras y definidas como puede comprobarse con el Manifiesto del Partido Liberal de 1906 y buen número de artículos periodísticos, manifiestos de los partidos políticos y otros documentos de carácter personal antes del 20 de noviembre de 1910.

2) Que de manera obvia, lo mismo que en todos los movimientos revolucionarios, las ideas y principios iniciales se aclararon y perfeccionaron durante las peripecias de la contienda.

3) Que lo que podemos llamar la ideología de la Revolución Mexicana no es cierto que haya sido genuina y privativamente mexicana, sino que recibió la influencia lógica e inevitable del pensamiento universal, particularmente de las doctrinas anarquistas y socialistas en boga en Europa en los tres primeros lustros del presente siglo.

Y para terminar el esbozo de algunas ideas del mexicano ilustre, que tuvo luz y alas en el pensamiento, vamos a transcribir algunas opiniones acerca de las múltiples facetas de su rica personalidad:

De Jorge Luis Borges:

Reyes es fino catador de almas, es observador benévolo de las distinciones insustituibles de cada yo. De tan bien conversarnos de sus amigos, nos amiga con ellos.

De Ezequiel Martínez Estrada:

Hubo también elogios reticentes; se le reprochó que consagrarse más interés a los asuntos universales que a los conminatorios de su época y su país. Este y otros reproches que se desembozarán paulatinamente son inconsistentes, y hasta cierto punto de incomprensiva trivialidad. Toda la obra de Alfonso Reyes está sellada con caracteres representativos de su linaje. Su interés por los problemas que competen a la vida del espíritu más que a la vida económica y política, lo alejó de su tiempo y su lugar, es cierto, convirtiéndolo en ciudadano del mundo. Su semejanza con Goethe "el alemán" es, también a este respecto, inquestionable. Acaso fuera ateniense o florentino, pero en cualquier

latitud era mexicano. El rasgo gentilicio a que aludi es la delicadeza, específica de la gran cultura náhuatl común en el indígena y rara en el hombre de letras. Diré civilización de orfebrería, filigrana, poesía, pluma y flor.

De Gabriela Mistral:

¡Desconcertante Alfonso Reyes, hombre salido de nuestra América y en el cual no están los defectos del hombre de nuestros valles: la vehemencia, la intolerancia, la cultura unilateral! Al revés de eso, una cordialidad "fabulosa" hacia los hombres y las cosas, especie de amistad amorosa del mundo; paralela con el amor de las criaturas, una riqueza de conocimiento del cual vive ese amor.

De Fernando Ortiz:

Sólo por él salgo hoy de las sombras de mi morbosa y senil abulia, para responder al llamado de quienes me honran pidiéndome unas líneas, como unas siemprevivas de recuerdo, para un homenaje fúnebre a ese antepasado gran genio, gran hombre, de las letras mexicanas. No sé de otro escritor pensante que tuviera más amplitud en sus ideas, sin límites de tiempo, pasado y futuro, y de espacio, aquí y allá en la metafísica. Su pluma podía cosquillar las sonrisas de la milenaria Cleopatra y las muecas que harán las bombas de cobalto que aún están por estallar. Y siempre con arte espontáneo y fino, y con la verdad y la bondad que manaban perennes de su inagotable humanidad. Ya sabía él de todas las cosas, ahora en la gloria sabrá de muchas más.

De Juan Ramón Jiménez:

Hombre trino y un Alfonso Reyes, superior de espíritu, diferencia, cultura, conciencia, despejo, tolerancia. Una cabeza entera. ¿Desde dónde venía, así preparado de lo ajeno, de dónde le llegó lo diferente que él mismo le añadía, se incorporaba, se donaba? Bello caso de destino fatal resuelto. Tres razones por lo menos, sumadas en cuenta final. ¿Cuánto? Su prosa, su verso lo dirán a quien no lo conozca de vista. Las siete personalidades, la oblicua, la redonda, la recta, la picuda, la cuadrada, la horizontal, la vertical. Caminos indígenas, españoles, mejicanos hacia lo total permanente. Y todos caminados por lo sumo, con entrega y con análisis, con profundidad y con alegría, con decisión y con serenidad, sin perder nada, ni una coma, del tránsito internacional y universal.

De Jean Cassou:

Hoy, si quiero escoger un ejemplo y un tipo de humanista verdadero y cabal, escogeré a un mexicano. Y me dirigiré a usted, querido amigo Alfonso Reyes, honor de las letras y de la diplomacia mexicanas, sintiendo solamente que mis actuales deberes militares no permitan que llegue mi propia voz hasta sus oídos por las ondas transoceánicas. Otra vez, pues, leeré mi homenaje; pero el oído de usted, experto en descifrar las más sutiles modulaciones del afecto, sabrá discernir todo el calor personal que anima tal mensaje. Según el lenguaje corriente, parecería que la flor del humanismo no puede crecer y abrirse en otra parte que en el jardín de las civilizaciones muy antiguas, muy envejecidas, hinchadas de tradición y de erudición. Pues no; en un pueblo joven como el pueblo mexicano existe también un humanismo, y Alfonso Reyes, escritor exquisito y abogado de las grandes causas, hombre de biblioteca y hombre de acción, me parece haber nacido para seguir defendiendo e ilustrando aquella gran tradición humanista mexicana.

De Luis Cardoza y Aragón:

Hace tiempo escribí de él que al hincarse sus raíces entre las grietas de nuestras pirámides y buscar nuevas savias, llegaron hasta los mármoles del Partenón. Algunas veces no se ha comprendido tal virtud; sin embargo, cada día es más clara su excelencia. En realidad, Alfonso Reyes estaba adelante, abriéndole camino a un México que hoy ya se percibe mejor. Pero él no iba con jactancia alguna de guía. Avanzaba sencillamente: lo que él llamaba "la respiración de su alma".

Alimentaba su fuego con esencias de todos los rumbos, y él ardía en su fuego con sus viejas tradiciones, con la idiosincrasia de su pueblo. Era tan mexicano que supo ser hermano de todos los hombres. Ninguna cultura le fue extraña y por todas partes se sintió en su casa, porque estaba excepcionalmente enraizado en la suya. Parte de su obra aún está en la sombra. La revelación durará años. Su agudeza y su complejidad, como lo hacen ya tan diferente para cada uno de nosotros, de mancha semejante lo harán para las próximas generaciones. No sufre de un asentimiento general sobre su obra: es decir, está vivo en ella, y se le discute esto, se le celebra aquello. Tal falta de unanimidad en el juicio (la unanimidad que es una forma de muerte), comprueba lo singular de su creación. Unos pueden ascender a una cima de cordillera, otros a otra. La luz se refleja en todas sus facetas, pero estamos aún contando sus facetas. Nos enredamos y comenzamos de nuevo a contarlas. Todavía no nos ocupamos a fondo de su luz. Su obra es como una sonrisa de México: cordial, escéptica y entusiasta. Nunca

sube la voz; siempre se le oye. Es persuasivo y como casual. Su inteligencia parece que nunca entorna los párpados. Se ha olvidado de todo lo que ha leído —una montaña mágica—, y nos dice para siempre lo que tuvo que decirnos y lo que sólo él podía decirnos.

De Jaime Torres Bodet:

Hubo un tiempo, por fortuna ya superado, en el que ciertos ingenios reprochaban a Alfonso Reyes una indiferencia supuesta para lo nuestro. ¿Qué hacía en Grecia, junto al Partenón, aquel hijo dilecto de Monterrey? Los años se han encargado de explicarnos lo que entonces hacía: servir a México, contribuir a situarlo en lo universal.

De Ignacio Chávez:

Esta muerte de hoy nos deja en desamparo. Por sobre la admiración que teníamos por Alfonso Reyes había el hecho de que todos lo amábamos. Nunca un hombre reunió mayor don de simpatía ni se amasó una figura de mayor calidad humana. Y junto a esos dones estaba el otro, el de la radiación de una inteligencia superior. En el Colegio Nacional unos representan la historia, otros la filosofía y otros más, alguna disciplina artística o científica. Alfonso Reyes las representaba todas, como el ejemplo vivo de la universalidad en el talento y en la cultura. En él no sabría decirse qué predominaba, si el poeta o el ensayista, si el crítico o el filósofo, si el humanista o el científico. El científico también, aunque parezca extraño, porque nadie logró mejor que él sistematizar sus conocimientos y forjarse una recia disciplina mental e investigar en su campo con tanto rigor como un hombre de ciencia.

De Pedro Henríquez Ureña:

Alfonso Reyes, poeta de emociones hondas, hombre de imaginación y de ingenio, ensayista cuya libertad llega a vestir las apariencias del capricho arbitrario, es el reverso del improvisador sin brújula y del extravagante sin norma; predica —y ejemplifica— para su patria, la fidelidad a la única luz firme, aunque modesta. Debajo de sus complejidades y sus fantasías, sus digresiones y sus elipsis, se descubre el devoto de la noción justa, de la orientación clara, de "la razón y la idea", maestras en el torbellino de todas las cosas subconscientes.

De Mariano Picón Salas:

No sólo su virtud de sabiduría y estilo, hacían acaso, de Alfonso Reyes el primer humanista y el primer hombre de letras de la América His-

pana, sino también la intención y mensaje moral que impregna desde sus obras eruditas hasta sus más libres ensayos. Fue el prosista más significativo y de ámbito más universal que dio el postmodernismo hispanoamericano; el hombre en quien culmina una revolución lingüística y que anuncia, al mismo tiempo otro clasicismo. Espíritu conciliador como lo fue en el siglo pasado don Andrés Bello, aunque la prosa de Reyes alcance una dimensión de gracia, agudeza inventora y trabajo artístico que no fue nunca el propósito del humanista venezolano. A cierta casa de la Avenida Industria en la ciudad de México como antes a las embajadas mexicanas en París, Río y Buenos Aires, acudieron siempre los escritores de América en busca de su sutilísima percepción crítica, su refinada erudición, su ánimo de concordia. . . Quizás fuera el gran escritor y humanista mexicano uno de los cinco o seis hombres de más vasta cultura literaria en el mundo. . . Era también uno de los pocos hombres que podían enseñar y aconsejar al continente entero. Nos deja la presencia, siempre irradiante, de sus libros, de su prosa perfecta, pero nos hará falta la voz, el sumo fervor, la cálida compañía y la generosidad del amigo.

Y aquí terminamos el brevísimo examen de algunas ideas sociales de la robusta y caudalosa personalidad de nuestro autor. Sus restos mortales descansan en la Rotonda de los Hombres Ilustres, honor con el cual la patria premia a sus hijos que supieron honrarla.

MARIANO PICON SALAS Y OTRAS VOCES DE PROTESTA EN EL MODERNO ENSAYO HISPANOAMERICANO

Por Robert G. MEAD, JR.

ACTUALMENTE el mundo pasa por una crisis gravísima, quizá la más peligrosa de su historia. Unos comentaristas, refiriéndose a las tres décadas de la posguerra, hablan del fin de las ideologías y otros se quedan pasmados ante la súbita aparición del Tercer Mundo frente a las naciones "desarrolladas" e industrializadas, semi-soñolientas en su vida muelle, producto de siglos de explotación imperialista. Y todavía otros ven la revolución inevitable en todas partes, aquí violenta y patente, allá latente y subterránea.

Lo cierto, me parece, es que la duda reina, sobre todo en las naciones del Occidente, pero ya no es esa duda saludable y razonable de Pascal sino una duda nueva, desesperada, que domina al hombre contemporáneo que ya no sabe a quién atenerse ni de dónde asirse. ¿Quién no duda ahora? ¿Dónde están las doctrinas salvadoras, los líderes dignos de nuestra fe, los valores humanos tan anhelados antaño? ¿Cómo puede uno refugiarse en el individualismo humanitario, en el anarquismo filosófico, en esos ideales que tanto atraían hace relativamente poco y que hoy nos parecen tan lejanos y tan difíciles de realizar? ¿Cómo salvarse en un mundo dominado cada vez más por crueles dictaduras, por el capitalismo y el socialismo en bancarrota, por las grandes corporaciones industriales y el materialismo creciente de nuestra vivencia y la aceptación cada vez mayor de la ciega y abúlica vida del consumidor (*consumerism*) como la única manera de sobrevivir? Ni hablar del efecto estupefaciente sobre el hombre de las comunicaciones masivas. Todos intuimos que la nave se hunde pero como ella es inmensa y milenaria esperamos que el proceso lento de su destrucción no se cumpla hasta que hayamos desaparecido.

Quizá no todos los intelectuales contemplan con tanto pesimismo el mundo actual pero, ¿existe un ciudadano inteligente y sensible, un intelectual genuino, un artista o escritor cabal que no se hayan preguntado en lo más hondo de su conciencia a dónde va a parar

este hombre moderno, tan capaz para perfeccionar los medios, tan ciego para discernir los fines?

Quizá los últimos en rendirse, en amilanarse ante las condiciones ambientales sean los escritores, guardianes de los más altos valores humanos, comunicadores de los elementos más duraderos de la conciencia nacional y universal. Este ha sido el caso del escritor en Iberoamérica. Por cada autor conservador o reaccionario en el continente, defensor inflexible de la tradición colonial, han surgido diez o veinte escritores liberales, abiertos al cambio y creyentes en la perfectibilidad última del hombre novomundano. Quijotistas, utópicos, si se quiere, pero defensores de la lucha constante hacia el ideal como la más excelsa de las virtudes humanas.

Es una perogrullada pero también una verdad profunda afirmar que la mayoría de los grandes autores de todas las edades se han movido contra la corriente dominante de su época. Ahí está el caso inolvidable de Sócrates y éste ha sido el ejemplo de los hispanoamericanos y, en grado menor, de los españoles. El finado historiador de la cultura peninsular, Américo Castro, ha escrito muy certeramente que sus compatriotas "siempre han querido vivir de una manera" pero que se han visto "obligados a vivir de otra".¹ Miguel Angel Asturias (1899-1974), escritor guatemalteco y Premio Nobel de 1967, ha dicho en una entrevista que la literatura americana "fue siempre una literatura de combate. Fue desde siempre una literatura de la participación activa en la lucha de nuestros pueblos contra sus opresores. . . [Nosotros los escritores] no nos limitamos a la determinación de hechos, sino que queremos modificar los hechos, mejorarlos, ponerlos bajo el dictamen de la justicia".² Y Carlos Fuentes, airado novelista mexicano, a la edad de 33 años pronunció las siguientes frases en otra entrevista hecha en 1961: "Todos los escritores de México tenemos una obligación. Debemos ser coléricos, abogados de los pobres e iletrados. No es para nosotros el lujo de ser artistas puros".³

En el campo general del ensayo hispanoamericano, en el cual se incluyen los tratadistas y pensadores de épocas anteriores así como los autores que se agrupan bajo la rúbrica más moderna de ensayistas, la protesta seguramente ha sido el móvil preponderante. Desde los primeros escritores de la Emancipación hasta los ensayistas de

¹ *Aspectos del vivir hispánico*. Madrid: Alianza Editorial, 1970, págs. 121-122.

² Citado en Günter Lorenz, *Diálogo con América Latina*. Valparaíso: Ediciones Universitarias, 1972, pág. 252.

³ Entrevista publicada en la revista norteamericana *Look*, 18 de julio de 1961.

nuestros lustros su tendencia idealista les ha estimulado a soñar en una vida mejor para el Nuevo Mundo, proyectar sus sueños contra el fondo formado por los líderes y las realidades de su tiempo, y gritar en contra de las barreras y obstáculos injusto; e inhumanos, domésticos o extranjeros, humanos y materiales, que frustraban la realización de su ensueño. La lista es larga y los nombres imborrables; me limito sólo a mencionar algunos: Miranda, Bolívar, Mier, Mora, Echeverría, Sarmiento, Alberdi, Bilbao, Lastarria, Montalvo, Hostos, Varona, Martí, Rodó, Vasconcelos, González Prada, Mariátegui...

Conveniente es recordar primero, en el décimo aniversario de su desaparición, al escritor venezolano Mariano Picón Salas (1901-1965). Provinciano de nacimiento, se acordará siempre con ternura de su lejana infancia y juventud vividas en un ambiente patriarcal lejos del bullicio de las ciudades que comenzaban a abrirse a la industrialización y a venderse a la explotación extranjera. El aire puro de la montaña y la vida expansiva que allí gozó marcaron indeleblemente su espíritu, incapacitándolo siempre para aguantar trabas o barreras a la expresión libre de su conciencia y sus sensibilidades. Después de una breve estancia en el Caracas subyugado de Juan Vicente Gómez, Picón Salas pasó a Chile en busca de unas circunstancias que le permitieran formarse en una libertad cada vez mayor. En el distante (y entonces libre) país austral pronto cultivó amistades importantes y se formó intelectualmente con rigor y disciplina, desarrollando un gran cariño a las letras y a los hombres virtuosos. Sin dejar nunca de ser venezolano se hizo también chileno, hispanoamericano y universal. Diversas facetas de su genio y expresión nos hacen pensar en Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes pues, como ellos, sabía analizar y sintetizar y practicó y defendió el humanismo en Hispanoamérica, nunca dejando de atacar el fanatismo dondequiera lo encontrara. También como ellos, fue embajador y educador en su patria y en el extranjero, e infatigable viajero en varios continentes.

Es autor de unas treinta obras: novelista, biógrafo, autobiógrafo, periodista y ensayista. Se destaca en este último género, sobre todo en sus interpretaciones poéticas y personales, no pocas veces irónicas, e intensamente evocativas de la cultura y la vida americana; y universales de ahora y de antaño. Maneja su erudición con finura y la expresa casi siempre con un lirismo hondo pero refrenado. Su primera obra, *Buscando el camino* (¡cuánto le conviene el título a su autor!), data de 1920 o 1921, y su última, *Hora y deshora*, de 1963. Su obra más conocida y comentada (pero no más personal) es *De la conquista a la independencia* (1944), interpretación de la historia

formativa del Nuevo Mundo hispano basada en el texto de las conferencias que pronunció en varias universidades norteamericanas en 1942 y 1943. En otros dos libros suyos Picón Salas recalca elocuentemente el compromiso trascendental, el combate constante y la protesta perenne de todo ensayista emancipado. Sean una muestra de su hermosa autobiografía, *Regreso de tres mundos*, aparecida en 1959 y llena de resonancias de su tomo autobiográfico anterior, *Viaje al amanecer*, publicada en 1943, estos fragmentos de sus últimos párrafos:

Ya contra la barbarie y la sevicia, los desniveles de cultura y el resentimiento de muchas gentes y pueblos oprimidos que aún no alcanzan a sublimarlo (tragedias frecuentes de la vida hispanoamericana), me servían el estudio y la meditación como lámpara de minero que transita en la oscuridad. Quise evitar los odios que salían al camino para enredar y vencer a los Absalones caminadores, y seguí la ruta como si más allá de todas las distancias encontrásemos un reparo de serenidad y belleza. Pretendí pedir a mi trabajo intelectual mucho más que un artificio: una norma para ser más avisado, más tolerante y más libre. ¡Conciencia, no me abandones! es el grito del hombre que quiso pensar y deliberar con justicia en la angustiosa lucha existencial. Y si dedujera, de todo este polvo y ceniza de la vida que se enreda en nuestras botas caminantes, alguna "parábola y declaración" como quería el milenar autor de *Los proverbios*, ésa sería mi humilde experiencia. Por el ejercicio espiritual, la vida se hace más atareada y más corta, y la muerte ha de entrar en la casa encontrando todavía un libro abierto, una lámpara encendida hasta que cantaron los gallos en el alto frío de la noche, y una página comenzada para decir nuestro asombro ante el mundo. Con tantas luchas y andanzas, elaboramos —y ya nos sentíamos satisfechos— un poco de comprensión y acaso de felicidad. Pasaron por nuestros ojos y nuestra mente algunos tesoros de los que no sospechan tantos prósperos y envidiados millonarios. El estudio y la reflexión también servían para dominar malos impulsos y desvanecer peores sueños.⁴

En *Los malos salvajes*, aparecido en 1962 o sea tres años más tarde, Picón Salas contrasta a los "buenos salvajes naturales" de Rousseau con los malos salvajes que dominan el mundo de hoy. Echa un vistazo amplio y sombrío pero a la vez vigoroso y animado a lo que considera ser el crimen universal del hombre, la lesa humanidad, y protesta los hechos de estos salvajes innobles: las guerras

⁴ *Regreso de tres mundos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1959, páginas 144-145.

grandes y pequeñas, declaradas y clandestinas; la malicie, el odio, la falta de caridad; la rivalidad y el antagonismo; y la diaria lucha minúscula y egoísta para que no nos aventaje el prójimo. Muy a menudo el escritor venezolano nos muestra al salvaje innoble en su actuación hispanoamericana, habitante de un continente que comparte la fermentación y la inseguridad políticas del resto del mundo y, a la misma vez, donde la aventura del hombre alcanza su trascendencia mediante el impulso combativo de rehacer y perfeccionar el mundo.

En fin, Mariano Picón Salas nos comunica su ánimo esencialmente humanista empapado de un optimismo desesperado en una prosa que alcanza la calidad de "meditación alada", para citar la acertada frase de Medardo Vitier.⁶ En un día próximo se reconocerá plenamente la contribución del ensayo al esclarecimiento de los problemas americanos y, entonces, los muchos méritos de Picón Salas le harán descollarse entre los grandes ensayistas del continente,

En el peruano Sebastián Salazar Bondy (1924-1965), muerto también hace diez años, hay otro protestante y denunciador de las mentiras convencionales. Conocido principalmente como dramaturgo y poeta, Salazar Bondy fue además un ensayista de inclinación moralista y desmitificadora. Limeño por nacimiento pero peruano cabal en su conciencia, anhela sobre todo la verdadera unificación del Perú, su evolución en una nación en lugar de una aglomeración de provincias dominada por Lima. Protesta contra la sobrevivencia del mito colonial, heredada por el Perú independiente, según el cual se recuerda nostálgicamente una época dorada que nunca existió pero cuya evocación sigue corrompiendo la moderna vida del país. En el corto (tiene sólo unas cien páginas) y ya bastante conocido ensayo intitulado *Lima la horrible*, publicado en 1964 o un año antes de su muerte, exterioriza el amor-odio que tiene por la metrópoli peruana en un esbozo sensible, poético y violento. ¿Cuántos hispanoamericanos no han tenido nociones semejantes al contemplar sus ciudades nativas, amalgamas del pasado vivo y el presente que lucha por nacer? No todos han dejado constancia escrita de sus meditaciones pero se podría compilar una antología sumamente interesante e igualmente patética de las evocaciones que sí se han publicado. Salazar Bondy comienza por examinar las raíces de la mitología limeña y la imagen tradicional y espuria que proyecta la ciudad: una metrópoli colonial bella y aristocrática cuando es vislumbrada por el velo de su pasado histórico y, luego, pasa a exponer la podredumbre moral, la vida muelle y egoísta y la política corrompida de

⁶ *Del ensayo americano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1945, páginas 45-46.

la oligarquía. Esta vida fácil la contrasta el indignado ensayista con la existencia subhumana que aguantan las masas populares, pobres, explotadas y desnutridas. Sus barrios (¡como lo saben tan bien los que los han visto!) se extienden ampliamente por las colinas que circundan la ciudad central, triste señal de la explosión demográfica, el crecimiento desmesurado de la urbanización y la industrialización, y el fracaso del mercado de trabajo nacional. Escribe Salazar Bondy: "Toda ciudad es un destino porque es, en principio, una utopía". Y luego, con la desnuda sinceridad que da el valor de un hombre libre y humanitario, continúa:

Este libro se debe a Lima. Lima hizo a su autor e hizo su aflicción por ella. Ninguna otra razón que la intensa pertenencia del texto a su tema determina que estas páginas no transen en rectificar el mito mediante la más honda realidad, cotejo inclemente de la premonición y la nostalgia en la tierra árida del presente. Y como sólo el implacable deseo de posesión clama por el conocimiento desnudo y esencial, debe ser por sobre todo considerado obra del amor que es poesía y vida. No soporta, por eso, ninguna simulación y más bien lo anima el coraje de la clarividencia, aquel que permite mirar cara a cara el horror y denunciarlo.⁶

El mexicano Carlos Fuentes, nacido en 1928, se dio a conocer como cuentista y novelista pero también ha escrito ensayos. Tiene la conciencia social muy desarrollada, es de tendencias izquierdistas pero no doctrinarias, y nadie puede dudar de la sinceridad ni del carácter autónomo de su pensamiento. Al comentar hace una década el libro *Pedro Martínez: A Mexican Peasant and His Family*, del finado sociólogo norteamericano Oscar Lewis, Fuentes penetra en el corazón de uno de los magnos dilemas de la condición humana actual: la sensación de trágica impotencia que acosa al "hombre de ideas" al encararse al conflicto nacido de su demanda de la justicia social por un lado y, por el otro, su reconocimiento de la creciente indiferencia del hombre-consumidor, unidad básica de la sociedad robotizada moldeada por la industrialización y las corporaciones transnacionales. He aquí algunos fragmentos de la protesta de Fuentes:

Como mexicano (escribe Fuentes), comprendo que la vida de Pedro Martínez es el centro de una tormenta. Pedro está consciente trágicamente de sí mismo y de la tormenta: "Todo el que sea hombre de ideas lo es desde su nacimiento. Tal hombre está al tanto de lo que

⁶ *Lima la horrible*. Lima: Populibros Peruanos, 1964, pág. 10.

pasa", dice Pedro en su declaración inicial. Quisiera, al fin, hablar de Pedro Martínez tal como él me afecta. Creo que donde la demanda de la justicia social es tan grande que desaparece la visión trágica de la vida, nos quedamos con un optimismo puramente mecánico que encubre unas verdades asquerosas. También creo que donde esta conciencia trágica de la vida no se atreve a mirarle la cara a la injusticia, nos quedamos con un conformismo vacío y, a fin de cuentas, con una complicidad encubierta pero viciosa. Mientras más se comuniza el capitalismo y se liberaliza el comunismo, comenzamos a ver las implicaciones del dilema. Ambos extremos se unen en la creación de un hombre básicamente indiferente. Visto como un producto positivo o negativo de su sociedad, este hombre indiferente es la anticipación del "robot risueño" de C. Wright Mills. Puede ser lo que es porque se conforma —como los buenos y blandos burgueses norteamericanos de Cheever o los jóvenes y rectos *kolkhozianos* del cine soviético; o por que se rebela como los *beatniks* de Kerouac o los nuevos nihilistas opulentos de Rusia. Pero todos éstos son indiferentes, y su símbolo futuro bien pudiera ser el de un *voyeur* desencarnado que manipula los objetos en un *nouveau roman*.⁷

Y sigue protestando Fuentes al recalcar la insuficiencia de la visión puramente social y económica de la vida humana, subrayando a la vez la necesidad de continuar la lucha hacia metas idealistas y trascendentales, más allá de las fronteras inadecuadas y esencialmente mezquinas previstas tanto por el capitalismo como por el comunismo:

¿Debo convertirme en un curioso seguidor de Rousseau y ver en Pedro Martínez un símbolo del salvaje noble de nuestra época? No se trata de eso. No hay "edades de oro" ni pueblos primitivos que no han sufrido los castigos del modernismo. D. H. Lawrence no encontró su El Dorado entre los indios mexicanos, porque los paraísos pintorescos de la fantasía se convierten en un infierno de hambre, ignorancia, enfermedades, muerte y opresión. El problema está en que un día de estos Pedro Martínez bien pueda dejar de ser hambriento y enfermizo —y hasta dejar de ser *robot*. El problema está en que bien podamos habitar un mundo de bienestar material que a la misma vez es muy humano y consciente de sí mismo, trágicamente consciente de que después de que se satisfagan todas las demandas de la historia, la vida misma no habrá dejado de insistir en sus propias y fieras demandas, y que éstas exigen una lucha mucho más ardua de la que proponen la

⁷ "Revolutionary Man", *The New York Review of Books*, 25 de junio de 1964. La traducción del texto inglés es del que escribe.

historia, la revolución o la industrialización. Como dijo una vez Camus, los niños morirán aún en una sociedad perfecta. Sólo por el contraste con el sufrimiento, la muerte y el odio sabemos que existen la felicidad, la vida y el amor. Pedro Martínez es un hombre pobre que se da cuenta de la intensidad de la vida pero está desprovisto de los materiales de la vida. Los hombres del Este tanto como los del Oeste poseen los materiales de la vida pero no su intensidad. Cómo dar al peón mexicano, al *commuter* (habitante suburbano) norteamericano, y al técnico soviético tanto estos materiales como esta intensidad me parece un problema más grave, quizás, que la construcción de "aldeas estratégicas" en Viet Nam.*

Pocos escritores hispanoamericanos de nuestros días protestan tanto y sobre temas tan diversos como el joven novelista peruano Mario Vargas Llosa, nacido en 1936. Pasó su niñez y primera juventud en varias regiones de su patria y luego ha vivido largamente en Francia, ha enseñado en los Estados Unidos y ha visitado varias otras naciones. Se destaca como escritor de ficción y sus cuentos y novelas se conocen ampliamente en el mundo hispanohablante y en forma traducida en muchos países extranjeros. Es autor también de artículos, estudios críticos y ensayos que tratan asuntos variados. Sus opiniones son firmes e inteligentes y expresadas con vigor y suelen penetrar rápidamente en el meollo de la cuestión que la interesa. Le preocupa, por ejemplo, el principio básico de la libertad de la expresión intelectual en todos los hombres y no sólo entre los escritores. Pero se da cuenta de que si esta libertad no es un privilegio reservado para los autores sí es para ellos tan vital "como el aire y el agua a las plantas". En una reseña reciente del libro *Persona non grata*, publicado por el chileno Jorge Edwards en 1973, Vargas Llosa expresa su oposición a lo que muchas veces pasa, según lo entiende él, en las naciones socialistas a los autores que tratan de conservar su libertad de expresión. Edwards había servido como diplomático chileno en la Cuba de Castro, apoyaba la revolución de un modo general, pero se había relacionado con un grupo de escritores cubanos mal vistos por el régimen y, por fin, fue declarado *persona non grata* y obligado a dejar la isla. Para Vargas Llosa el incidente, "una tormenta de verano" al parecer, "en el fondo reflejaba una desgracia mucho mayor: la desaparición de la posibilidad, dentro de una sociedad socialista [del escritor] de ponerse al margen o frente al poder". Y continúa: "... Lo que ocurre, como muestra admirablemente el libro de Edwards, es que, cuando se clausuran las posibilidades de oponerse, diferenciarse o apartarse, cuando se ins-

* *Ibid.*

tala un sistema de intolerancia y control pleno, el escritor de vocación auténtica queda inmediata y brutalmente afectado, no sólo, como la mayoría de sus conciudadanos, en una parte importante de su actividad social, sino en el centro mismo de su vocación. . . ." Luego repasa el autor peruano lo que le parece haber sido el caso del escritor en los países socialistas en Asia, Europa y Cuba, situación que cree que se está repitiendo en el Perú actual, "dentro de esta inesperada Revolución conducida por las Fuerzas Armadas".

Se puede resumir esta visión del escritor que tiene Vargas Llosa en los siguientes términos: Triunfa un esfuerzo revolucionario, izquierdista, socialista y los escritores, "hasta entonces ignorados cuando no despreciados por una sociedad inculta y sus gobiernos cerriles, de pronto, con la Revolución y la estatización acelerada, ven abiertas todas las puertas. Diarios, radio, institutos culturales, editoras, ministerios los convocan con un abanico de atractivos que espejean ante sus ojos desde la necesidad de participar en el proceso histórico, de no marginarse del gran cambio social que se opera en el país, la conveniencia de llegar a una gran audiencia nacional a través de los grandes medios de comunicación y la de no dejar en manos irresponsables esa misión, hasta la de vivir por fin con la seguridad de un buen salario, la de poder viajar representando al país en funciones oficiales, la de disfrutar de ciertos honores y ventajas y la ilusión de formar parte del engranaje fascinante del poder". Algunos, "superponiendo a la condición de escritor la investidura del funcionario", llegan a convertirse en "ejecutantes dóciles de un poder que no los consulta ni escucha, en instrumentos incondicionales de los hombres que ocupan el poder, a quienes (si es necesario con sofisticadas citas clásicas) deben repetir, glosar, proteger, alabar, y si lo hacen de manera espontánea y libre —por convicción— tanto mejor". Nadie se salva de esta situación, de esta "realidad en la que el socialismo no se diferencia aún de los viejos sistemas: la de que el poder no paga el trabajo sino la sumisión". Y luego señala Vargas Llosa el precio que termina pagando hasta el escritor que no se deja ilusionar y que quiere conservar su autonomía intelectual a todo costo:

... Lo trágico es que el escritor que, consciente del peligro mortal que para su oficio entraña el perder la distancia frente al poder y volverse, como dice Edwards, un escritor instrumental, se margina, no está de ninguna manera a salvo. Al contrario, puede ocurrirle algo peor que a aquel que pacta o se vende. No corre sólo el riesgo de vivir muy mal (en el socialismo no se morirá de hambre, pero la perspectiva de mal vivir, de no ser publicado o serlo tarde, mal y nunca, la de renunciar a viajar es poco estimulante), sino, al convertirse en una

especie de apestado a quien los escritores-funcionarios odian porque su sola presencia les resulta acusatoria, generar una verdadera psicosis que paraliza y destruye su vocación.⁹

Conviene aclarar que estas palabras de Vargas Llosa, valiosas en sí mismas por nacer de la pluma de un hombre libre, sensible y responsable, cobran un mérito adicional porque en el mismo ensayo el peruano afirma que si debe elegir entre el capitalismo y el socialismo después de meditar sobre las ventajas y desventajas de cada sistema, seguirá apretando los dientes y afirmando "con el socialismo".

Otro problema antiguo que viene preocupando a muchos intelectuales de Hispanoamérica desde los días de la Emancipación es el papel de los Estados Unidos en la política y economía del hemisferio y la amenaza implícita que simboliza la poderosa nación nortea para los débiles y dispersos países hispanohablantes. Recuérdense, entre tantas otras, las protestas de Bolívar, Martí, Rodó, Darío, Ingenieros y Vasconcelos. En la década actual la crítica hispanoamericana de la política estadounidense dentro y fuera de América ha alcanzado un crescendo inusitado. Entre los más perspicaces y líricos de dichos críticos está el mexicano Octavio Paz (1914), poeta y ensayista universalmente conocido y traducido. Los capítulos que dedica al análisis de la vivencia norteamericana en su hermoso libro *El laberinto de la soledad*, cuya primera edición data de 1950, en nada han caducado, y el tema sigue preocupándole todavía, adquiriendo dimensiones cada vez más amplias. Repárese en la cita que sigue cómo Paz logra relacionar entre sí los problemas universales y americanos, las relaciones mexicano-norteamericanas, y la necesidad de la auto-crítica nacional si de veras se quiere alcanzar el genuino progreso humano. Nótese, a la vez, la protesta subyacente implícita en sus ideas, o sea su reproche ante lo que él considera el miedo del mexicano (y el hispanoamericano) a hacer frente a la realidad objetiva de su mundo.

El tema del desarrollo está íntimamente ligado al de nuestra identidad: ¿quién, qué y cómo somos? Repetiré que no somos nada, excepto una relación: algo que no se define sino como parte de una historia. La pregunta sobre México es inseparable de la pregunta sobre el porvenir de América Latina y ésta, a su vez, se inserta en otra: la del futuro de las relaciones entre ella y los Estados Unidos. La pregunta sobre nosotros se revela siempre como una pregunta sobre los otros. Desde hace más de un siglo ese país se presenta ante nuestros ojos como una realidad gigantesca pero apenas humana. Sonrientes o coléricos, con la

⁹ *Plural* (México, D. F.), número de diciembre de 1974, págs. 74-77.

mano abierta o cerrada, los Estados Unidos ni nos oyen ni nos miran pero caminan y, al caminar, se meten por nuestras tierras y nos aplastan. Es imposible detener a un gigante; no lo es, aunque tampoco sea fácil, obligarlo a oír a los otros: si escucha, se abre la posibilidad de la convivencia. Por razón de sus orígenes (el puritano habla con Dios y consigo mismo, no con los otros) y, sobre todo, de su poderío, los norteamericanos sobresalen en el monólogo: son elocuentes y, también, conocen el valor del silencio. Pero la conversación no es su fuerte: no saben ni escuchar ni replicar.¹⁰

Pero Paz no es pesimista y señala luego "ciertos acontecimientos que, quizá, prefiguran un cambio de actitud". Recuerda las "revueltas y transformaciones" que se producen en América Latina y los cambios en Norteamérica, no menos violentos y profundos: "la rebelión de los negros y los chicanos, la de los jóvenes y las mujeres, la de los artistas y los intelectuales". Pero advierte que los movimientos son distintos tanto en sus raíces como en sus manifestaciones ideológicas, pues nacen de circunstancias diferentes:

...Nosotros todavía no aprendemos a pensar con verdadera libertad. No es una falla intelectual sino moral: el valor de un espíritu, decía Nietzsche, se mide por su capacidad para soportar la verdad. Una de las razones de nuestra incapacidad para la democracia es nuestra correlativa incapacidad crítica. Los norteamericanos —al menos los mejores, la conciencia de la nación— intentan ahora ver a la verdad, a su verdad, sin cerrar los ojos. Por primera vez en la historia de los Estados Unidos —antes sólo lo habían hecho unos cuantos poetas y filósofos— se manifiesta una poderosa corriente de opinión que pone en tela de juicio los valores y creencias sobre las que se ha edificado la civilización angloamericana. Aquellos que están a la cabeza del progreso ahora lo critican: ¿no es inaudito? La crítica del progreso es un portento, una promesa de otros cambios. Si se me preguntase: ¿podrán los Estados Unidos dialogar con nosotros?, yo contestaría: sí, a condición de que aprendan antes a hablar con ellos mismos, con su propia *otredad*: con sus negros, sus chicanos y sus jóvenes. Habría que decir algo parecido a los latinoamericanos: la crítica del otro comienza con la crítica de uno mismo.¹¹

¹⁰ *Posdata*. México: Siglo XXI, 1970, págs. 14-17. El autor explica el título de la obra, anotando en la pág. 9 que "es una reflexión sobre lo que ha ocurrido en México desde que escribí *El laberinto de la soledad* y de ahí que haya llamado a este ensayo: *Posdata*".

¹¹ *Ibid.*

Creo que es lícito concluir por afirmar que las opiniones expresadas por estos cinco ensayistas (y recuérdese que como ellos hay muchos más) demuestran que la protesta actual latinoamericana puede originarse en los problemas del continente pero que también cobra una dimensión y un significado mundiales porque, escritores honrados y humanitarios, y sobre todo responsables, ellos no se han olvidado nunca de la noble exhortación ya expresada por Mariano Picón Salas: "¡Conciencia, no me abandones! es el grito del hombre que quiso pensar y deliberar con justicia en la angustiosa lucha existencial".

LA MUERTE DE HORACIO QUIROGA, TEMA DE UNA CONTROVERSIA*

Por Alberto FERNANDES LEYS

Los perfectos días llenos de muerte perfectas.

Que así su muerte se me venga muerte.

SELVA CASAL

Se vive una vez y se muere una vez. La sabiduría consiste en saber vivir y saber morir.

VIGENTE NACARATO

LA vida es una suprema emoción. Antes de la vida, es la nada absoluta. Fuera de ella, la muerte como testimonio. Sólo muere lo que tiene vida. Mas la vida del hombre caracteriza otra dimensión: suya es la vida porque quiere *ser él, estar*. De modo que la vida no es toda *su vida* puesto que existe humanamente y otorga contenido a su existencia.

Morir de la mano es una decisión que confiere categoría. Lo cierto que quien se mata fue un hombre que tenía derecho a vivir. Fue un hombre que sintió grande respeto por la vida. Fácil es advertir que, como existente, le otorgó encantos, hizo amable la vida de los otros. Los bellacos no se suicidan. Los bellacos sólo viven.

Los suicidas tuvieron un doble compromiso vital: *vivieron y existieron*. Seguramente, les fue destruida de algún modo la existencia. Ellos rindieron a la vida el homenaje de su ser. Murieron en la dimensión de grandeza en que vivieron: dueños de su vida y de

* A raíz de un cuento aparecido en el diario EL LITORAL, de la ciudad de Santa Fe, Argentina, en el cual su autor aludió —con otro nombre— a Horacio Quiroga, suicida, suscitóse una viva controversia. Con las notas de mi intervención en ella —que recojo ahora en el ensayo— procuré rehabilitar la vida y la obra de Horacio Quiroga, personalidad la de éste tratada por el cuentista sin asomo de espíritu gentil. (N. del A.).

su muerte. Y de los seres arquetípicos queda la imagen de su talla, la vibración absoluta de su estampa a través de una muerte humana, serenamente iluminada.

I

HORACIO Quiroga se quitó la vida. No sé —poco importa al cabo— cuál fue el comportamiento de Horacio Quiroga hombre. Refieren hechos enanos quienes no consumen aprecio ni respeto por la persona del escritor. El escritor es lo que vale. Y Horacio Quiroga, como tal, no cabe en la dimensión de la criatura sucia, turbia, mezquina, cobarde que circula en algunas relaciones más o menos pommerizadas. Es todo el hombre y todo el escritor. Llegará seguramente el día en que desaparezcan la selva misionera y el tipo humano que instaló en sus relatos potentes. En cambio, en la medida en que la obra de Quiroga se perpetúe a través de las edades —y se perpetuará— el hombre del futuro recreará la selva y su hombre a lo largo y a lo ancho de las páginas ejemplares de un escritor que sintió, sufrió, amó, lloró y murió como suelen hacerlo los hombres enteros.

No murió cobardemente. Quien se mata no es cobarde. Cobarde es aquél que arrastra sus miserias por temor de la muerte. Sabía como Leopoldo Lugones —que fue su amigo— que *el hombre es dueño de su vida y de su muerte*. Y éste tomó posesión de ellas. También lo hizo Alfonsina. De este modo tres figuras representativas de la literatura universal, se fueron de la vida lúcidamente, heroicamente.

II

SE obstinaron en achicar el panorama de mi simpatía. Me fue preciso advertir que no caí en incongruencia. Poco importa el comportamiento existencial del autor en la medida en que su obra nos ayude a vivir, a ser mejores, a ser más limpios por dentro y por fuera. ¿Desluce al *Quijote* la circunstancia de saber que Cervantes vivía de los sueldos de su hermana? Importa de manera particular la imagen de hombridad que proyecta la obra de Quiroga. O la entera de Lugones, contradictoria, bella, arrogante, medular, plébrica de su salud física y moral, de su carne y de su hueso. O la de Lucio V. Mansilla —*Excursión a los indios ranqueles*— que nos dio la autenticidad de un hombre mayúsculo: Mansilla. O el general José María Paz, en sus *Memorias*, a través del relato de las peripe-

cias dramáticas y sentimentales que lo tuvieron por protagonista. Y, al cabo, nos quedó la sensación del hombre que fue dueño de su destino, de su ser libre, de sus ideas profundas y de su entrañable veracidad. Rosas, por ejemplo, lo llamó *manco boleado*. ¿Importan, ahora, su manquedad o el caballo boleado?

A Horacio Quiroga debió servirle el verso definidor de Lugones: "Y decidí ponerme del lado de los astros". Eso le ocurrió luego de medir el contorno. Del lado de los astros, del lado del Quijote, de la vida quijotesca. Es decir, del lado de los que dan todo y nada piden. Y que cuando deciden morir de su mano —lúcidamente, heroicamente— por amor a la vida como Don Zoilo, de *Barranco abajo*, no le arrebatemos la grandeza de su actitud viril y civil. Devolvámosle la muerte que se ganaron. Seamos dignos de esa muerte: una muerte a lo hombre glandular, entero y verdadero, tal como residen en sus obras y para toda la eternidad.

III

LUEGO se discurría, por vía de deducciones psicológicas, que los suicidas no son ni valientes ni cobardes: son suicidas. Y digo pues: los problemas de la vida y de la muerte se hallan inmersos en todos los seres. A la ciencia psicológica interesan los seres obsesivos por Tánatos, no los que hacen de Eros una emoción vital. Los vitalistas no son enfermos. Las frustraciones acaeen en los seres frustráneos. Freud enseña que nada ocurre porque sí. El suicidio es, en ocasiones, una actitud hostil. Hijos se cuentan que se mataron por castigar, con el acto, a sus padres, excesivamente indiferentes o exigentes. En fin, el suicidio tiene categorías. No es lo mismo el suicidio de Lugones, por caso, que el de un mozuelo que se quitó la vida porque una niña le dio calabazas. La muerte de Lugones constituyó un acto de protesta ante el mundo que se parece al escarabajo, y que el poeta ubicó así: "Escarabajo, / redondo e inmundo / como el mundo".

Se mató Lugones. ¿Y qué? Tenía derecho para hacerlo. Fue dueño de su vida. Vivir como él vivió haciendo bella la vida, es virtud de poetas. Es decir, de hombres buenos. ¿Qué podemos reprocharle? ¿Cobardía? Los cobardes no son poetas. Los poetas le dan sentido a la vida, crean universos ideales, enseñan al hombre común a mirar los astros. O lo que es igual: se sitúan, como Quijote, del lado de la vida heroica. Y el heroísmo se alcanza a través del valor. Se precisa mucho valor civil para residir en tierra de cartagineses con la capacidad de creación, de emoción, de imaginación que tuvieron Alfonsina, Lugones y Quiroga.

Es probable que en ciertos neuróticos se llegue a la muerte por un mecanicismo en el que no funcione la voluntad, es decir, la valentía ni la cobardía. En cambio, el doctor Stockman —egregio personaje del teatro de Enrique Ibsen— sabía que para vivir como se quiere es menester una crecida porción de valentía.

La psicología permite probar que los suicidas ni son valientes ni son cobardes. Quede esto así. Permite, además, demostrar que quien ha vivido valientemente puede dormir, o morir, sin temor, llegado el caso. Es la teoría de Peter Warbasse.¹ Es lo que ocurrió, por caso, con el profesor Alejandro Korn. Su médico de cabecera le señaló con matemática precisión la hora de su tránsito. Lo aceptó con serenidad. En esos momentos sus familiares le anunciaron un éxito de las fuerzas leales —de cuyo lado estuvo— en uno de los frentes de la guerra española. Pidió que el suceso fuera celebrado con champaña. Y así se despidió de la libertad y de la vida.

Percebo pues en la literatura de Horacio Quiroga pareja entereza, una militancia cara, conceptual. O lo que es lo mismo: un estilo de vida, una arrogancia vital. Quien estuvo tan limpiamente en la vida, al elegir el día y la hora de su muerte, debió haber procedido con la misma valentía que puso al componer el cuento *Una bofetada*. El brazo criollo que azotó hasta la muerte al inglés inclemente, fue el brazo de Quiroga. Fue el brazo del escritor que fijó para los hombres los términos de la vida vivida con dignidad, con hombridad. Tomo este vocablo de Unamuno. Según él, hombridad es la categoría de ser hombre, hombre entero y verdadero.

Concreto: los seres que han elegido una vida clara, rural, valiente han elegido, también, la muerte que les corresponde. Los cobardes no mueren como héroes si bien se cuentan héroes que han muerto como cobardes. Pero es otra cosa.

IV

Dos enunciados más de la controversia: *Los cobardes no son poetas ni dejan historia*. Y digo: quien elige —el hombre es siempre un animal elector— una existencia clara, dinámica, valiente ha elegido inconscientemente una muerte que se corresponde. ¿Duda el psicólogo de la psicología? La elegancia es una flor del espíritu. Como el valor civil. En la medida en que el hombre vive, muere. Lo cierto, empero, es que una vez nacido, lo más próximo de la criatura humana es la muerte y no la vida. Entonces, decide morir en grado heroico y elige un modo de estar entre los hombres. La vida le fue

¹ La última aventura. *Tiempo de América*, No. 3, 1957, Bs. As., p. 29.

dada, mas no los comportamientos dentro de la existencia. Quien decide existir como traidor, morirá traidor. Quien opta por ser santo, morirá en olor de santidad. Quien elige la verdad, hará de su existencia un perfecto testimonio de la veracidad. Quien se coloca del lado de la luz, morirá, como vivió, luminosamente. La angustia metafísica existencial es una posición perfectamente coherente y nítida. El hombre se debate en estas tres instancias: a) la comprobación de una vida que no tiene oficio, que no está *predestinada*; b) la inmediatez de la muerte; c) la evidencia de una libertad que no le es menester hasta ese momento y que, sin embargo, le va a permitir instalarse conscientemente en las problemáticas de la existencia. O sea: está condenado a elegir siempre libremente.

Cuando elige una actitud vital, elige, por consiguiente, todo lo que está adherido a ella, hasta la muerte. Veamos: si decido viajar en avión, elijo inconscientemente el riesgo que supone perecer en un accidente de aviación. Si torero, lo ciertamente lógico es que perezca en las astas del cornúpeto. El oficio de vivir es, claro está, un ejercicio hasta la muerte. La premisa fatiga, mas es preciso volver a ella. Por algo Gabriela Mistral compuso el verso que dice: *duro oficio el de vivir*. Cuando Giordano Bruno, en el siglo xvi, adoptó una firme posición beligerante por la libre discusión de las ideas, se puso del lado del riesgo: morir en la hoguera. Y sobre las llamas que lo devoraron, no abjuró de sus convicciones. ¿Podrá decirse que su muerte no está en correspondencia con la dignidad vital? La postura existencial es ésta: somos dueños de la vida porque somos los inventores de un modo de vivir. Seamos pues dueños de nuestra muerte. Y que la muerte —instancia final a la que estamos condenados antes de haber nacido— no sea un fenómeno inválido de virtud heroica.

V

LA angustia metafísica existencial es una angustia hecha de desgarramientos. Por lo tanto, nada tiene que hacer con la angustia de ciertos románticones: la tuberculosis, el duelo entre caballeros. Valga esta afirmación: *si muero* —escribió Florencio Sánchez— *cosa difícil, dado mi amor por la vida, es porque he decidido morir...* Lucio V. Mansilla —un existencial en pleno fervor romántico dieciochesco— se paseaba por las trincheras cubierto de su capa blanca, en ofrecimiento del bulto a las balas. . . Y el enemigo, por respeto a su valor, no le tiraba. No le temió a la muerte. Fue un hombre veraz, tuvo conciencia del valor de la veracidad. Dejó un libro que

los argentinos no han leído lo suficiente. En él refiere el ajusticiamiento de un cabo que fue héroe en Paraguay: un hombre simple que se había colocado del lado de la verdad. Que no le tuvo miedo a la muerte porque no le tuvo miedo a la vida. En el instante del tránsito, rechazó los oficios religiosos, la venda en los ojos y aguardó de pie la descarga. Al preguntársele qué era para él la muerte, respondió: *un salto en el vacío que se da con los ojos cerrados, sin saber a dónde va a caer*. Esto lo saben pocos porque ya nadie lee a Mansilla. De hombres valientes, es decir de hombres existenciales, hablemos pues: Dorrego. Dorrego vivió en grado de heroísmo: estuvo en posesión de un caudal de ideas orgánicas que no complacieron a la oligarquía española, que pelechaba lindo con su servidor, Rosas. Rosas y Lavalle, lo asesinaron. Y supo morir en grado de vida heroica. Otro Quiroga —Juan Facundo— que se comportó valientemente en todos los entreveros: en el campo de batalla y frente a Rosas, tuvo una muerte estupenda. ¿Que lo aguardaban sus asesinos? No fue hombre de reclusar caminos, de postergar viajes, de inventar vericuetos: de frente, siempre. Fue hacia la muerte, *su* muerte, la que eligió cuando eligió un modo de estar entre los hombres.

Elegimos pues la vida y la muerte. El padre de Alem fue mazorquero de Rosas. El viejo Alem eligió una vida miserable. ¿Pudo un mazorquero morir en la grandeza de Dorrego o de Quiroga? Hubo que atarlo al palo para terminar con su vida. Fue la tristeza del doctor Leandro N. Alem, uno de los espíritus mejor trabajados en la patria de los argentinos. Fue su tristeza y su muerte: se quitó la vida para rehabilitar a su padre en lo profundo de su corazón agónico.

VI

No se nace cobarde ni valiente: se nace, simplemente. Estas dos temperaturas humanas, se inventan. Los cobardes, los flojos son flojos y cobardes en la existencia y en el quehacer intelectual. La creación intelectual es una forma de la autobiografía. O sea —como lo dijo Benito Lynch— *se escribe la vida que no se pudo vivir*. Y si se cuentan poetas y escritores de tamaño medianía —cobardes o flojos— no son los que interesan. Ni preocupan a un mundo que está en la hora del cambio. La vida no es fea ni linda, digna o indigna. La hace bella y digna el hombre que ha resuelto colocarse del lado de la belleza y de la dignidad. O sea: proyectarnos histó-

ricamente a lo largo de una vida ejemplar, tal como lo enseñó precisamente Giordano Bruno: *veraces, profundamente veraces han de ser los hombres.*

Que es, por otra parte, lo que hizo Horacio Quiroga.

LA ABRUMADORA CONCRECIÓN DEL LENGUAJE BAROJIANO

Por *Francisco CARENAS*

Yo tengo una esperanza, quizás una esperanza cómica y quimérica: la que el lector español de dentro treinta o cuarenta años que tenga una sensibilidad menos amanezada que el lector de hoy y que lea mis libros, me apreciará más y me desdeñará más.

(P. Baroja, *Juventud, egolatria*)

Yo he sufrido respecto a Baroja un desengaño literario, un colosal espejismo que me ha llevado desde la incondicional admiración en mi juventud al frustrador repudio actual. Tan profundo desengaño —concienciación de un engaño— de aprecio y consecuente desdén, va a constituir el eje central de este ensayo. Pero mi rencor de amante desengañado no se comprendería cabalmente sin antes exponer las razones de mi juvenil predilección por el escritor.

Quizás sea un poco arriesgado afirmarlo, pero sospecho que las lecturas iniciadas en la Universidad, después de un mojigato bachillerato cursado con los frailes, me convirtieron en un furibundo anticlerical al estilo decimonónico y del que en mi nativa Valencia tenía sobrada muestra en el arrebatado Blasco Ibáñez. No sé si arranca de aquí mi predilección por Don Pío, pero lo cierto es que me conquistó la horda barojiana como a tantos otros compañeros de promoción. Aquellas atrocidades religiosas y frases 'gordas' anticlericales del impío Don Pío que tanto mortificaban a los ambientes respetuosos del país causaban un íntimo y alevoso regocijo en mi apaleada religiosidad. Con los primeros ahorros, sacados de aquellas explotadoras academias que por entonces comenzaron a proliferar por el país, como por generación espontánea, adquirí a largos y costosos plazos los ocho tomos de sus *Obras Completas* editadas por Biblioteca Nueva. Y así fue como se iniciaron los largos años de intensa y repetida lectura de su novelística que han perdurado hasta hace poco en que me ha dejado de interesar el autor.

Tenía para mí el "hombre malo de Iztea" el hechizo de lo prohibido, el secreto de lo sospechado e intuido, el poder del fuego que alimentaba el despertar de la aletargada madurez reflexiva. Hoy, sin embargo, aquel entusiasta devorador de sueños, convertido en profesor de literatura, no es capaz de transmitir a sus alumnos el fervor de sus años mozos cuando comenta en clase la obra del escritor vasco.

Me divertía de sus ficciones las disparatadas opiniones, las exageraciones de todo orden carentes del más elemental fundamento, la paradójica postura de autodefensa que adoptaba. Sólo después, con un poco más de luces, me daba cuenta que tales opiniones sobre literatura y sus autores no tenían valor en sí al ser arbitrariedades surgidas de un innato mal genio.¹ Poseía, eso sí, el sello de una manifiesta voluntad de expresión natural, propia, directa, sin ninguna distancia estética, irrespetuosa de la convención que todo discurso literario presupone, lo cual saciaba los personales deseos de este lector de desafío ante una sociedad pacata donde velar la verdad era requisito indispensable del buen tono en el país del "se cuenta y no se acaba". Baroja venía a decir en alta voz lo que estaba en el ánimo de la mayoría silenciosa. Sin ser un "rebelde" ni un genio diabólico se marginaba voluntariamente para "desde la vuelta del camino" lanzar sus invectivas y patentizar, al fin de cuentas, su falta de convicciones. Actitud, qué duda cabe, ética que se encrispaba contra la farsa, hipocresía, intolerancia y fanatismo y que le condujo a ese callejón tan sin salida del escepticismo radical, anarquismo y dolorido pesimismo, consecuencia natural de ese "fondo insobornable" como lo calificara Ortega. Representaba Baroja el ideal moral que su devoto discípulo pretendía hacer norma de vida; lo espontáneo, natural, irreprimido, inafectado, impretencioso, franco, tajante, sencillo y en lo literario la mimética regla de oro de la claridad, precisión y rapidez,² el tratamiento de lo concreto, la busca de la amenidad, lo atrevido y chocante de su adjetivación, la estilización, la fascinación por el ambiente y ritmo que lograba crear en sus novelas y, en fin, la selección de lo esencial en la descripción y

¹ Puede el lector consultar las siguientes páginas de sus *Obras Completas*. Destacamos tan sólo sus opiniones sobre autores españoles:

- a) Galdós: V, p. 498; VII, pp. 833, 742, 1083, 1095
- b) Valera, Palacio Valdés, Pardo Bazán: VII, págs. 760-62, 782
- c) Gabriel Miró, Pérez de Ayala: VII, pp. 409, 733, 1097
- d) Unamuno: VII, pp. 734, 863, 426-27
- e) Blasco Ibáñez: V, p. 253; VII, pp. 409, 733, 1097
- f) Valle Inclán: VII, pp. 408, 728-29, 733, 755-56
- g) Azorín: VII, p. 753

² V, pp. 292, 302.

la singular aptitud para percibir siempre del ambiente seleccionado lo dinámico, actuante y variado, el "desfile" como lo calificó Benjamín Jarnés.³

Talante Vital

Yo, de tendencia crítica e individual, deseando íntimamente que la monarquía se sostuviera, pensando que, si no se sostenía, todas las posibilidades de ser escritor independiente se vendrían abajo.

Ya dentro de la República, mi tesis era que, siguiendo el camino que se llevaba, el pueblo revolucionario se insubordinaría más pronto o más tarde, y que el Gobierno se vería en el caso de ametrallarlo.

(O.C. VII, pp. 455-456)

Es necesario para la mayor comprensión del escritor destruir el mito de la supuesta veta revolucionaria del Baroja joven. Sus exabruptos de mal genio han impedido a veces distinguir el grano de la paja, las salvas explosivas del genuino talante vital. Ya con anterioridad al 1898 van juntos en él el desprecio por la democracia y el socialismo. El volumen VIII de sus Memorias está repleto de afirmaciones de este tipo escritas entre 1899 y 1904. Nos revelan ya, a tan temprana edad, una mentalidad antisocial y antiprogresiva. Actitud frente a la realidad que no era en absoluto compartida por sus compañeros de generación durante la juventud. Blanco Aguinaga que ha estudiado con alguna detención esta primeriza faceta del escritor en *Juventud del 98* (Siglo XXI, Madrid, 1970), es tajante en sus conclusiones. Después de elogiar el crítico repetidas veces el conocimiento del escritor de aquella realidad social, la penetrante capacidad de observación, la objetividad y vigor descriptivo ejemplares, pasa a considerar su escamoteo ideológico "de quien declaraba ser un perpetuo industrial muy consciente de sus privilegios, que sólo escribía por aburrimiento, por satisfacerse a sí mismo".⁴ Este agudo crítico comenta la trilogía de "la lucha por la vida" y lo que en *La busca* y *Mala hierba* le había valido adjetivaciones tan laudatorias, ahora en *Aurora Roja* —publicada al filo de 1900— le fuerza a acusar a su autor de falsear las conclusiones que lógicamente de-

³ Benjamín Jarnés: "Baroja y sus desfiles". *Revista de Occidente*, Dic. 1933, p. 349.

⁴ C. Blanco Aguinaga: *Juventud del 98*. Madrid, S. XXI, 1970, p. 230.

berían derivarse del planteamiento de las otras dos. "Una novela —dice— para la difusión de mitos entrevistados desde una mentalidad elitista que en su aferrarse al concepto de "struggle for life" propugna ya la tesis del absurdo de toda ideología".⁵ Idea de la historia ésta que en él permite no sólo el escepticismo sino hasta la burla e incluso sarcasmo hacia todo lo que signifique reivindicación social y lucha contra la burguesía.⁶

Hablando de la ideología de Baroja escribe Eugenio de Nora: "Durante mucho tiempo, y hoy todavía, se ha considerado a Baroja no sólo como hombre de izquierda, sino incluso de ideas muy 'avanzadas', anarquista y revolucionario. ¿Lo es en realidad?, o más aún ¿lo ha sido alguna vez?, anarquista pero según la conocida y paradójica fórmula de 'anarquista aristocrático'; revolucionario en cualquier sentido inteligible, creemos resueltamente que no".⁷ O en la opinión de Blanco Aguinaga "anarquista por dentro y conservador por fuera".⁸ La pretendida ideología revolucionaria se anula a sí misma por su ineficacia para mover a la acción. Su concepto del hombre es demoledor, una especie de rémora preventiva de toda posibilidad de acción verdadera. El tipo de héroe nietzscheano tan caro a su mentalidad se mueve en el vacío para después concluir vencido. "Para mí un político es un retórico... y el gobierno que no haga nada es el mejor".⁹ "Y lo curioso —afirma Eugenio de Nora— es que esta frase escrita en 1941, cuadra perfectamente con el Baroja de 1900 o de 1931. No hay en él versatilidad ni acomodo; sólo varían las formas... es un desengañado a priori... Por eso no es sorprendente que se mostrase desde su juventud indiferente hacia los partidos si no es para despreciarlos".¹⁰

Sorprende cómo el escritor había llegado a intemporalizarse convertido en un cuerpo inmunizado a quien ni siquiera afectarían las dos guerras mundiales, la revolución bolchevique y la aparición de las dictaduras y fascismos. Entre su juventud y madurez vio pasar el modernismo, simbolismo, dadaísmo y surrealismo sin que su pluma conociera la menor conmoción. A lo largo de una vida de más de ochenta años apenas alteró las premisas ideológicas de donde había partido en su juventud. "Yo, al menos, no sé variar. Siempre he sido lo mismo. En literatura, realista, con algo de romántico; en filosofía, agnóstico; en política, individualista y liberal; es decir, apolí-

⁵ *Idem.* p. 271.

⁶ *Idem.* p. 272.

⁷ Eugenio de Nora: *La novela española contemporánea*. Editorial Gredos, Madrid, 1963, 2a. edic. p. 107.

⁸ C. Blanco Aguinaga: *op. cit.*, p. 653.

⁹ *Memorias*, I, p. 182.

¹⁰ Eugenio de Nora: *op. cit.* p. 108.

tico. Así era a los veinte años, así soy pasados los setenta. No he encontrado nada en mi vida que me haya hecho cambiar de opinión".¹¹ Su obra, podemos afirmar, sin trayectoria, termina en el mismo punto donde empezó. Sus opiniones referidas casi a todos los temas imaginables eran inamovibles, sin el menor resquicio para la sorpresa, el optimismo o la confianza. De aquellas frecuentes visitas al escritor en la calle Alarcón 12, afirmaba Juan Benet, asiduo contertulio, que "para matricularse era condición indispensable vivir en las nubes porque allí, con el concurso de todo el claustro, se enseñaba a perder toda clase de confianza en el entusiasmo". Y a continuación se pregunta: "¿Cómo es posible? ¿Cómo se puede alcanzar esa altura de la beatitud? ¿Cómo se logra esa imperturbabilidad? Porque no cabe saber más, reducir a una simple pragmática todo el discurso de la experiencia, descargarse todo el cúmulo de pretensiones enfáticas y gravosas que desde la niñez deforman de tal manera los propósitos más elementales y alteran y complican una trayectoria que de otra suerte podría ser más serena y rectilínea. Sin aspavientos y sin lecciones expresas, en aquella casa —en el curso general sobre el desencanto— enseñaban que no había que prestar atención demasiada a una serie de palabras altisonantes; sobre todo aquellas que vienen a definir ciertos objetivos que se reputan como primarios, tales como la felicidad, el éxito, la fortuna, el poder. Había hecho del desencanto su primera línea de defensa".¹² El autor no comprendió nunca el valor de la dialéctica como factor desbloqueador y dinamizador de los datos rígidos tan caros a su positivismo. Su modo de pensamiento excluía la lógica de la contradicción; hacía la crítica de la sociedad desde la "filosofía" sin apercebirse que tal intento era fallido al no convertirla también en objeto de la acción social e histórica. Su pensamiento crítico se anquilosó por falta de apertura, movilidad mental y lucidez, y en vez de ser ejercicio crítico negativo cayó en la tentación platónica de la sistematización armónica. Y así su negación queda indeterminada, perdida en la propia satisfacción por la importancia de su papel teórico, sin relación efectiva con la realidad. Su tan aireado "sentido común" se agota en una pura inmediatez que propone como definitiva.

Es Baroja la inseguridad disfrazada de autosuficiencia. Su teoría, si la tiene, es cerrada, sin posibilidad de modificación a tenor de los hechos futuros, carente de apertura y necesitada de cierre. Podría decirse que acostumbrado a concepciones acabadas del universo, que calmen ilusoriamente su angustia de no saber, no se resigna a caer en la cuenta que ese no saber es histórico. Su concepción del mundo

¹¹ O. C. VII, p. 812.

¹² Varios autores: *Barojiana*, Taurus, Madrid, 1972, p. 21.

es algo más que una simple hipótesis sobre la naturaleza del mismo. Se trata de sus opiniones más sus estimaciones y valores. Es un complejo ideológico en que quedan implicadas sus seguridades personales en el sistema de referencia. Lo nuevo son incesantes heridas a su narcisismo, en cuanto afecta al yo en su seguridad, en su relación social. La ruptura ideológica hubiera sido para él de suma gravedad, porque le habría forzado a ser de otra manera. Se comprende, pues, el aferramiento a una ideología con toda suerte de dinamismos irracionales, porque está en liza la crisis de la relación, hasta ahora segura, del sujeto con la realidad. El dogmatismo constituye nada más que la forma definitivamente cerrada de defenderse contra una inseguridad que no proviene, paradójicamente, del exterior, sino del interior. Una actitud abierta no es simplemente una actitud liberal, sino ante todo segura, merced a la racionalidad puesta en juego para subvenir a la explicación de lo ya explicable y a la suspensión del juicio de lo todavía inexplicable".¹³ Su ideología es falsa conciencia en cuanto comporta seguridad frente a la dialecticidad de todo lo real. Transforma mentalmente "lo que hay" en "lo que debe ser", lo que conviene que sea. Así se interpreta la praxis de forma que convenga a sus actitudes apriorísticas.¹⁴

La difícil complejidad y entramado de los hechos se le escapan. Ese estilo de testigo que quiere decir la verdad, se queda en la primera fase: "la percepción de hechos inconexos".¹⁵ De ahí su verídico y a la vez falso testimonio, "el de un testigo que no piensa ni siente lo que dice, sino que dice lo que ve; el de un escritor lo bastante honesto para no meterse nunca en la vida de sus personajes e insuficientemente psicólogo para intentar explicárselos".¹⁶

¹³ C. Castilla del Pino: *Psicoanálisis y marxismo*. Alianza Editorial, Madrid, 1971, pp. 22-23.

¹⁴ *Idem*: "La falsa conciencia de la realidad deviene, de no ser superada, en más y más decrecimiento del sentido de lo real. . . La consecuencia de esta doble dirección. . . es el aislamiento de esta misma. Pero a mayor apartamiento, mayor necesidad de distorsión a favor de la subjetividad, de forma que la seguridad pueda seguir manteniéndose como constante. Sólo con la falsa conciencia de su estancia en la verdad como absoluta, como inmóvil, cerrada a toda instancia que la problematice, la seguridad puede conservarse. El dogmatismo aparece así como petrificación precisamente por la racionalización que de la misma se hace como adopción indiscutible e indiscutida". página 24.

¹⁵ Salvador de Madariaga: *Semblanzas literarias contemporáneas*. p. 179.

¹⁶ Eugenio de Nora: *op. cit.*, p. 111.

Y "En realidad, aparte del anárquico espíritu de protesta que frente a casi todo surge en su sensibilidad irritada, del anticlericalismo poco menos que pintoresco y de la fobia de la multitud, . . . no cabe hablar demasiado de la ideología de Baroja: es el hombre sin ideario, el hombre radicalmente agnóstico". P. 113.

Forma de Novelar

Muchas veces me he figurado ser únicamente dos pupilas, algo como un espejo o una cámara oscura para reflejar la naturaleza.

(V, p. 1002)

Yo escribo mis libros sin plan; si hiciera un plan, no llegaría al fin.

(VII, p. 1032)

Es indispensable para conocer su estética novelesca consultar su famoso "Prólogo doctrinal sobre la novela" que encabeza *La nave de los locos*.¹⁷ Lo importante para él sería acertar con el tono que cada obra requiere, infundirle amenidad, respetar la verdad ("la verdad siempre, el sueño a veces", V, p. 868), darle cierta unidad de ambiente, coherencia, garbo, ese algo —la fibra de narrador— que no puede adquirirse con el esfuerzo, sino que es innato. Este don gratuito y caprichoso de la naturaleza le daría plenos poderes para disponer de la obra según su libérrima voluntad, cargar las tintas conforme convenga a su visión política del mundo.¹⁸ Cuando teoriza es para defenderse de los ataques de sus adversarios. Le guía el instinto y si ese arte es "algo que hay que tener y que no se adquiere" difícilmente se notarán en su obra ni los progresos ni los cambios.¹⁹ Lo formal, la estructura, el "virtuosismo" le merecen desdén por considerarlo perjudicial para la verdad de la narración. Dice que sacrifica la estructura novelística por la verdad de sus

¹⁷ También puede ser útil hojear *El tablado de Arlequín*, *Las horas solitarias*, *El amor, el dandismo y la intriga*; *Los amores tardíos* y el tomo V de sus *Memorias* donde condensa lo que había venido diciendo hacia cuarenta años.

¹⁸ "Se ve demasiado su mano en la preparación del andamiaje argumental que excluye otras múltiples consideraciones de la realidad que su autor no quiere, por lo que sea, que refleje su obra. No comprende dentro de la pauta realista en que pretende moverse que la realidad objetiva de la obra debe imponerse a cualquier arbitrariedad, y que por más que el artista sea quien hace y deshace en la obra, el arte de este hacer y deshacer estriba en que no se note". (Blanco Aguinaga, *op. cit.*, pp. 281-282).

¹⁹ Baroja cree que los grandes escritores crecen como por generación espontánea, y no permite la posibilidad de perfeccionamiento literario por medio del trabajo. (Véase VII, pp. 81-88). De tal manera cree que el progreso o el cambio no existen en literatura que asegura que las primeras páginas de Dickens o Dostoiewski o de Tolstoy son iguales a las últimas. (V. p. 451).

tipos,²⁰ aunque la profundización psicológica sea pueril y endeble. A veces hasta está ausente la unidad argumental y en su lugar inyecta el novelista la fragmentación caprichosa". No pocas novelas de Baroja nos parecen malas estructuralmente y en su ideología escéptica de baratillo. ¿Es posible que en la época de Conrad y de Gorki, y hasta de Joyce y después de Dostoiewski y de Galdós se pueda escribir con tal pobreza, tan pueblerinamente, bajo el pretexto de ser 'vital' y 'sincero'?"²¹

Su desprecio por la estética es infinito. La considera una "ciencia pedantesca que no divierte, no enseña nada útil ni sirve para discernir mejor".²² "Por no tener —continúa— no tengo tampoco un dogma estético, firme o inmutable. Me considero dentro de la literatura como un hombre sin normas, a campo traviesa, un poco a la buena de Dios".²³ Ni siquiera acepta que la estética sea algo motivado por la evolución histórica, sino que se siente inclinado a creer que es producto de la casualidad, fuera de cualquier lógica, algo así como la fiebre que nace, crece y muere. Si algo coherente deseamos encontrar habría que buscarlo en el azar y la intuición. Por lo tanto la novela no puede tener otra unidad que la eventualidad. De ahí esos frecuentes viajes que encontramos en sus narraciones, sin unidad, ni trama ni verdaderos conflictos; sólo pretextos en que apoyar el incesante peregrinar de sus criaturas, el constante hormigueo más afín al folletín que al género novela, hasta el punto que se diría que su lenguaje sólo sirve al objetivo de la información.²⁴ Su manifiesto literario sobre la novela (IV, p. 422) es un manifiesto romántico inoperante desde el momento que los grandes constructores de la novela moderna (Joyce, Proust, Mann, entre otros) sentaban unas bases mucho más complicadas dejando muy poco margen a la narración directa. Por eso sus libros —como él mismo reconoce— tienen más valor de documentos que de obra de arte.²⁵

²⁰ "Cuando la riqueza del léxico es aprendida vale poco, da una impresión de artificio". (V, 1063).

"La técnica de los artistas mata el espíritu". (V, p. 433).

"El perfeccionar el idioma no produce grandes escritores". (VII, página 1073).

²¹ Blanco Aguinaga: "La tradición liberal burguesa" (*Triunfo*, n. 507, 17 de junio, 1974).

²² VII, p. 1022.

²³ V, p. 864.

²⁴ Véase Rafael Soto Verges: "Baroja: una estilística de la información" (*Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 265-67, julio-sep. 1972, p. 135).

²⁵ "También supongo, más o menos piadosamente, que algunos de mis libros si no tienen valor de obras de arte, tienen valor de documentos, porque están escritos sin la preocupación general de la época, sin ninguna tendencia de artificio" (VII, p. 252).

No comprende que todo escritor responsable ha de intentar resolver en el terreno que le es propio, el problema de hacer visible la presencia histórica en una textura literaria.

En su obra no plantea una propuesta comunicativa de oferta-demanda entre el sujeto-lector en la coincidencia co-creadora de la obra, sino que el sujeto-autor va en la obra misma anulando toda participación del lector. Extraña la incongruencia que existe entre lo que propone directamente o en boca de sus personajes y las últimas actitudes morales que toma ante sus criaturas, siendo su constante característica la anulación de los contrarios. Notoria es también su osadía narrativa: elige los elementos mínimos del paisaje, los rasgos personales escuetos; describe con desgana, como si le estorbara la narración para llegar al diálogo y a las situaciones inter-humanas, impulsado a la frenética acción por su fondo dionisiaco.²⁶ A veces parece más un periodista o cronista que pretende expresarse bajo la forma de novela, convirtiendo la literatura en una cadena de acciones y echando mano de las descripciones como apoyos respiratorios de la lectura.

Para Baroja la novela es algo serio por cuanto supone su forma de vida posible: la entrega a la preferible fantasía, la evasión de la vida real ("La novela sirve como abrigo contra las inclemencias de la vida". VII, p. 1034).²⁷ Pero dicho rasgo proyectivo no tiene carácter consciente, sino premeditado, que muestra así su incapacidad para evadirse incluso por medio de la novela. Temáticamente ésta es tan sólo una reiterada descripción de la irritabilidad y la protesta propias que finaliza indeclinablemente en la frustración, afectándose incluso su personal facultad imaginativa. Es un escritor interesado en hacer literatura exclusivamente y por otra parte con tanto desdén hacia la creación literaria, reputando como ridículo cualquier intento de hacer una gran novela en el siglo xx. Reiteradamente se dedica a hacer una poda total: a la épica la despoja de toda grandeza, al discurso del mínimo brillo ("El escritor que con menos palabras pueda dar una sensación exacta es el mejor". V, p. 182), a la prosa de toda figura completa, a la dicción de toda ambigüedad ("La novela exige exactitud y verdad". VII), reduciendo el párrafo a la oración simple y acompañando al sustantivo del adjetivo más directo ("Ideal del estilo: claridad, precisión y

²⁶ "Este fondo dionisiaco me impulsa al amor por la acción, al dinamismo, al drama. La tedencia turbulenta me impide ser un contemplador tranquilo y, al no serlo, tengo inconscientemente que deformar las cosas que veo, por el deseo de apoderarme de ellas, por el instinto de posesión, contrario al de contemplador". (II, p. 1230).

²⁷ O. C. VII, p. 1034.

elegancia". V, p. 1063). Por eso su novela satisface raras veces, pues al no dejar resquicios al afán artístico no es sugerente; sus cuentas están demasiado claras y nadie puede llevarse a engaño. Novelista, me atrevería a decir, sin errar mucho, despreocupado por la creación literaria ("Las novelas que yo he escrito las he hecho sin pensar gran cosa en el público. Lo mismo me pasa cuando suelo trabajar en el jardín de mi casa". V, p. 561), que desatiende la evolución del arte de su tiempo y se deja llevar por el criterio más bien de consumidor que de creador. ("Si hubiera sido un hombre rico y hubiera podido pasar la vida alegremente, creo que no hubiera escrito").²⁸ Sobre la ambición de abrir un horizonte y crear algo que tuviera nuevo sello, predomina la afición adolescente por la novela de pasiones y aventuras. Y a pesar de que su mundo novelesco está dividido en buenos y malos, inteligentes y necios, ricos y pobres, su obra carece de tensión por quedarse al margen de la realidad y no sentirse inmerso en el combate dialéctico de la historia.

Su lenguaje todavía expresa la inmediata identificación entre razón y hecho, esencia y existencia, la cosa y su función. La estructura de su frase es tan *comprimida* que no deja lugar para la tensión entre sus distintas partes, impidiendo todo ulterior desarrollo ideológico de sentido. Su rasgo distintivo es el *operacionalismo*: tendencia a considerar los nombres de las cosas como si fueran indicativos al mismo tiempo de su manera de funcionar. En su contexto lingüístico las palabras y los conceptos tienden a coincidir, siendo el concepto absorbido por la palabra. Aquél no tiene otro contenido que el designado por ésta de acuerdo con el uso común y generalizado; la palabra se convierte en cliché y como tal rige su lenguaje, reduciendo la funcionalidad de su estilo. Los nombres de las cosas que designa cierran el significado de los mismos, excluyendo otras formas de función. El sustantivo gobierna su oración de manera autoritaria y totalitaria, y así convierte a la oración en una declaración que debe ser aceptada. Llegó a conseguir que sus proposiciones funcionaran como fórmulas mágico-rituales, que machacadas repetidamente producen el efecto de encerrarnos en el círculo prescrito por su fórmula. Lenguaje que en vez de avanzar hacia la diferencia cualitativa, se estanca en sinónimos y tautologías, y dicho concepto *ritualizado* llega a ser inmune a la contradicción. Habla me-

²⁸ Citado por Julián Izquierdo Ortega: "A veces me pregunto ¿seré un verdadero literato? Y me inclino a pensar que no. Soy un hombre curioso y que se aburre desde la más tierna infancia. Si hubiera un hombre rico y hubiera podido pasar la vida alegremente, creo que no hubiera escrito".

"El sentimiento de la vida en las *Memorias* de Pío Baroja. (*Cuadernos Americanos*, enero-febrero, 1974, p. 104).

dian­te construc­cio­nes que im­ponen sobre el que lo lee el signifi­cado re­sumi­do, el con­teni­do blo­quea­do y la acep­ta­ción en la men­te del re­cep­tor. Tal au­to­ri­ta­rio len­gua­je li­mi­ta el de­sar­rol­lo del signifi­cado, crean­do imá­ge­nes fi­jas que se im­ponen a sí mis­mas con su abruma­do­ra y petrifi­ca­da *con­cre­ción*. Su len­gua­je no es ver­da­dera­mente creador ni po­li­va­len­te, pues se queda en el signifi­cado li­te­ral y con­tex­tual. No pre­sen­ta di­ver­sas re­la­cio­nes de re­fe­ren­cia, bi­va­len­cia, si­no mo­no­va­len­cia. Se a­gota en lo ve­ro­sí­mil, lo re­duce to­do a lo po­si­ble, corta el vuel­o de la im­agi­na­ción del lec­tor, se a­gota a sí mis­mo. La obsesión por lo ve­ro­sí­mil con­vierte a su obra en ce­rrada y con­clu­sa en sí mis­ma, sin po­si­bi­li­dad de en­ten­di­mien­to a di­fe­ren­tes ni­ve­les. La ausen­cia de am­bigüe­dad y alu­sio­nes si­tu­a al lec­tor ante una úni­ca op­ción, sin que le sea da­do de­ci­dir­se por nin­gu­na otra. Frente a la plu­ra­li­dad de signifi­ca­dos, a la li­ber­ta­d de op­ción, Baroja nos pre­sen­ta casi sin ex­cep­ción una univo­ca­d o mo­no­se­mia re­duc­ti­va. Es, en su­ma, su mo­do de pre­sen­tar el ma­te­rial no­velesco una re­stric­ción cul­tural y ar­bitra­ria entre las po­si­bles re­ales.

Su es­ti­lo se ca­rac­te­ri­za, sobre to­do, por a­gruparse al­re­de­dor de lí­neas pro­vo­ca­do­ras en el lec­tor de re­ac­cio­nes fi­jas y es­pe­cíficas con sus pro­po­si­cio­nes su­ge­sti­vas, evo­ca­ti­vas más que de­mo­stra­ti­vas, de pre­scrip­ción, teñi­das de un cer­to a­ire de hip­no­ti­smo y fa­mi­liaridad. Es­ti­lo de abruma­do­ra *con­cre­ción* en que la co­sa iden­ti­fi­ca­da con su fun­ción es más real que la co­sa se­pa­ra­da de la mis­ma, y la ex­pre­sión lin­güís­ti­ca de esta iden­ti­fi­ca­ción crea un vo­ca­bu­la­rio y una sin­ta­xis bá­si­cos que im­pe­den el pa­so a la di­fe­ren­cia­ción, la se­pa­ra­ción y la dis­tin­ción. Tal len­gua­je fun­cio­na­li­za­do, con­tra­ído, unifi­ca­do es abar­ca­do­ro de una so­la di­men­sión, que por ren­dir­se a los he­chos in­me­diatos rechaza el con­teni­do his­tó­rico de los mis­mos, sien­do por tan­to an­ti­crí­ti­co y an­ti­dia­léc­ti­co. En él la ra­cio­na­li­dad ope­ra­cio­nal ab­sor­be los e­le­men­tos tran­scen­den­tes ne­ga­ti­vos y ope­si­o­na­les de la ra­zón. Len­gua­je, en fin, que no se pre­sta al dis­curso, si­no que se li­mi­ta a de­clarar; no de­muestra ni ex­pli­ca, si­no que de­fi­ne se­pa­ran­do lo bu­eno de lo ma­lo, es­ta­ble­ci­en­do lo que es co­rrec­to y e­qui­vo­ca­do, sin per­mitir du­das.

No com­pren­dió Baroja lo que ya por en­ton­ces es­ta­ba ha­ci­en­do Valle In­clán; es de­cir, *dis­tan­ciarse* in­ten­tan­do la ra­cio­na­li­dad a par­tir de lo ne­ga­ti­vo; lle­gar a un com­pro­mi­so del len­gua­je con la ne­ga­ción, rechazar las es­truc­tu­ras del dis­curso que li­gan al len­gua­je ar­ti­stí­co y el co­mún; de­struir sus re­la­cio­nes y re­ducir la nar­ra­ción a la su­ce­sión de pa­labras, vio­len­tan­do el or­den unifi­ca­do­ro y sen­si­ble de la ora­ción. El es­cri­to­ro vas­co no lle­gó a darse cuen­ta que su len­gua­je iba sien­do ab­sor­bi­do por la so­cie­dad crí­ti­ca­da. Podría que­dar el tex­to y el to­no, pe­ro se em­pezaba a con­quis­tar la dis­tancia. Lo que él

creía conflictos insolubles se tornaban manejables: la tragedia, el sueño, la ansiedad eran susceptibles de soluciones. El análisis lógico y lingüístico iba a demostrar que los problemas metafísicos que se planteaba el novelista eran ilusorios, que la búsqueda del sentido de las cosas se limitaría a la búsqueda del sentido de las palabras. Su oposición, protesta, negativa a participar —restos de la decadente cultura del pasado inmediato— se invalidaban a sí mismos al popularizarse y convertirse en materia de diversión en una sociedad dispuesta a la desublimación y conquista de la trascendencia ocasionadas por la atrofia de los órganos mentales.

Presencia del Pasado

UN HOMBRE DE IDEA FIJA

Por *Aida GARCIA ALONSO*

AL conmemorarse el año pasado un centenario más —el quinto— del nacimiento de Bartolomé de Las Casas, hemos sentido como una cierta obligación, o, quizás, deuda escondida, allá en los recovecos del subconsciente, de ponernos de nuevo en contacto con su obra y su pensamiento, que aunque no ignorábamos, sentíamos que hasta ahora lo habíamos visto con cierta superficialidad.

Hemos reconocido siempre, es cierto, su pasión en defensa del hombre de este hemisferio, pero su pensamiento, su acción por los derechos del hombre de América es mucho más que eso. Es una inteligencia y una sensibilidad basada en la justicia y en los derechos, que se enfrentan no sólo al conocimiento y sensibilidad de su época, sino ante la historia misma de la humanidad, y aún más, se enfrentan a la propia estructura del dogma religioso al cual pertenecía.

Dieciocho años de edad tenía cuando España realiza la más grande epopeya que registra la historia de la humanidad: el descubrimiento de un continente. Claro que en un principio no fueron conscientes de que al atravesar por primera vez ese "mar tenebroso" que hoy conocemos por océano, se habían enfrentado con la otra parte del planeta, y el mito es destruido por nuevos mitos. El feliz término de su viaje fue para su descubridor, una ruta más directa para llegar a la exótica India, que henchía la imaginación de los intrépidos y la bolsa de los mercaderes en clavo y demás especias de olor, con que se holgaba el paladar la incipiente burguesía. Para los aventureros navegantes fueron otras tierras más, como otras tantas que con tanta frecuencia se iban descubriendo año con año. Era la época de los descubrimientos, en que la península Ibérica escribe su historia épica, inmersa en la leyenda de navegantes, y envuelta en la nebulosidad de la platónica Atlántida, al conjuro de las luchas intestinas en defensa de la soberanía de su territorio; lo cual despierta en ellos un comprensible espíritu expansionista.

Lo que impulsó al joven Bartolomé a viajar hacia el nuevo archipiélago descubierto hacía sólo 10 años, lo ignoramos; posiblemente, al igual que muchos jóvenes de su edad, fuera la novedad o las anécdotas narradas por su padre, modesto comerciante que

acompañara a Colón en su segundo viaje, el que al regresar al suelo patrio con "alarde de indios, loros y papagayos", impresionara a su joven hijo, por lo que éste decide acompañar a su padre en su nuevo viaje a "Las Indias", donde aún permanecían sus tíos Diego y Gabriel. Ya para ese entonces, tenía cierta experiencia en el manejo de las armas, por haber participado en las milicias sevillanas que fueron enviadas a Granada en 1497 para combatir la sublevación de los moros en esa ciudad. Pero no desaprovecha el tiempo, y su carácter, más inclinado al estudio que a las armas —como ha quedado demostrado en toda su larga vida— hace que en Granada estudie latín con Alonso de Nebrixa, conocimiento que le servirá para su preparación eclesiástica, por lo que al poco tiempo recibe la tonsura, y se enrola como doctrinero en la flota que el 15 de febrero de 1502 partió de Barrameda, Cádiz, rumbo a La Española, bajo las órdenes de Nicolás de Ovando, recién nombrado gobernador de dicha isla. No creemos, por tanto, en esa supuesta *paranoia* de idea fija que se le achaca a Bartolomé de Las Casas, y cuyo mal, dicen que lo llevó a actuar en contra de sus compatriotas y a declararse enemigo de España y de todo lo español. No vino a América prejuiciado, todo lo contrario, nos atrevemos más bien a pensar que vino con todo el entusiasmo de sus años mozos, y que como un español más, con una mano empuñó la cruz y con la otra la espada.

Su primera actividad, tras su arribo a Quisqueya, el 15 de abril de 1502, fue bien distinta a la que definió después su vida, pues hubo de reactivar sus conocimientos militares en contra de los nativos que habitaban la tierra recién ocupada por los españoles, y cuya ocupación no veían con beneplácito, por lo que no duda en tomar parte en los combates efectuados contra los aborígenes desde Baynúa hasta Higüey. Como tantos españoles de su época, no se opuso en esa ocasión a lo que era considerado como guerra justa por todos, o tal vez sería porque aún no se le había declarado la *paranoia* que adquirió en América, en solidaridad patriótica por las espiroquetas adquiridas en el Nuevo Mundo por sus descomedidos e intemperantes paisanos.

A los cuatro años de residir en La Española, se traslada a Roma, y a los pocos meses, a los 33 años de edad, recibe la segunda de las órdenes mayores, el diaconato, por lo que al regresar de nuevo a Las Antillas, Diego Colón le concede un vasto territorio con repartimiento de indios, llamado "*La Concepción*", donde entre 1510 y 1512 ejerció su ministerio de doctrinero mayor. Hasta ese momento, la historia no registra ninguna manifestación de *paranoia* en el hasta entonces oscuro clérigo, cuyo carácter aún no había revelado los

valores morales de su personalidad. Semilla sin germinar aún, pero cuyas disposiciones innatas, al presenciar y ser también actor a veces, de los atropellos cometidos por sus compatriotas en contra de una población, que si bien no era indefensa, peleaba por su soberanía y libre albedrío, empuñando la inferioridad de sus flechas, ante la acometiva superioridad de las armas españolas, que les permitían hasta matar desde lejos, y cuyas armaduras les brindaban mayor protección, que la bija con que se pintaban los encuerados aborígenes, para defenderse de las espadas de los usurpadores.

Pero no fueron los hechos de guerra, lo que desarrolló la *paranoia*, o lo que nosotros consideramos más bien *carácter* dentro de la personalidad de fray Bartolomé de Las Casas. No fue la matanza en campo de guerra por lo que él en un principio se pronuncia en contra, sino por la matanza contra aquellos que nunca se habían rebelado, como lo demuestra su primer estallido rebelde, ante la estúpida matanza de Caonao, en la conquista de Cuba, realizada por Pánfilo de Narváez ante el temor que le inspiraron los veintitún señores y caciques que salieron a recibirlo; pasando a cuchillo a toda la población, hombres, mujeres y niños, por parecer del capitán que "*aquellos señores algún tiempo habían de hacer algún mal*".¹

El hombre, bípedo débil, no puede vivir sin normas ni valores morales que regulen su quehacer, pues su libérrimo albedrío lo convierte en presa fácil de lo irracional. El hombre de la conquista, recién salido de la rígida Edad Media, renacentista embriagado ante la lozana exuberancia de las nuevas tierras, y la ingenua desnudez de sus pobladores, desarrolla una personalidad de carácter autoritario irracional, de poder sobre la gente, ya sea física como los capitanes conquistadores, o mental —y a veces física también— como la ejercida por los religiosos al imponer el bárbaro suplicio de la hoguera al cacique Hatuey, por negarse a aceptar la fe católica. Poder e impotencia, cimientos de autoridad irracional, basados en la naturaleza de la desigualdad.

Las Casas, personalidad racional, como un hombre de nuestros días, confía en su propia razón como guía para establecer nuevas normas éticas; no requiere de terrores ni su acción ni su pensamiento, y sin contar con autoridad alguna, ni aún la de la iglesia, como determinante de lo bueno o lo malo, aunque ajustándose a los principios de la religión católica primitiva, cuya filosofía era la defensa de los débiles y de los humildes, basa todo su argumento en el equilibrio entre autoridad y sujeto; de ahí su eterno afán en la búsqueda de leyes equilibradoras. Pero su rebelión al poner en duda

¹ Las Casas, Bartolomé. *Brevísima Historia de la Destrucción de las Indias*. Secretaría de Educación, México, 1945, 23-5.

el derecho de autoridad para establecer normas, constituye pecado imperdonable para el carácter autoritario de los *señores del Nuevo Mundo*, cuya única finalidad era favorecer sus principales intereses, así como la aceptación de su superioridad sobre los pueblos sojuzgados por ellos.

Para Las Casas el único criterio de valor era el bienestar del hombre, y hombre era para él, en igualdad de derecho, tanto el indio como el español, basándose en el derecho natural al afirmar: "*En las naciones del mundo hay hombres... todos tienen entendimiento y voluntad... todos se huelgan con el bien y sienten placer con lo sabroso y alegre, y todos desechan y aborrecen el mal*".² Su carácter, como después el de todos los humanistas, era eminentemente antropométrico, en el sentido en que no hay nada más digno ni superior que la existencia humana, y su realización plena estriba en su facultad de relación y solidaridad con sus semejantes, como algo que irradia del hombre mismo, no como poder superior que descende sobre él, sino que su capacidad de amar es su propio poder, mediante el cual el hombre se vincula con el mundo y lo hace suyo. Así lo vemos cuando dice: "*El fin del Estado es alcanzar la felicidad civil y humana de los pueblos, y ésta es la paz y amor de los vecinos entre sí...*".³

Las Casas no fue, sin embargo, ni el primero ni el único en abogar en defensa del indio, pues desde el momento mismo de quedar establecido el primer asentamiento español en América, los dominicos, encabezados por su superior fray Pedro de Córdova, inician su campaña en defensa y apoyo de los nativos taínos de la Quisqueya. Muchos fueron los hombres que se destacaron, recién comenzado el siglo XVI en esta misión a favor de los aborígenes, entre ellos el fogoso predicador Antón de Montesinos, y los también dominicos Gutiérrez de Ampudia, Pedro de San Martín y Bernardo de Santo Domingo. Pero esta labor no quedó reducida sólo a Las Antillas ni a la Orden de los Dominicos. Al extender España sus dominios en América, también se extiende el número de los que lucharon en contra de ello, o por lo menos dedicaron su vida a defender los derechos y soberanía que asistía a los naturales, pues el dominio que pretendían ejercer los españoles sobre las tierras descubiertas por Colón a nombre de España no les daba ningún derecho sobre ellas, como no tiene derecho sobre el sol el niño que lo descubre por primera vez. El sol ya existía mucho antes de que el niño naciera, aunque él no tuviera conciencia de ello; y las tierras del *Nuevo Mundo* son tan antiguas como las del *Viejo Mundo*, aun-

² Las Casas, Bartolomé. *Historia de las Indias*. s/f Libro, 2, cap. 58.

³ Cita Gaceta *Lascasiana* No. 1; México, 1973.

que ni uno ni otro supieran de su mutua existencia. Como afirmara el teólogo Francisco Cervantes de Salazar en el primer capítulo de su *CRÓNICA DE LA NUEVA ESPAÑA*, quien calificara como vanas las opiniones de llamar nuevo mundo, cuando mundo es, según probó Aristóteles, todo lo que el cielo cubre, pues de no ser así, hubiera muchos soles y muchas lunas, tantas como mundos existieran.⁴

Por otra parte, se hace difícil admitir el mito civilizador, so pretexto de ocupación de tierras extrañas y en contra de la voluntad de los supuestos beneficiados, cuando contemplamos los restos llegados hasta nuestros días de la destruida cultura, suponiendo que todo lo narrado por Bernal Díaz del Castillo en su famosa *HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA* fuera sólo producto de su rica imaginación, lo cual nadie ha puesto en duda, ni aun las observaciones hechas por éste de la contrastante tosquedad del extremeño usurpador ante el refinamiento de la corte de Moteczuma Xocoyotzin.

No se puede juzgar de apasionado paranoico, enemigo de España, o al menos nadie lo ha hecho hasta ahora, al franciscano leonés, Bernardino de Sahagún. sin embargo, su obra toda fue de respeto y reconocimiento de la nueva cultura a la que se enfrenta, la cual nunca pretendió destruir ni imponer la suya, pese a que su vida en América fue la de profesor en el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Sólo tuvo para la cultura del pueblo sojuzgado, humilde respeto, estudiando su idioma que llegó a dominar, y escribiendo con todo rigor científico, su *HISTORIA GENERAL DE LAS COSAS DE LA NUEVA ESPAÑA* en lengua náhuatl, ignoramos por qué causa, pero nos inclinamos a pensar que seguramente pensó que ni ésta ni su cultura desaparecerían, y que lo español sería sólo transitorio, por lo que quiso dejar a las generaciones futuras, la facilidad de leer sus grandezas pasadas, sin la traición del traductor. En el capítulo XXIX de la obra mencionada, habla de los primeros pobladores del Anáhuac, y dice de ellos que tuvieron grandes filósofos y astrólogos, y que eran muy diestros en las artes mecánicas y en la construcción de fortalezas. En exaltación religiosa, dejó escrito en el primer volumen de la citada obra, un canto a la grandeza de los indios de América, cuando dice:

Oh infelicitísima y desventurada nación, que de tantos y de tan grandes engaños fue... entenebrecida, y de tan innumerables errores des-

⁴ Cervantes de Salazar, Francisco. *Crónicas de Nueva España*. Hauser y Menet, Madrid, 1914.

lumbrada y desvanecida... Ob cruelísimo odio de aquel capitán enemigo del género humano, Satanás, el cual con grandísimo estudio procura de abatir y envilecer con innumerables mentiras, crueldades y traiciones a los hijos de Adán... Qué es esto, señor Dios, que habéis permitido... que aquel enemigo del género humano tan a su gusto se enseñorease de esta triste y desamparada nación, sin que nadie le resistiese, donde con tanta libertad derramó toda su ponzoña y todas sus tinieblas... Señor Dios, esta injuria no solamente es vuestra, pero también de todo el género humano...⁵

Igualmente, el primer obispo de Tlaxcala, el aragonés fray Julián Garcés, de la Orden de Predicadores — igual que Las Casas, alumno de Nebrixa— se pronuncia a favor del indio americano, sin que nadie lo haya acusado —hasta donde alcanza nuestro conocimiento— de indiófilo o de tener ningún tipo de fobia contra España o lo español, y mucho menos, de tener deficiencia mental alguna, pese a que en su carta al Papa Paulo III, elogia a los niños mexicanos, y los declara mucho más inteligentes y despiertos que los niños españoles:

No son vocingleros —dice— ni pendencieros; no porfiados, ni inquietos; ni discolos, ni soberbios; no injuriosos, ni rencillosos, sino agradables, bien enseñados y obedientísimos a sus maestros... Tanto monta que lo que se les da, se dé a uno como a muchos; porque lo que uno recibe, se reparte luego entre todos... Y por hablar más en particular del ingenio y natural destos hombres, los cuales ha diez años que veo y trato en su propia tierra, quiero decir lo que vi y oí... Son con justo título racionales, tienen enteros sentidos y cabeza... Oponémosles por objeción su barbarie e idolatría, como si hubieran sido mejores nuestros padres, de quien traemos origen... ¿Por ventura, cuando Sertorio estaba en España, no amansó y enseñó a aquella cierva, que tenían por decidora del hado? Una cierva, que es un animal bruto, tenían los españoles por profetisa y de decidora de los hados, y la reverenciaban como a diosa... Pues, ¿qué maravilla es si estos pobrecitos indios, puestos en este postrer bordo del mundo... sin tener animal de quien usar para carga, sino que ellos mismos eran como asnillos de dos pies, y llevaban cargado al campo y a su casa todo lo que habían menester?... Si querían significar alguna cosa memorable, para que supiesen los ausentes en tiempo o en lugar, usaban de pinturas...⁶

⁵ Cita Xirau, Ramón. *Idea y querella de la Nueva España*. Madrid, 1973, 170.

⁶ *Ibidem*, 87-101.

También el vizcaíno fray Juan de Zumárraga, ostentó el título de *Protector de los indios*, otorgado por el propio Carlos V, por su labor conciliadora y amor al pueblo de la Nueva España, que lo llevó a fundar en ésta, la Universidad, e instalar la primera imprenta.

La historia de América cuenta también con reconocido agradecimiento, la labor del franciscano español de origen flamenco, fray Pedro de Gante, quien fundara en Texcoco la primera escuela de música, y cuyo respeto y amor por los indios, lo llevó, al igual que a Sahagún, a escribir su *DOCTRINA CRISTIANA*, en lengua mexicana.

Y aunque nadie ha acusado a Vasco de Quiroga de paranoico, la pluma de éste no fue menos combativa que la de Las Casas en defensa del indio en el informe que realizara al Real Consejo de Indias;⁷ y el ex-discípulo de jurisprudencia de la Universidad de Salamanca y profundo admirador de la doctrina humanista de Tomás Moro —cuya *UTOPIA* hace realidad al ser erigido obispo de Michoacán— al abogar por el aborigen del hemisferio recién ocupado por los españoles, so pretexto de evangelizadora civilización, dice al respecto:

... ni molestan, ni resisten a la predicación del Santo Evangelio, sino defiéndense contra las fuerzas e violencias y robos que llevan delante de sí por muestras y por adalides los españoles de guerra que dicen que los van a pacificar... Esto digo porque al cabo por estas inadvertencias y malicias y inhumanidades, esto de esta tierra temo se ha de acabar todo, que no nos ha de quedar sino el cargo que no lleve descargo ni restitución ante Dios, si El no lo remedia, y la lástima de haberse assolado una tierra y nuevo mundo, tal como éste. Y si la verdad se ha de decir, necesario es que así se diga, que... colorar y disimular lo malo y callar la verdad, yo no sé si es de prudentes y discretos, pero cierto sé que no es de mi condición, ni cosa que callando, yo haya de disimular, aprobar ni consentir, mientras a hablar me obligare el cargo...

Pero nada de esto pretenden conocer, los que no encuentran a gusto de paladar, cuanto hizo Las Casas por detener el despotismo desenfrenado de sus paisanos en América. Y no teniendo mayor razón que esgrimir a su favor, bajo el sortilegio del *birlo-birloque*, sacan, del mágico sombrero de copa de la historia, la blanca e inofensiva paloma de fray Toribio de Benavente, cazarro e ingenuo pícaro zamorano, que se autobautizara como *Motolinía*, al oír esta palabra en boca de los aliados tlaxcaltecas y enterarse de su significado de *humilde*; actitud esta, característica del carácter autoritario o irra-

⁷ *Ibidem*, 143-54.

cional, que en ocasiones se manifiesta mediante la autodestrucción, como medio de ejercer su autoridad de poder, mediante la compasión hacia su persona. Disfraz de oveja para el abogado defensor de conquistadores y encomenderos, quien llegara a Nueva España en la famosa misión de *Los Doce*, en recordación a los doce apóstoles, y como medida del gobierno español, de limitar el poder que el conquistador ejerciera sobre el nuevo territorio anexado a España. Pero pronto la personalidad de éste impresiona vivamente a fray Toribio, quien ve en el bizarro y lloroso capitán conquistador, la idealización del hombre pleno, con el cual se identifica. Vemos así, cómo en su famosa carta dirigida a Carlos V en 1555, dolido por la medida tomada por Las Casas, quien en uso del único poder con que contaba contra la desbocada Apocalipsis que azotaba a América, amenazaba con la excomunión, por lo que temeroso ante la medida en extremo calurosa de su infierno porvenir, expresa en su carta al emperador:

...por amor de Dios (y) a V. M. ... mande ver y mirar a los letrados, así de vuestros Consejos como a los de las Universidades, si los conquistadores, encomenderos y mercaderes de esta Nueva España están en estado de recibir el sacramento de la penitencia y los otros sacramentos, sin hacer instrumento público por escritura y dar caución jurada: porque afirma el de Las Casas que, sin éstas y otras diligencias, no pueden ser absueltos; y a los confesores pone tantos escrúpulos, que no falta sino ponellos en el infierno. Y así, es menester esto se consulte con el Sumo Pontífice, porque qué nos aprovecharía a algunos que hemos bautizado más de cada (uno) trescientas mil ánimas y desposado y velado otras tantas y confesado otra grandísima multitud, si por haber confesado diez o doce conquistadores, ellos y nosotros hemos de ir al infierno... porque a los conquistadores y encomenderos y a los mercaderes los llama muchas veces, tiranos, robadores, violentadores, raptos... dice que todos los tributos de indios son y han sido llevados injusta y tiránicamente... Y piensa que todos yerran y que él sólo acierta, porque también dice... "todos los conquistadores han sido robadores"... Todos los conquistadores, dice, sin sacar ninguno... Yo me maravillo cómo V. M., y los de vuestros Consejos han podido sufrir tanto tiempo a un hombre tan pesado, inquieto e importuno y bullicioso y pleitista, en hábito de religioso, tan desasosegado, tan mal criado y tan injuriador y perjudicial y tan sin reposo...⁸

⁸ *Ibidem*, 67-81.

Lo que más molestaba a fray Toribio, es que no excluyese de sus ataques a su querido *Marqués del Valle, que Dios tiene*, y del cual dice:

... tiene mayor coraja que otros que lo menosprecian... Aunque, como hombre fuese pecador, tenía fe y obras de buen cristiano... e hizo grandes restituciones y largas limosnas... Confesábase con muchas lágrimas y comulgaba devotamente, y ponía a su ánima y hacienda en manos del confesor para que mandase y dispusiese de ella todo lo que convenía a su conciencia... cada día trabajaba de oír misa, ayunaba los ayunos de la Iglesia y otros días por devoción... Doquier que llegaba, luego levantaba la cruz...⁹

Como hemos visto, hay un gran antagonismo de personalidad entre ambos clérigos. El quehacer de fray Toribio fue de irrazonable sumisión ante aquellos que él consideraba superiores, y de autoridad sobre los que juzgaba como inferiores, imponiéndoles hasta sus propias creencias religiosas; fray Bartolomé se eleva por encima de sus propias creencias y se niega a dar el bautismo, cuando sospecha que el aspirante a ser cristianizado, no lo es por propia convicción. Las raíces del quehacer lascasiano están en el amor, amor y respeto por toda la creación, como se puede observar en todas las obras que dejó escritas, que el mismo amoroso celo pone en describir las costumbres o elogiar las cualidades del indoamericano, que en describir su paisaje o a recrearnos con su flora o su fauna, hoy ambas casi extinguidas. Pero enraizado en la ambivalente naturaleza del hombre, se ama y se odia, se crea y destruye, con la misma intensidad. Causa y efecto que trasciende en una misma vitalidad amorosa.

El rompimiento con el sistema feudal, al liberar al hombre de la presión autoritaria, lo enfrenta consigo mismo, lo hace sentirse centro de su propia potencia, desarrolla su individualidad, que sólo es alcanzada por una minoría, pues en el carnaval del renacentismo, el espíritu gregario de la mayoría se oculta tras la máscara de la religión o de la nacionalidad, en cómodo sentimiento de conformidad.

Las Casas, por estar dotado de razón, procura entender las hasta ahora desconocidas culturas que el descubrimiento revela, para, por medio de su comprensión, aproximarse al conocimiento de la realidad, único instrumento del hombre, en su más pura esencia, para llegar a la verdad, con las limitaciones de todo ser humano,

⁹ *Ibidem*.

de no estar dotado sólo de intelecto, sino que también está dotado de un cuerpo y de un alma, y tiene que reaccionar con sus sentimientos y acciones, en un proceso vital de totalidad.

Se dice que su odio paranoico lo llevó a la idea fija de odiar todo lo español. Puerilidades. La maravillosa iniciativa de los descubridores de nuevas vías marítimas y un continente desconocido hasta entonces, impulsó la ciencia y fundó nuevas y más sólidas corrientes filosóficas tendientes a desarrollar la capacidad de amar; no percatándose el hombre hasta ese momento, de su propio valor como sujeto y de su enorme potencialidad creadora, lo que a sus ojos adquiere un nuevo valor, aprendiendo a amarse a sí mismo, y junto a él, a todos los hombres y a la naturaleza misma, en un más estrecho acercamiento. Y pese a la limitante Santa Inquisición existente, el hombre llega a un grado de independiente individualidad, que no había sido alcanzado hasta ese momento, conoce por sí mismo la diferencia del bien y del mal, que elige por propia convicción, y no por nebulosas supersticiones y esperanzas, en su total y trascendente integridad humana. El descubrimiento y contacto con nuevas tierras, lleva a la formación de una nueva personalidad humana, en que Las Casas no es el único en sufrir tal transformación, aunque sí es su más grande y vigoroso exponente, en su constante y activa compensación por su adaptación perdida. Idea fija la suya, que fue tan fija, como la de los reaccionarios conquistadores y encomenderos, en mantener la tradición de las suyas.

JUDIOS EN LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

Por *Alberto Eliseo FERNANDEZ*

(Publicamos a continuación un capítulo del libro que, con este mismo título, acaba de terminar el autor de este trabajo).

*¿Cuántos eran?,
¿De dónde venían?*

NUNCA se sabrá con exactitud aritmética cuál fue el número total de voluntarios extranjeros y hasta los mejores investigadores en la materia afirman que hubo entre treinta y cuatro y cuarenta mil. Pero, la cifra en sí, por importante que sea, es hasta cierto punto secundaria, puesto que del porcentaje de internacionales no ha dependido la salida final del encuentro entre dos conceptos, dos ideologías, dos formas de gobierno. Hubiera habido diez mil voluntarios más; se hubieran quedado éstos hasta el final, es decir: hasta el paso de los Pirineos en febrero de 1939 o la entrega de la zona Centro poco más tarde, que la suerte de la República hubiera sido la misma: la derrota militar. Pero, en ciertos documentos hay una exageración tal que no se pueden tener en cuenta las cifras. Por ejemplo, el folleto publicado en 1952, por el Ministerio de Asuntos Exteriores español, "The International Brigades" da la cifra astronómica de ciento veinticinco mil voluntarios. Hugh Thomas, en su "Guerra de España" (Robert Laffont. París, 1961) parece estar más en lo cierto cuando dice que "había alrededor de cuarenta mil. Sin embargo —añade el autor— los efectivos de estas Brigadas no pasaron nunca de diez y ocho mil hombres a la vez. Aparte de estas unidades especiales, hubo, acaso, unos cinco mil extranjeros más, que sirvieron en unidades del Ejército republicano, principalmente en Cataluña".

Y Thomas prosigue así su demostración:

Francia constituyó el grupo nacional más numeroso, con diez mil hombres, de los que resultaron muertos tres mil. Alemania y Austria suministraron, juntas, alrededor de cinco mil hombres de los que resultaron muertos unos dos mil; Italia, 3350; Estados Unidos, 2800 de los cuales resultaron muertos novecientos; hubo, aproximadamente, dos mil voluntarios británicos, de los cuales murieron quinientos y mil doscientos heridos. Hubo, además, cien canadienses, mil doscientos yugoslavos, mil húngaros, mil escandinavos. Los otros cinco mil voluntarios venían, al parecer, de cincuenta y tres naciones diferentes. *De este conjunto, tres mil voluntarios eran de origen judío* (el subrayado es nuestro. NDA). En cuanto a los soviéticos, dice Thomas que "su número fue ciertamente inferior a dos mil y nunca más de quinientos a la vez".

Empezaremos por señalar lo arbitrario de esta afirmación. Arbitraria porque da un número que no reposa sobre ningún documento o estudio serio; lo es también porque únicamente hace referencia a esos voluntarios "que venían de cincuenta y tres países", o sea los cinco mil colocados al margen de la clasificación. Un ejemplo preciso permitirá juzgar de este sistema absurdo de buscar y hallar judíos entre los brigadistas. *De los Estados Unidos han ido a España no dos mil ochocientos sino tres mil trescientos y pico, de los cuales, casi la mitad eran de origen judío*. Lo mismo se puede decir de los contingentes alemán, austriaco, polaco (qué raro que Thomas y otros autores no citen entre los grupos importantes en número a los polacos venidos de Polonia, de Francia o de Bélgica) en los que el porcentaje de judíos era también elevado.

Por su parte, en su tan documentado estudio (como todos los estudios de este tipo, hay la parte de errores que se comprenden, lo que no quita mérito al trabajo realizado y a la aportación positiva de cada cual) publicado en París (Fayard, 1968) titulado "Les Brigades Internationales", Jacques Delperrie de Bayac, escribe:

Los judíos son relativamente numerosos en las Brigadas Internacionales: Dos mil a tres mil en total.

Hasta aquí, dejando de lado por lo inverosímil, la afirmación oficial española, ambos autores están de acuerdo en el número total de brigadistas y, aproximadamente, en el porcentaje de judíos entre ellos. En cambio, la revista americana "The American Hebrew", del 7 de junio de 1938, escribe lo siguiente:

Un judío eslovaco que sirvió un año en las Brigadas Internacionales de España... explica que aproximadamente *siete mil judíos*, de varios

países, incluyendo Polonia, Rumanía, Francia, Palestina, Checoslovaquia, Hungría, Bélgica, Inglaterra y Estados Unidos... *perdieron sus vidas* y que, aproximadamente, *quince mil han quedado mutilados para toda la vida*... En general, el sentimiento que ahora domina *entre los judíos voluntarios es que los treinta y cinco mil que entraron en España, en las Brigadas Internacionales, se sacrificaron en vano para salvar a España de las fuerzas fascistas*" (Los subrayados son nuestros. La cita la hemos recogido en el folleto oficioso publicado en España, sin pie de imprenta y sin fecha de impresión: "Las Brigadas Internacionales según testimonio de sus artífices", por un llamado Comité de Información y Actuación Social, de Barcelona).

No hay duda que hay exageración por parte de la revista judía en cuestión, que confundió, supongamos que involuntariamente, el número total de voluntarios con el de los judíos formando parte del total.

Quien parece acercarse mucho más a la realidad, es el escritor revolucionario de descendencia judía, León Azerrat Cohen, en declaración hecha al periódico catalán "Catalans", el 30 de junio de 1937, después de haber vivido en Barcelona desde el comienzo del alzamiento, y que se hizo, al parecer, bastante popular con el seudónimo de "Ben Krimo":

Ni sé si será oportuno hablar de los judíos que luchan en España en las Brigadas Internacionales. El camarada Luigi Longo podría contaros muchas cosas interesantes a este respecto. Yo calculo *que debe haber unos seis mil*, de los cuales muchos han caído como verdaderos héroes. . .

A estos millares, más o menos bien controlados, ya que la mayoría de los judíos no habían pasado la frontera *en tanto que tales*, sino por ser militantes del movimiento obrero y antifascista, convendría añadir, aunque se desconozca su importancia numérica, aquellos que habían vuelto en tanto que descendientes de los sefarditas expulsados y a los que Thomas clasifica de "cinco mil extranjeros que se batieron en el Ejército Republicano" entre los cuales cabe suponer había también algunos judíos.

Llegados a este punto, en que la adivinación juega un gran papel, hemos de referirnos a un impresionante balance, a una metódica estadística digna de figurar en los anales de nuestra guerra civil, realizada por nuestro camarada Josef Toch, judío de Viena, ex-combatiente de las Brigadas Internacionales, que ha pasado varios años haciendo paciente búsqueda de referencias al respecto. Una parte de este inmenso trabajo ha sido publicado en la revista "Zeit

Geschichte" aparecida en Salzburgo en abril de 1974, páginas 157 a 170, con el título: "Juden im Spanischen Krieg 1936-1939":

Participación de los catorce contingentes nacionales más importantes (de un total de cincuenta y tres contingentes) en las Brigadas Internacionales.

Su importancia la damos en porcentaje sobre la población total del país de origen en 1936. Por lo que se refiere a los judíos: a) con relación a la población judía de Palestina; b) con relación a la población judía mundial:

<i>País de origen</i>	<i>Población</i>	<i>Voluntarios</i>	<i>Porcentaje con relación a la población</i>
Palestina	350,000	267	0.075
Población judía mundial (Palestina comprendida)	16.500,000	7,758	0.047
Hungría	6.500,000	1,000	0.029
Austria	6.500,000	1,800	0.028
Francia	42.000,000	8,500	0.020
Checoslovaquia	14.000,000	2,168	0.015
Polonia	34.000,000	5,000	0.014
Yugoeslavia	15.750,000	1,500	0.010
Canadá	12.500,000	1,000	0.008
Italia	46.000,000	3,350	0.007
Escandinavia	14.000,000	1,000	0.007
Alemania	60.000,000	3,200	0.005
Gran Bretaña	50.000,000	2,150	0.004
Estados Unidos	144.000,000	3,200	0.002

==Trece Países sin la Población Mundial Judía 34, 067

Quedan, según Hugh Thomas, si deducimos de la cifra total de cuarenta y cinco mil voluntarios en España, para los países no citados anteriormente: diez mil novecientos treinta y tres, más quinientos cincuenta y tres soviéticos.

Participación del pueblo judío, a partir de los cincuenta y tres países de procedencia de los voluntarios judíos:

De Polonia	2,250
De Estados Unidos	1,236
De Francia	1,043
De Gran Bretaña	214
De Palestina	267

Total: 5,010

Participación de los judíos entre los voluntarios de los otros

<i>ocho países:</i>	1,093
<i>De los otros cuarenta países no citados en esta lista:</i>	1,602
<i>Del contingente soviético:</i>	53
<i>Lo que hace un total de judíos en las Brigadas de:</i>	7,758

Continuamos citando, por autorización expresa del autor, gesto que le agradecemos profundamente, un corto comentario relacionado con estas cifras:

La participación de los judíos ha debido ser, sin duda, más elevada aún, porque únicamente los nombres judíos seguros han sido tomados en los archivos y ficheros. Muchos judíos proceden de familias que, en un momento dado, han cambiado su nombre o de familias que poseen un nombre que no se puede identificar como absolutamente judío —en Alemania o en Austria, por ejemplo. No sucede lo mismo en los países anglo-sajones donde los nombres askenazis o yiddish se distinguen más netamente de los demás. Lo mismo sucede en lo que se refiere a Francia, donde hay nombres sefarditas y sefarditas con nombre identificable como judío. Considero sin embargo la pérdida de nombres no judíos en este trabajo como una especie de tributo al hecho que algunos que tienen un nombre judío no quieren ser considerados como tales. A la inversa, no se puede esperar de algunos que no han abandonado su nombre judío que deseen el reconocerse como tales.

El porcentaje de judíos en la mayoría de los contingentes nacionales fue considerablemente más elevado que el porcentaje de judíos en la población del país de origen considerado. Si deducimos de la última cifra los 1,043 judíos que han sido contados con el contingente francés, los judíos se colocan en primer lugar (sin cambiar el número total, sino solamente el número de franceses). Tal afirmación tanto más fundada cuanto que los dos tercios de los judíos franceses no

eran, de todas formas, franceses verdaderos sino, muy a menudo, refugiados políticos recién llegados a Francia —de Polonia concretamente.

Ya decíamos que esta opinión es, por la personalidad del autor, por la escrupulosidad con que ha conducido sus investigaciones, la que más se acerca a la verdad histórica. Se terminó lo de "entre dos y tres mil", lo de los "treinta y cinco mil" de la revista neoyorquina, del número impreciso pero importante, exagerado, de los ciento y pico mil de la revista del Ministerio español de Asuntos Exteriores. Las cifras de Toch son el resultado de un trabajo de más de veinte años. No obstante, y con todo respeto y amistad, le haríamos un reproche y que es lo que da fuerza y vigor a su exposición de cifras: la prudencia, el temor, acaso, de ser acusado de ser juez y parte en el asunto, por ser ex-combatiente de las Brigadas Internacionales y por ser judío.

Nosotros, basándonos en la afirmación de este autor, nos atreveríamos a ir más allá todavía; acaso de manera empírica, es cierto, pero el mismo procedimiento, aunque en sentido contrario, lo han empleado otros autores que gozan de notoriedad y de seriedad.

En el caso de los rumanos, primer ejemplo, el camarada Toch se queda sin lugar a dudas, por debajo de la realidad. Precisamente cuando redactábamos este trabajo, nos llega un testimonio directo de Bucarest: "*Entre los voluntarios de Rumania había unos cuatrocientos cincuenta judíos sobre un total de quinientos combatientes*". Segundo ejemplo: en el mismo momento, nos hemos entrevistado en París con un ex-brigadista, *que estaba instalado en España desde 1934, que se incorporó el 18 de julio de 1936 a los combates en la capital de Cataluña, formando un grupo de diez y ocho combatientes, polacos y alemanes, todos ellos judíos y todos ellos alistados a la Columna de Del Barrio para ir al frente de Aragón.*

Hemos conocido a varios judíos que figuraron siempre en unidades españolas, por casualidad algunas veces, por deseo expreso de convivir más íntimamente con nuestros compatriotas otras. Nos hemos entrevistado con quienes estaban ya en España en el momento de estallar la sublevación, habiéndose enrolado en una columna catalana, otros más que se fueron con los grupos de la C.N.T.-F.A.I., unas veces en dirección de Madrid, la mayoría al amplio y movedido frente de Aragón. ¿Cuántos eran? Nunca se sabrá, evidentemente, pero estos desconocidos correligionarios del camarada Toch no figurarán jamás en sus tan trabajadas estadísticas. Conviene que un no judío vaya más allá que un historiador hebreo. Al menos no habrá acusación de parcialidad en favor del grupo étnico, racial o reli-

gioso al que se pertenece. Diríamos, pues, para resumirnos, que, a nuestro entender, *la cifra de nueve mil voluntarios judíos en el seno de las Brigadas Internacionales puede ser considerada como verídica.*

En un libro recientemente aparecido en España, premio "Ensayo Mundo 1973", del que es autor Federico Ysart ("España y los judíos". DOPESA. Abril de 1973, Madrid), que relata cuántas gestiones ha hecho la España franquista por salvar de la represión nazi a los sefarditas de Europa, hasta el punto de haber logrado, en una ocasión, hacer salir de un campo de concentración a un grupo numeroso de judíos "españoles" (justo es reconocer que las autoridades salidas del levantamiento militar mucho han hecho en este sentido, como conviene destacar que nunca ha prendido en el pueblo español el antisemitismo de que hacían alarde determinados grupos, sobre todo los falangistas) este autor dice:

Para quienes con una óptica superficial y lejana de la guerra española se había reducido simplemente a un conflicto entre democracia y totalitarismo, es fácil adivinar de qué parte iban a estar. (Cómo es fácil adivinar lo que insinúa el señor Ysart. NDA).

El Agente del Gobierno nacional, años después Jefe de la Legación en Atenas, Romero Rodrigales, escribía en la primavera de 1938: *La casi totalidad de los sefarditas sienten simpatía por los rojos, por saber que están con ellos los judíos del mundo entero... Hay un gran número de sefarditas que no se han mostrado partidarios nuestros, pero que tampoco nos han combatido.*

Más adelante escribe:

El representante en Bucarest, al informar el 9 de mayo de aquel mismo año sobre la actuación de cada una de las familias sefardíes de aquella nación, emita el siguiente juicio: *Han probado no haberse hecho acreedores al honor que se les hizo al otorgárseles la ciudadanía española. (Los subrayados son nuestros. NDA).*

Por su parte, la posición del Ministerio de Asuntos Exteriores, en nota fechada el 10. de diciembre de 1938, en la que marcaba la pauta a seguir y que denota un sentido humano y solidario que es digno de ser destacado aún cuando no se haya procedido así en todos los casos, escribe, entre otras cosas:

Recientemente este Ministerio, teniendo que resolver sobre la conducta que debían observar nuestros representantes en el extranjero con los españoles desafectos a la Causa, sin vacilar resolvió autorizarles a

volver a España, aunque hubieran sido abiertamente hostiles al Movimiento... No cabe decirle al judío español que su patria de adopción le cierra sus puertas.

Y el señor Ysart comenta en estos términos la posición oficial española frente a algunos de los agentes consulares:

Parece humanamente difícil mantener la ponderación de que hacía gala aquella circular cuando por las mismas fechas, en el frente de batalla luchan unos tres mil judíos —asquenazis fundamentalmente— en las Brigadas Internacionales; según H. Thomas, aproximadamente el diez por ciento de sus efectivos totales. (Se observará que el autor de "España y los judíos" se equivoca en cuanto al número de judíos y al de brigadistas, limitándose a recoger y repetir absurdas afirmaciones. NDA).

.....
Quiénes serían protegidos, genéricamente hablando, no se habían granjeado precisamente el reconocimiento del nuevo régimen con su actuación durante los tres años.

Y, con razón evidente, termina este capítulo el señor Ysart escribiendo:

El clima en que la acogida y protección tendrían lugar era víctima de la presión nazi y fascista, que más que pretender evitar la tarea humanitaria del salvamento y rescate buscaban la alineación de España con los mismos exterminadores. (Los subrayados son nuestros. NDA).

Como se ve a través de lo expuesto y que se refiere principal o exclusivamente a la parte del pueblo judío errante a partir del decreto real de expulsión, la inmensa mayoría de los judíos del mundo estaban a favor de la causa de la República española. Que, en la mayoría de los casos, ayudaron a los combatientes republicanos por estimar que en España se debatía el porvenir, democrático o totalitario, de Europa y del mundo. Que, únicamente para salvar sus vidas han acudido estos sefarditas a los consulados españoles, franquistas, lo que no se les podrá reprochar.

Nada tiene de extraño, pues, que el número de voluntarios fuera elevado y que éstos hayan venido del mundo entero, sin previo acuerdo, espontáneamente, *porque ya sabían* lo que representaban los bandos en presencia en la gran contienda nacional y la significación para el pueblo hebreo del triunfo de los unos o de los otros.

Los palestinos

DESDE principios de este siglo, guiados por el movimiento sionista en particular, teniendo como finalidad la creación de un hogar judío, un refugio para los perseguidos, fueron llegando del mundo entero hasta la tierra de sus antepasados docenas y docenas de judíos de la Diáspora. En su fuero interno, había no solamente el deseo de volver al país de origen, sino el de establecer colonias y grupos de apoyo; un día tendrían necesidad de todos ellos, aunque esta idea fuera aún imprecisa en los espíritus, para establecer una Nación. Se preparaban las condiciones de acogida y de empleo; se organizaban servicios sanitarios, cooperativas de producción, de compra-venta, de consumo, de distribución de aguas. Nacieron a partir de 1909 los ya célebres kibutz, riquísima y original experiencia de vida en común única en su género. Aparecieron así, íntimamente ligados, los anhelos de una Patria, de una tierra, aspiración del movimiento sionista, y los contornos un tanto difusos, como las fronteras de la futura nación, de la naciente sociedad que deseaban muchos de estos visionarios: unos basamentos socialistas.

Si al principio los árabes vieron llegar a Palestina a estos miles de pioneros, deseosos de trabajar y de explotar unos trozos minúsculos de tierras abandonadas, establecerse en paisajes pantanosos sobre los que surgiría más tarde la hermosa y cada vez más extendida ciudad de Tel Aviv, años después empezaban ya los encuentros entre ambas comunidades. Los árabes atacan y los judíos se defienden. Se elevaron banderas religiosas que nada tenían que ver con la realidad, frente al reducido grupo dispuesto a quedarse allí donde se estableciera, a batirse contra los elementos, la arena, el viento del desierto, el paludismo o la malaria, la sed, y, en algunos casos, el hambre, mientras la tierra empezaba a producir o cuando los vecinos destruían la cosechas en vez de seguir el ejemplo de la tenacidad pionera.

No obstante, con esa tenacidad que hace la admiración de muchos y atrae el rencor de otros, los judíos continuaron llegando a la Palestina bajo mandato británico para roturar tierras incultas; en 1936, cuando se produjo la sublevación franquista, eran ya alrededor de trescientos cincuenta mil miembros de la comunidad hebrea establecidos en aquella región atormentada por los hombres y por la Historia. Y, parecía natural que, dejando de lado los acontecimientos exteriores que, en apariencia al menos, no podían influenciar el diario acontecer de los pioneros, según algunos de ellos, luchando al codo a codo con la adversidad, cada cual continuara el

trabajo, siguiera en su puesto de combate. ¿Por qué razón —podían preguntarse— ir en busca de otro frente lejano cuando nuestra existencia y nuestro futuro se encuentran aquí? ¿En nombre de qué principios, marchar a batirse a tierras extrañas, a esa España que un día expulsara a parte de nuestro pueblo, injustamente, por bajas razones financieras o políticas, poniendo como excusa la cruz de Cristo y la defensa de la fe cristiana? ¿En qué podía interesar a los judíos, perseguidos en la mayor parte de los países europeos por la sola razón de serlo, una refriega entre bandos rivales, entre dos formas de gobierno, entre un pueblo y su Ejército?

No obstante, el hecho increíble se produjo; cientos de estos pioneros abandonan la tierra de Palestina, empujados por el viento del ideal, convencidos de la necesidad de unirse a los que combatían por la libertad frente a la tiranía, por la República democrática contra el fascismo —que apenas había molestado a los judíos en Italia—, contra el hitlerismo —que cazaba a los hebreos desde su subida al poder—, pero ambos aliados desde el primer momento de la sublevación con las fuerzas del general Franco (un descendiente de "marrano"). Una vez más, visionarios, se dieron cuenta de que, de ser vencida la República del 14 de abril de 1931, se ensancharía el camino por el que pasaría la barbarie nazi con su doloroso cortejo de víctimas. Y, uno a uno, a la chiquita callando como si fueran a cometer un grave pecado, fingiendo un viaje a París, a Europa, solicitando el permiso de salida que difícilmente otorgaban las autoridades de tutela en Palestina, se van voluntarios a combatir al lado de otros judíos, con los que se encontrarán sin cita previa, de otros internacionales —de otros internacionalistas—, de los demócratas españoles en todos los frentes de la lejana Sefarad. Hubo, incluso, algunos hechos verdaderamente excepcionales: los de los prisioneros políticos en las cárceles británicas de Palestina que solicitaron su salida del país; los británicos, aun convencidos íntimamente de que su objetivo era España, les daban el visado. Era una manera elegante de deshacerse de gentes que les molestaban con su actividad oposicional.

El acontecimiento tuvo tal repercusión entre los judíos que, durante muchos años, se discutió sobre la razón o la sinrazón de este acto colectivo —aunque realizado, repetimos, casi siempre de manera individual, sin previa consulta del camarada, del amigo, del vecino— (conocemos a algunos ex-brigadistas que fueron entonces expulsados de su organización política, de su kibutz); unos opinaban y opinan todavía hoy, que desertaron del frente del trabajo y traicionaron los ideales conducentes al nacimiento de la Patria común; otros defendían a los que se iban por estimar que el frente

de combate cara al fascismo, al nazismo, era tan importante como el frente interior.

Recordamos a este respecto una frase del actual alcalde de Jerusalén, pronunciada al final de una comida celebrada en el restaurante del Museo de la ciudad en octubre de 1973. Dirigiéndose a una treintena de voluntarios judíos, reunidos para recordar la fecha de creación de una unidad hebrea en España, venidos de Europa, de África y de América, y en presencia del autor de este relato dijo:

Mucho se ha discutido y se discute sobre vuestra actitud de entonces. Si algunos piensan que fuisteis desertores, yo os digo que habéis tenido razón, que la Historia os ha dado la razón.

Más adelante, cuando se trate de examinar con mayor detalle cuál fue la actuación de algunos de estos actores excepcionales, muchos de los cuales nos han aportado su precioso testimonio directo sobre los acontecimientos grandes o pequeños tal y como los vivieron, tendremos ocasión de personalizar la actuación colectiva de los judíos palestinos a través de algunos de entre ellos.

En todo caso, ateniéndose al ya citado estudio del camarada Toch, de los 350,000 establecidos en Palestina, se marcharon 267. Conviene señalarlo para que el lector se dé cuenta y comprenda la gran importancia que acordamos a tan reducido número de combatientes; si consideramos a este grupo como formando parte de una nación, cuyos miembros fueron registrados en España como "palestinos", estos 267 voluntarios dan el mayor porcentaje por países de todos los allí representados, 0.075%. Incluso muy por encima del grupo francés, citado siempre como el más numeroso: 8,500 sobre un total de 42 millones de habitantes, con una frontera común —y sin tener en cuenta el número de judíos que en él había, como vimos anteriormente—, con una fuerte corriente de Frente Popular, pujante y despierta, y cuyo porcentaje, siguiendo aún a Toch, es de 0.020%. Hemos visto igualmente que tal fenómeno se observa en cuanto al conjunto del pueblo judío de la Diáspora: 0.047% en porcentaje.

Insistiremos, a propósito de los palestinos, dando idénticas razones a las anteriormente expuestas. ¿No se habrá quedado corto el tan citado camarada? Porque ¿cómo saber exactamente el número total de voluntarios cuando cada cual se iba por su cuenta casi siempre, diciendo a autoridades, amigos y familiares que iba a visitar París y la exposición universal? Ciertos entrevistados nos dan cifras que van de los doscientos cincuenta a los cuatrocientos. Hay

aún más en favor de esta tesis: en Barcelona se encontraba un nutrido grupo de jóvenes deportistas enviados por la organización juvenil de la Histadrut para participar en una Olimpiada, la mayor parte de los cuales entraron en la pelea callejera desde el primer momento antes de irse a los frentes con columnas de españoles. Además, en otro lugar de este trabajo, el lector leerá el testimonio de uno de estos palestinos que afirma que unos ciento cincuenta de entre ellos cayeron para siempre en España. Este mismo testigo —y actor— nos contaba no hace mucho, en su domicilio de los alrededores de Tel Aviv, la anécdota siguiente:

Judío religioso, tuvo ya la intuición que en nuestro país se debatía el porvenir de la libertad y la vida del pueblo judío. Desde el primer momento de la insurrección pensó en irse a España. Como no estaba encuadrado en ningún partido político, solicitó y obtuvo sin ninguna dificultad el pasaporte de las autoridades inglesas. Tomó el barco en Haifa, costeándose él el viaje; durante la travesía hacia Francia, se encontró con un conocido suyo, sorprendiéndose ambos de tal coincidencia. Este dijo a aquél que se iba a Francia por unos días; el otro le contestó que él también iba a París con motivo de la exposición. Meses más tarde, los dos amigos se encontraron... en Albacete. Esta anécdota es reveladora de cuán grande era la desconfianza existente entre los que querían marcharse y los que se quedaban.

Otro detalle que queremos destacar: la presencia entre estos judíos "palestinos" de dos árabes, miembros ambos del Partido Comunista palestino, ilegal. Sus nombres: Ali Abdul Jalik, muerto en el frente, y Fauzi, quien, al parecer, cuando escribimos estas líneas, vive en la ciudad de Marsella.

*Un ejemplo entre otros:
el Batallón "Chapaiev"*

CITAMOS en ejemplo de nuestras respectivas afirmaciones e hipótesis el Batallón número 49, de la XIII Brigada Internacional, conocido por el nombre de "Chapaiev", "el Batallón de las veintiuna nacionalidades". Su composición cosmopolita nos hará comprender: a) el número de palestinos de que es cuestión anteriormente; b) el número impresionante de nacionalidades, de lenguas, de costumbres, de formas de combatir si no de razones diferentes, lo que ha conducido a unos y a otros a adaptarse al medio común; c) la suposición, casi la certidumbre de que, además de los judíos calificados de "palestinos", había otros hebreos entre ellos que figurarán más o menos —más bien menos— en las estadísticas tan manoseadas.

Según el orden del día anunciando su creación, fechado en el frente de Córdoba, el cinco de junio de 1937, el citado Batallón se compone de 389 soldados y oficiales:

Alemanes	79
Polacos	67
Españoles	59
Austriacos	41
Suizos	20
Palestinos	20
Holandeses	14
Cecos	13
Húngaros	11
Suecos	10
Daneses	9
Yugoslavos	9
Franceses	8
Noruegos	7
Italianos	7
Luxemburgueses	5
Ucranianos	4
Belgas	2
Rusos	2
Griegos	1
Brasileños	1

La situación social de esta unidad era la siguiente: 231 obreros industriales; 68 obreros agrícolas; 36 marinos; 7 funcionarios; 13 campesinos; 19 empleados; 8 intelectuales y 7 artesanos.

Y la variedad de naciones, costumbres y lenguas no ha sido óbice para que este Batallón haya dejado recuerdo imperecedero en los anales de nuestra guerra y llenado páginas de heroísmo en la Historia de las unidades internacionales que combatieron a nuestro lado. Milagro del ideal que rompe todas las barreras y permite el buen entendimiento entre todos los elementos afines. Así lo afirman altamente su capitán Otto Brunner y su comisario político Ewald Fischer, Ludwig Nowacki, de la Compañía "Mickiewicz", P. Wenzel, teniente, Bollek, comisario político de la Segunda Compañía, el Mayor Dr. Jensen, y tantos y tantos otros de los que figuran, como testigos —los que han muerto son la mejor expresión de lo que dicen los vivos— en el libro de Alfred Kantorowicz, oficial de Información ("Tschapaiew" das batallon der 21 nationen". Der Greifenverlag zu Rudolstadt. Berlín, 1948).

Participación cualitativa

No hay que olvidar tampoco otro hecho importante en lo que se refiere a esta participación judía en las Brigadas Internacionales: la calidad, además de la cantidad. Si en su conjunto las masas judías presentes en España republicana estaban ya fuertemente impregnadas de los ideales por las que combatían los antifranquistas; si todos ellos —o la inmensa mayoría— eran ya dirigentes políticos o sindicales en sus países respectivos; si al lado de obreros, campesinos o artesanos y comerciantes, combatieron intelectuales: escritores, periodistas, profesores, etc. desde el punto de vista cualitativo esta colaboración se expresó mejor en los puestos de mando y en aquellos para los que era necesaria la cultura y la práctica a la vez. El caso de la Sanidad, por ejemplo.

Uno de los entrevistados por nosotros, médico, el doctor Ersler nos decía que había conocido a cincuenta médicos polacos, voluntarios en España. De ellos, únicamente uno no era judío. Más adelante, nos afirmó que más del noventa por ciento de los médicos brigadistas eran judíos. Algo parecido sucedió con el cuerpo de enfermeras, donde, aparte las españolas de nacionalidad, que eran, naturalmente, la mayoría, fueron muchísimas las judías venidas de diversos países de Europa y de América.

Otra vez recurrimos al testimonio de Gina Medem:

Y los doctores, enfermeros y choferes, judíos y no judíos, han confirmado por la abnegación de sus servicios en los Hospitales españoles que en *una sola* agrupación del mundo no hay diferencias raciales nacionales ni de ninguna clase, entre los antifascistas, en el frente único contra la reacción.

Los nombres de los doctores Barsky, Pozner, Fried, Ettelson, Stadt, Keeping, Zaidman, Goldstrajch, Bush, Jungerman, Grisza, Kuba Robbins, Dubois, Sollenberg, que en la batalla cambió el bisturí por el fusil, y Heilbrunn, así como las enfermeras Marcelle, judía de Africa del Norte; de la negra Salaria, de Rosa, judía americana; de Nurié, judía española, y de sus colegas innumerables...

Otro hecho significativo: en la XIII Brigada "Dombrowski" el porcentaje aumentaba a medida que se subía en la escala de mando.

Nos parece justo hablar también de la calidad puesto que, a la hora del recuento de los servicios rendidos por los judíos, y sin perjuicio de agradecer a todos por igual la ayuda prestada con su presencia y con su valentía, esta participación ha de ser conocida con la mayor exactitud.

LUIS CABRERA, ENSAYISTA Y TEORICO DE LA REVOLUCION MEXICANA

Por *Gabriella DE BEER*

Los estrechos vínculos entre la vida intelectual de un país y su estructura política han sido reconocidos por muchos. En el caso de la Revolución Mexicana, Pedro Henríquez Ureña ha anotado: "La Revolución ha ejercido extraordinario influjo sobre la vida intelectual como sobre todos los órdenes de actividad en aquel país."¹ Se puede decir que lo contrario es cierto también, que la vida intelectual ejerció gran influencia sobre la Revolución, tanto en la etapa inicial que condujo al derrocamiento de Porfirio Díaz como en la etapa más constructiva que resultó en la Constitución de 1917 y en las varias medidas de reforma social. Por ejemplo, la entrevista que concedió el dictador al periodista norteamericano James Creelman en 1908 y la publicación en el mismo año de *La Sucesión presidencial en 1910* de Francisco I. Madero fueron golpes severos contra el régimen porfirista. Y aún más directos y acertados fueron los ataques y la crítica publicados en la prensa opositora. La prensa libre sirvió de campo intelectual para Luis Cabrera, uno de los pensadores y teóricos de la Revolución y más tarde uno de sus críticos. Los periódicos no controlados por Díaz y sus partidarios dieron a conocer el talento singular de Cabrera que combina una crítica directa, lógica y cuidadosamente documentada con un estilo mordaz e irónico.²

Lucas Ribera y el Lic. Blas Urrea son los seudónimos que usó Luis Cabrera en su larga y distinguida carrera donde descuellan

¹ Pedro Henríquez Ureña, "La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México," *Obra crítica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1960), p. 610.

² Eduardo Luquín, al hablar de los artículos de Cabrera en su "Prólogo" a *El pensamiento de Luis Cabrera. Selección y prólogo de Eduardo Luquín* (México: Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1960), p. 7, comenta: "En todos ellos encontré invariablemente el mismo espíritu combativo, la misma inteligencia estimulante. Donde quiera que se producía una confusión que amenazaba desviar el curso del movimiento revolucionario, aparecía la mano de don Luis, poniendo las cosas en su lugar."

aportaciones valiosas a la política, al periodismo y a las letras mexicanas. Efectivamente, los dos seudónimos son anagramas formados con las letras de su nombre. El del Lic. Blas Urrea lo usó para firmar sus artículos sobre temas políticos y el de Lucas Ribera lo utilizó para firmar su producción literaria. Nos interesa por el momento el Lic. Blas Urrea que se dio a conocer hacia el año de 1909 cuando publicó una serie de artículos en diversos periódicos independientes de México. Cabe señalar que Cabrera (o el Lic. Blas Urrea) nunca fue colaborador exclusivo ni redactor a sueldo fijo de ningún periódico determinado. Así es que la bibliografía de Cabrera muestra una extraordinaria desproporción entre libros publicados y artículos y folletos que vieron luz en diversos periódicos a lo largo de más de cincuenta años. Además, Cabrera siempre prefirió publicar sus escritos en periódicos y revistas, por considerar que ello permitía su más amplia difusión. Luis Cabrera, íntimamente ligado a su patria, es conocido principalmente entre los estudiosos de la Revolución Mexicana. Pero la publicación de un breve estudio y antología de su obra en 1972,³ tanto como la reciente recopilación de sus obras completas⁴ indican que Luis Cabrera debe considerarse como pensador y ensayista hispanoamericano por su contribución al desarrollo intelectual de la Revolución Mexicana. Recordemos que muchos de los grandes y famosos ensayistas de Hispanoamérica —Sarmiento, Martí, Montalvo, González Prada— fueron escritores políticos que cuentan entre sus mejores páginas aquellas en que atacaron la tiranía. Estos grandes escritores se valieron de la pluma y de su talento para llevar a la palabra escrita el sentir de su pueblo. Aunque sería exagerado ubicar a Cabrera entre los grandes ensayistas de Hispanoamérica, sí se puede decir que su aportación literaria sigue el camino y la tradición del ensayo hispanoamericano, desde sus orígenes estrechamente vinculados a las inquietudes políticas.

Debe destacarse que la actividad inicial de Cabrera en el ensayo político coincide con la fundación en México de la Sociedad de Conferencias (1907) convertida después en el Ateneo de la Juventud (1909-1914) entre cuyos miembros figuraron José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Enrique González Martínez además de destacados músicos, artistas y arquitectos.⁵

³ Eugenia Meyer, *Luis Cabrera: teórico y crítico de la Revolución* (México: Sep/Setentas, 1972).

⁴ Dos tomos de las *Obras completas* de Luis Cabrera han sido publicados por Ediciones Oasis de México. El primero, *Obra jurídica*, salió en 1972 y el segundo, *Obra literaria*, en 1974. El tercer tomo, *Obra política*, está en prensa.

⁵ Para una lista completa de los miembros fundadores, ver: José Sán-

La coincidencia no es sólo temporal; se caracteriza por el espíritu de rebeldía contra el régimen porfirista, común a todos ellos. Mientras los ateneístas lucharon contra el estancamiento cultural y por el reemplazamiento del positivismo por otra filosofía, Cabrera eligió la política para atacar en sus mismos orígenes las causas directas de los males del país. Sus escritos no fueron meramente diatribas políticas en estilo periodístico, sino verdaderos ensayos analíticos, lógicos, expositivos que pueden leerse hoy por su estilo vivaz, claro, irónico y mordaz. La obra de Cabrera trasciende el puro periodismo y el valor pasajero que éste implica. Es interesante notar que Luis Cabrera fue sobrino de Daniel Cabrera, director del periódico *El Hijo del Abuizote* (1885-1903), de sumo interés por el uso de caricaturas que atacaban o ponían al descubierto las arbitrariedades del régimen porfirista. Es posible que el estilo de nuestro pensador deba mucho a sus colaboraciones en *El Hijo del Abuizote*.

La vida de Luis Cabrera (1876-1954) comprende los años más turbulentos y significativos de la historia reciente de México.⁶ En cuanto a su participación en la Revolución, Cabrera desempeñó varios cargos civiles: diputado de la Legislatura a la derrota del porfirato y compañero, consejero y finalmente Secretario de Hacienda de Venustiano Carranza. Fue el teórico y el cerebro del carrancismo y de la lucha constitucionalista. Después del asesinato de Carranza, Cabrera se mostró una vez más como un incisivo crítico de la política nacional, mostrando abierta oposición a los gobiernos subsecuentes. Se opuso a la política de Cárdenas por lo cual la prensa empezó a etiquetarlo como un viejo revolucionario convertido en reaccionario.

Representativos del estilo y del efecto de Luis Cabrera son los artículos periodísticos en que analizó a fondo los problemas de la dictadura porfirista. El primero de esta serie de artículos, "El Partido Científico: Qué ha sido; qué es; qué será. Para qué sirve la ciencia,"⁷ se publicó en 1909 en *El Partido Democrático* y sitúa a

chez, *Academias y sociedades literarias de México* (Chapel Hill: University of North Carolina, 1951), pp. 147-148.

⁶ Su nacimiento en 1876 coincide con la llegada de Porfirio Díaz a la presidencia, una casualidad interesante porque Cabrera dedicó gran parte de sus energías a la oposición al régimen porfirista y después a solucionar y resolver los muchos problemas que la interminable dictadura había creado o agravado. Cabrera, nacido en el estado de Puebla, fue abogado. La abogacía fue la carrera que estudió y ejerció casi toda la vida. Pero, como muchos de sus contemporáneos, no pudo divorciarse de la realidad política que le rodeaba.

⁷ Luis Cabrera, "El Partido Científico: qué ha sido; qué es; qué será.

su autor frente a la administración porfirista como uno de sus más duros adversarios. En dicho artículo Cabrera analizó los partidos políticos mexicanos a través de su historia y explicó cómo el partido científico, por su control de la vida pública, era uno de los más graves problemas del país. En éste y en artículos subsiguientes documentó la existencia de los científicos como partido político. También explicó el funcionamiento del partido y su directa interferencia en la vida política del país. Paso a paso Cabrera demostró cuáles eran las "ciencias" en que los "científicos" mexicanos fundaban su conducta. Concluyó que ellos sí habían estudiado todas las ciencias, sirviéndose de aquellos postulados que coincidían con sus intereses, sobre todo los financieros. La única ciencia que ignoraban era la del patriotismo. Entre las ciencias estudiadas por los científicos destacó Cabrera la sociología y comentó:

Los científicos han estudiado sociología, y como consecuencia de sus estudios, han comenzado a predicarnos un peligroso cosmopolitismo, totalmente contrario a la idea de Patria. La sociología les ha enseñado que las fronteras de las naciones son rancias barreras que el egoísmo pone al progreso de la humanidad. Han descubierto que las razas del trigo son más aptas y más fuertes que las del maíz, y que aquéllas son por lo tanto las llamadas a conquistar al mundo.⁸

Como resultado de estos artículos, el jefe de los científicos, José Yves Limantour, bajó de su pedestal de silencio, pidiéndole a Cabrera que especificara sus cargos. Y surgió una polémica entre Cabrera y los científicos en que se comentaron y se publicaron hechos, detalles, nombres y cifras para documentar los ataques de Cabrera. Al hablar de Limantour, Cabrera dijo:

Por mi parte no tengo inconveniente en declarar pública y solemnemente que nada tengo que reprochar al señor Limantour personalmente, ni como hombre, ni como Secretario de Estado.

Como hombre, es un perfecto caballero. Como Secretario de Estado, reputo su gestión como altamente meritoria, puesto que él ha hecho lo que ha podido. Su filantropía es universalmente elogiada, y con razón, porque sin tener siquiera para los mexicanos las obligaciones que imponen los lazos de la sangre, ha dedicado al país todas sus energías del modo más desinteresado.⁹

Para qué sirve la ciencia." *Obras políticas del Lic. Blas Urrea* (México: Imprenta Nacional, 1921).

⁸ *Ibid.*, p. 23.

⁹ Luis Cabrera, "A propósito de una carta de Limantour," *Ibid.*, p. 37.

Cuando se inició la lucha revolucionaria (noviembre de 1910), Cabrera decidió mantener su posición de periodista combativo por considerar necesario que los revolucionarios y la opinión pública comprendiesen que el régimen porfirista era incapaz de realizar reforma alguna. De manera que en sus artículos publicados vemos su pensamiento claro y perspicaz que esboza la situación política mexicana. Es de notar que Cabrera nunca se conformó con sólo criticar o atacar; siempre hizo un análisis tranquilo y sensato y ofreció soluciones a los problemas que había planteado. Pero después de analizar la situación dentro de México y su significación en el extranjero, Cabrera concluyó que nada, ni un cambio de gabinete, podría producir un cambio de política. Era imposible que el General Díaz, a la edad de ochenta y tantos años, transformara su sistema de gobierno dictatorial y oligárquico en un gobierno democrático e igualitario. Y para conseguir la paz, exhortó al General Díaz a deponer las armas y a dialogar con los revolucionarios. Más tarde Cabrera pidió pública y abiertamente la renuncia del General Díaz.¹⁰ En otro artículo aparecido en 1911 en Veracruz —porque ningún periódico de la capital quiso publicarlo— vemos en forma clara y concisa, lo que Cabrera llama las causas del malestar social y las reformas legislativas que propone. Lo más importante de este artículo, además de su presentación excepcionalmente clara de la situación, son las reformas esbozadas por Cabrera en que anticipa muchos de los artículos adoptados en la Constitución de 1917 —la no-reelección, el sufragio efectivo, el poder municipal, las jefaturas políticas, el reclutamiento militar, las reformas agrarias, ciertas leyes civiles y penales. Trazó un plan para la reorganización del gabinete señalando a las personas que en su concepto podrían formar un gabinete de transición y finalmente trató el delicado y trascendental problema de la Vicepresidencia. Fue Cabrera quien, con un amplio criterio analítico, a mediados del año 1911 propuso a Venustiano Carranza,¹¹ hasta entonces desconocido fuera del Estado de Coahuila. Y finalmente le suplicó otra vez al Presidente Díaz que sacrificara su propia personalidad retirándose a la vida privada.

El estudio del pensamiento de Luis Cabrera, hasta muy recién

¹⁰ Luis Cabrera, "La situación política en fines de marzo de 1911," *Ibid.*, p. 169.

¹¹ "Carranza reúne pues, las condiciones que en los actuales momentos necesita tener el Vicepresidente; por sus tendencias renovadoras, por su honradez e independencia, por su valer político propio y por su situación especial que le permite controlar los elementos más importantes del partido renovador, y ser por lo tanto una garantía de cambio de sistemas y de restablecimiento de la paz." Luis Cabrera, "La solución al conflicto," *Ibid.*, p. 197.

temente relegado a breves alusiones en historias de la literatura y de la Revolución Mexicana, es importante para una mejor comprensión del desarrollo intelectual del pensamiento revolucionario mexicano. Generalmente Luis Cabrera ha sido admirado o criticado por su colaboración con Venustiano Carranza y su breve actuación como Secretario de Hacienda. Pero hoy día su figura está en proceso de revalorización por su aporte como pensador y por el papel que desempeñó dentro de la Revolución. A más de medio siglo de la publicación de su obra política vemos el pensamiento claro y lógico de alguien que participó y luchó en la Revolución por el bien de su patria. Los artículos de Cabrera son testimonio fiel de su brillante trayectoria intelectual. Su estilo combina la lógica, la razón, la perspicacia y la clarividencia con una sólida base histórica y política. Aunque profundamente afectado por los acontecimientos de su época, nuestro pensador no dejó que el sentimentalismo penetrara en su obra. Deseaba plantear el problema de México objetivamente, analizarlo y sacar las conclusiones debidas, por desagradables y difíciles que fueran. Una vez enfocado éste, Cabrera trazó soluciones y recomendó cambios. Su pluma fue de impacto y profecía por los efectos concretos que de ella resultaron, y porque muchos de sus pronósticos y temores se cumplieron. Entonces, la importancia y el aporte de Luis Cabrera, activista revolucionario, es innegable. Y de igual magnitud es la obra de Cabrera, ensayista, que cultivó el género siguiendo la tradición del ensayo en México y en Hispanoamérica. Indiscutiblemente, en la obra de Luis Cabrera observamos las inquietudes que han preocupado a los ensayistas hispanoamericanos del siglo veinte.¹²

¹² Como ya anotó José Luis Martínez en la "Introducción" a *El ensayo mexicano moderno*, 2a. ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 1971), I, 17: "En México, por el contrario, nuestros ensayistas se inclinan insistente y tenazmente a explorar una sola interrogante, la realidad y la problemática nacional. . . El tema constante en la mayoría de los ensayos modernos será México; México en su totalidad o algunos de los asuntos que interesan a la formación del país: su historia, su cultura, sus problemas económicos y sociales, sus creaciones literarias y artísticas, su pasado y su presente."

Dimensión Imaginaria

TRES ESCRITORAS MEXICANAS DEL SIGLO XX*

Por *María del CARMEN MILLAN*

SEÑOR Director, señores académicos, señoras, señores.

Por el gran respeto que me ha merecido siempre la Academia Mexicana; por la firme creencia que tengo en la eficacia de la lengua como lazo de unión, como elemento de comprensión, como señal de identidad, como organismo vivo, como la materia de mayor potencialidad creadora con que cuenta el hombre, acudo a esta cita con emocionada gratitud.

He querido entender que el caso presente, el de mi ingreso en esta Institución, es más un acto simbólico que una distinción personal. Lo que en otras palabras significa que las puertas de la Academia Mexicana se han abierto ahora, no para dar entrada a una mujer, sino a tantas mujeres mexicanas con merecimientos, dedicadas a los quehaceres de la cultura.

En efecto, en nuestro mundo, inestable y cambiante, no caben los moldes rígidos ni las instituciones inmutables. La imagen del jardín abierto donde floreció la sabiduría platónica fue suplantada un tiempo por la que se convirtió en tradicional: la del grupo exclusivo de inmortales solemnes. Mas, ahora la Academia debe entenderse como el concierto de experiencia, erudición y voluntad, orientado hacia metas concretas y cuyos logros puedan ser aprovechados en beneficio de la sociedad, necesitada siempre de las luces de sus miembros mejor dotados. La prueba de que se ha renovado en la prolongación y continuidad de su obra de cultura es que ha sabido sortear las borrascas de 100 años de vida consagrados a la noble tradición de preservar el lenguaje, nuestro más entrañable patrimonio. Y que, atenta a los cambios, da en su seno cabida a las mujeres.

II

CERCA de la personalidad de Julio Torri, a quien debo evocar esta noche, aparecen otras imágenes, las de mis ilustres maestros pre-

* Discurso pronunciado al ingresar a la Academia Mexicana de la Lengua el 13 de junio de 1975.

sentes y ausentes, a quienes igualmente debo estímulo, enseñanzas, amistad. Gracias a dádiva tan generosa, a ejemplo tan alto, a tan inmerecido afecto, mi camino ha sido más despejado y mi rumbo mejor definido. En este acto tan importante para mí no puedo dejar de consagrarles un conmovido recuerdo.

Originario de Saltillo, Julio Torri estudió en la ciudad de México la carrera de abogado y en 1909 se unió al grupo del Ateneo de la Juventud en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. La inconformidad que reunió a estos jóvenes: Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Jesús T. Acevedo, partía de la incapacidad de la educación positivista para enfrentar una realidad en crisis. De ahí que al mismo tiempo que señalaron los errores del régimen político e intentaron la comunión con el pueblo, procuraron llenar por cuenta propia las fisuras de su precaria cultura con acendrado espíritu de responsabilidad y con la certidumbre de que, como decía Caso, la importación de culturas extranjeras y la imitación de sistemas foráneos para resolver nuestros problemas particulares, no podrá ser nunca una verdadera solución.

Las nuevas corrientes de la filosofía europea y las fuentes clásicas del humanismo, afinaron el espíritu crítico de los ateneístas, en relación con los problemas políticos y sociales de su momento. En la búsqueda de una renovación, promovieron la creación de la cátedra de Filosofía en la Universidad; la fundación de la Universidad Popular y la de la Escuela de Altos Estudios. Un sagaz escritor definió al Ateneo de la Juventud como la reunión de varios ingenios empeñados en la construcción de un mundo nuevo, en el cual Vasconcelos, con su intuición y su fuerza, representa al creador; Caso impone el rigor para ordenarlo y Reyes le otorga la merced de iluminarlo. La misión de Torri sería la del perturbador: espíritu inconforme, inaprehensible, perfeccionista, sabía de la esterilidad que ocasiona asentarlo todo "en el movedizo terreno de la complacencia y de las concesiones mutuas".

Cuando en 1921, Vasconcelos se hace cargo del Ministerio de Educación, los ateneístas continúan, de alguna manera, juntos en la reestructuración de la educación nacional. Julio Torri contribuyó en buena medida a la difusión de los clásicos antiguos y modernos y participó del entusiasmo hispanoamericanista de aquellos años.

La actividad que Torri desempeñó ininterrumpidamente fue la de maestro de literatura española y francesa. Y es éste el aspecto más conocido y comentado de su vida. "Con el crear, es el enseñar la actividad intelectual superior", afirma. Sin embargo, son éstas actividades que se oponen. Más aún: si el creador se somete al

sacrificio de perder sus cualidades inefables —sus alas de mariposa—, estará en posibilidad de ser maestro de jóvenes, pero... convertido en algo así como un gusano nostálgico de horizontes abiertos y voces misteriosas. Torri fue maestro de minorías y de selección. Elegía sus alumnos, sus temas, sus autores. En la explicación de un texto parecía interesarse más por el contexto, revelador de sus simpatías y de sus diferencias, o por los fugaces matices que quizá le trajeran a la mente el recuerdo de alguna experiencia personal. El esotérico mundo medieval con su mezcla contradictoria de aspiración espiritual y de arraigo carnal, de mortificación y desenfreno, de devoción y cinismo. La limpieza formal y la finura interna de la literatura francesa; el "humor" intelectual de la literatura inglesa; el realismo trascendente de la española. El Arcipreste de Hita, Fernando de Rojas, Bertrand, Baudelaire, Wilde y Charles Lamb, formaron parte del mundo de sus preferencias.

Por decidida elección asumió su vida de hombre solitario. Quizá para escapar a la condena de una felicidad que envejece, engorda y se destruye; quizá porque conocía que el prestigio de la intimidad está a un paso de la rutina grosera; quizá porque el misterio femenino sólo perdura en la distancia, en la superficie o en la fugacidad. Quizá también porque entre la soledad fecunda y la soledad en compañía no puede haber opción, aun siendo como son, en algún momento, amargas ambas. Discreto, reprimió sus impulsos y guardó su pasión sólo para sus libros: universo ilimitado, voces amigas, curiosidad renovada, exigente acicate intelectual. Torri fue al mismo tiempo lector ávido y relector moroso. Por eso su acción de escribir resultó tan ardua, tan ceñida, tan críptica. Sus obras son como la imagen de un diálogo presupuesto, del que sólo quedan los hitos, las señales. No resulta tan difícil, en cambio, advertir que en cada prosa breve existe el reflejo, la imagen de sí mismo. Y fue la prosa breve, el poema en prosa, el género que Julio Torri eligió en sus *Tres libros* (1964), que comprenden: "Ensayos y poemas" (1917) "De fusilamientos" (1940), y las prosas dispersas agrupadas después en "Fantasías".

Murió en mayo de 1970, poco antes de cumplir 81 años de edad. La interesante paradoja que fue su vida podría resumirse así:

—Vivió solo, pero en compañía de los mejores y más hermosos libros de todos los tiempos.

—Amó a todas las mujeres, pero se sintió perseguido por la más espantable zoología femenina.

—No se privó de los goces del mundo, pero se impuso rigurosa disciplina en su obra artística,

—Poseyó una vasta y profunda erudición literaria, pero renunció a dar por escrito las explicaciones de cada descubrimiento.

—Fue profesor durante toda su vida, pero decidió que pocos, en realidad, fueran sus discípulos.

—Supo despertar inquietudes literarias, pero no por lo que revelan sino por lo que esconden.

—Mostró la eficacia de las palabras, pero no por lo que dicen sino por lo que sugieren.

—No fue, en verdad, ni el maestro solemno ni el escritor generoso. Su verdadera historia la constituye "el rosario de horas solitarias o de embriaguez (embriaguez de virtud, de vino, de poesía, ¡Oh Baudelaire amado!), en que nos doblega el estrago de una plenitud espiritual. Lo demás en las biografías son fechas, anécdotas, exterioridades sin significación".

III

Por derecho y por deber en esta ocasión habré de referirme a mujeres escritoras. Rehuyo la designación de "literatura femenina" por ambigua e inexacta. Y porque la considero como una manera amable de rechazo, o al menos una aceptación condicionada, un modo de dar a entender que las escritoras permanecen en grupo aparte, desligado del proceso histórico y de los problemas trascendentes de la estética. No pretendo hacer una relación completa del asunto sino sólo presentar a tres escritoras mexicanas cuya obra, además de pertenecer a nuestro siglo, es de validez reconocida; corresponde a etapas diferentes de nuestro desarrollo y, por tanto, tiene características peculiares en cada caso.

Como antecedente, debo señalar que casi desde la fundación de nuestra Academia, en 1875, los académicos han producido muchos y valiosos trabajos acerca de la actividad literaria femenina. En 1883 su cuarto presidente, don José María Vigil, presenta a esta corporación el "estudio biográfico y literario" que aparece al frente de la edición de las *Obras poéticas de doña Isabel Prieto de Landázuri*. Antes, en 1866, había escrito un ensayo sobre *Las flores silvestres* de Esther Tapia, y en 1893, publica su famosa antología: *Poetisas mexicanas, siglos XVI, XVII, XVIII, XIX*. En todos los casos se trata de trabajos serios y cuidadosos de investigación que han quedado como fuente obligada de consulta sobre esos temas. Pero independientemente de la profundidad del "Estudio", de la amplitud de la nómina en la "Antología" y de la profusión de datos que respaldan los trabajos de Vigil, son reveladores sus conceptos acerca del tema.

El punto de partida y permanente referencia para explicar los

casos extraordinarios es, por iniciativa de Vigil, desde entonces y siempre, Sor Juana Inés de la Cruz, sobre todo para aceptar que puedan darse en una mujer la afición a estudios serios y la viveza de una imaginación ardiente; el buen sentido y el vuelo caprichoso de la fantasía; el sentimiento de la pasión y la ternura y la intuición realista de la vida ordinaria. Después de que, en su recorrido, Vigil conoció y se explicó todas las imposibilidades para cultivarse que desde los tiempos coloniales tuvieron las mujeres, encuentra que su producción es indicadora, no sólo de la índole de la sociedad en la que se dio, sino también de la capacidad de éstas para expresar la variedad de tonos y matices del espíritu. Concluye, entonces, que no se trata de un problema de sexo sino de estructuras sociales, y que mientras la instrucción no alcance en México la amplitud y la profundidad necesarias no habrá una completa reforma social. Acepta que se han hecho esfuerzos para que la mujer pueda adquirir educación al igual del hombre, pero indica que para conseguir buenos resultados hay que luchar contra las preocupaciones tradicionales, como la de considerar una profanación que la mujer traspase los límites del hogar doméstico y comparta con el hombre el cultivo de la inteligencia.

Cuando algunos años después, desde el Ministerio de Educación Vasconcelos propició una obra cultural de grandes alcances, colaboraron con él no solamente sus compañeros ateneístas los que no se ausentaron del país por causa de la Revolución, y los que aceptaron regresar a México como Pedro Henríquez Ureña, sino todos los intelectuales y artistas de buena voluntad entre los cuales figuraban también mujeres: educadoras, promotoras del teatro y del arte en general, escritoras nacionales y extranjeras. Gabriela Mistral se sumó a este grupo.

La presencia de la escritora chilena en México contribuyó a modificar el concepto que se tenía de las intelectuales y al conocimiento de otras escritoras latinoamericanas de renombre. Juan B. Delgado, en su discurso de ingreso a la Academia, en 1924, se ocupa de las *Nuevas orientaciones de la poesía femenina*. Descubre, entre otras cosas, que las comunicaciones han empezado a cambiar los modelos de conducta que durante largos años rigieron las costumbres y el ritmo de la vida. Ahora —dice— las mujeres, emancipadas “de los prejuicios que las ataban al oscurantismo pueden ya expresarse sin enmascarar sus emociones y pensamientos por lo cual la poesía femenina ha ganado en vigor y se ha enriquecido en inspiración”. Para ejemplo del movimiento renovador, están las diferentes vibraciones del sentimiento amoroso: pasión en Juana de Ibarbourou; desencanto en Delmira Agustini, ternura en Alfonsina Storni, maternidad

en Gabriela Mistral; ardor en Gilka Machado, sencillez en María Enriqueta, sensualidad en Alice Lardé.

En su respuesta al discurso de Delgado, Victoriano Salado Alvarez, explica que para él las poetisas latinoamericanas han pasado de la "gazmoñería dulzona" a las "indiscreciones rimadas", lo cual no significa avance alguno, puesto que en el descubrimiento del erotismo no se acercan siquiera a Safo o a Marianna Alcoforado.

Acepta, sin embargo, que en ese medio y en aquellos años, hay voces femeninas cuya perfección y hondura, ajena a excesos y artificios, tienen validez para superar su tiempo. Así lo demuestra en otros momentos en que se ocupa de la obra de Gabriela Mistral y de María Enriqueta.

La atención que las Academias de la Lengua han puesto en la obra de las mujeres escritoras se puede comprobar también en la acogida que han dado a elementos femeninos en sus instituciones. En el momento presente hay académicas en: Bolivia, Cuba, Ecuador, Filipinas, Guatemala, México, Panamá, Paraguay, Perú, Puerto Rico y Uruguay, con el dato curioso de que, con excepción de México y Perú, las otras academias que se mencionan fueron fundadas de 1924 en adelante.

IV

*María Enriqueta Camarillo de
Pereyra. (1872-1968)*

GUERNALDAS poéticas, antologías, calendarios, revistas femeninas, traen ecos de quejas amorosas o nostálgicas, recuerdos domésticos de las calandrias y alondras que abundaron en el Parnaso romántico femenino, no notablemente diferente, por cierto, de la mediana calidad que caracteriza a la poesía romántica mexicana en general. La fiebre de la poesía erótica se propagó en el continente como consecuencia del sensualismo modernista. Produjo algunas muestras recias y hondas en la poesía femenina, pero el círculo estrecho en el cual quedaba confinada la expresión de las mujeres, en verdad no se había roto, como no se habían roto tampoco las trabas sociales para permitirles asumir la vocación literaria como impostergable necesidad vital, para cuyo ejercicio y perfeccionamiento se requiere un clima propicio y un instrumento capaz de traducir la experiencia particular en lenguaje universal y trascendente.

Circunstancias especiales han contribuido a dejar en el olvido a muchos escritores que, como María Enriqueta Camarillo de Pe-

reyra, se ausentaron por mucho tiempo del país, y publicaron la mayor parte de sus libros en el extranjero donde fueron comentados y traducidos a otras lenguas. María Enriqueta regresó ocasionalmente a México en su época de triunfos, pero su vuelta definitiva no la decidió sino hasta que le fue permitido traer consigo los restos mortales de su compañero; en la decadencia, y para vivir en la soledad sus últimos y lentos 20 años de vejez. En el pecado de sobrevivir se tuvo la inmediata penitencia del olvido.

¿Quién fue María Enriqueta? (1872-1968) ¿Acaso sólo la autora de los libros de lectura *Rosas de la Infancia*? En 1972 se celebró discretamente en México el centenario de su nacimiento, ocurrido en Coatepec, Veracruz. De sus años en aquel florido rincón, hay muchas reminiscencias en su obra; pero sobre todo ahí está la raíz de lo que significó en su vida el núcleo familiar: respeto, obediencia, cariño entrañable, unidad que nada ni nadie debería romper. Espíritu orientado al cultivo de la música, la pintura y las letras, encontró en la ciudad capital, donde pronto se trasladó la familia, las oportunidades para alcanzar, con honores, su diploma de maestra de piano. Audiciones, conciertos y sobre todo las lecciones que desde luego pudo ofrecer, le dieron, si no el dinero necesario para sentirse independiente, sí una cierta seguridad en su capacidad para enfrentarse a las contingencias de la vida. No le bastó sin embargo este camino. Consideraba que escribiendo podía expresarse mejor que en la pintura y en la música. Quiso probar sus fuerzas sin más ayuda que la de un seudónimo masculino Iván Moscowsky, y en 1894 envió un poema a la sección literaria de *El Universal* que fue bien recibido. Al año siguiente dio a la Revista Azul su primer cuento, firmado ya con el nombre que adoptaría para siempre: "María Enriqueta". Después de su matrimonio con el historiador Carlos Pereyra, en 1898, la escritora dio a conocer sus primeros libros: *Las consecuencias de un sueño*, en 1902, y, en 1908, *Rumores de mi huerto*.

Vale la pena detenerse a considerar cómo fueron los 35 años que María Enriqueta vivió en el extranjero: Cuba, Washington, Bélgica, Portugal, Suiza y, sobre todo, España. Si bien las comisiones diplomáticas de Pereyra fueron la razón principal del exilio, lo cierto es que de 1910 en adelante hubo muchas circunstancias de diferentes órdenes que pusieron a prueba la estabilidad de la familia. En enero de 1910, se inician los viajes del matrimonio con una estancia en Cuba. Debido a un encargo diplomático de Pereyra se instalan en Bruselas donde muere la madre de María Enriqueta que les acompañaba. Al estallar la primera Guerra Mundial, en 1914, ocurre la ocupación alemana de Bélgica, y en consecuencia el desmembramiento

miento de la legación mexicana. Sobreviene para la familia un prolongado tiempo de angustia hasta el traslado a Suiza donde vivieron con enormes privaciones, sosteniéndose con clases de español hasta que pudieron llegar a España en 1916. En Madrid, María Enriqueta se dedicó por intermedio de Rufino Blanco Fombona a la traducción de obras francesas para la serie de la *Biblioteca de Autores Célebres*. Y poco tiempo después dio a la estampa su primera novela, *Mirlitón*, que recibió la atención de los críticos y fue traducida al francés en 1922. Esta fue una época de gran actividad creadora para María Enriqueta: novelas, cuentos, crónicas, poesías. Las revistas de México y de otros países latinoamericanos publicaban sus colaboraciones y la crítica recibía con interés cada una de las novedades que la escritora entregaba a las prensas. Con una invitación semejante a la que recibió Gabriela Mistral, Vasconcelos propuso a María Enriqueta que regresara al país y colaborara con él en la obra educativa del Ministerio de Educación.

A pesar de la pena de no poder repatriarse, de los problemas políticos que tanto la afectaron, de los años de zozobra y de inseguridad durante las guerras, de las enfermedades y muerte de los seres que la rodeaban: su madre, su hermano y finalmente su marido; tanto en la triste pobreza de un pequeño departamento, como en la Villa de las Acacias, su interés de escribir sobrepasó cuanta prueba se le impuso. Había adquirido desde su niñez una voluntad poco común, un sentido del orden y un culto a la laboriosidad, que explican la amplitud y el buen éxito de su obra. Su espíritu cristiano y su estricto sentido del deber, su apego al círculo familiar, su carácter retraído, quizá como resultado de su larga estancia en países extranjeros, no siempre en buena situación, la condicionaron a largos encierros más que a excursiones placenteras. Estas circunstancias convirtieron la tarea de escribir en el mejor medio para desahogar su inquietud creadora, para comunicar a un público, con el que evidentemente contaba, sus impresiones de la historia y fisonomía de las ciudades que conoció, de sus artes y costumbres.

La sombra dolorida de Rodenbach acompaña a María Enriqueta por la ciudad de los puentes y canales, "Brujas la muerta", permanece silenciosa, amortajada en su nebulosa melancolía, "envuelta en su enigmática luz". Lisboa, antigua y romántica, sueña sus glorias arropada en el musgo que sube por sus muros, borda sus tejados, acaricia los troncos de los árboles.

En Madrid una cálida simpatía humana envuelve a María Enriqueta en innumerables incidentes de la vida cotidiana. La calle, ancha nave en la que el pueblo descansa, reza o baila, es sitio ideal para conversar y discutir o para realizar operaciones de compra

venta. María Enriqueta no pudo sustraerse a la gracia, al sabor del lenguaje del pueblo español, tan intencionado y típico en los pregones de los vendedores ambulantes, en las proclamas de las murgas callejeras, en las respuestas de los cocheros, en los diálogos de los muchachos, en la queja de los pordioseros.

En contraposición a las imágenes de las ciudades que va descubriendo, iba atesorado también tantos recuerdos, tantos detalles de su pueblo y su gente! Quedaron tan vívidamente grabados rostros y conversaciones, es tan dolorosa aún la huella de los sobresaltos y angustias de su niñez, que la evocación es un movimiento natural con virtud para ennoblecer, delinear, revivir en sus originales colores y con limpia pincelada el remoto pasado; rescatarlo y hacerlo permanente. Uno de los mejores cuentos de *Enigma y símbolo*, titulado justamente "El pasado", se refiere al desconcierto de una mujer que después de 20 años regresa a su pueblo, con la ilusión de hallar lo que había dejado. Nada encontró: ni personas, ni casas, ni río, ni siquiera el sabor de las comidas. Una ciudad distinta, desconocida, extraña y fría la rechazó desde el primer momento. Torreblanca no existía más que en su recuerdo. Con ese deseo casi enfermizo de detener el paso del tiempo, en *El tapiz de mi vida*, los elementos del presente le sirven de anzuelo para atraer el ayer: las aspas de los molinos holandeses le parece que señalan, con la misma seguridad que los hicieron las manos de su padre, los caminos y rumbos del cielo. El color del mar en julio, el mes de los viajes, le recuerda las tantas y tantas travesías. La contemplación de las mariposas en el Retiro, el inicio de la Primavera, el renovado ciclo de la vida.

Sensible a la riqueza expresiva de la lengua, María Enriqueta participa en experiencias diarias que van matizando, afinando, sus personales modos de traducir e interpretar la realidad. A ese contacto se debe sin duda el cuidado, la limpieza, la corrección, la difícil sencillez de sus escritos.

Si bien María Enriqueta pasó, como era de rigor, de las manos del padre a las del marido, el hecho de que Pereyra fuera un intelectual ocupado y preocupado con sus investigaciones históricas; que la pareja no tuviera hijos; que ella fuera conocida como escritora con anterioridad a su matrimonio; que su colaboración profesional hubiera sido en varias ocasiones necesaria para resolver las crisis económicas que sufrió la familia en el extranjero, explica que el desarrollo de su vocación se diera como un fenómeno más o menos normal.

María Enriqueta entiende sus experiencias literarias como un ejercicio previo, como una necesidad para templar su sensibilidad

y llegar a la comprensión de los seres humanos. Nunca como un ejemplo que pudiera exhibirse. Por otra parte, aunque está consciente de sus deficiencias, también está segura de haber encontrado un camino y logrado un estilo.

La obra de María Enriqueta conserva una sobriedad elegante, una rigurosa unidad. Descubre el paisaje exterior cuando está acorde con el de su corazón. De la felicidad conoce el rumor cuando pasa cerca porque casi siempre lleva camino diferente. Aunque es demasiado celosa de su intimidad, hay, a pesar suyo, la revelación de ciertos sentimientos que constantemente se hacen presentes en su obra tanto en prosa como en verso: la nostalgia, la soledad, la desilusión.

Los comentarios elogiosos que recibió se refieren a la sencillez y pulcritud de su expresión, a la nobleza del contenido, a su interés por los valores duraderos del sentimiento amoroso más que a los brillos fugaces de la pasión; a su henchida fuente de nostalgia por la tierra lejana, que mantiene y hace florecer el pasado en aquellos detalles de más honda significación; en su cuidado para esconder su desilusión, su insatisfacción o sus lágrimas.

El ejercicio de la poesía fue permanente en María Enriqueta. Tenía gran facilidad para expresarse en renglones cortos, pero un pudor natural la alejó de la tentación anecdótica y del desaliño en que cayeron algunas versificadoras. Buscó en cambio, en la nobleza de la forma trascender su dolor, apaciguar el desorden de su espíritu. El símbolo, la imagen, la alusión revelan en este caso con sin igual eficacia la hondura del sentimiento; aun en el melancólico paseo por el *Album sentimental* de María Enriqueta hay más allá de la morbidez de las hojas amarillas, del cielo gris, de las habitaciones desiertas, del jardín helado, de la ausencia interminable, de la espera inútil, una gran serenidad, como una fortaleza interior que no se deja abatir. Dueña de su propia expresión, delicada en el tono medio en el que supo cantar todos los matices, encontró en su profunda fe en el arte, como dice Salado Alvarez "el medio de llenar la vida y satisfacer el afán de perfección espiritual y material".

V

Concha Urquiza (1910-1945)

MARÍA Enriqueta produce la mejor parte de su obra en España durante los años de 1918 a 1933, con una temática que deja ver, sobre todo en la poesía, claros ecos de un romanticismo pulcramente

afinado. Mientras tanto en México, la actividad literaria posterior a 1921 da como resultados cumplidos, la novela de la Revolución y la colonialista. Los escritores del grupo Contemporáneos publican: *Cripta y Muerte de cielo Azul*, en 1937; *Nostalgia de la muerte* en 1938; *Muerte sin fin*, en 1939. El teatro de Ulises está en auge y en 1938 se conoce *El Gesticulador*. La cultura nacional se enriquece con la contribución de los intelectuales españoles exiliados. Todas estas inquietudes, nacionalistas unas, universalistas otras, se canalizan a través de revistas literarias o de grupos teatrales que surgen en instituciones oficiales o universitarias y se caracterizan por su preocupación humanística, por el conocimiento del arte y de las literaturas europeas contemporáneas y, sobre todo, por una saludable actitud crítica hacia la realidad mexicana.

Con estos antecedentes es de suponerse que sólo por su excelencia pueden haber llamado la atención los poemas de una joven originaria de Morelia que a fines de la década de los años 30 publicaba en periódicos de provincia y revistas de la capital. Era notable, en efecto, la diferencia que podía observarse entre las composiciones de Concha Urquiza y las de otras poetisas. El cambio se podía advertir en los temas, en el tono y en el tratamiento. . . La aparición de Concha Urquiza acabó con el anecdótico sentimental de las mujeres escritoras; con el camino fácil de la improvisación, con el mito de la poesía femenina, blanda o apasionada pero nunca noble, poderosa, madura.

La cultura de Concha Urquiza debió ser amplia en el campo de la historia, la literatura, la filosofía, ya que ofreció clases de estas disciplinas en diferentes colegios de San Luis Potosí (1939-1944). También adquirió desde muy joven destreza en el manejo de las lenguas española e inglesa, en los trabajos que desempeñó durante cinco años como publicista para la Metro Goldwin Mayer en Nueva York (1928-1933) y en las adaptaciones de obras literarias que realizó para el cine mexicano.

Encontró algunos momentos de paz, pero espiritualmente insatisfecha probó diferentes orientaciones filosóficas: comunismo y catolicismo; distintos puntos geográficos para vivir: Morelia, ciudad de México, Nueva York, San Luis Potosí; actividades variadas como el estudio sistemático, la enseñanza, la burocracia, e incluso la vida monástica, sin que se apagara su inquietud interior. Confiada en la amistad comprensiva del sacerdote Tarsicio Romo, le escribió sobre sus dudas, su rebeldía y su angustiosa búsqueda de los caminos de Dios. Estas cartas, más 70 poemas, fueron recogidos por Gabriel Méndez Plancarte, después de la muerte trágica de Concha en las aguas del Pacífico, cerca de Ensenada, en 1945. Aparecen en edición

de Abside en 1946, ahora agotada, lo mismo que una antología posterior preparada por Antonio Castro Leal que comprende 27 poemas. Tal parece que los amigos de Concha, en su celo por conservar sólo para ellos, cartas, poemas, ensayos que en algún momento les confiara, han propiciado el desconocimiento de una escritora de primera calidad.

Inquieta y andariega como Santa Teresa, herida y tierna como San Juan de la Cruz, desgarrada como Fray Luis por la nostalgia de Dios, atraída por el goce de la inteligencia en el saber y en el crear, alimenta su lucha interior entre la angustia y la esperanza; entre el anhelo de Dios y la resistencia de su carne que busca lo terreno:

... Mas ¿qué mucho, mi Dios, si me quisiste
de contrarios principios engendrada?
Cielo y tierra es el sér que tú me diste,

y cuando busca el cielo su morada
primera y va a subir, se le resiste
la tierra de la tierra enamorada.

(La tierra enamorada, 1939).

Concha Urquiza recibió la influencia de la poesía intensa de Gabriela Mistral, quien le revela el "río de fuego" de los Salmos en el que ella enciende y calcina su corazón. En su manera de dirigirse a Dios, aparece el mismo tono fervoroso en la oración que se vuelve en ocasiones imprecación, o ruego perentorio: Gabriela dice: "Padre nuestro que estás en los cielos por qué te has olvidado de mí?"... "Tu no esquives el rostro, tú no apagues la lámpara, tú no sigas callando" y Concha: "Creo, ayuda mi incredulidad, te amo, ayuda mi desamor".

De la mano de Fray Luis, su mejor guía, se acerca a la Biblia, al descubrimiento de su "doble poder de sabiduría y lirismo". Entre los libros del Antiguo Testamento, Concha se detiene en el de Ruth, en el de Job, y en el Cantar de los Cantares. Del Nuevo, prefiere los Evangelios. En ocasiones, y como una disciplina, se apega al texto bíblico; en otras se vale de la capacidad alegórica de las imágenes para ilustrar sus propios conflictos.

De Ruth y Betsabé rescata sólo el paisaje, en el que se dibuja un destino. En Job, ilumina la terca chispa de la fe, sobre las abrumadoras calamidades que afligen al Santo. En el Cantar de los Cantares, donde como decía Fray Luis, están pintados al vivo "los amorosos fuegos de los divinos amantes, los encendidos deseos, los perpetuos cuidados"... ha visto reflejada la intensidad de su

desgarramiento: las sutilezas y gradaciones de la pasión, el aliento de la esperanza; la agonía de la desilusión, el gozo del reencuentro.

El Virgilio de *La Eneida*; Bión, el bucólico griego; Homero y Esquilo, Berceo, los místicos, el romancero, García Lorca, Herrera y Reissig, Othón, le ofrecen sugerencias, caminos, analogías. En todos encontró dificultades para vencer, riquezas que compartir, ejemplo que igualar. Y en el ejercicio de versificar, ¡cuánto cuidado en la tarea de labrar el soneto, pulir el clásico terceto, conformar las églogas, pulsar las liras, cantar el romance, para alcanzar la ductilidad, la disposición de armonía y equilibrio que pedía el maestro! . . .

Si fue tan grande su anhelo de perfección y "casi" lo alcanzó, en su problema esencial, el de su salvación, el de su identificación con Dios, que "casi" creyó resuelto, vacila a la orilla del camino y finalmente, sin esperanza, se encuentra perdida.

Universo sin puntos cardinales.
Negro viento del Génesis suplanta
aquel rubio ondear de los trigales

y un vértigo de sombra se levanta
allí donde tus ángeles raudales
tal vez posaron la serena planta

(Nox. 1945).

VI

Rosario Castellanos (1925-1974)

HACIA 1950 es difícil seguir insistiendo en la existencia de una denominación especial para la literatura escrita por mujeres. De una manera natural las generaciones literarias se forman con jóvenes de uno y otro sexo, y las revistas en las que se dan a conocer, publican indistintamente las colaboraciones de sus miembros. La *Revista Antológica América*, reúne a un brillante grupo de escritores encabezados por Efrén Hernández. Entre ellos destaca con luz propia, la poesía de Rosario Castellanos (1925-1974). Nacida en esta capital, pero procedente de una familia chiapaneca, pasó su infancia en Comitán de las Flores. Sus estudios realizados en la ciudad de México, culminan con la obtención de su título de maestra en Filosofía, en la Universidad Nacional. Su vocación literaria se encauzó por dos vertientes: la enseñanza y, sobre todo, su tarea de escritora,

que profesó con intensa lucidez, laboriosidad sin tregua, constante búsqueda de perfección, generosa simpatía humana y agudeza singular.

Desde 1971 desempeñaba funciones de Embajadora de México en Israel. Nuevas experiencias estimularon su capacidad creadora y su sentido crítico, como lo atestiguan su producción periodística y posteriormente los libros a que dio lugar. Un accidente truncó prematuramente tan espléndida carrera en el momento de la pródiga madurez, el 7 de agosto de 1974. Frente a una obra tan variada y abundante, realizada en escasos años de intensa actividad literaria, quizá pudiera pensarse que en su avidez se encuentra el presentimiento de su fin cercano. Poesía, ensayo, cuento, novela, periodismo, teatro en verso y en prosa, fueron los géneros que manejó con habilidad y buen éxito.

En sus ensayos, trátase de temas clásicos o modernos, existe la base de una nutrida información y el análisis certero y personal; sin que en el momento oportuno deje de hacerse presente su inconformidad por la situación de un país no integrado cultural ni socialmente y por las consecuencias que de ello se derivan.

Con base en sucesos cotidianos encamina sus artículos periodísticos a buscar explicaciones a las incongruencias de la conducta humana con tono festivo, profunda perspicacia y oportuna ironía. ¿Y qué son sus relatos —incluidos en *Los convidados de agosto* y en *Album de familia*— sino diferentes ambientes y circunstancias; no acierta a manejar su realidad, porque carece de elementos que la orienten en un mundo hecho al parecer para dimensiones que no son las suyas, y en el que no cabe otra actitud, para aspirar a la sobrevivencia, que no sea la del sometimiento? Ahí encuentra Rosario Castellanos la explicación de los pasos falsos de su protagonista, de sus torpes e ingenuos subterfugios, de sus elaborados desahogos.

En las obras narrativas que se refieren a las tierras de Chiapas, que ella tanto amó, Rosario Castellanos está considerada como la escritora que con mayor penetración ha profundizado en el problema indigenista. ¿Qué imagen reflejan sus cuentos de *Ciudad Real*? ¿Es *Oficio de Timieblas* sólo una obra desgarradora porque la anécdota recrea sucesos reales? Y *Balún Canán*, ¿pretende acaso sólo aglutinar las memorias de sus experiencias personales? Habrá que recordar cuál es el tono, cuál la situación del escritor, del antropólogo, del sociólogo, que se acerca a estos temas. Puede existir una verdadera simpatía para tratar de comprender las costumbres, las reacciones, la lengua, la historia de estos pueblos; puede haber un verdadero interés científico por clasificar sus peculiaridades o para protegerlos de sus enemigos naturales: la enfermedad, la miseria

y la ignorancia. Pero es más difícil entenderlos como seres humanos con las necesidades y preocupaciones de esa índole, y no de aquella otra derivada de su condición particular de indígenas, o sea de seres marginados que corresponden a una categoría diferente a la nuestra.

Porque resulta que lo que le interesa en realidad a Rosario Castellanos es ahondar en la tragedia de una indígena estéril, ya que nunca se ha recogido su verdadero testimonio; en la del hombre indígena, ante otra disyuntiva universal: la de pretender que con el ficticio poder que puede dar el mando, se haga cumplir la justicia; en la de la incomunicación a causa del manejo de diversos lenguajes y diferentes conceptos de las cosas. La conclusión de la autora es que a fuerza de presiones el hombre queda reducido al en-simismamiento. Que los sistemas de relación han agotado su sentido, se han convertido sólo en envolturas vacías e inservibles. De ahí que ninguna respuesta corresponda a la pregunta formulada; y ninguna plegaria tenga eco.

La selección de los poemas de Rosario Castellanos *Poesía no eres tú* contiene su producción de 1948-1971. Lleva cronológicamente, una continuidad y aparentemente cumple un ciclo que comprende la reunión de sus libros desde los *Apuntes para una declaración de fe* de 1948, hasta *Materia memorable* de 1969, más los poemas no recogidos en libros posteriores a esta fecha.

El abundante material poético presenta los pasos de un camino de perfección y madurez; un largo itinerario sin descanso para encontrar su propia voz, su razón de ser, la justificación de su existencia. Ella es como tierra propicia rica en jugos naturales que alimenta su semilla con años de incansable lectura: la recia emotividad de Gabriela Mistral, la sabiduría bíblica, la lucidez de *Muerte sin fin*, y del *Primero Sueño*. Aguas de muchos ríos humedecieron sus raíces, y vientos de lejanos horizontes mecieron las ramas de este árbol de muchos pájaros que es la poesía de Rosario Castellanos.

Convencida —salvo instantes de honda amargura— de que la poesía no es un desahogo personal, descripción de pasajeros estados de ánimo, busca temas perdurables, que correspondan a la condición humana. Y entre éstos prefiere el de la soledad, la muerte, el destino.

Desde *Apuntes para una declaración de fe*, se anuncia el tono que le será más grato. El color gris, en sus matices metálicos, presidirá el "paisaje de escombros" que trazó la soledad original del mundo. Silencio expectante, cielo mudo; asombro frío; desnudez hostil. La carga de emoción en el dibujo sobre-realista sugiere no sólo el abandono, sino también la carrera angustiosa y fatal hasta el único límite posible que es la muerte. De igual intensidad desolada, está penetrado "Eclipse total":

Entré en una región donde el ala no vuela, al
dominio de un dios solitario y nocturno,
a la órbita de un astro ya eclipsado.

El sentido trágico es frecuente en la poesía de Rosario Castellanos, y tiene su culminación en "Lamentación de Dido", una de sus mayores obras, donde su voz alcanza los hondos y matizados ecos del gran poema virgiliano. La reina Dido, "arrastrando la oscura cauda de su memoria", habla de su vida, de su amor desventurado y de su lamentable fin a causa del abandono de Eneas, el héroe troyano. Aquel que tiene como único horizonte una ciudad coronada de torres —como la cabeza de Cibeles—, aquel que sin mirar atrás, va derecho a cumplir su destino. Dido enamorada y desdénada no es más que una mujer indefensa vencida por los dioses, que como "rama de sauce llora en las orillas de los ríos".

Pero Eneas partió a pesar de las súplicas y de las lágrimas, porque nada detiene al viento: "¿Cómo iba a detenerlo la rama de sauce que llora en las orillas de los ríos!".

En esta recreación del famoso pasaje de la *Eneida*, se pone en boca de la propia reina la historia de su vida y la relación de sus desgracias. El tono solemne del versículo recoge con nostalgia la vida fatigosa de una mujer que debe ganar su sitio paso a paso, atenta a los problemas domésticos, a las celebraciones rituales y a las responsabilidades civiles. Todo lo difícilmente obtenido es arrasado por el veneno letal de la pasión inútil. A la ferocidad de la desesperación seguirá seguramente la locura. ¿Cómo escapar de la vergüenza? ¿Cómo evitar el espectáculo de la desgracia? Dido se identifica finalmente con el dolor sin consuelo desde la alta pira del sacrificio, iluminada por los siniestros reflejos del incendio.

En las "Memorias del augur" otra vez aparece el destino consumado ya. Es la historia. Hombres dispersos y miserables a los que une el temor; a los que empuja la débil esperanza de un dios o de una profecía. En el afán de comprender al mundo, arrancan sus secretos al viento, a la ceniza o a los corazones y vísceras de animales y hombres. Unos, los que hablan, se vuelven superiores; los otros, siervos; algunos descubren leyes y se vuelven sabios. La marcha se detiene cuando suena la hora de las fundaciones. Después viene el tiempo del asentamiento y más tarde el de la expansión a costa del vecino para crecer en tierras y en poder. Llega el momento del trabajo, de la acción, de la riqueza y de la sangre. Pero los adornos y las flores se marchitan cuando el presagio funesto anuncia que el fin vendrá del mar.

En los *Misterios gozosos*, Rosario Castellanos canta al contorno

de su mundo con la alegría de poder dar peso y sitio a las cosas cercanas, en el tacto, en la contemplación o en la entrega, clausurando la nostalgia. Plena de un amor rebotante de gratitud por los dones recibidos, exclama: "Yo ya no espero, vivo!"

...Feliz de ser quien soy.
 sólo una gran mirada
 ojos de par en par
 y manos despojadas.
 Seno de Dios, asombro
 lejos de las palabras...

Por medio de imágenes evocadoras y nítidas en las que el ritmo poético se acelera, se fracciona o se frena, se hace posible esta comunicación de sentimientos que acrecientan y colman la emotividad.

Para Rosario Castellanos la experiencia poética fue al mismo tiempo experiencia de lucidez, de inteligencia y desafío. Cuanto descubre lo hace suyo para devanar en su interior, hilo tras hilo, la compleja trama de su textura hasta entenderlo y aceptarlo como parte suya. Por ello, una pasión fraterna inflama sus reflexiones sobre la desgracia de otros hombres. "Mira a tu alrededor: hay otro, siempre hay otro. Lo que él respira es lo que a ti te asfixia, lo que come es tu hambre". La misma angustia la aflige sobre la inminencia de un desastre total, y ante la evidencia de la futilidad y de lo percedero. Por ello le parece tan desolada la contemplación de un mundo que se devora a sí mismo y tan grande el tamaño del miedo que preside el nacimiento del hombre.

En los poemas de *En la tierra de en medio*, (recuerdo de Sor Juana), *Diálogos con los hombres más honrados*, *Otros poemas*, y *Viaje Redondo*, se advierte la intención de cerrar el círculo que se inició con el preludio de un desastre. La soledad ocupaba la escena; el fuego del amor se retorció en cenizas mientras la muerte acechaba. Cerca de la primera imagen se va perfilando otra. Realidad desnuda y miserable como esa ronda de enfermedad y harapos que se arrastra en *Los sueños* de Quevedo y en las *Danzas de la muerte*; con ese realismo doloroso que descubre la llaga más secreta, la verdad vergonzante. Rosario Castellanos se propone igual que otros escritores de este tiempo arrojar a los mitos fuera de sus nichos, y exhibir los pies de barro de los ídolos. Este despiadado inventario de la mediocridad que vivimos, de los mitos que alimentamos, de la demagogia que padecemos, de la inexistencia que propiciamos, parece cerrar la puerta de la esperanza.

No es así, sin embargo. Esta otra cara de la ternura, esta "noche oscura", esta despiadada ironía, no es sino el complemento de la imagen total de la vida, que otorga y arrebat, con igual ceguera, dones y sufrimientos.

Acercarse a la poesía de Rosario Castellanos es como tener el privilegio de presenciar la trayectoria fugaz e intensamente luminosa de un espíritu colmado de preguntas frente a un paisaje desolado. Es la asistencia al milagro del nacimiento del poeta cuando aún lleva atados a sus venas y encerrados en sus ojos la canción y el vuelo. Es el encuentro con el mar, el árbol y el viento; con la desilusión y la ausencia; con el amor, el polvo y la ceniza; con la esperanza inseparable de la muerte.

De la angustia que provoca esta búsqueda en la profundidad de la conciencia, tenía que escapar por caminos seguros: convertir la oscuridad en luz, la experiencia en poesía, ser una y muchas voces; organizar el canto taciturno con la armonía universal; ser más que una imagen que pasa, una palabra que permanece con sabor de eternidad. Alentar hoy en la oscuridad de la tierra, para ser flor mañana. Y constatar, a cada paso, que de esa soledad, de esa sensación de vacío, sólo el goce del trabajo podía rescatarla:

"Todo el día el zumbido
del trabajo feliz va esparciendo en el aire
el polvo de oro de un jardín lejano.

"En mí crece un rumor lento como en el árbol
cuando madura un fruto.
Todo lo que era tierra —oscuridad y peso—,
lo que era turbulencia de savia, ruido de hoja,
va haciéndose sabor y redondez.
¡Inminencia feliz de la palabra!

"Porque una palabra no es el pájaro
que vuela y huye lejos.
Porque no es el árbol bien plantado.

"Porque una palabra es el sabor
que nuestra lengua tiene de lo eterno,
por eso hablo. . .

"El ser eterno, único,
la redondez del círculo cumplida".

VII

¿HABRÁ alguna buena razón, después de las presentaciones que he hecho, para dudar que la profesión de las letras puede ser desempeñada con dignidad y excelencia, indistintamente por hombres o por mujeres, con tal de que —además de la capacidad intelectual y de la vocación— exista en ellos —o en ellas— la disciplina necesaria para aspirar a la perfección?

Pido perdón por haber distraído la atención de ustedes tan largo tiempo. No tengo en mi descargo, señores académicos, sino el deseo, comprensible por tantos conceptos, de recordar la contribución con que han enriquecido las letras nacionales algunas escritoras notables. Ha sido consciente el hecho de que para lograr ahuyentar mi natural timidez —que me abruma ante la grave responsabilidad que implica el hecho de llegar a ocupar un sitio en institución tan respetable— me acercara aquí, no sola y sin merecimientos, sino comprometida conmigo misma a honrar la Institución que me acoge, y apoyada en el ejemplo de estas escritoras que han sido esta vez mi "grata compañía".

NICOMEDES SANTA CRUZ Y LA POESÍA DE SU CONCIENCIA DE NEGRITUD

Por *Teresa C. SALAS* y *Henry J. RICHARDS*

EN la literatura hispanoamericana, la manifestación espontánea del sentimiento popular ha encontrado su forma de expresión más adecuada en la corriente poética conocida por el nombre de "repentista". A lo largo de los siglos y en todas las latitudes del ámbito americano de habla española, los cantores populares han cultivado el verso octosilábico, y como formas estróficas de preferencia, la copla y la décima, para expresar en sencillos versos su sentir gozoso, su alegría ingenua, su humor picaresco, su tristeza, su desesperación o sus reflexiones impregnadas de sabiduría popular. Hundiendo sus raíces en las ricas fuentes de la poesía tradicional popular española y de la inagotable vena satírica hispana, apareció esta poesía —en su forma primigenia y con criollísimo acento¹— en las distintas regiones del continente en la era colonial, con los cantores que, acompañados de guitarra o arpa, improvisaron en desafío, sus versos a lo humano y a lo divino.

Cuando con posterioridad a su espontánea aparición, en el curso de los siglos XVIII y XIX, a las diversas formas de poesía popular, hasta entonces conservadas sólo por transmisión oral, se une la pluma, adquieren identidad literaria y producen obras de reconocido mérito como son las de los repentistas peruanos del XVIII, los yaravies de Mariano Melgar, los cielitos de Bartolomé Hidalgo, los versos de Hilario Ascasubi, Estanislao del Campo y de José Hernández y llegan hasta a penetrar, con su ingenua simplicidad, los versos sencillos de José Martí. Esta vena poética perdura en nuestro siglo y se hace presente no sólo en la poesía negroide de orientación popular y folklórica, sino también en toda manifestación musical folklórica popular.

En el Perú, al mediar el siglo veinte, aparece en la escena lite-

¹ Respecto al carácter esencialmente criollo y americano que esta poesía popular muestra desde sus comienzos, véase: Luis Alberto Sánchez, *La literatura peruana* (Asunción: Editorial Guaranía, 1951), II, 8.

raria el decimista de raza negra cuya obra nos ocupa aquí, Nicomedes Santa Cruz.² Desde el primer momento, Santa Cruz se muestra como el continuador de la tradición repentista nacional y, en especial, de la de los decimistas morenos que en las zonas costeras del Perú habían expresado en versos, los más íntimos sentimientos del difícil período de aculturación. De esta manera, en poéticas contidas habían retratado históricamente en sus décimas, tanto la nostalgia del continente nativo, como los ritmos de sus danzas, sus prácticas religiosas, su visión cósmica sincrética —su herencia cultural.

Al escribir Santa Cruz sus primeras décimas en 1949, hacía aproximadamente dos décadas que habían acallado sus voces los últimos decimistas limeños y chancayanos, a quienes nuestro poeta confiesa haber alcanzado a conocer cuando era adolescente y vivía con su familia en Lince, en la Hacienda Lobatón. Sus primeros contactos con las décimas populares, sin embargo, fueron mucho más tempranos ya que Santa Cruz dice haberlos tenido prácticamente desde la cuna pues las canciones con que lo arrulló su madre no fueron otras que décimas en socabón, vale decir, décimas cantadas con acompañamiento de guitarra a la manera de la costa peruana.³

Su primer volumen de *Décimas* en edición de venta al público aparece en 1960⁴ y recoge las composiciones producidas hasta esa fecha, agrupadas en cinco capítulos signados con números romanos

² En atención a que Santa Cruz ha recogido su obra poética en sucesivas ediciones que constituyen ampliaciones unas de las otras, algunos de los poemas analizados en este trabajo aparecen, por ejemplo en *Décimas*, 2a. edición (Lima: Librería Studium, 1966) y también en *Antología: décimas y poemas* (Lima: Campodónico Ediciones, S. A., 1971); en *Canto a mi Perú* (Lima: Librería Studium, 1966) y en *Antología: décimas y poemas*; o en *Simanana* (Lima: Librería-Editorial Juan Mejía Baca, 1964) y en *Antología: décimas y poemas*. Otros poemas aparecen sólo en una de las colecciones mencionadas. Para mayor claridad, siempre que un poema que aparezca en dos colecciones se cite en el texto de este trabajo, la versión dada corresponderá a la colección más reciente. En adelante, indicaremos entre paréntesis al final de la cita, la colección y la página correspondientes. En 1971, con posterioridad a la publicación de *Antología: décimas y poemas*, la Editorial Losada publicó una selección de los poemas de Santa Cruz hecha por Jorge Lafforgue bajo el título de *Ritmos negros del Perú* la que ha alcanzado dos ediciones. Aunque consultada para este trabajo con propósitos de comparación, no se basó el análisis en la versión de los poemas dada allí.

³ Santa Cruz, *Antología*, p. 11.

⁴ Santa Cruz, *Décimas* (Lima: Librería-Editorial Juan Mejía Baca, 1960), En 1959, había aparecido la primera publicación de *Décimas* en edición privada, no venal y también preparada por la Librería-Editorial Juan Mejía Baca. Esta edición se encuentra agotada.

que corresponden a los cinco tipos de asunto que puede asumir esta forma de expresión poética popular: I.—Décimas de folklore, II.—Décimas a lo divino, III.—Décimas de desafío, IV.—Décimas a lo humano y, V.—Décimas de Argumento.⁶ Esta edición, sin embargo, no indicaba el asunto de las décimas, sólo se daba el correspondiente número romano. La última composición del libro eran las décimas que Santa Cruz tituló *Talara*. En esta composición, el poeta pedía la reivindicación de la soberanía nacional en esa zona petrolera del Perú, tema de gran actualidad e interés en la escena política peruana de ese entonces. Estas décimas se hicieron, así, muy populares y pasaron a expresar el fuerte sentimiento nacional ante el problema de la explotación extranjera de la riqueza petrolífera peruana. En esta primera obra, Santa Cruz pone el énfasis en el ámbito nacional.

En 1964, publica el volumen titulado *Cumanana*,⁶ en el cual incluye cuarenta y cinco composiciones: veinticuatro décimas y veintidós poemas. Entre los poemas hay diez que tocan el tema del problema negro en América y África.⁷ El poeta, por vez primera, extiende su pupila y su inspiración al ámbito continental y universal y comenta sobre el destino común de todos los hombres de raza negra del mundo. En consonancia con estas primeras expresiones poéticas de su conciencia de negritud, Santa Cruz titula su segunda colección con la palabra *Cumanana*, la que en la tradición folklórica peruana designa la práctica de cantar coplas improvisadas en desafío,⁸ con acompañamiento de arpa o guitarra, a la manera tradicional de los negros de Piura. Un viaje al Brasil, efectuado en 1963, y la consiguiente observación de los millones de personas de raza negra que forman la población de ese país, hicieron que Santa Cruz sintiera con mayor intensidad la llamada de su raza y le sirvieron de inspiración para los diez poemas incluidos en *Cumanana* que se refieren al problema negro universal. Los poemas son: *Muerte en el ring, La noche. Juan Bemba, ¡Ay mamá!, Formigas pretas, Congo libre, Johannesburgo, Sudáfrica, De igual a igual, Llanto negro*. La última composición poética contenida en *Cumanana* le fue inspirada por Feira de Santana, un tranquilo pueblo en Bahía, Brasil. Santa Cruz la tituló *América Latina* y la considera como la expresión de su

⁶ Santa Cruz, *Antología*, p. 13.

⁷ Para los datos de publicación, véase nota 2.

⁸ Santa Cruz, *Antología*, p. 15.

⁹ La expresión "en desafío" indica la estrategia empleada en las contiendas tradicionales de los decimistas de antaño, en las que uno de los participantes empezaba la contienda en desafío a su adversario, quien debía emularlo en la respuesta.

nueva "proyección continental e integracionista".⁹ La edición de *Cumanana* de diez mil ejemplares se encuentra actualmente agotada.

En 1966, Santa Cruz publica una segunda edición de *Décimas*.¹⁰ Sus dos colecciones poéticas que habían aparecido en 1960 y 1964, respectivamente, ya le habían atraído la atención de los críticos y escritores de su país y del continente.¹¹ Es así como la segunda edición de *Décimas* va precedida, a manera de prólogo, por el artículo titulado "El canto del pueblo" que el novelista peruano Ciro Alegria había publicado en el diario *El Comercio* de Lima del 22 de julio de 1960, comentando elogiosamente la aparición de la primera edición. La presentación de los poemas se hace de acuerdo al mismo formato de la edición precedente, vale decir, de acuerdo a cinco divisiones indicadas con números romanos. Sin embargo, la presencia del índice, que faltaba en la primera edición, posibilita la identificación del rubro temático correspondiente a cada número. Se cierra la edición con un vocabulario en el que se glosan los términos del folklore afro-peruano y los peruanismos, en general, que aparecen en los poemas.

El mismo año de 1966, prepara Santa Cruz una nueva recopilación de poemas. La tónica esencialmente nacionalista que anima a buen número de los poemas que se agregan a sus décimas, es la que justifica el título *Canto a mi Perú*.¹² En este libro, las composiciones poéticas aparecen reunidas bajo dos encabezamientos: Décimas y Poemas. Las décimas aparecen agrupadas bajo seis divisiones marcadas por los correspondientes números romanos y alcanzan a un total de cuarenta y seis. Tres composiciones incluidas bajo el encabezamiento de *Décimas* no corresponden al modelo métrico de la décima. La sección dedicada a poemas contiene veintidós composiciones de diversos metros y estrofas. La edición va precedida por el correspondiente índice y seguida por un glosario de peruanismos y afro-peruanismos utilizados en la obra.

En 1971, Santa Cruz publica la última edición corregida y aumentada de la totalidad de su obra poética, agregando las composiciones escritas entre 1966 y esa fecha, bajo el título de *Antología*:

⁹ Santa Cruz, *Antología*, p. 16.

¹⁰ Para los datos de publicación, véase nota 2.

¹¹ Entre los críticos nacionales y continentales que se preocuparon de las primeras dos colecciones de Santa Cruz poco después de su publicación, cabe destacar a los siguientes: Sebastián Salazar Bondy que escribió en *El Comercio* de Lima, Juan José Vega que escribió en *Expreso* de Lima, Julio Pomar que escribió en *El Día* de México y Manuel A. Casartelli que escribió en *La Acción* de Argentina.

¹² Para los datos de publicación, véase nota 2.

décimas y poemas.¹³ Es esta una edición más cuidada y obviamente más voluminosa que ninguna de las anteriores. Está dedicada a la memoria de su madre y a su hijo Pedrito Nicomedes y va precedida por un prólogo preparado por el autor titulado "Mis primeras décimas". Las composiciones aparecen agrupadas bajo ocho títulos signados con números romanos y con indicación del asunto que las unifica en el caso de las décimas, o del tipo de composición, en el caso de los poemas. Las ocho divisiones son: I.—Cantares campesinos, II.—Folklore, III.—De desafío, IV.—A lo divino, V.—A lo humano, VI.—De relación, VII.—De argumento y VIII.—Poemas. Cada una de estas divisiones va precedida por un grabado alusivo. Se cierra el libro con un glosario, un índice de grabados y una sección que muestra el esquema del libro. La portada y contraportada son iguales y fueron impresas en base a un diseño del propio poeta. En sugestivos colores muestra una guitarra y un tambor sobrepuestos a un diseño lineal sugerente de la reverberación del canto y la expresión popular.

Luego de haber presentado sumariamente la obra de este poeta repentista peruano de raza negra, se nos hace evidente la necesidad de examinar muestras representativas de aquellos de sus poemas que reflejan diferentes aspectos de su conciencia de *negritud*. Así, inmediatamente afloran las preguntas: ¿Qué entendemos por *negritud*? ¿De acuerdo a qué premisas nos será posible entonces advertir distintas manifestaciones de *negritud* en la obra de Santa Cruz? La palabra *negritud* posee la mágica cualidad de asumir una gran variedad de significados, según sea el momento histórico en que se la use y la orientación de quien la defina. Cuando Aimé Césaire puso en circulación el término *negritud* a fines de la década de los treinta, al publicarse en la revista parisiense, *Volonté*, su poema titulado "Cahir d' un retour au pays natal", la palabra *negritud* implicó, por una parte, una actitud de rechazo de los valores culturales europeos impuestos por el colonialismo y, por otra, la necesidad de la propia aseveración por medio de una nueva y penetrante comprensión de la tradición propia —la africana. En ese momento, Césaire y sus contemporáneos, Léopold Sédar Senghor y Leon-Gontran Damas, postularon a través de su producción literaria distintos matices de acepción para *negritud*: una actitud de rechazo de la opresión en pro de la asimilación cultural, un estilo literario específico revelador de emociones y ritmos propios, un modo de ser negro, una conciencia de la diferente coloración de la piel, el concepto de raza, el instrumento efectivo de liberación de la raza negra y la conciencia

¹³ Para los datos de publicación, véase nota 2.

de la opresión racial y sus resultados. Posteriormente, Jean-Paul Sartre, en su ensayo, "Orphée Noir" con el que prologó uno de los libros de Senghor,¹⁴ intentó una definición de *negritud* diciendo que la poesía de la *negritud* representa la rebelión intelectual de la raza negra contra la dominación cultural de los blancos.¹⁵

Como resultado lógico del devenir histórico a través de los años, el concepto de *negritud* se ha ido refinando y enriqueciendo hasta llegar a la definición más completa y reciente, la brindada por Senghor en ocasión de aceptar en New Delhi, India, la distinción que le concedió la Sahitya Akademi el 21 de mayo de 1974. Senghor afirmó que la *negritud* expresa: "...the whole range of values of civilisation of all black peoples in the world" y amplió aún más el concepto de *negritud* al establecer: "For us, therefore, *negritude*, today consists in grounding ourselves deeply in the values of the black peoples but at the same time, also in opening ourselves to other civilisations: to the European civilisation for sure, which though furthest away from us marked us a lot historically but also to civilisations that are closer to us, like the Indian civilisation and the Arabo-Berber civilisation".¹⁶

Una de las primeras manifestaciones de la conciencia de *negritud* que se advierte en la poesía de Nicomedes Santa Cruz es la evidencia de haber él penetrado profundamente en los valores de su herencia cultural africana. Las danzas, los cantos, el sincretismo de su cosmovisión y el extraordinario sentido del ritmo de sus antepasados africanos le sirven de motivo de inspiración en *Al grito de ingá ingá*. Estas son décimas en las que Santa Cruz pone énfasis en la importancia de la danza en la vida de los afro-peruanos, lo que constituye una verdadera continuación del acervo cultural afri-

¹⁴ El libro de Senghor prologado por Sartre fue *Nouvelle anthologie de la poésie nègre et malgache de langue française* (Paris: Presses Universitaires, 1948).

¹⁵ Para precisar el concepto de *negritud* y los diferentes aspectos que incluye, véanse las obras siguientes: Janheinz Jahn, *Muntu: An Outline of Neo-African Culture*, trad. Marjorie Green (New York: Grove Press, 1961), pp. 140-155; y *Neo-African Literature: A History of Black Writing*, trad. Oliver Coburn y Ursula Lehrburger (New York: Grove Press, 1968), pp. 239-269; Lilyan Kesteloot, *Les écrivains noirs de langue française: naissance d'une littérature* (Bruxelles: Institut de Sociologie de l'Université Libre de Bruxelles, 1963), pp. 110-123; S. Okechukwu Mezu, "Black Renaissance and Negritude," *Modern Black Literature*, ed. S. Okechukwu Mezu (Buffalo: Black Academy Press, 1971), pp. 9-11; Gerald Moore y Ulli Beir, eds., *Modern African Poetry* (Baltimore Penguin, 1970), pp. 15-31.

¹⁶ Léopold Sédar Senghor, "Senghor Answers: What is 'Negritude'?" *Trinidad Guardian* (August 28, 1974), p. 12.

cano. La danza en la tradición africana —como es sabido— cumple una función eminentemente religiosa y, como tal, tiene un sentido y un significado específicos; no sirve ningún propósito ajeno a su función esencial. En la mentalidad africana, no existe separación entre lo sagrado y lo profano ya que todas las cosas son fuerzas o energías, sean dioses u objetos, porque todas son la encarnación de la fuerza vital esencial.¹⁷ En las décimas de pie forzado que Santa Cruz dedica a diferentes aspectos de la danza, la sensualidad de ella no aparece presentada en un contexto exótico y negativo como en los poemas de algunos de los escritores del negrismo en Cuba,¹⁸ sino como espontánea e inherente a la actividad ritual de la danza en la concepción africana que no considera virtud y sensualidad como incompatibles.

El ritualismo africano es evocado claramente por la descripción del procedimiento utilizado por los danzantes en *Al grito de ingá ingá*. La llamada del tambor y el grito del coro marcan la formación del círculo de bailarines que rodean al que le toca asumir el rol a danzar como bailarín principal. Así, todos los presentes se convertirán sucesivamente en participantes no existiendo, por lo tanto, un público espectador. Por todas estas razones, esta clase de danza puede ser considerada como netamente africana. Al mismo tiempo, Santa Cruz aprovecha la oportunidad que se le brinda para destacar que ésta todavía es una danza religiosa en cuanto retiene su significado y que los bailarines —con la destreza transmitida de generación a generación— le dan forma y significado a la danza sin tener plena comprensión de sus implicaciones religiosas.¹⁹ Antes bien, ellos buscan alivio a sus sufrimientos en el ritmo y el alcohol:

En ron está en mis morenos,
 el ron los pone sensuales
 y parecen inmorales,
 pero en el fondo son buenos.
 Si beben más, sufren menos
 y hasta olvidan su amargura.
 Y el muñeco es... travesura
 muy propia del atavismo.
 ¡Travesuras, eso mismo
 son los bailes de cintura!... (*Canto a mi Perú*, p. 106)

¹⁷ Jahn, *Muntu*, p. 83-86.

¹⁸ Jahn, *Neo-African Literature*, p. 220.

¹⁹ Jahn, *Muntu*, p. 85.

El proceso de aculturación y sus consecuencias, como aparecen representados en las supervivencias folklóricas que actualmente existen en el Perú y otros países americanos, constituyen el tema que Santa Cruz desarrolla en *A todo canto de monte*. El poeta empieza esta composición reconociendo que el origen del cantar popular de inspiración ingenua se remonta a los poemas improvisados que resultan de las contiendas bucólicas de los pastores de la antigua Grecia. Luego, se refiere a algunas de las características que marcan con sello propio los cantares del sentir popular americano, a saber: la improvisación, la técnica de desafío en contrapunto, la inspiración ingenua y la incorporación de peculiaridades lingüísticas, que en el Perú, en la práctica de *cumanana* fueron los metaplasmos afro-peruanos y la *replana* o uso de voces de la germanía peruana:

En Cuba con la guajira
y en Argentina payando
al retador contestando
verso tras verso se inspira.
Huye a veces nuestra lira
de la retórica hispana:
metaplasmos y "replana"
se emiten en reintegro
porque así lo quiso un negro
en la campiña piurana. (Antología, p. 70)

Insiste en destacar que los moldes poéticos de estos cantares corresponden a la tradición hispánica pero que las bases expresivas son de reconocida raigambre africana:

Juglares de oscura piel
que entre azucareras cañas
repitieron las hazañas
de don Vicente Espinel.
..... (*Ibid.*, p. 70)

Finalmente, Santa Cruz identifica otras características y formas del canto popular peruano y pone énfasis en el hecho que éste ha brotado del espíritu africano:

Su desafío en cuartetas
sobre un obligado asunto
dio margen al contrapunto
en muy ingeniosas tretas.

Hábiles negros poetas
dieron la copla peruana,

..... (Ibid., p. 70)

Cajón, otro poema dedicado a presentar el acervo folklórico peruano, es un poema que ejemplifica muy bien la fusión del ritmo africano con la lengua española. No se debe olvidar que el ritmo esencial del poema, a la manera africana, no es el que está dado por las palabras sino el producido por el sonido de los instrumentos de percusión que acompañan la voz humana. Los polirritmos resultantes producen un efecto contrapuntístico que evita la monotonía mecánica.²⁰ Esto se logra en *Cajón*, cuando Santa Cruz en la glosa procede a agrupar sonidos onomatopéyicos reminiscentes del sonido del tambor en dos moldes rítmicos diferentes:

Tucutum-pá, cum, pá-pá

tucutum-pá, cum, pá-pá

tucutum-pá, tucutum-pá

tucutum-pá, cum, pá-pá... (*Canto a mi Perú*, p. 145)

Las otras características que enriquecen la africanidad rítmica del poema están representadas por el uso de aliteraciones, asonancias y repeticiones.²¹ Por medio de estos artificios estilísticos, el autor invita al lector o auditor a una evaluación justa de la herencia cultural africana como aparece en las danzas y ritmos que son sobrevivencias folklóricas del ancestro africano en los distintos países de América:

Africa en Cuba es jaladera,
caliente son, tambor batá.

Africa en Lima es marinera:
tucutum-pá, tucutum-pá.

Africa en La Habana es rumba,
es calipso en Trinidad.

Africa en Brasil: macumba;
pero de Paita a Locumba

Africa es tucutum-pá. (Ibid., p. 146)

²⁰ Jahn, en *Muntu*, p. 94, observa que el español, dada la abundancia de acentos agudos que lo caracteriza, se ha prestado bien para representar el ritmo africano. Por otra parte, el hecho de ser el español un idioma rico en vocales sonoras y cortas ha permitido que sea posible utilizar palabras africanas en un poema sin que éstas suenen como extranjerías.

²¹ *Ibid.*, p. 93.

Acentúa la necesidad de que los peruanos reconozcan con orgullo la presencia africana en su música folklórica en vez de tratar de negarla como lo hacen los que tratan de atribuir toda influencia a España porque:

Negar lo negro es cosa vana:
 tan sólo un negro tocará
 mi marinera afroperuana
 al negro ritmo de jarana:
tucutum-pá, tucutum-pá. (Ibid., p. 146)

El sincretismo religioso, que fue consecuencia lógica del período de aculturación y de la imperfecta asimilación cultural, está hábilmente retratado en las décimas tituladas *En nombre de Dios comienzo*. En la cosmovisión que Santa Cruz revela en esta obra, se aproxima a la filosofía africana en que sostiene que el hombre tiene un derecho inalienable a disfrutar de plenitud y felicidad en la vida terrenal. Así, el sufrimiento de los esclavos es considerado por ellos como equivalente a las pruebas y tribulaciones de los "rites de passage" o a los ritos de iniciación. Por lo tanto, a través del canto se invocan, como en el *Negro Spiritual*, las fuerzas de liberación que pueden alcanzarse por la intercesión de los antepasados muertos que transmiten su fuerza vital al descendiente que los invoca.²² Esta es la orientación con que Santa Cruz y sus hermanos de raza invocan en estas décimas a Jesucristo y a su madre, la Virgen María, a quienes consideran como sus antepasados muertos:

Mi Amito, mi güen Jesú,
 tcn piedá del pobre negro;
 si con mi canto te alegre
 termina la esclavitú.
 (Si te han clavao en la Crú
 no ha sido po culpa mía).
 Librano desta agonía
 que diariamente sufrimo,
 lo negro te lo pedimo
en el nombre de María. (Antología, p. 178)

Su mediación puede traerles alivio al sufrimiento presente. Necesitan rezar no como respuesta a la aspiración que impone la concepción cristiana, según la cual esta vida es un "valle de lágrimas" y lo importante es alcanzar la salvación que lleva a la vida eterna, sino

²² Jahn, *Neo-African Literature*, pp. 160-161.

como repuesta a una necesidad pragmática, que los empuja a pedir la salvación del sufrimiento físico y espiritual que experimentan en esta vida. El poema es, así, representativo del reclamo de los oprimidos que evocan una edad de oro cuando vivían en libertad en el continente nativo:

Que se caiga de sus manos
el látigo del patrón.
Que venga la redención
pa toítos mis hermanos.
Vuelvan los tiempos lejanos
en nuestra tierra natal.
Y tú, Madre Celestia,
librano desta totura,
Vigen venerada y pura
sin Pecaço Origimá... (*Ibid.*, p. 178)

Un numeroso grupo de los poemas de Santa Cruz cumplen la función de demostrar las diversas formas que puede asumir la opresión basada en el concepto de raza, sus lógicas consecuencias y las consiguientes reacciones de parte del oprimido.

Mi dios, mi Zanajari ilustra la opresión racial ejercida a través de los siglos sobre el negro peruano por medio de diversos instrumentos de supresión de sus creencias religiosas. No se debe olvidar que la eliminación de las creencias religiosas es tarea fundamental en la destrucción de una cultura y que los colonizadores españoles habían perfeccionado sus métodos para lograr este objetivo habiéndolos aplicado a las culturas indígenas que encontraron en América. En la primera estrofa de este poema, Santa Cruz se sitúa en el marco de referencia de la civilización occidental refiriéndose a las creencias del negro como sus "brujerías". No obstante, enfatiza el hecho de que el esclavo negro traído de Africa no abandonó sus creencias, "no abandonó su grigrí/ni sus dioses ni sus ritos" (*Décimas*, p. 29). Su resistencia, nos dice el poeta en la segunda estrofa, hizo necesaria la aplicación de métodos extremos como la tortura física:

.....
una cadena en el pie
y empezó a perder su influjo
el más importante brujo:
poderoso Karambé. (*Ibid.*, p. 30)

Más tarde, lo hizo su víctima el brazo implacable de la Inquisición, el más sistematizado instrumento de opresión religiosa que ha pro-

ducido la civilización occidental. Ante su poder, el negro se enfrenta a la necesidad más absoluta de simulación y se ve obligado a abjurar involuntariamente de su religión aunque íntimamente conservará sus creencias y prácticas religiosas. Para finalizar, el poeta insiste en la universalidad de la búsqueda del bien contra el mal, recalcando que los hombres de diversas culturas la intentan por diferentes medios; por esta razón, él reconoce como auténtica la búsqueda de la verdad efectuada por el negro "bozal" en el marco de referencia de su cultura africana, a través de sus creencias religiosas. Finalmente, reafirma la relatividad de toda creencia religiosa, diciendo:

.....
 Pese a que en el tiempo actual
 la ciencia todo lo ve,
 y aunque el brujo Takisé
 no cura la escarlatina,
 tampoco la medicina
sabe de Nyamatsané... (*Ibid.*, p. 30)

Las consecuencias de la opresión racial en el Perú del siglo xx, manifestadas en la condición socio-económica de los peruanos de raza negra, aparecen retratadas en *Oiga usted, señor doctor*. En este poema, la tónica la da la glosa en la que un jefe de familia negro advierte a un blanco situado en el otro extremo de la escala social que no olvide que, pese a su pobreza originada en el racismo existente en la sociedad peruana, los negros son gente decente y viven con honor. Las amonestaciones dirigidas a un doctor blanco, invitado a casa de un negro para celebrar el santo de su mujer, constituyen el contenido del poema y cumplen la función de subrayar el comportamiento negativo del típico blanco, insensible en sus relaciones sociales con el negro. El narrador negro del poema le sugiere al blanco que no olvide lo siguiente:

Si viene en plan de turismo
 cante, baile, jaranee,
 pero no me negree
 que tengo Fe de Bautismo.
 Yo permito el criollismo
 pero no la desvergüenza;
 por eso, doctor, si piensa
 que nuestro pelo se toma,
 aunque le acepte la broma
no le perdono la ofensa. (*Antología*, p. 51)

Luego, el narrador, le recuerda al blanco que él y su familia practican las viejas virtudes de la amistad y la hospitalidad según los medios económicos de que disponen y con exageración picante le informa que como invitado tiene que aceptar las bebidas y comidas tales como son:

.....
 ¿que hay mosquitos en la chicha?
 ¡cierre los dientes y tome!
 Luego a la hora del come
 olvídense que es señor:
 mande al diablo el tenedor
 y deje vacío el plato. . .
 Son buenos guisando gato
los pobres de mi color. (Ibid., p. 52)

El blanco debe saber que la familia negra no aceptará las faltas de respeto o las ofensas de parte de nadie, por eso, le dice:

Ah, si no viene su esposa
 no traiga usted a la "querida,"
 mi mujer es resentida
 y le ofende cualquier cosa.
 (Ibid., p. 52)

Finalmente, se le explica al blanco la importancia de preservar el honor familiar y lo peligroso que puede resultar para el blanco el trato irrespetuoso de la hija del negro. En este poema, el tema de la opresión racial está hábilmente desarrollado sirviendo el contenido para destacar la total falta de respeto que caracteriza el comportamiento del blanco en sus relaciones con el negro en una sociedad racista.

El poema que mejor sintetiza varias de las formas de la opresión racial es el que le fue inspirado a Santa Cruz por la muerte del boxeador cubano Benny "Kid" Paret y que tituló *Muerte en el ring*. El poeta, utilizando los supuestos pensamientos de Benny "Kid" Paret, empieza enumerando los oficios mínimos que se ven obligados a desempeñar los negros en todo el mundo:

¿Qué hemos de hacer nosotros los negros
 que no sabemos ni leer?
 Fregar escupideras en los grandes hoteles
 encerar y barrer

manejar ascensores
 en el Grand Club servirles de beber
 o hacer que el Cadillac sea más lujoso
 vistiéndolo la librea de chofer. (*Antología*, p. 333)

Comenta también la actitud sumisa a que los obliga la necesidad económica. Luego enfoca la atención hacia el hecho de que uno de los escasos y engañosos medios de escapar de una vida de pobreza es el boxeo. El poeta esboza un caso típico en el cual un promotor blanco descubre a un hombre negro fornido, lo mete al ring y comienza a dirigir sus esfuerzos pugilísticos. Para el novel deportista, esto es el comienzo de una carrera marcada por innumerables sacrificios y caracterizada por el poeta como "... mal de males/el principio del fin" (*Ibid.*, p. 334). Una vez que ha presentado, en forma general, sus puntos de vista sobre el problema, Santa Cruz cambia el tono. El enfoque se vuelve entonces a las reflexiones que Benny "Kid" Paret hace sobre su vida de pugilista. Recuerda los diferentes oficios que le proporcionaron la fortaleza física y los sacrificios que le exigió su *manager* para que triunfara en el boxeo. En las últimas tres estrofas, se hace evidente que Santa Cruz recurre a la técnica de la novela de la corriente de la conciencia, al usar una especie de monólogo interior directo que supuestamente nos comunica los pensamientos que espontáneamente surgen en la mente de Benny "Kid" Paret, en la noche de su pelea final en el Madison Square Garden de Nueva York. El temor de perder el combate y de tener que volver al ambiente de privaciones económicas del que se había escapado —el que indefectiblemente aguarda a los boxeadores que fracasan— se evidencia como preocupación dominante momentos antes del encuentro. Aún más, se manifiesta convencido de que los únicos que se benefician en las competencias de boxeo son los "*managers* y el promotor" de raza blanca, en tanto que a los dos boxeadores de raza negra les está deparado un mismo destino en caso de perder. En la última estrofa, el ritmo del verso se acelera reflejando la intensidad de la pelea para terminar haciéndose vacilante en los dos últimos versos, indicadores de la paulatina pérdida de la conciencia que experimenta el campeón. El epílogo enfatiza la violencia de este medio de ganarse la vida que se les ofrece a los hombres de raza negra y sirve para identificar para el lector al boxeador muerto como Benny "Kid" Paret.

Otra faceta de *negritud* presente en la obra de Nicomedes Santa Cruz es el humor, el que le permite, en algunas de sus décimas, reírse de algunas de las ridiculeces de los descendientes de africanos en el Perú. Estas ridículas actitudes son el resultado directo de las pre-

siones que experimentan los miembros de grupos minoritarios en una sociedad racista. Al poder reírse saludablemente de estas debilidades, Santa Cruz demuestra su confianza en sí mismo y su fe en la raza negra. Por otra parte, el reírse en vez de llorar constituye una forma de escapismo.²³ *Hay negra y negra retinta* es un buen ejemplo de esta actitud zumbona. Aquí, el poeta comenta el hecho de que "el mestizaje despinta" la "oscura pigmentación" del africano puro "De Guinea, Senegal, Congo, Angola y Camerún" (*Antología*, p. 61) que llegó al Perú colonial. Luego, cataloga algunos de los términos con que se designan en el Perú las distintas coloraciones de piel resultantes de la mezcla racial.²⁴ El simple hecho de que se haya desarrollado esta terminología específica es revelador de la importancia que los peruanos desgraciadamente atribuyen a la mayor proporción de sangre blanca. La ironía de esta situación, la brinda Santa Cruz en la décima final cuando revela que a pesar de la credulidad de los afectados que sinceramente desean pasar por blancos, sus propios hermanos negros los reconocen fácilmente como tales:

.....
 En esta Lima embrollona
 de gente tan poco franca,
 yo sé bien qué blanca es blanca
 y *mulata cuarterona*. (*Ibid.*, p. 62)

Como ya ha ido demostrando nuestro análisis, los diversos aspectos de *negritud* pueden alinearse frente a dos fuerzas unificadoras fácilmente identificables en la experiencia de la raza negra. Por una parte, tenemos la comprobación de un ancestro cultural común y, por otra, las experiencias derivadas de la opresión que se originó en la esclavitud y el colonialismo. Los escritores alertas a las implicaciones de *negritud* usan en sus obras ambas fuerzas como medios de incitar al hombre negro a la lucha por su liberación. En *Sudáfri-*

²³ *Ibid.*, p. 261.

²⁴ Reproducimos a continuación algunos términos referentes a la mezcla racial y las definiciones dadas por el poeta: *Pichona, pichón* —*Mulata* (o mulato) de tez clara y pelo rubio encarapiñado o pelirrojo apretado. También se les dice "*sacalagua*" (*Antología*, p. 383). *Chinachola, chinacholo* —"Mestizo de india y negro, con cabellos muy negros, muy gruesos y muy lacios, tez oscura. También se les dice 'manila', por ser de rasgos similares a los inmigrantes filipinos que llegaron a Lima en el siglo XIX. Chinacholos o afro-yungas se ven todavía en los departamentos de Piura e Ica, habiendo casi desaparecido en Lima" (*Décimas*, p. 152).

ca,²⁵ Santa Cruz llama a la liberación de la raza negra en todas las latitudes. Su preocupación nacional, continental y universal por el destino del hombre negro y de los oprimidos de todo el mundo demuestra que nuestro poeta ha reconocido la necesidad de ampliar su concepto de *negritud* en consonancia con los tiempos. Este poema se muestra como un ejemplo acabado de los diversos aspectos de *negritud* presentes ya en otros de los poemas comentados, que alcanzan su plenitud, tanto en el contenido como en la forma, y su síntesis, en la intención última del poema. En primer lugar, Santa Cruz abre el poema siguiendo la costumbre africana de invocar a una persona con sucesivos epítetos que magnifican su figura. Cuando el poeta invoca a Luthuli,²⁶ lo hace, en el primer verso, asignándole el título de Padre de su pueblo; en el segundo, expande la invocación proporcionando sus nombres de pila y, en el tercero, lo eleva al nivel de líder del "pueblo celestial" —la raza negra—. En esta primera estrofa, el poeta se manifiesta dudoso respecto al derecho del negro peruano, víctima de las sucesivas mezclas raciales, a considerar como suyo el problema del sudafricano. No duda, sin embargo, que en el momento de su presente tránsito como Nicomedes Santa Cruz, peruano de raza negra, pueda él legítimamente hacerlo pero se pregunta si tendrá ese mismo derecho cuando se haya multiplicado en sus descendientes que podrán tener distintas proporciones de sangre india. En la segunda estrofa, convencido como sus antepasados africanos del poder de la *palabra*, invoca a otro sudafricano ilustre, Robert Mangaliso Sobukwe haciendo uso de un retruécano: "Magaliso maravilloso/Maravilloso Mangaliso" (*Antología*, p. 324). En una nota de rebeldía se refiere esta vez, no a "... las últimas/gotas de sangre negra/que me quedan" (*Ibid.*, p. 323) sino a "... las últimas/gotas de sangre negra/que me dejan" (*Ibid.*, p. 324). Alude así a la opresión que ha originado la mezcla de razas en su patria. Sin embargo, declara inequívocamente el derecho del peruano negro a considerar como suyo para siempre el problema del hombre de raza negra en Sudáfrica aún cuando sus descendientes se hayan mezclado racialmente hasta el punto de parecer "completa-

²⁵ Este poema aparece en una versión aumentada en *Ritmos negros del Perú*, 2a. edición (Buenos Aires: Editorial Losada, S. A., 1973), bajo el título de *Africa*. Los cambios introducidos confirman la posición más amplia adoptada por Santa Cruz respecto a los problemas de todos los pueblos del continente africano.

²⁶ En este poema, Santa Cruz, acertadamente, ha elegido invocar a dos célebres líderes políticos sudafricanos de raza negra que se han opuesto a la dominación blanca en su país y han sido figuras importantes en la consolidación de la causa panafricana: Albert John Luthuli y Robert Mangaliso Sobukwe.

mente wankas/completamente kechwas/completamente chankas" (*Ibid.*, p. 324). En los versos que siguen a esta estrofa, Santa Cruz evidencia la completa profundización que posee de su raigambre africana, al establecer que el lazo que puede unir indisolublemente el destino de los diversos pueblos no reside en el grado de la coloración de la piel o en la proporción de sangre negra que se tenga en las venas sino en el patrimonio cultural africano y en los valores culturales de esa patria común que es África. Además, sugiere que todos ellos deben reafirmar sólidamente su africanidad en base a una profunda valoración de sus raíces culturales. Su concepto abarcador de *negritud* le autoriza a gritar ahora su hermandad, no sólo con los pueblos negros de todas partes del mundo sino también con los pueblos de todas las culturas con que los africanos han tenido contactos y comparten un destino común:

Africa, izwe lethu
(África, nuestra tierra)
debe sernos devuelta.

Lo grito en matabele
en aymara, en swahili
en kechwa y en zulú.
Lo grito en castellano
yo, tu hermano, mi hermano
Sudáfrica y Perú. (*Ibid.*, p. 324)

En este estudio, hemos limitado nuestra atención a un análisis de un grupo representativo de décimas y poemas²⁷ de Nicomedes Santa Cruz, en los cuales el poeta elabora temáticamente los diversos aspectos de *negritud*. En cuanto a forma, Santa Cruz se mantiene dentro de los moldes de expresión de la tradición hispánica y peruana pero también incorpora a ellos recursos expresivos de la tradición africana. Se advierte claramente que el contenido de estos poemas brota de los siguientes tópicos: la presencia de la herencia africana en la vida cultural del Perú de hoy, a través de las sobrevivencias presentes en los cantos, ritmos y prácticas religiosas; las diversas formas de opresión racial que experimentan los negros en diferentes partes del mundo; la rebelión contra el racismo y la búsqueda de la liberación de todos los pueblos negros. Es obvio que fuerzas semejantes a las que influyeron a los primeros poetas de la escuela de

²⁷ De las composiciones poéticas analizadas en este trabajo, sólo *Muerte en el ring* y *Sudáfrica* son poemas; todas las otras composiciones son décimas de pie forzado.

negritud fueron las que inspiraron a Nicomedes a que expresara en sus décimas y poemas sus pensamientos sobre la experiencia afroperuana porque los resultados alcanzados por Santa Cruz son muy semejantes. Santa Cruz, en el último poema analizado, demuestra haber ampliado su concepción de *negritud* en coincidencia con la más reciente definición, la brindada por Senghor. Todas estas consideraciones sugieren la posibilidad de clasificar a Santa Cruz y a un numeroso grupo de poetas hispanoamericanos como poetas de *negritud* o mejor dicho como poetas de la literatura neo-africana.

“EL LIBRO DEL DESTIERRO”

Por *Jaime GIORDANO*

“**E**s en América hispana en donde la poesía se abreva en la fuente primera de las cosas sin reflejos lógicos ni metafísicos. El hombre del Nuevo Mundo no sintió en su espíritu los carbones ardientes de la Edad Media y pudo contemplar libremente el fenómeno del mundo material, desplegado con una riqueza sinfónica ante sus ojos” (Jorge Carrera Andrade, “El poeta y el mundo material”, en *Interpretaciones hispanoamericanas*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1967, p. 268).

“Lo fugaz, la extensión, el tiempo, el número
son los cuatro barrotes de mi cárcel
metafísica en donde doy vueltas y más vueltas
hasta cansar mis huesos ambulantes”

(Jorge Carrera Andrade, *Livre de l'exil...*, Université de Dakar, 1970, poema XI).

“**N**UESTROS años constituyen el umbral de una Edad Nueva que ya se vislumbra (...); época del primer viaje del hombre al cosmos, o mejor dicho, de su primera salida fuera de la Tierra, época del descubrimiento de las galaxias azules y de los “quazares” o fuentes de luz iguales a millones de soles. Época prodigiosa en que se han ensanchado los horizontes humanos hasta un punto jamás alcanzado en la historia del mundo. El poeta de esta época debe abrir los ojos para ver lo más lejos posible y poder distinguir la diferencia que existe entre el alba y las falsas luces que han estado ardiendo desde hace siglos” (id., p. 271).

“Julio arde en los arbustos
Por vez primera el hombre desembarca en la luna
(...)
La morada metálica se posa
en el suelo lunar

No hay una gota de agua ni una brizna de hierba
 Hay sólo la ceniza de los siglos
 el polvo de la muerte
 oh Sahara del cielo
 inmenso catafalco deleznable
 donde se marca el paso de los hombres
 vanos conquistadores de la nada" (id., poema XXIII).

Como eminencia gris de la generación vanguardista en Hispanoamérica (Borges, Huidobro, Neruda, Vallejo, Guillén), Jorge Carrera Andrade sigue desarrollando paso a paso la labor poética que iniciara a los 19 años con la publicación de *El estanque inefable* (Quito, 1922). Su último libro muestra un ulterior proceso hacia la depuración estética, y sus temas no sugieren una problemática que trasciende las preocupaciones normales del oficio poético y abordan naturalmente las del empleo existencial.

Las veinticinco partes que forman la unidad poemática titulada "Libro del destierro", alcanzan figura estructural como para merecer el nombre de poemas (más que de fragmentos como preferiría el autor). Como tales los consideraremos en el resto de este estudio. Han sido publicados por el Centro de Altos Estudios Afro-iberoamericanos de la Universidad de Dakar. Es una edición bilingüe (español-francés), con el título de *Livre de l'exil précède de Message à l'Afrique*, dirigida por René L. F. Durand, de quien son también la presentación que sirve de introducción a los textos, las traducciones al francés y una bibliografía de las obras del poeta ecuatoriano (poesía, prosa, traducciones). Durand ha sido un traductor y crítico fecundo; ha publicado versiones al francés de Darío, Juan Ramón Jiménez, Alejo Carpentier, Miguel Otero Silva, Asturias y muchos otros autores iberoamericanos. En 1966, en la colección *Poètes d'aujourd'hui*, editó el libro intitulado *Jorge Carrera Andrade*, con presentación, selección de textos, traducción y bibliografía dirigidas por él. Recientemente publicó un breve libro sobre Darío, *La Négritude dans l'Oeuvre Poétique de Rubén Darío*.

A primera vista, las veinticinco composiciones reunidas bajo el título general de "Libro del destierro" caen bajo la caracterización con que los críticos definen la poesía de Jorge Carrera Andrade: "registro del mundo". Este registro estético será "el legado que el poeta, creador de belleza a lo largo de una obra fecunda, dejará a los lectores de su poesía" (R. Durand: "Presentation de ...", p. 9, traducido). La estructura de estos poemas suele ser, algunas veces, la del apóstrofe y la prosopopeya: "Mundo, vuelvo a contar tus pájaros veloces" (I), "Higuera (...) me enseñas" (II), "Lu-

cero pordiosero: recoge" (III), "Te reconozco viento del exilio" (V), "Caracola del cielo: Tu música de nácar" (XV), "Descansa mente mía" (XV), "Te amé mujer de manos laboriosas" (XVI), "Mutación, mutación yo te venero" (XIX), "Agosto, no me engaña tu disfraz de cosechas" (XXIV), poema donde la actitud lírica es, además, la de imprecación ante el aislamiento lírico del poeta en momentos en que el mundo necesita de su canto ("Suma tu grito al coro de la familia humana / que llora el sacrificio de sus mejores hijos"). Muy común es la actitud deílica, como si nos mostrara objetos que están ante su presencia: "esas pequeñas tumbas / el rastro de mis pasos/" (VIII), "He llegado a este límite, este sitio / donde no crece hierba ni hay señales" (XXI); o describiéndolos para nosotros: "El país del exilio no tiene árboles. / Es una inmensa soledad de arena" (VII), "Es el desierto vasto como el tiempo" (VIII), "Inmensas extensiones del exilio" (X), "El árbol (...) es burla de los pájaros" (XIV), "Este sitio (...) es límite o comienzo" (XXI), "El agua gris dialoga con la piedra" (XXII), "En el suelo lunar (...) no hay una gota de agua ni una brizna de hierba" (XXIII), etc. La continuidad física entre el sujeto lírico y la circunstancia descrita es también característica: "Todo transcurre en torno y en mí mismo" (I), "me persiguen", "me envuelves", "me muerdes", "para impedirme el paso" (V), "Sus fantasmas de arena me persiguen" (VII), "He perdido el camino"... (VIII), "Cada día me alejo"... (IX), "Me circunda la niebla del olvido" (X), "...en donde doy vueltas y más vueltas / hasta cansar mis huesos ambulantes" (X), "Obedezco al llamado de las alas" (XV), "...mirando en el ocaso / aparejar las nubes" (XVII), "Dejadme distinguir en medio del estruendo" (XX), "He llegado" (XXI), "Entro con una lámpara" (XXV).

A primera vista, pues, este nuevo libro de Carrera Andrade confirma la estética objetivista que, según el propio poeta, caracteriza a toda su poesía. Es claro que se trata de un objetivismo a la manera que 'a grosso modo' llamaríamos sobrerrealista. "Libro del destierro" responde a una poética que se propone un documento estético de la realidad, pero en un sentido que supera al de la poesía post-modernista. Ya no es el concretismo de un Baldomero Fernández Moreno, ni el testimonio de lo cotidiano a lo Valdelomar, ni siquiera el substancialismo de lo singular a la manera de Gabriela Mistral. Su visión lírica del objeto, su contemplación del contorno imprime sobre ellos la dimensión imaginaria. Así el objeto y el contorno quedan trascendidos, no a la manera simbolista, sino a partir de una voluntad gnoseológica que pretende escrutar lo esencial maravilloso de las cosas concretas. Como el Neruda de

las "odas elementales", es poesía escrita desde una actitud moral (que no contradice lo poético en cuanto es una moral que busca la alegría y la paz). Tal actitud entraña un optimismo transido de un valor que reprime o contiene el natural pesimismo de quien ya ha visto bastante.

La experiencia suele ser de reducción ontológica ante la objetividad, como la que podemos encontrar desarrollada en ese notable documento generacional que resulta ser *Meditación en la costa*, de Eduardo Mallea; de encuentro portentoso con las obras del hombre y la naturaleza, en cuanto formas estructurales en que lo imaginario convive en identificación con lo real. Esta apertura al objeto prefiere la presencia al recuerdo, aunque a veces no desdeñe volverse hacia esas presencias interiores, como en el poema XXV de "Libro del destierro". El objeto, visto por Carrera Andrade, descubre (no restituye) su dimensión mítica, imaginaria. Es claramente un poeta importante dentro de la generación su-sobre-o-super-realista (como se prefiera), que produce el realismo mágico o maravilloso en la narrativa (Carpentier, Asturias, Yáñez, Borges), se declara desconforme con la mera constatación regionalista, concretista de la realidad, y produce en lírica la trascendencia del contorno, en Vallejo; la contemplación ontológica de la realidad, en Neruda (por ejemplo, en "Alturas de Macchu Picchu"), o ese "mimetismo mágico-rítmico", de Nicolás Guillén.

El objetivismo de Carrera Andrade muestra una interesante evolución, desde la preferencia estética por la redención imaginaria de lo singular, en su primera poesía, hasta la progresiva amplificación de lo objetivo, su pluralización y universalización. Este proceso implica que su poesía descubre una cada vez más acentuada inclinación a despojar el objeto contemplado de su ingeniosa presencia física, y a remontarse hacia los horizontes, los límites, las esfumaciones, es decir, en general, la dimensión cosmizada de la realidad. Si revisamos el "registro del mundo" tal como lo encontramos en su último libro, publicado en Dakar, en 1970, pero escrito en París antes de su traslado en agosto de 1969 a Stony Brook (Nueva York), observaremos que la lista de objetos sometidos a contemplación, definición y canto son entidades que tienden a la vastedad, lo colectivo; son intuiciones totales que sugieren estructuras cósmicas.

Los objetos traídos ante la presencia del contemplador lírico, y que conforman las estructuras temáticas de estos poemas son: 1) Totalidades: el mundo (I y VI); 2) Extensiones vastas: el país del exilio (VII), la extensión arenosa (VIII), los desiertos del Océano (X), el país más duro y áspero (XXI), el Sahara del cielo

[la luna] (XXIII); 3) Elementos o materias sin figura singular: el viento (V), el río (XIV), las nubes (XV), la lluvia (XXII); 4) Objetos distantes: el lucero (III), la guerra de Vietnam (XX), la nave espacial (XXIII), las minas de la memoria (XXV); 5) Autorreferencias: yo (IV), yo, alejado de mí mismo (IX), mi morada (X), yo (XIII), el yo como poeta (XVII), la memoria (XXV); 6) Categorías ontológicas: lo fugaz, la extensión, el tiempo, el número (XI), el tiempo (XII), la mutación (XIX); 7) Formas convencionales: el mes de agosto (XXIV).

Los únicos objetos singulares que encontramos como motivos estructurales de poemas en "Libro del destierro", son: la higuera (II), la mujer (XVI) y el pan (XVIII). Y aun ellos pueden ser debatidos: a) La higuera puede ser, en el poema II, tanto un objeto concreto como un símbolo o una alegoría de la "vejez fértil" ("Higuera: vejez fértil / más que cualquiera juventud frondosa"...); b) La mujer ("mi dios doméstico") posee una singularidad ambigua y podría ser perfectamente la mujer en general, lo femenino, o una imagen en la que se funden varias mujeres (la primera imagen sugiere la mujer original, la feminidad maternal: "Te amé mujer de manos laboriosas / creadoras del mundo de mis sueños", mientras que la última estrofa sugiere el amor a la esposa: "Te amé, te amé mujer, mi dios doméstico. / Y te amaré hasta el día"...); c) El pan es más una alegoría que una presencia concreta; el poeta, por decirlo así, 'cruza' la realidad tangible del pan que le sirve sólo de 'médium' para contemplar una cosa distinta; nuevamente surge la sospecha de si se trata de una verdadera alegoría que encubre, por lo tanto, un concepto: "En la hogaza de pan veo el semblante / de las madres del mundo"... , donde el ver es más intelectual que perceptivo, pues lo visto a través del pan no es tampoco visualizable, sino plural y de una multiplicidad que escapa a la condición de visible.

Es claro, en consecuencia, que el "registro del mundo" se ha, por un lado, interiorizado (especialmente en las autorreferencias), y, por el otro, cosmizado, universalizado. Esto equivale a decir que el objeto lírico, en Carrera Andrade, ha pasado a mostrar nuevas dimensiones. "Libro del destierro" reitera, de este modo, la tendencia que se había observado en los últimos libros del autor. La capacidad de percepción y su elaboración en imágenes tiende a ser desplazada por una aperccepción que debilita los contornos de las figuras de la objetividad.

Sugerente es un poema donde la luz se apaga para apercibir lo lejano: "Cuando la luz apago cada noche / se alumbra mi conciencia", etc. Además aquí el acto de visión hacia adentro no es único,

sino que se presenta como repetido; es decir, el poeta nos está haciendo un resumen de una costumbre de ver (no es 'apagué la luz', sino "cuando apago"...; que podría explicitarse diciendo 'cada vez que apago la luz', etc.); no nos está presentando un concreto y singular acto de ver. Tampoco en el poema XXV el paseo visual por los objetos de la interioridad es 'un' paseo, un caso concreto, una experiencia precisa que provoca el poema, sino un resumen de experiencias acostumbradas, y que puede ser presentada explícitamente con una definición colectiva de ellas: "...en suma la belleza de la tierra / que revive a la luz de los recuerdos". El proceso de composición del poema no se yergue sobre la actitud concreta de contemplación, sino sobre un resumen, un haz de varios o muchos actos cuya semejanza el poeta presenta desde cierto distanciamiento que nosotros llamaríamos intelectual (en el buen sentido de la palabra).

El mismo poema XXV, sin embargo, nos ofrece la excepción, y justamente logra eficacia poética cuando singulariza lo que era plural y se refiere a un recuerdo concreto:

"...hasta dar con el oro de un momento
que sucedió una tarde
en un país remoto
bajo un árbol florido, ahora muerto".

Pero lo que proporciona efecto estético a estos versos no es la visualización de lo singular, sino el contorno indefinido, ambiguo con que nos lo presenta el poeta. Lo que le da valor estético a la imagen no es, en consecuencia, la singularización, sino la atmósfera de vacío, de insignificancia y de nadificación que contiene aquel hecho no narrado (y que quizá no valga la pena narrar) del pasado; en otras palabras, el efecto trágico de estos versos no reside en que sean un "registro del mundo", sino, todo lo contrario, en que son una negación del mundo.

Un viento de nirvana, de vacío existencial conmueve los objetos del registro, y el testamento que Carrera Andrade nos lega (poema VI) parece deshacérsenos entre los dedos; son entidades desgastadas: "las formas gastadas por la arena de los años"; "ocazos", mentiras, "promesas que no se cumplirán". El humor se torna sombrío cuando entre las cosas legadas encontramos esas "hectáreas" que no son de tierra, sino "del viento"; aquí el sarcasmo es tan fino que la ambigüedad que podemos percibir profundiza el efecto estético de estos versos; ambigüedad entre: a) La belleza e idealidad del legado, y b) Su falacia y su vacío. En otros poemas,

el viento es la materialización de la nada, y es pura falacia ontológica: "Alza el viento sus torres deleznales" (VIII), "Te reconozco viento del exilio / Saqueador de jardines", etc. (V), "El rastro de mis pasos / dura sólo un instante porque el viento / cubre de arena esas pequeñas tumbas" (VIII).

En resumen, el objetivismo de la poesía de Jorge Carrera Andrade se resiente (en cuanto objetivismo, no en cuanto poesía) de una progresiva interiorización, es decir, una tendencia a hacer objeto de referencia lírica al propio yo, y también de una progresiva cosmización, es decir, una tendencia a pluralizar, amplificar, desvanecer sus contornos concretos. Es un paso adelante en una etapa de la evolución poética de Carrera Andrade que puede ser claramente prevista en sus últimos libros. "Libro del destierro" es, pese a las apariencias, un libro de alejamiento de la realidad concreta, una experiencia del desgaste ontológico del mundo y una manifestación de calma y nadificación existencial en que las pocas olas de entusiasmo provienen más bien de la casi escéptica recurrencia a los viejos consuelos. El poeta sigue fiel, no obstante, a una costumbre de apóstrofe objetalista que atañe más bien a la configuración estructural del poema, y menos a una fe efectiva en el valor intrínseco de los objetos apelados. En cuanto a éstos, su sobrerealidad se hace más manifiesta que su realidad.

Revisaremos los tres niveles en que se da la objetividad en "Libro del destierro": la singularidad interiorizada como experiencia del aislamiento existencial, la pluralidad o multiplicidad, la unidad o totalidad cósmica. Y al entrar a revisar el segundo nivel, haremos un paréntesis para referirnos al concepto de belleza en Carrera Andrade y a las limitaciones que le impone su generación.

I. *La objetividad singular*

LA singularidad, en "Libro del destierro", no existe más que como soledad subjetiva. Y está provista de dos caras: una volcada hacia la multiplicidad (aspecto de la objetividad que desarrollaremos en seguida) y la otra hacia una zona, un fondo propiamente subjetivo que el poeta no acierta a imaginar en términos de realidad: "Desde el fondo de mí un hombre mudo" (IX), "Un hombre de ceniza me acompaña / a medias en la sombra sumergido" (XXV), "Me busco y no me encuentro" (XIII).

La subjetividad concentrada en sí misma se presenta como negativa, y los elementos que expresan dicha negatividad son: "mudo", "no existo", "de ceniza". Es decir, la subjetividad tiene un fondo

que es como su cara volcada hacia sí misma, en contraposición con la otra cara volcada hacia la multiplicidad; dicho fondo es negativo, en esos tres ejemplos, por tres razones diferentes, respectivamente: a) "mudo", desprovisto de la objetividad del sonido; b) "no existo", desprovisto de la objetividad de la existencia; c) "de ceniza", puro desgaste, ya que la ceniza no es objetividad en descomposición o ya descompuesta, sino el desgaste mismo, abstraído de toda objetividad que se haya desgastado.

Lo que tradicionalmente se ha considerado la forma misma de la subjetividad: el alma, tiene una participación sugestiva en el poema III. No es el alma una entidad que posea verdadera existencia, una realidad que pueda ser inmortalizada. El alma, aquí, participa de una reducción a la mudez, a la vaga inexistencia, al puro desgaste de lo subjetivo:

"Todas estas luces para el entierro de mi alma
que está velándose desde hace años
en este armatoste de hueso pensativo" (III).

Y, al final del poema, el poeta afirma que no necesita de un lucero para asistir al velorio de la subjetividad; basta con una luciérnaga: "A mí me basta una luciérnaga / para velar mi alma". Cuando en el poema siguiente escribe: "Me nutrí de países y de climas", entendemos la única manera mediante la cual la subjetividad puede ser salvada. Sólo nos debe preocupar el uso del pretérito que tiende a transferir la felicidad hacia el pasado. La misma actitud elegíaca frente a la felicidad estructura el último poema de la colección. Pero, al mismo tiempo que la positividad, la alegría y la belleza parecen venir desde lo exterior, también la angustia se objetiviza. La subjetividad no es, por tanto, infierno, sino más bien limbo, desierto o vacío: negatividad pura. La angustia es, aunque destructora, externa: se embosca "en las esquinas", es "furia del espacio", envuelve al poeta desde el exterior, lo persigue y muerde (V).

Es así como el poeta, cuando aspira a la paz, busca refugio externo. La profundidad interior del hombre no es refugio, es un abismo. Sólo que el mundo no parece ofrendar ese refugio al peregrino. En el poema IV, se define ese refugio como "una morada", y, aún en forma más precisa, "un oasis de plantas en la arena". Veremos después cómo, frente a una vastedad infinita, la positividad reside en la pluralidad: "plantas". Ese refugio que no se encuentra, en el poema V resulta inasequible por culpa del viento, "salteador emboscado en las esquinas / para impedirme el paso hacia el refugio".

Las sucesivas autorreferencias del libro inciden en la misma desvalorización y, en verdad, aniquilamiento de la subjetividad, y es imposible resistirse a comparar estas autorreferencias con las de Neruda (ver Hernán Loyola, *Ser y morir en Pablo Neruda*) donde el caso es el opuesto.

En el poema VIII, los pasos del poeta son "pequeñas tumbas", y esto es así no sólo porque se trate de presente vuelto pasado, sino porque las pisadas son marcas de la subjetividad dentro de la objetividad, marcas por supuesto irrelevantes, transitorias, ontológicamente inferiores a cualquiera realidad no interior.

"El rastro de mis pasos
dura sólo un instante porque el viento
cubre de arena esas pequeñas tumbas".

Del mismo modo, la subjetividad se opone a la objetividad en el poema X, y quien sale perdiendo es la primera:

"Cada día es más isla mi morada
rodeada por la espuma de las nubes.
Cada día es más agua el horizonte
como un mar infinito con sus luces".

La subjetividad se presenta bajo una figuración singular: "isla", mientras que la objetividad está representada, o por elementos plurales: "nubes", "luces", o por materialidades sin contornos definitivos y que tienden más bien a la amplificación: "espuma", "agua", "horizonte", "mar infinito". De ello puede deducirse que la aseveración implícita en las imágenes es la de que la subjetividad tiende al aislamiento, a la soledad, y este alejamiento de los objetos (que a su vez van perdiendo contornos, haciéndose desconocidos para el sujeto lírico) se siente como extremadamente doloroso. Este dolor de la subjetividad que ya no reconoce su mundo y se encuentra cada vez más en una isla (morada o refugio desobjetivado, por tanto negativo), encuentra su clímax en los versos: "Mi corazón da un grito de gaviota / perdida en los desiertos del Océano". Al establecerse alrededor de la subjetividad la "niebla del olvido", el aislamiento respecto del mundo queda consumado, y el sujeto lírico reducido al espanto de la soledad.

En suma, la objetividad, al singularizarse, pasa a convertirse en signo o figura de la subjetividad: es una gaviota perdida en el océano, un cactus en el desierto, unos pasos sobre la arena. El objetualismo, convertido en autorreferencia, está motivado por el aleja-

miento, la difuminación del mundo objetivo: "el mundo envejece" (I). Pero esta atención hacia la interioridad no lleva más que al vacío abismal, y la reacción espontánea del poeta es hacia el exterior. Allí encontrará dos modos de objetividad: la pluralidad y la totalidad. Recordemos que en la poesía contemporánea, tanto la subjetividad como la pluralidad del mundo y las nociones de totalidad han proporcionado imágenes de salvación. En Carrera Andrade hemos visto que, al volcarse la atención en la subjetividad pura, nos encontramos con el vacío y la soledad. Veamos, en seguida, si la multiplicidad y las imágenes de totalidad le proporcionan un ancla ontológica.

II. *La objetividad plural*

EN el poema XXV, Carrera Andrade define lo que para él sería la belleza:

"Minas de la memoria:
 las riquezas reposan en lo oscuro
 en el fondo de ciegas galerías
 donde yacen figuras de mujeres
 los domingos del mundo
 los países vestidos de verdor
 las ciudades las nubes del poniente
 en suma la belleza de la tierra
 que revive a la luz de los recuerdos".

La "belleza" es, en primer lugar, la belleza "de la tierra". Es un atributo estético positivo de lo material; no existe separada, abstraída de la realidad. Es cierto que se la encuentra "a la luz de los recuerdos", pero entonces se trata de una supervivencia, no de su actual trance de vivir. La belleza es, pues, presencia; la que encontramos en la memoria es un revivir, no su existir original. Característicamente, la belleza no es subjetiva, no existe en el 'yo' que, como en César Vallejo, es más bien carente, falto de esencialidad; es externa y debe ser encontrada.

Los objetos bellos se materializan como "riquezas". La imagen se estructura como una cosmización de las "minas"; la dialéctica entre oscuridad ("ciegas galerías") y la luz que emana de las riquezas mismas y del acto de recordarlas, sugiere, al mismo tiempo que un proceso de aventura hacia lo bello ajeno a la subjetividad, la capacidad de atesoramiento, de capitalización de imágenes bellas dentro de esos subterráneos que es la interioridad.

La belleza reside como atributo de objetos muy claramente determinados y elegidos, y las imágenes de estos objetos se atesoran en el recuerdo. Su enumeración sugiere una curiosa variedad de ideales estéticos:

a) "figuras de mujeres", donde lo femenino vuelve a ser eje de sobrerrealidad hermosa;

b) "los domingos del mundo", donde se evidencia un criterio selectivo frente a la objetividad, esto es, hay un rechazo de la regularidad, la normalidad de los otros días, y se prefiere el día festivo, de descanso y celebración, no lejos de una preferencia de tipo simbolista;

c) "los países vestidos de verdor", donde el verdor es signo de naturalidad y fertilidad, es decir, hay también una selección de los lugares posibles en los cuales vivir en la tierra, y el poeta, en un elogio saint-john-persiano, destaca aquellos países que dan beneficio, paz y abundancia a la humanidad;

d) "las ciudades", donde el credo humano atiende a los centros de congregación (dentro de la enumeración de objetos bellos, es éste el de más contemporánea vigencia estética);

e) "las nubes del poniente", imagen compensadora de "las ciudades", de regreso a la ensoñación del desgaste ("concentración jugosa de crepúsculos", ha escrito también en el poema II).

El concepto de belleza es, por tanto, para Carrera Andrade, relativamente conservador; pero es necesario advertir, además, que esta apreciación de la belleza como valor estético predominante existe sólo en uno de los niveles de la objetividad, y que será el que veremos a continuación. Los otros dos niveles se rigen por otros valores estéticos que no son la belleza, sino encarnaciones de aspiraciones estrictamente contemporáneas. Hemos visto el nivel de lo singular o subjetivo, donde el valor estético, lejos de ser la belleza, parece ser la contemplación del espanto abismal, y el efecto estético es, no la admiración, sino la mezcla numinosa de terror y fascinación, esto es, valores estéticos posteriores a la época de vigencia de los diversos clasicismos, y más familiares a las diversas tendencias románticas que se multiplican en los últimos doscientos años de nuestra historia artística. El encuentro de la belleza es sólo una posibilidad venturosa entre las muchas otras sombrías que acechan al sujeto lírico. De hecho, en la primera estrofa del poema XXV, puede decirse que el poeta sólo está haciendo un inventario de lo que contienen las minas de la memoria *antes* de bajar a ellas; en estricto sentido, el poeta *no está viendo* esas riquezas que siguen reposando en lo oscuro, "en el fondo de ciegas galerías". El revivir "a la luz de los recuerdos" no es la afirmación de algo

que está sucediendo, simultáneo a la redacción del verso, sino una afirmación general, reflexiva, de la idea de que esas riquezas reviven cuando son recordadas. Solamente la segunda estrofa presenta un revivir de riquezas en acto, y entonces se trata de sólo "una". La pluralidad de la primera estrofa ("figuras", "domingos", "países", "ciudades", "nubes") contrasta con el "oro de un momento", presencia de un solo hecho hermoso ("un momento", "una tarde", "un país", "un árbol florido"), y ya hemos visto cómo lo singular está asociado a la tragedia de la soledad y su condición de ente único, por lo tanto, inmediatamente precedero, sujeto a necesaria muerte.

Pero lo que más nos interesa destacar en el poema XXV, es la diferente actitud sentimental que inspira ambas estrofas. La primera está impregnada de alegría, aunque sólo se trata de la afirmación de una realidad no presenciada; encontramos una enumeración de pluralidades vastas, no concretas; una afirmación de riquezas que se encuentran, por decirlo así, en la caja de fondos de nuestra memoria, pero que no están inmediatamente disponibles ni menos expuestas a la vista del poeta ni del lector. Esta estrofa está llena de positividad, y sin embargo, el nivel de su objetividad es uno que no se presencia ni tiene presencia posible. Queremos decir, en consecuencia, que Carrera Andrade nos está anunciando el mundo que, sin embargo, nosotros tendríamos que descubrir por nuestra propia cuenta. Lo que nos hace pasar por felicidad (la alternativa frente a la soledad abismal y, como veremos, frente a la totalidad desértica) es sólo el anuncio de la multiplicidad de las cosas, para lo cual prefiere utilizar los conceptos generales en forma de términos plurales, y en la mayor parte de los casos sin elementos determinativos que singularicen, acoten, particularicen el ámbito de significación.

Digamos, en resumen, que, para Carrera Andrade, "los países" sugiere positividad, pero "un país", por el contrario, la negatividad de lo singular (así como "el país", la totalidad abstracta e indiferenciada, como veremos después).

Es así como en el poema VI, la épica del autor de *Hombre planetario* es la épica de la pluralidad. Los términos positivos son todos plurales o, cuando singulares, resultan ser sustantivos colectivos o de universalidad concreta.

"Abrid mi testamento: mi legado es el mundo
la inmensa joyería de la luz en el cielo
en el agua y la tierra
el prodigioso número de pájaros

que llenan con su música el planeta,
 los ocasos de todos los países
 como sangre en la arena o tesoro en las rocas
 agonía en el mar o incendio entre los árboles
 los ocasos del mundo abarrotados de oro
 mintiendo paraísos
 renovando promesas
 que no se cumplirán hasta el fin de los tiempos.
 Los colores terrestres y las formas
 gastadas por la arena de los años
 las hectáreas del viento
 el cielo donde laten los astros incontables
 rubíes de un reloj de eternidad y espacio
 componen mi legado para todos los hombres".

El poema evidencia por sí mismo, sin necesidad de detallado análisis, esta épica de la abundancia (tan diferente al concepto negativo de la multiplicidad que encontramos en César Vallejo). El poeta es, como el "creacionista" Huidobro, un pequeño dios que en su día domingo nos lega el mundo. Los sustantivos omnicomprendidos: "mundo", "planeta", "todos los países", "el cielo", "un reloj de eternidad y espacio", proporcionan la idea de una vastedad finita a la vez que infinita. Los otros términos son claramente plurales, y hay nuevamente una reiteración de la ensoñación de los objetos bellos como riquezas: esta vez es "la inmensa joyería de la luz", "tesoro en las rocas", "los ocasos del mundo abarrotados de oro". La ley estructural parece ser la del plano evocado: el testamento, donde comúnmente lo que se lega es riqueza, objetos de valor económico; así, el contraste de lo prosaico económico (joyería, tesoro, oro, rubíes —envolturas preciosas de lo prosaico) con el valor puramente estético del mundo, alcanza su clímax en esas "hectáreas del viento" que ya hemos comentado antes. Leído, en cambio, este poema desde un criterio bancario, es obvio que el poeta no nos ha legado nada. Esa pluralidad distante de las cosas, en la que todos podemos participar, no es en verdad una posesión, en el sentido de que, tal como ocurría en la primera estrofa del poema XXV, no es una presencia, sino un repaso mental de categorías plurales y, en consecuencia, referencias generales, abstractas.

El número, determinado como "prodigioso", hace la felicidad del "río" (poema XIV). El árbol, en cambio, condenado a la singularidad y, peor, a la inmovilidad, sufre "su dolor de forzado paralítico". El río es claramente un objeto plural y móvil; ello lo hace feliz. Puede ir descuidadamente de un sitio a otro y por eso

"va diciendo su alegría de ser río"... Para mayor crueldad, "los pájaros" (en el poema VI era "un prodigioso número de pájaros"), plurales, múltiples, congregados, juntos, promiscuos, veloces, móviles, se burlan del árbol. En contraste notable, el poema IX presenta la desgracia del "yo" solitario como una pérdida del mundo plural:

"Ha perdido los árboles y pájaros
de su reino terrestre
Ha perdido el caudal de las palabras".

Cuando "el árbol" se convierte en "los árboles", es un nivel de objetividad enteramente diferente y positiva; pasa a incrementar la 'épica de la abundancia' (sería "lírica-épica", según la terminología de Kayser), abundancia referida y no presenciada.

El poema XV también opone lo subjetivo y, en consecuencia, singular, a la objetividad plural. Lo subjetivo cobra vida sólo cuando el mundo abundante viene desde el exterior a fecundarlo y nutrirlo. Sugerentemente, se trata de una "caracola". Esta caracola es "la caracola del sueño y del olvido", pero al mismo tiempo vienen a impregnarla los sonidos, la música, los llamados del mundo. Todos estos llamados son múltiples y es por ello que parecen positivos, estimulantes; del exterior vienen: a) "el viento [que "resuena"] del mar y de la tierra"; b) "lamentos de pájaros marinos", lamentos que llegan a la caracola como "música" que se "multiplica"; c) el llamado de "el mundo verde", y del "sol fugaz entre las nubes", de "tantas naves más allá de los diques"; d) la "música de nácar" del cielo que "hace dúo a la espuma del mar y de las flores"; e) otro llamado todavía más tentador, el de "las alas", donde el salir desde la subjetividad se impregna del ensueño aéreo de liberación.

Este poema subraya nuevamente la positividad de lo plural, así como su no presencia y, al cabo, su no disponibilidad: todo lo que se recibe del mundo abundante, se recibe en el interior de la caracola "del sueño y del olvido"; algunos objetos están detrás de otros, semiocultos, existen en la lejanía o en la multiplicidad infinita.

Esta distancia entre el sujeto y la realidad plural queda de manifiesto en el poema XVI, donde un médium le trae al poeta los objetos del mundo. La mujer viene a ser algo así como un cuerno de la abundancia.

"Me trajiste la sal, la luz de las naranjas
un tiempo más dorado que un domingo sin nubes.

Tus manos construyeron palacios en la niebla
terrestres paraísos amueblados
con espejos de cielo, armarios de tesoros.
Tus manos me ofrendaron las viandas y los frutos
del país de la dicha", etc.

El elogio de la "mutación" (poema XIX) incide en esta misma actitud himnica ante la abundancia. La mutación se entiende como multiplicación y desarrollo. Si en otros poemas el tiempo es desgaste (ejs.: XI y XII), aquí la noción de mutación es directamente opuesta. El tiempo, como totalidad nadicadora, es diverso respecto de la mutación que es, por el contrario, categoría de lo plural. Ella genera una esperanza, una utopía, un día en que por fin el desarrollo, la multiplicación y la abundancia llegarán a su colmo y plenitud.

"[Que] el mar se pueble de algas de colores
El espacio descubra su secreto
Que se funden colonias en la luna
Todos los hombres vuelen
Mutación, mutación danos un día
que esté fuera del tiempo y del espacio".

Veremos, en seguida, que el tiempo y el espacio son categorías superiores, más vastas que lo plural. Pero que tampoco son ninguna solución.

Pero antes, como colofón a este capítulo sobre la objetividad plural, cabe señalar dos peligros que se ciernen sobre el sujeto desde este mismo nivel de multiplicidad:

a) Que la movilidad de lo plural se transforme en velocidad y torbellino, circunstancia en la cual lo positivo se trueca, al revés de Huidobro, en agresivo y peligroso: el cuerno de la abundancia puede arrojarnos al rostro viento, lluvia, bombas;

b) Que el mundo abandone su distancia y se acerque demasiado a la "tumba azul de mi ventana" (I).

En el poema V, frente a los "jardines" (pluralidad positiva) están los "látigos del polvo" del "viento del exilio". El viento persigue con sus "silbidos" al poeta y borra sus pisadas (igual que en poema VIII). Frente a la positividad de "los árboles", el viento es un "roedor" que trata de destruirlos. Frente a la positividad de la movilidad del río (que ya hemos destacado), el viento trae "desorden", "estrucendo", "torbellino". La pluralidad puede, en consecuencia, ser víctima del caos, de la velocidad, y los ruidos que

llegan hasta la caracola desde el mundo externo, pueden transformarse en estridor. Otras pluralidades negativas son los "perros implacables" (que llegan hasta el sujeto y lo muerden), los "coros enemigos", y una múltiple omnipresencia agresora del viento como "salteador emboscado en las equinas". La objetividad plural es positiva, en consecuencia, en cuanto su ritmo sea semejante a la calma del ensueño, y su distancia no se reduzca excesivamente.

Sin embargo, dejemos en claro que aquí el viento no es necesariamente un viento material, objetivo, sino que puede entenderse como una alegoría del destierro y el efecto que éste ejerce sobre la paz del ensueño de la abundancia. En el poema XX, la guerra en Vietnam es una pesadilla en la noche, y contrasta la pluralidad agresiva de "los helicópteros" ("tábanos del azul" —típica definición a lo Carrera Andrade) con "mis sueños poblados de florestas". En ambos poemas, igual que en el XXII donde la pluralidad agresiva es la de la "lluvia", estos elementos (viento, lluvia, bombardeo) son más bien alegorías del desgaste subjetivo. Es claro esto en el caso del viento y la lluvia ("la soledad se aprende con la lluvia"). En el caso de Vietnam, es la guerra "una piedra en mi almohada" y el ruido es multiplicado por "las sombras". El zumbido de los helicópteros se cierne "en mi cabeza", y las primeras víctimas del bombardeo son "mis sueños". La funcionalidad de "los niños esqueléticos", dentro del poema XX, es que "me miran". De todo ello podemos concluir que tanto el viento, como la lluvia y la guerra de Vietnam son, esencialmente, modos de autorreferencia. En los tres casos, las pluralidades agresivas son internas, y se entienden poéticamente como una amenaza al sujeto.

III. *La objetividad total*

Si las glorias de la multiplicidad, la abundancia abstracta, constituyen el momento más positivamente jubiloso de la estética de Jorge Carrera Andrade, la necesidad de anclar en categorías firmes de la objetividad lo lleva a trascender una vez más el nivel de lo objetivo. La singularidad solitaria, la multiplicidad exultante, incluso ambas en contrapunto, dejan una interrogante ontológica: el mundo de lo relativo debe anclar en formas objetivas absolutas.

El gusto por las amplitudes indiferenciadas, donde lo singular es un gesto irrelevante de la nada, se advierte especialmente en los poemas VII ("el país del exilio no tiene árboles"), VIII ("el desierto vasto como el tiempo"), XII ("el tiempo inmóvil mira nacer, crecer, morir / y permanece entero sin gastarse, infinito"), XXI

("este límite, este sitio / donde no crece hierba ni hay señales / de agua o flor, el país más duro y áspero"), XXIII ("la vacía inmensidad del cielo"). En otros casos, no es un motivo estructurante del poema total, sino un apoyo a la manera del 'leit motiv'; ej.: "No queda otro camino que las constelaciones / para llegar al punto de la nada / donde comenzó mi viaje", donde lo singular es sólo un punto que no se distingue en la amplitud espacial que tiene aquí la imaginación de la nada: "el gran charco del cielo" (III); o "un mar infinito con sus luces" e "inmensas extensiones del exilio", etc., en el poema X; o la contraposición de categorías omnicomprensivas: "extensión", "tiempo", con categorías accidentales, singulares, irrelevantias que atan la vida del individuo: "fugaz", "número", en el poema XI; etc.

Suponemos que la primera impresión que dejan estas imágenes aquí reunidas es la de desaliento y desamparo ante un cosmos demasiado vasto para que consideremos relevantes los sucesos de la vida y la muerte de lo singular; aun lo plural se relativiza y, desde esta perspectiva, el consuelo único que nos pueda dar depende de que olvidemos esta silenciosa indiferencia de lo absoluto.

Observemos algunos de los poemas donde este nivel estructura todo el poema. Lo primero que fácilmente podremos haber ya advertido, a través de los ejemplos, es que el poeta imagina lo absoluto de dos maneras diferentes que, no obstante, pueden naturalmente superponerse: como espacio y como tiempo absolutos.

El poema VII presenta la ensoñación de la objetividad total como espacio:

"El país del exilio no tiene árboles
Es una inmensa soledad de arena
Sólo extensión vacía donde crece
la zarza ardiente de los sacrificios".

Es obvio que la intuición del exilio tiende a cosmizarlo. No se trata sólo de estar lejos de Ecuador (la patria del poeta), sino de una mayor lejanía: un distanciamiento en que toda singularidad se desvaloriza y anula. Esta singularidad se presenta aquí como "la zarza ardiente de los sacrificios", donde la existencia individual aparece inmolándose en una comunicación aniquiladora con un absoluto notablemente concebido a la manera oriental, especialmente la que estructura prácticamente todas las religiones budistas; pero también asociada al mito bíblico: la zarza contemplada por Moisés en el desierto antes del éxodo, también él en exilio junto a todo su pueblo. El hecho de que en este poema puedan existir referencias

concretas a lugares donde Carrera Andrade ha vivido su exilio sería, desde el punto de vista de la estructura imaginaria del poema, irrelevante y nos llevaría a falsos niveles de comprensión. El exilio está aquí cosmizado hasta el punto de que se pretende alcanzar la intuición de todo exilio, entendido como un alejamiento respecto de la patria absoluta.

Pero tampoco el país del exilio tiene "árboles", es decir, no goza de las glorias de la abundancia. Como extensión indiferenciada ("inmensa soledad"), lo individual se pierde junto con los contornos y las formas de cada grano de arena. Como extensión vacía, es reino de la muerte. Como "inmensa soledad de arena", es *todo*; como "extensión vacía", es *nada*.

El todo es imaginado, de este modo, como compacto, singular a su manera cósmica, y, en consecuencia, capaz de soledad.

El poema VIII reitera una estructura imaginaria semejante: "extensión disfrazada de transparencia". En el poema XXI, el sujeto lírico se ubica en un sitio "donde no crece hierba ni hay señales / de agua o flor, el país más duro y áspero"; la actitud es de duda, imprecisión respecto al sentido de ese sitio. Obviamente, es la perplejidad ante esa contradicción de lo absoluto: todo y nada a la vez.

"Es umbral de un país de manantiales
frontera del desierto y de la noche
o comarca más fértil que los bosques
y todos los jardines de la tierra".

Interesante a este respecto es el poema XXIII donde el primer viaje a la luna, que equivale a un primer sondeo por el espacio exterior en dimensiones mayores que las habitualmente ha escudriñado el hombre (los desiertos del cielo, las extensiones vacías), se imagina como una vana conquista "de la nada". "La vacía inmensidad del cielo" convive con la ensoñación de una luna hermética, compacta, especie de ídolo de lo absoluto indiferenciado, donde el todo se confunde con la nada.

"La morada metálica se posa
en el suelo lunar
No hay una gota de agua ni una brizna de hierba
Hay sólo la ceniza de los siglos
el polvo de la muerte
oh Sahara del cielo
inmenso catafalco deleznable
donde se marca el paso de los hombres
vanos conquistadores de la nada".

Al igual que en el sitio absoluto, en el país del exilio o el desierto, no hay hierba ni agua: la estructura es claramente la de un 'leit motiv' que suele repetirse incluso con sus elementos secundarios. Del mismo modo, como ya hemos visto, la "ceniza" no implica necesariamente algo que se haya quemado, sino que se trata de una especie de ceniza ensoñada como eterna; en este sentido, más obvio es "el polvo" como propiedad del suceder eterno de la muerte en la luna (sin que tampoco ello signifique que algo se haya muerto; una muerte a nivel absoluto, que no es muerte de nada ni nadie en particular, sino muerte pura). El "Sahara del cielo", donde la comparación de la vasta extensión con el desierto se explicita, se asocia con la imagen del espacio de la muerte: el "catafalco". El verso final cierra con precisión propia de ángel exterminador la idea central del poema. Aunque el tema de la objetividad total no es aquí motivo estructurante, es claro que se despliega alrededor de la presentación de un hecho concreto como un haz de 'leit motiv' que lo transforman en materia de ensueño.

Pero la objetividad total puede ser ensoñada como tiempo. La imaginación de Carrera Andrade, como, en general, la de su generación, aun cuando le adjudique al tiempo una función ontológica determinante, tiende a espacializarlo.

No obstante, en el poema XII nos encontramos con una referencia imaginaria del tiempo sin que se nos concrete su substancia en volumen: "El tiempo no transcurre, nosotros transcurrimos". "El tiempo inmóvil mira (...) permanece entero sin gastarse, infinito". "Nos forma / el tiempo nos madura".

EL mundo se desplaza entre esos dos extremos: la soledad del yo y la indiferencia de lo absoluto. Entre ambas nada, existe la abundancia de lo plural, única fuente de alegría.

Pero el sentido de este "Libro del destierro" parece ser, en suma, el distanciamiento progresivo de esa esperanza. La nada subjetiva y la nada absoluta van ocupando el campo de la imaginación, desplazando la alegría de la multiplicidad. Y la última poesía de Jorge Carrera Andrade se aproxima notablemente a una lírica del silencio y a una especie de tímida veneración de una objetividad que tiende a vaciarse implacablemente.

LOS DOS OFICIOS DE FABIO CACERES

Por Richard FORD

LA novela de Ricardo Güiraldes es una evocación de un estilo de vida. El autor de *Don Segundo Sombra* quiere observar e interpretar la vida del gaucho argentino desde cerca, y para tal fin hace entrega del quehacer narrativo al personaje Fabio Cáceres, quien durante varios años fue gaucho y por lo tanto conoce este estilo vital de primera mano. El enfoque que busca Güiraldes en su obra no es el de la exactitud e imparcialidad científicas del sociólogo. Su manera de tratar la materia es interesada: desea evocar la vida gaucha como algo sagrado,¹ con una leve aureola de idealismo, sin dejar de tratar a la vez el aspecto más real y palpable de esta vida —el trabajo físico y el sufrimiento. Fabio Cáceres representa la solución idónea, dados los requisitos del autor: el viejo hacendado, al repasar memorias agrídulces de su vida de gaucho, añade el elemento subjetivo y tierno al análisis. Sus reflexiones generales, y en particular sobre su protector, don Segundo Sombra, idealizan la vida gauchesca, en tanto que los recuerdos de sus propios actos tienden a presentar la visión más realista de esta existencia.² Fabio Cáceres es maestro de dos oficios: experto en las faenas campestres, y artesano literario; conocedor de la pampa y de la página. El análisis de la novela consistirá, por tanto, en examinar ciertos episodios de la juventud del protagonista (oficio gauchesco), y en ver cómo va recordando estas experiencias y transmitiendo sus impresiones al lector (oficio narrativo).

El Fabio Cáceres que escribe esta obra no es el mismo Fabio Cáceres que vivió las experiencias descritas en ella. El narrador es evidentemente un hombre culto, poseedor de conocimientos literarios. El refinamiento de su estilo nos dice en seguida que no es

¹ En la Dedicatoria afirma que el libro va dirigido, entre otros, "al gaucho que llevo en mí sacramento, como la custodia lleva la hostia", Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra* (27a. ed.; Buenos Aires: Editorial Losada, 1969), p. 9. Las demás referencias a paginación se darán entre paréntesis en el texto y se referirán a esta edición.

² La índole de la narración como acción recordada también sugiere la distancia con la que Sombra se evoca: el gaucho como institución nacional argentina es algo que pertenece ya al pasado.

ya el simple gaucho de su relato. Tiene que haber sufrido un cambio de circunstancias: de otro modo resultaría un personaje inverosímil e inconsistente. Surge así una especie de ansiedad por parte del lector, todavía incapaz de explicarse por qué Cáceres muestra tanta habilidad narrativa al contar su historia. La incertidumbre se mantiene casi hasta el final, cuando el narrador explica la herencia de su padre y el concomitante cambio de su rango social y nivel educativo, guardando estricto orden cronológico —al igual que su antepasado remoto del Tormes— en la exposición de los hechos. Para el narrador-partícipe³ existen dos tiempos clave: el de los sucesos que evoca, y el momento en que decide referir estos hechos, poniéndolos al alcance de algún lector. Operan siempre dos constantes temporales —el tiempo de lo descrito y el de la descripción— y en la interdependencia y juego de los dos niveles ha de buscarse una importante vía de acceso al análisis crítico. En *Don Segundo Sombra* el lector debe perseverar hasta el fin de la novela para tener unas cuantas pistas acerca del segundo tiempo. Decimos pistas, porque en realidad nunca averiguamos el momento exacto de la composición de la obra: Cáceres puede tener cuarenta o setenta años cuando la escribe. Nos enteramos del cambio de fortuna del narrador, lo que aplaca nuestras inquietudes anteriores, pero no podemos precisar el momento de la redacción, excepto para decir que es unos años posterior a ese cambio. Es decir, Cáceres dedica en sus memorias mucho espacio a su vida de gaucho y prácticamente nada a su vida subsiguiente. Tal procedimiento es eminentemente válido y conforme con el propósito de la obra, pero deja pocos datos sobre el personaje que escribe el libro. Es menester escrutar las pocas noticias que tenemos sobre cómo es Cáceres cuando compone su libro, a fin de comprender mejor la perspectiva desde la cual el narrador está viendo la acción que describe.

El último de los veintisiete capítulos de la novela está dedicado a atar cabos sueltos: el momento es el de la despedida de don Segundo, quien se ha quedado tres años con Fabio en su estancia recién heredada. El narrador explica de pasada la transformación de su propia persona y carácter —su iniciación en la literatura a manos de su amigo Raucho— y luego añade:

A todo esto, poco a poco, me iba formando un nuevo carácter y nuevas aficiones. A mi andar cotidiano sumaba mis primeras inquietudes literarias. Buscaba instruirme con tesón.

³ Entiéndase por "narrador-partícipe" aquel que participa en la acción que refiere, en oposición al "narrador-observador", que cuenta una historia en la que no interviene.

Pero no quiero hablar de todo esto en estas líneas de alma sencilla. Baste decir que la educación que me daba Don Leandro, los libros y algunos viajes a Buenos Aires con Raucho, fueron transformándose exteriormente en lo que se llama un hombre culto. Nada, sin embargo, me daba la satisfacción potente que encontraba en mi existencia rústica. (pág. 184).

Aquí lo tenemos: la escasez de datos sobre el Cáceres maduro que escribe el manuscrito se debe, no a falta de tiempo, sino a falta de ganas. No *quiere* hablar de esta fase de su vida, porque la etapa anterior, la *gauchesca*, es más agradable de recordar. Su identidad gaucha es, además, la que mejor resume su esencia de hombre: aún se considera *alma sencilla*; el tiempo lo ha metamorfoseado sólo *exteriormente* en hombre culto. De hecho, este último capítulo está contado como todo el resto de la obra: como recuerdo. Ni siquiera aquí deja el narrador su acostumbrada técnica de revivir memorias para fijar el punto de referencia presente, para situar temporalmente el momento en que escribe todo esto. ¿Cuál es el instante preciso en que Cáceres dice, "No *quiero* hablar de todo esto..."? No lo sabemos nunca. Podemos suponer dos cosas: 1) que Cáceres es todavía relativamente joven y realmente no posee más recuerdos placenteros que los de su carrera de gaucho, o 2) que es más viejo y simplemente opta por omitir las vicisitudes de su vida de hacendado porque no le produce deleite y solaz pensar en ellas. La segunda posibilidad, desde luego, parece la más probable. Pero en cualquier caso, lo importante es el autojuicio del narrador: su idea de que lo más digno de evocar y contar de su vida son sus experiencias rústicas.

Casi todo lo que se nos cuenta está percibido con ojos de adolescente iletrado y referido por un hombre cultivado y reflexivo. Son experiencias vividas por una personalidad y evocadas por otra más madura, que intenta reproducir sus sensaciones de tiempo atrás con fidelidad, a la vez que agrega opiniones y modalidades expresivas típicas del hombre de letras. La dualidad, la hibridez, de tal estilo es patente cuando se lee, por ejemplo:

Había que concluir de una vez y, tomando mi coraje a dos manos, después de haberme acomodado del modo que juzgué más eficiente, ... di la voz de mando.

—¡Largueló no más! (pág. 49).

Aquí reproduce el narrador lo que él mismo había dicho —metátesis intacta— al montar un caballo bravío. Parece paradójico el contraste entre la expresión correcta del narrador y el habla tosca de quien

es en realidad el mismo personaje.⁴ Es esta dualidad, siempre evidente en la prosa de la novela, la que distancia al narrador de los hechos narrados y subraya en el relato la calidad de recuerdo. En esencia, la dualidad se manifiesta cada vez que un giro descriptivo de algo muestra más inventiva y capacidad expresiva de las que tenía Fabio Cáceres en el momento de experimentar ese algo. En la primera página de la novela el narrador explica cómo un día había ido de pesca, esperando canjear los pescados por golosinas o centavos. Se sentía de humor poco sociable, esquivaba la compañía de sus compañeros de costumbre. Recordando este humor melancólico el narrador pone: "La pesca misma parecióme un gesto superfluo" (pág. 11). Tanto la expresión como el pensamiento de esta observación son muy superiores a la capacidad del muchacho de catorce años que pescaba aquel día. El joven pensaría algo por el estilo, pero no se diría, "Paréceme la misma pesca un gesto superfluo". Más adelante, después de describir algunos sonidos de la pampa, Cáceres coloca esta oración elíptica: "Solitarias expresiones de vida diurna que amplificaban la inmensidad del mundo" (pág. 42). De nuevo, el narrador se acuerda de un pensamiento o estado de ánimo suyos y los expresa con vivez aumentada. Los ejemplos abundan en metáforas como éstas, imágenes vanguardistas muchas de ellas:

El borracho me miraba como a través de un siglo. (pág. 13)

Las espuelas resonaron en coro, trazando en el suelo sus puntos suspensivos. (pág. 43)

y las lechuzas empezaron a jugar a las escondidas, llamándose con gargantas de terciopelo. (pág. 55)

En el vasto recinto bostezaba una desesperante atonía. (pág. 82)

La yegua madrina alzó la cabeza, desparramando un tropel de notas de su cencerro. (pág. 96)

Pero al mismo tiempo tenemos que reconocer que el joven Fabio dista mucho de ser lerdo, y su palabra pronta y gracia verbal le hacen objeto de la simpatía de los personajes y, muchas veces, del lector. Donde más descuella es en el humor rápido,⁵ pero también

⁴ Compárese:

Coligiéndome bien fijo, dije despacio, sin ostentación, pues no estaba el asunto como para compadradas:

—Lárguelo no más. (p. 155).

⁵ Ya lo advirtió el venerable gaucho:

—¡Oh! —aseguró Don Segundo—, si es por pico no hay quidao. Antes de callarse, más bien se le va hinchar la trompa. Es de la mesma ley que los loros barranqueros. (p. 53).

es capaz de expresar ciertos conceptos con finura. Un amigo le acaba de aconsejar que se quede a trabajar de domador para don Juan, quien "sabe abrir la mano grandota y es fácil que se refalen unos patacones" (pág. 158). Fabio le explica su deseo de permanecer con don Segundo Sombra, que "igualmente que su patrón, sabe abrirla muy grande y lo que en ella se puede hallar no son patacones, señor, pero cosas de la vida" (pág. 158). Cáceres es muy capaz de haber dicho esto, y no hay que interpretarlo necesariamente como uno de tantos toques artísticos adicionados por el narrador oficial. Pero de la autenticidad de otro tipo de observación podemos estar más seguros. Cáceres acaba de heredar su propiedad, y el narrador declara:

Me imaginaba disparando de mi nueva situación, como Martín Fierro ante la partida... (pág. 174)

El joven Fabio Cáceres tal vez haya oído nombrar al gaucho de José Hernández, pero en el momento de apoderarse de sus nuevas posesiones no es fácil que lo hubiera conocido como lector, y por tanto, la comparación, sobre un episodio específico del poema, parece originarse en el narrador culto.⁶

Hemos visto la dualidad peculiar que representa Fabio Cáceres comparando su estilo narrativo con sus palabras citadas en el diálogo y cotejando la elocuencia descriptiva del narrador con los recursos perceptivos y verbales del muchacho. La disparidad es manifiesta asimismo en ciertos titubeos expresivos dentro de la narración. Mientras que los anteriores ejemplos de expresión poética y sutil contrastaban con la relativa rudeza del que había observado los fenómenos descritos, en otros casos ocurre lo contrario: una locución de carácter rústico en la narración delata los antecedentes gauchescos del narrador. Los ejemplos más obvios son las metáforas e imágenes sencillas, bien arraigadas en la materia prima de la vida campestre —como éstas, pronunciadas por los mismos personajes del libro:

estás sumido y triste como lechón que se ha dejao quitar la teta. (pág. 70)

Sintió que el corazón le corcoviaba en el pecho como zorro entrapao. (pág. 75)

⁶ En todo caso, la comparación es adecuada —más de lo que Cáceres puede saber—, porque no se da cuenta de que él también, como Martín Fierro, es personaje de un libro, invención literaria.

Aquí habías de estar vos, haciendo gárgaras como sapo en el barro (pág. 91).

irás con tu alma por delante, como madrina'e tropilla. (pág. 176).

Este es el tipo de metáfora que utiliza el gaucho: (las) que asimilan un fenómeno a otro más familiar, dentro de su experiencia cotidiana. Cuando metáforas casi idénticas aparecen, no en el diálogo sino en la narración misma, Cáceres está saliendo momentáneamente de su posición de narrador culto para identificarse más plenamente con un estilo de vida que fue suyo y que le sigue hechizando. El primero de los ejemplos arriba citados fue pronunciado por el joven Cáceres, que reincide en sus viejos patrones de expresión cuando escribe estas líneas como narrador:

Tenía reseca la garganta como carne de charque (pág. 52)

tenía las rodillas empapadas y las botas como aljibe, (pág. 60)

No hallaba postura y me removía como churrasco sobre la leña. (pág. 99)

No hay taba sin culo ni rodeo sin golpeados. (pág. 112)

Yo conocía esas cosas desde chico, y me movía en ellas como sapo en el barro. (pág. 135)

Desde luego, el narrador no se limita a expresarse mediante estas metáforas del tipo más elemental. Con frecuencia toma imágenes sacadas de la misma rutina agreste y les dota de mucha más poesía y profundidad que las que el mero gaucho podría concebir. Así también resalta el carácter dual de la elaboración narrativa:

Pensé en Don Segundo Sombra, que en su paso por mi pueblo me llevó tras él, como podía haber llevado un abrojo de los cercos prendidos en el chiripá. (pág. 63)

En eso, todos los rostros se volvieron hacia la puerta, al modo de un trigal que se arqueó mirando viento abajo. (pág. 67)

El cielo tendió unas nubes sobre el horizonte, como un paisano acomoda sus coloreadas matras para dormir. (pág. 98)

Sin embargo, veíamos avanzar, a toda carrera, largas hilachas de nubes grises, perdidas de rumbo como yeguada cimarrona ante el incendio de un pajal. (pág. 167)

Mas el narrador, tan entendido en el manejo de estos efectos de delicado lirismo, prefiere muchas veces un giro gaucho, probablemente más expresivo que una fórmula culta. Al describir el sufri-

miento de un amigo, declara que su dolor "debió ser medio regular, porque de zaino que era el herido, se puso más amarillo que patito recién salido del huevo" (pág. 122). ¿Dónde está el narrador culto aquí, entre dolores "medio regulares" y "patitos" recién nacidos? La respuesta es que ha querido desembarazarse temporalmente de su precisión y refinamiento lingüísticos para captar su pensamiento de antaño, para ver los fenómenos a través de ojos gauchos otra vez. Estos comentarios son los que hubiera hecho el joven Fabio Cáceres en el momento de observar la escena, pero no son presentados como palabras suyas, dialogadas, sino como pareceres del narrador. En otras ocasiones aparecen de repente locuciones gauchescas cuyo empleo delata la misma intención:

Patrocino, que sabía lo que había que hacer, estiró su lazo y la cabeza del toro quedó contra el suelo, quieras que no. (pág. 118)

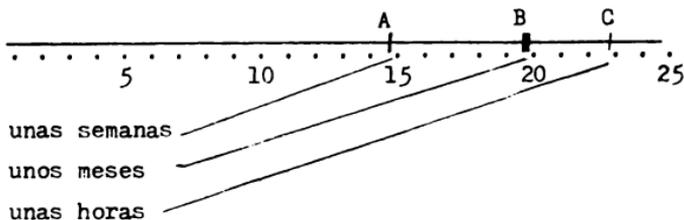
Si un hombre cargara con palabras como las de Paula, "pitaríamos del juerte" juntos. (pág. 132)

Todos estos giros —especie de atavismos expresivos— revelan claramente el estado de ánimo del narrador. Anhela reencontrar la sensación de libertad y desenvoltura de que gozaba en otro tiempo y que fue impedida al imponérsele el papel de terrateniente. Su búsqueda del pasado —y de sí mismo— no se limita al terreno de las ideas y sensaciones: se extiende también al campo del lenguaje. La transformación exterior de Cáceres no afecta las regiones más recónditas de su sensibilidad, donde impera aún la agilidad verbal del campesino, la sabiduría del gaucho.⁷

Después de haber visto lo poco que el narrador nos dice de sí y de haber explorado la dualidad implícita en la elaboración de la obra, conviene examinar la narrativa a fin de sacar unas conclusiones sobre el narrador y su técnica literaria. El hecho de que Cáceres no haya querido hablar de estos datos no significa que no se pueden desprender por medio de un análisis de la estructura y el estilo del libro. Como insinuamos antes, la novela está constituida exclusivamente de recuerdos. Temporalmente estos recuerdos caen en tres divisiones bien definidas. La primera, que ocupa los primeros nueve capítulos, representa la niñez de Fabio, antes de conocer a don Segundo Sombra, y sus primeros pasos de gaucho. La segunda división, que abarca los capítulos X-XXVI, empieza con un salto de cinco años y se ocupa de las peripecias de Cáceres durante unos meses en la pampa y el retorno a su estancia heredada. La última sec-

⁷ "Algo inadaptado y huraño me quedaba del pasado", declara significativamente (p. 184).

ción es el capítulo final, que versa sobre la despedida de don Segundo, tres años más tarde. La estructura, pues, es sólida y bien delineada: el narrador evoca tres momentos de su vida separados por intervalos de aproximadamente cinco y tres años respectivamente. En cada caso comienza explicando lo que ha sido su vida inmediatamente anterior a estos momentos: en la primera parte, su niñez pasada con sus tías y su vida callejera en el pueblo; en la segunda, lo que ha aprendido del oficio de gaucha (mayormente enseñanzas de don Segundo); y en la tercera, su educación a manos de don Leandro y Raucha. Así que lo que tenemos aquí son memorias dentro de memorias, o más artísticamente expresado: el narrador recordándose recordándose. En cada sección, también, Cáceres continúa describiendo lo que le pasa en seguida de estos momentos evocados. Este es el meollo del relato: la acción, que ocupa curiosamente poco espacio temporal en relación con los trechos saltados y condensados en los recuerdos.⁸ Gráficamente, en una escala de 25, que representa los 25 primeros años de su vida, el tiempo ocupado por la acción es mínimo:



La fórmula estructural no puede ser más explícita, pues cada uno de los tres núcleos narrativos consiste en un momento inicial reflexivo, seguido de un tiempo cronológico activo.

En el primer hito (A) de la trayectoria narrativa, que corresponde a los catorce años de edad, el narrador empieza por resumir su vida anterior a aquella escena inicial de la novela (págs. 11-15). En medio de la página 15 dejamos los recuerdos para ocuparnos del tiempo cronológico:

Gradualmente mis recuerdos habíanme llevado a los momentos entonces presentes.

⁸ Hay que insistir otra vez en que tanto la "acción" como los "recuerdos" de los que hablamos en esta frase son, a su vez, recordados. *Don Segundo Sombra* consiste en acción recordada y recuerdos recordados.

La frase sintetiza admirablemente la perspectiva temporal adoptada, subrayando el paço del nivel reflexivo al activo. El resto de la primera parte de la novela (págs. 15-61) es la versión de lo que acontece durante las pocas semanas que integran el momento A.

Principia el capítulo diez con un salto de cinco años. Dando de beber a su caballo en un río, se pone a pensar Fabio en el tiempo transcurrido desde el momento A (págs. 62-64). Nos reintegramos repentinamente al nuevo tiempo cronológico (momento B):

A esa altura de mis mecedoras evocaciones, el bayo Comadreja dio una espantada que casi me quita el manejador de entre las manos. (pág. 64)

Y de aquí a la página 181 —el grueso de la novela— veremos las hazañas del Fabio Cáceres ya convertido en gaucha.

El momento C, como los dos anteriores, abre con la revisión del tiempo saltado. El espacio de tres años que media entre B y C se compendia en una breve exposición (págs. 182-184). Sigue el momento C propiamente dicho, eso es, la despedida de Fabio y don Segundo, última escena de la obra.

Pero ¿por qué razón ha escogido el narrador precisamente estos tres momentos para estructurar su obra? La contestación está en un patrón que Cáceres ha observado que parece estructurar su propia vida: el agua. Se ha señalado con frecuencia este principio organizador —el mismo narrador nos lo revela en la ocasión del último de los tres momentos de que se acuerda:

Está visto que en mi vida el agua es como un espejo en que desfilan las imágenes del pasado. A orillas de un arroyo resumí antaño mi niñez. Dando de beber a mi caballo en la picada de un río, revisé cinco años de andanzas gauchas. Por último, sentado sobre la pequeña barranca de una laguna, en mis posesiones, consultaba mentalmente mi diario de patrón. (pág. 182)

La cercanía del agua parece suscitar recuerdos para Cáceres, ya que los tres momentos más reflexivos de su juventud han sido a orillas de algún cuerpo de agua. Quizá el matemático, dado en muchos casos a la extrapolación, deduciría que en la hora de escribir su libro Cáceres haría una travesía oceánica, puesto que lo único capaz de suscitar tantas memorias juntas sería la presencia ilimitada del agua. La conclusión que con más seguridad se puede sacar del fenómeno es que el narrador comprende la índole del simbolismo y

usa lo simbólico para estructurar su obra. El fluir del agua es simbólico del fluir temporal: al contemplar el agua, Cáceres contempla su vida, su pasado.⁹

Evidentemente, la obra está bien organizada, revelando el espíritu esencialmente ordenado del narrador. Pero el hecho de que haya echado mano del simbolismo para alcanzar esta estructura armónica añade otra dimensión a la narrativa: los objetos y acciones usuales —no sólo el agua— asumen a veces una función y significación más allá de su identidad normal, y revelan mucho acerca del proceso mental del narrador. Cáceres piensa repetidamente en términos simbólicos, viendo en una situación aparentemente común y sin importancia un valor trascendente. Al tomar la decisión de abandonar la casa de sus tías y buscar nueva vida, recoge sus pertenencias y se echa a dormir, esperando que se haga más tarde para poderse escapar:

Y como no tenía más que llevar, me tumbé entre aquellas cosas de mi propiedad, dejando vacía la cama, con lo cual rompía a mi entender con toda ligadura ajena. (pág. 24)

Nuevamente topamos la cuestión de si el muchacho realmente acertó a precisar el pensamiento hasta este grado, o si es idea del narrador. Pero este distingo no importa aquí. Basta con saber que el narrador es dueño de este refinamiento del pensamiento y que es capaz de ver en una cama vacía un indicio de algo más trascendental: el rompimiento con un estilo de vida y el principio de otro.¹⁰ Razonando del mismo modo, en el momento de marcharse del pueblo, declara:

como verdadero paisano, salí del pueblo hacia los campos, cruzando el puente viejo. (pág. 25)

⁹ El agua se identifica también con Cáceres mismo: "Yo sufría por todo, como un agua sensible al declive, al viento, al sol y a la hojita del sauce llorón que le tajea el lomo" (p. 166); "Como un arroyo que se encuentra con un remanso, daba vueltas y me sentía profundo, lleno de una pesada quietud" (p. 181). Nos puede parecer oportuno relacionar tal manera de concepcionar el transcurso de una vida con la propuesta en las conocidas Coplas de Jorge Manrique. "Nuestras vidas son los ríos que van a la mar": el arroyo y el río para Fabio Cáceres desembocan en el agua en reposo, la laguna de su tercer momento, el contemplativo, el filosófico.

¹⁰ Al dejar la estancia de don Leandro para ir con la tropa, Cáceres apunta una impresión semejante: "me incorporé satisfecho, echando, no sin tristeza, una mirada a mi cuartito y al catre, que quedaba desnudo y lamentable como oveja cuereada. Adiós vida de estancia..." (p. 41).

El viejo puente toma su lugar al lado del agua simbólica sobre la cual se extiende: cruzar este puente es cruzar el puente desde una etapa de su vida a otra. Considérese también el tratamiento especial dado al episodio del cangrejal (pág. 116). El combate feroz de los cangrejos se proyecta como reflejo caricaturesco de la vida humana. Así lo entiende Fabio, cuando observa la escena y comenta a su amigo Patrocinio: "Parecen cristianos por lo muy mucho que se quieren" (pág. 116). Otro ejemplo de la visión simbólica de los hechos es la escena en la que Fabio da muerte a un toro que le ha corneado el caballo y acaba de atropellar al mismo Cáceres. Lo que hace el joven gaucho aquí es primordialmente un acto de venganza, pero el episodio está descrito de forma que represente algo mucho más básico: la lucha constante del gaucho con las fuerzas de la naturaleza.

—Esta carta te manda el bayo —le dije al toro, y le sumí el cuchillo en la olla, hasta la mano. El chorro caliente me bañó el brazo y las verijas. El toro hizo su último esfuerzo por enderezarse. Me caí sobre él. Mi cabeza, como la de un chico, fue a recostarse en su paleta. Y antes de perder totalmente el conocimiento, sentí que los dos quedábamos inmóviles en un gran silencio de campo y cielo. (pág. 119)

La vida en la pampa es una lucha continua con animales bravos e inclemencias del tiempo. Esta guerra la tienen que librar los gauchos individual y colectivamente: Patrocinio había sido el que derribó la bestia para que la rematase Fabio solo. El triunfo de Cáceres sobre el toro viene siendo el triunfo eterno del gaucho sobre el medio ambiente, pero no sin dificultades y no sin sufrimiento: nuestro gaucho tendrá que pasar varios días encamado de resultas de sus heridas. Pero la pugna entre hombre y animal en la pampa no es un combate en que los partícipes se odian. Más bien existe una comprensión y aprecio mutuos entre los dos elementos —hombre y bestia—, al menos en la visión idealizada que el narrador procura transmitir. Esta extraña camaradería dentro de la lucha está tratada simbólicamente por Cáceres, que incluye el detalle de haberse caído sobre el animal, apoyándose la cabeza en su paleta. Los dos actores en el drama de la pampa quedan unidos por un instante —una tregua precaria— en el escenario del aire libre: "... los dos quedábamos en un gran silencio de campo y cielo."

El simbolismo como artificio literario tiene una función mucho más básica dentro de la obra. Además de ser rasgo característico del estilo, y, a través del tratamiento del agua, fundamento estructural de la novela, define la visión del personaje que da su nombre a la

obra: don Segundo Sombra. El retrato que presenta Cáceres del venerable gaucho es un catálogo de sus virtudes y habilidades. Pero por mucho que el narrador hable de estos detalles concretos, la visión final no es de un individuo, sino de un símbolo. Y así lo quiere el narrador, que en el proceso de evocar al hombre que tanto le enseñó de la vida, convierte a don Segundo en algo inefable, algo superior a los límites humanos. Esta elevación de don Segundo al plano abstracto está sistemáticamente realizada, valiéndose el narrador mayormente de una peculiar manera de ver al hombre físico: aprovechándose del apellido del gaucho, hace que se parezca a algo intangible, a una sombra. Recordando la primera vez que lo vio, Cáceres escribe:

Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser. . . (pág. 17)

El narrador aquí recurre a su técnica habitual de realzar una impresión infantil con conocimientos y perspicacia adquiridos posteriormente. Evidentemente, es posible que el joven Fabio sostuviera estas opiniones, porque un fantasma es fácil alucinación de quien acaba de confesar su terror a los muertos y las ánimas (pág. 16), y en realidad era al crepúsculo cuando se verificó la escena, así que la silueta del jinete bien podría haber parecido sombra. Pero el fantasma de cementerio y la sombra producida por el sol poniente no son precisamente a lo que el narrador se refiere. El realce estilístico aquí reside en el manejo deliberado del concepto de sombra en relación con el personaje. Que el joven pescador haya hecho estas observaciones acerca del gaucho no tendría nada de particular, porque desconoce todavía del recién llegado la identidad y el apellido. Que el narrador las haga indica un esfuerzo intencionado de dar valor simbólico al personaje. Así lo hace también al ver a don Segundo por última vez:

Un momento la silueta doble se perfiló nítida sobre el cielo, sesgado por un verdoso rayo de atardecer. Aquello que se alejaba era más una idea que un hombre. (pág. 185)

Fabio Cáceres ve a su padrino por primera y por última vez perfilado contra el cielo crepuscular. Don Segundo, tal como lo desea evocar el narrador, es impalpable: su presencia sólo se intuye como algo que se interpone entre el observador y una luz lejana, proyectando una sombra. Fabio se percata así de la llegada del gaucho;

Por fin la luz de la luna fue interceptada. Comprendí que mi padrino estaba ahí. (pág. 100)

Don Segundo se perfila repetidas veces sobre un fondo iluminado. Es "silenciosa silueta" (pág. 18), "la gran silueta del paisano, abultada por la noche" (pág. 57), "la silueta reducida... en la lomada" (pág. 185). Y otra vez:

Inmóvil, miré alejarse, extrañamente agrandada contra el horizonte luminoso, aquella silueta de caballo y jinete. (pág. 17)

La frase es digna de análisis. Separando la oración en sus elementos constitutivos, veremos que cada uno aporta una idea importante al significado total:

Inmóvil,	inercia, parálisis momentánea del joven, admiración, asombro
miré alejarse,	distanciamiento espacial
extrañamente	calidad misteriosa, inefable
agrandada	amplificación simbólica del valor del hombre
contra el horizonte luminoso	proyección sobre el fondo claro, sombra
aquella	distancia espacial y temporal
silueta de caballo y jinete.	asociación de hombre y caballo, unidad básica de toda faena gaucha.

Resumiendo, entonces, la calidad incorpórea de Sombra desarrollada por el narrador hace que se deje de ver como hombre y se comprenda como símbolo de lo más valioso y admirable de un estilo vital. Es el espíritu del gaucha.

Hemos visto que la novela depende para su impacto del motivo del agua y de la visión simbólica de los hechos. El tercer fundamento arquitectónico de la obra es la estructura cerrada o circular. En el sentido más amplio, la trayectoria vital de Fabio es un ciclo completo. Empieza siendo, aunque lo ignora, heredero de un rico latifundista; pasa por una etapa gauchesca, destinada desde un principio a clausurarse; y acaba por reintegrarse a la identidad y nivel social que siempre eran suyos. Dentro de esta dirección circular existen otras etapas cerradas que hace falta señalar, ya que no corresponden precisamente a la división establecida por los momentos A, B y C que vimos antes. El primer tiempo cerrado es el que comprende la estancia de Fabio en el pueblo, período que se enmarca perfectamente por el puente simbólico a que hemos aludido. La frase inicial de la obra fija el primer límite:

En las afueras del pueblo, a unas diez cuadras de la plaza céntrica, el puente viejo tiende su arco sobre el río, uniendo las quintas al campo tranquilo. (pág. 11)

Cuando Fabio resuelve huir de la casa de sus tías y adoptar otro estilo de vida, se cierra esta fase:

salí del pueblo hacia los campos, cruzando el puente viejo. (pág. 25)

Se abre a renglón seguido la segunda etapa circular con una frase curiosa que lleva implícita ya la profecía de su acabamiento. He-la aquí:

Para ir a lo de Galván tenía que tomar la misma dirección que para lo de don Fabio. (pág. 25)

Observación insignificante en apariencia es ésta, que sin embargo determina literalmente el curso del resto de la obra. Para "ir a lo de Galván", para volver a ver a don Segundo Sombra y hacerse gaucho, tomará el camino que lleva a las tierras de don Fabio, que es, a fin de cuentas, donde acabará por instalarse al fin de su larga trayectoria. El recorrido se comprende, por tanto, como un viaje siempre encaminado hacia la meta de don Fabio, en el que las andanzas gauchescas representan sólo una escala prevista. La segunda fase cerrada, pues, estaba predestinada a concluir.¹¹ Finaliza cuando el joven recibe la carta que le avisa acerca de su herencia, y regresa a la estancia de Galván, ahora como hacendado:

Un rato más tarde, tomábamos el callejón rumbo a lo de Galván. (pág. 178)

Su identidad ya es otra: mientras que su primera ida a la estancia de don Leandro representa su entrada a la vida gauchesca, este segundo viaje "a lo de Galván" significa la salida oficial obligatoria de esa vida. Principia ahora la tercera y última etapa de su vida, la que se cerrará sólo con su muerte.

Otra especie de estructura cerrada, que sirve de nexo entre las fases segunda y tercera que acabamos de examinar, es la repetición textual de un largo pasaje. Fabio acaba de matar al toro y ha perdido el conocimiento de resultados del encuentro. Despierta, todavía atontado, y trata de recordar qué pasó y dónde está. Ve la cara co-

¹¹ Cáceres se da cuenta de su suerte: "En mi destino estaré escrito que todo bien era pasajero" (p. 15).

nocida de un hombre, y la de una mujer, pero no sabe quiénes son. Por fin, llega a la conclusión de que está en la estancia de don Leandro Galván y que la voz que oye es la de Galván. La escena está descrita con una vaguedad impresionante:

¿Qué era cierto? Hacía un rato vivía en un mundo liviano y me lo explicaba todo:

—Ya has corrido mundo y te has hecho hombre, mejor que hombre, gaucho. El que sabe los males de esta tierra por haberlos vivido se ha templado para domarlos. Andá no más. Allí te espera tu estancia y, cuando me necesités, estaré cerca tuyo.

Acordate. . .

Cerca nuestro había un rosal florecido y un perro overo me husmeaba las botas. Yo tenía el chambergo en la mano y estaba contento, muy contento, pero triste. ¿Por qué? Me habían sucedido cosas extraordinarias y sentía casi como si fuera otro. . . , otro que había ganado algo grande e indefinido, pero que tenía asimismo una impresión de muerte.

Pero bien suponía que eso no era cierto. Verdad era mi abrumador estado de incomprensión y la lucha matadora en que me empeñaba para despojarme de esa torpe ignorancia. La luz me atribulaba; más lejos, había sombras y algo se movía en ellas, haciéndome presumir que debía concentrar mi atención en su sentido. (pág. 120)

¿La voz que oye Fabio y la acción que imagina son en realidad un sueño? ¿La luz que le "atribulaba" es de veras la luz que lo despierta? ¿El "mundo liviano" a que se refiere es su estado de semi-conciencia? Parece que la respuesta a estas preguntas es afirmativa, que se trata de una simple visión soñada. El mismo Fabio sospecha inmediatamente que lo que percibía no era verdad. Entonces la voz no es de Galván ni de Patrocinio —el que realmente atiende al paciente— sino una voz escuchada entre sueños. La voz vuelve a aparecer, sin embargo, unas sesenta páginas más adelante. Cáceres se presenta ante su nuevo tutor, Galván, quien le habla de la transformación que ve en el joven. No es diálogo, porque Fabio se limita a escuchar. Mientras oye las palabras de don Leandro, su pensamiento se extravía un poco y recuerda la escena de antes:

Dejé de oírlo un momento. La voz continuó:

—Ya has corrido mundo y te has hecho hombre, mejor que hombre, gaucho. El que sabe de los males de esta tierra, por haberlos vivido, se ha templado para domarlos. . .

¿Qué significaban esas palabras oídas? Yo había vivido aquello en un mundo liviano.

Cerca nuestro había un rosal florecido y un perro overo me husmeaba las botas. Yo tenía el chambergo en la mano y estaba contento, pero triste. ¿Por qué? Me habían sucedido cosas extraordinarias y sentía casi como si fuera otro... , otro que había ganado algo grande e indefinido, pero que tenía asimismo una sensación de muerte.

—Te irás de aquí cuando quieras y no antes —siguió la voz.— Allá te espera tu estancia y, cuando me necesites, estaré cerca tuyo...

Dando la conversación por terminada, Don Leandro llamó hacia el lado de la cocina de los peones:

—¡Raucho!— (pág. 179)

Se repite el pasaje anterior, palabra por palabra, con excepción de unos cambios ligeros. Que Fabio ha desatendido momentáneamente las razones de Galván es claro: afirma que deja de oírlo y que lo que escucha es *una voz*. El cambio pasa casi desapercibido, porque lo que dice la voz son cosas que lógicamente diría don Leandro en esta situación. Las pocas alteraciones textuales, sin embargo, apoyan la teoría de que Cáceres recuerda el incidente, y que el no reproducir las palabras de antes con precisión se debe a la imperfección de la memoria y a su tendencia natural a recordar significados y sensaciones —no la expresión verbal exacta de ellos. Además, la afirmación de Fabio de que "había vivido aquello en un mundo liviano" evoca nítidamente su estado delirante de aquel otro día. Fabio es sacado bruscamente de su ensueño por la voz penetrante —esta vez sí de Galván— que grita, "¡Raucho!".

Esta repetición es de una importancia inestimable. Es el sueño que se torna verdad, la visión alucinada que prefigura sucesos efectivos de la obra: Fabio sueña que Galván le habla debajo de los paraísos del patio, y la escena se verifica. El acierto del narrador de *Don Segundo Sombra* es que la significación de la situación soñada —y sobre todo, en este caso, de las palabras escuchadas— no se aprecia hasta que la escena se hace real. El lector comprende el sentido de estas palabras, porque ahora sabe que Fabio ha dejado de ser gaucho:

... sentía casi como si fuera otro... , otro que había ganado algo grande e indefinido, pero que tenía asimismo una sensación de muerte. (pág. 179)

El sueño, como otros indicios que hemos señalado, apunta hacia ese momento inevitable en que Fabio deberá asumir el papel que le tenía siempre reservado el destino. Reminiscencias calderonianas. Para Fabio, su vida gauchesca tendrá ahora la calidad brumosa e imprecisa de un sueño.

El último de los ciclos pertenece indiscutiblemente a don Segundo Sombra, estímulo y fuerza motriz de todos los ciclos de Cáceres. La aparición y desaparición de Sombra en la obra enmarcan el conjunto y le dan unidad y forma. El primero y el último momento de la novela son, si bien se miran, casi idénticos. En ambos casos encontramos sólo primero a Fabio. Es al atardecer y Cáceres está de humor poco boyante: "sentíame hosco, huraño" (pág. 11); "una fatiga grande pesaba en mi cuerpo y en mis pensamientos, como un hastío de seguir siempre en el mundo sembrando hechos inútiles" (pág. 182). En los dos casos, después de recapacitar Fabio sobre lo que ha sido su vida, sobreviene el encuentro con don Segundo Sombra, montado a caballo. Y en cada ocasión también, Cáceres observa, mientras el dechado de los gauchos se aleja, silueteado contra el cielo crepuscular. Cáceres y Sombra se conocen y se despiden en circunstancias paralelas, abriendo y cerrando un capítulo entero en la vida de ambos.

Quisiéramos señalar ahora otro rasgo primario de nuestra obra, al que hemos aludido sólo superficialmente. La materia de la novela —o sea, los recuerdos de Cáceres— se divide claramente en dos modos de narración: acción y pensamiento. Cada modalidad se caracteriza por un tono propio: la acción por un sentido de movimiento —la rapidez de una doma o el paso letárgico a caballo por la pampa— y el pensamiento por una suspensión de este acostumbrado dinamismo. Siempre que Cáceres se pone a pensar, el resultado es un descanso del ritmo acelerado de los hechos. Las metáforas mismas, unos ejemplos de las cuales estudiamos anteriormente, son pensamiento del narrador, y a la vez descanso en la sucesión vertiginosa de actos físicos. Al llegar Fabio y sus compañeros a un boliche, el narrador describe su entrada en la taberna y observa que estaba "amueblada con un par de bancos largos, en los cuales nos sentamos como golondrinas en un alambre" (pág. 47). La imagen proporciona un breve reposo del constante acontecer novelesco, rompiendo el hilo de la acción con un pensamiento sugestivo. Pero la división en mayor escala entre acción y actividad mental en la narración es más fácil de señalar, porque aquí el pensamiento es esencialmente el del joven Fabio Cáceres, no el del narrador que escribe la obra. El narrador puntúa su relato con varias secciones cortas dedicadas a describir sus reflexiones en un momento dado. Cáceres toma cuidado de distinguir bien entre estos momentos meditabundos y los ocupados por actividad, especificando que piensa, y poniendo énfasis en la transición entre pensamiento y acción. Empezando desde la primera página nos advierte:

Pensaba. Pensaba en mis catorce años de chico abandonado, de "gaucho", como seguramente dirían por ahí. (pág. 11)

Gusta no sólo de pensar, sino también de decir que piensa. Obsérvese cómo se llama la atención sobre la transición entre actuar y pensar en los siguientes casos. Se interrumpen sus reflexiones acerca de su "chinita" Aurora:

Distrájome de mis pensamientos la cruzada del río. (pág. 45)

Un par de páginas más adelante, se ve asaltado de dudas relativas a su éxito o fracaso como gaucho, y determina mostrar su valía enfrentando las situaciones difíciles. Su llegada a un boliche pone fin a sus cavilaciones. Comienza un nuevo párrafo así:

Mientras iba afirmándome en mi resolución vi que llegábamos a un boliche. (pág. 47)

El narrador está subrayando su paso del nivel mental al nivel activo. Lo hará una y otra vez. El primero de los ejemplos siguientes nos es familiar:

A esa altura de mis mecedoras evocaciones, el bayo Comadreja dio una espantada que casi me quita el maneador de entre las manos. (pág. 64)

Me dije que el paisano del rancho perdido debía tener extraviado el entendimiento, y dejé ahí reflexiones, porque bastante tenía con mirar al campo... (pág. 96)

En tan malas cavilaciones me encontraba, cuando ya, alta la mañana, pasamos por las quintas de Navarro. (pág. 171)

En otra ocasión, después de recapacitar sobre la condición del gaucho, escribe:

Siguiendo el hilo de los hechos, diré que una semana anduvimos sin trabajo. (pág. 166)

Lo que hace el narrador en tales casos es insistir en la naturaleza alternada de la narración como consistente en secciones de pensamiento intercaladas entre trozos descriptivos de acciones. Su insistencia sobre este punto se debe al fuerte contraste que ve Cáceres entre los dos elementos. Pensar es útil y necesario, pero no lleva a nada concreto. Actuar, en cambio, es vivir, lograr algo definitivo.

El pensamiento, según Cáceres, es una función de la acción, porque se piensa sobre lo que se hace. La ineficacia final del pensamiento se sugiere en estas líneas:

Llegado a esta altura de mis meditaciones, no pensé más porque la solución me satisfacía y porque el pensar hasta el cansancio no para en nada práctico. (pág. 23)

El pensamiento es menos importante que la acción:

Por otra parte, mis pensamientos no mellaban mi resolución, porque desde chico supe dejarlos al margen de los hechos. (pág. 37)

Quisiéramos subrayar estas últimas palabras e insistir en que los pensamientos quedan *al margen de los hechos*. Esto es verdad para el joven Cáceres, que debía atender a diario las faenas rutinarias y probaba su mérito actuando (oficio gauchesco). No es verdad para el viejo Cáceres, que opera como narrador exclusivamente dentro del ámbito mental y prueba su valor recordando (oficio literario). En todo caso, si el joven gaucho deja sus pensamientos al margen de los hechos, no es por gusto sino por necesidad. La mente del adolescente es viva y se recrea en reflexionar sobre los temas que le preocupan. Fabio llega al nivel más sublime del pensamiento después de presenciar el encuentro entre dos gauchos en que uno acaba matando al otro. El joven lamenta que el orgullo de un gaucho lo lleve a pelear hasta la muerte. Se pregunta si un individuo no es dueño de su persona y sus actos, si no es capaz de eludir un destino fatal. Luego dice:

¿Somos como creemos, o vamos aceptando los hechos a manera de indicaciones que nos revelan a nosotros mismos?

Revisaba mi vida, la de mi padrino, la de cuanta gente conocía. Sólo Don Segundo me daba la impresión de escapar a esa ley fatal que nos cacheteaba a antojo, haciéndonos bailar al compás de su voluntad. ¿Qué hubiera sido de mí si en lugar de cortarlo a Numa en la frente acierto a degollarlo? ¿Y si Paula acepta mis amores? Y allá más lejos, ¿si no paso por una encrucijada de callejones, en mi pueblo, al mismo tiempo que Don Segundo?

¡Suerte! ¡Suerte! ¡No hay más que mirarte en la cara y aceptarte linda o fea, como se te dé la gana de venir! (pág. 165)

Aquí Fabio ha entrado de lleno en el pensamiento filosófico. Reflexiona sobre la libertad del individuo, la posibilidad de conocerse uno

a sí mismo, y la tremenda dependencia del ser humano del azar, y relaciona todas estas inquietudes con su propia vida. Culmina su pensamiento con una queja conmovedora contra la Suerte, pasando los límites usuales de su acostumbrada serenidad para pronunciar un verdadero apóstrofe plañidero. Evidentemente, el proceso mental del joven está madurando. Ahora es capaz de filosofar y comprender la esencia no sólo de su propia vida, sino de la condición humana. Fabio se da cuenta de su evolución mental, y piensa en ella durante la noche de su retorno al pueblo:

por primera vez, pensaba con detenimiento en los episodios de mi existencia. Hasta entonces no tuve tiempo. . . Cierzo, había pensado mucho, mucho, pero siempre enfocando las vicisitudes de cada segundo. Había pensado como el hombre que pelea, con los ojos bien abiertos hacia el peligro, y toda la energía pronta para ser empleada, allí mismo, sin dilaciones ni mermas.

¡Qué distinto era eso de barajar imágenes de lo pasado! (pág. 181)

No es del todo exacto su aserto de que sólo había pensado en sus problemas inmediatos. El trozo que acabamos de citar nos indica esto, porque allí no sólo rememoraba ciertas encrucijadas de su vida, sino que ponderaba las consecuencias posibles de haber ocurrido estos episodios de manera distinta. Cáceres cree que este "barajar imágenes de lo pasado" es una experiencia nueva, cuando en realidad no lo es. Lo nuevo es que ahora ha dejado de ser gaucho, y al evocar estas imágenes está recordando algo que pertenece indiscutiblemente a su pasado, algo que él ya no es. Antes, al acordarse de sus experiencias, no sufría la misma angustia, porque las cosas que recordaba formaban parte aún de su vida diaria. De ahora en adelante, su único contacto personal con la vida gaucha consistirá en "barajar imágenes de lo pasado", que es, después de todo, lo que hace como narrador.

¿Cómo es nuestro narrador como estilista de la palabra, como constructor cuya materia prima es el lenguaje? La mayor parte del vigor descriptivo de la narración reside en el hábil manejo de las abundantes metáforas. Son metáforas sugestivas, inocentes, sencillas, que no llaman mucho la atención sobre sí ni buscan deslumbrar al lector con su brillantez. Las metáforas son tanto más eficaces cuanto que carecen de pretensiones. Enfocan un pequeño rasgo, una acción pasajera, y elaboran en torno a ese detalle una imagen que, por su gracia y finura, perpetúa algo tan efímero. Cáceres muestra una preferencia por el tipo de metáfora que asemeja el ser humano a un animal u objeto inanimado, y, a la inversa, el que dota de cualida-

des humanas a la bestia y las cosas. He aquí la descripción de don Segundo Sombra:

El pecho era vasto, las coyunturas huesudas como las de un potro, los pies cortos con un empeine a lo galleta, las manos gruesas y cuerudas como cascarón de peludo*... habíase echado atrás el chambergo de ala escasa, descubriendo un flequillo cortado como crin a la altura de las cejas. (pág. 19)

La aplicación de estas metáforas a don Segundo es obviamente apropiada, porque el gaucho es un ser que cobra valor en relación con los animales de la pampa —en especial con el caballo. Pero aun cuando la aplicación no sea tan conveniente, Cáceres parece elegir precisamente aquellos detalles acerca de una persona que se prestan a la comparación con los animales. El retrato de una pareja irlandesa en el comedor de un almacén es un caso:

Vecinos a la entrada, un matrimonio irlandés esgrimía los cubiertos como lapiceras; ella tenía pecudas las manos y la cara, como huevo de tero. El hombre miraba con ojos de pescado y su cara estaba llena de venas reventonas, como la panza de una oveja recién cuereada. (pág. 83)

El reverso de la medalla es la metáfora que humaniza el animal o el objeto. Lo contrario de decir, "la casa grande y vacía, poblada de muebles serios como mis tías" (pág. 183), es decir, después de una lluvia, "Los postes, los alambrados, los cardos lloraron de alegría" (pág. 61). En el primer caso, valores humanos se sustraen a las tías del protagonista, mientras que en el segundo ejemplo se atribuyen estas cualidades a objetos inanimados. Hay toda una serie de imágenes que animan el campo y la naturaleza y les otorgan atributos humanos:

Encima nuestro, el cielo estrellado parecía un ojo inmenso, lleno de luminosas arenas de sueño. (pág. 55)

El campo sudaba por dondequiera cuando salimos de mañana. (pág. 97)

El barro negro que rodeaba el agua parecía como picado de viuelas. (pág. 97)

Pobre campo sufridor el de estos pagos y tan guacho como yo de cariño. Tenía cara de muerto. (pág. 133)

* El peludo es una especie de armadillo.

Hasta la idea del campo como indiferente, que parece contrastar con la visión humanizadora de la pampa, viene a ser una descripción en términos humanos. La indiferencia es una cualidad humana que resulta aún más fría cuando es emitida por la tierra:

Y salimos al galope corto, rumbo al campo, que poco a poco nos fue tragando en su indiferencia. (pág. 142)

De grande y tranquilo que era el campo, algo nos regalaba de su grandeza y su indiferencia. (pág. 143)

Como artista de la palabra el narrador también sabe intensificar ciertas situaciones mediante el uso de palabras o fórmulas repetidas. Para reforzar el cansancio y la monotonía del movimiento lento de gauchos y reses a través de la pampa emplea una repetición rítmica de un solo vocablo:

Animales y gente se movían como captados por una idea fija: caminar, caminar, caminar. (pág. 51)

volvimos a caer en nuestro ritmo contenido y voluntarioso: Caminar, caminar, caminar. (pág. 61)

Y de nuevo:

poco que hacer y diversión encontrábamos en galopar atrás del vacaje cimarrón que no se dejaba arrimar. Sin embargo, anduvimos, anduvimos. (pág. 108)

Se nos ocurre reproducir aquí los tercetos del soneto de Rubén Darío a Caupolicán:

Anduvo, anduvo, anduvo. Le vio la luz del día,
le vio la tarde pálida, le vio la noche fría,
y siempre el tronco de árbol a cuestras del titán.

“¡El Toqui, el Toqui!”, clama la conmovida casta,
Anduvo, anduvo, anduvo. La aurora dijo: “Basta”,
e irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

La repetición verbal poética a la que acude Rubén para evocar la heroica hazaña del guerrero araucano es de la misma laya y produce el mismo efecto que la utilizada por Cáceres al sugerir el comparable sentimiento gauchesco de constancia y dedicación a las faenas —punto menos que titánicas— de la pampa. Y al igual que Darío, sugiere la marcha acompasada del tiempo casi marcando las horas, describiendo a la vez las incómodas sensaciones físicas, cada vez más insoportables:

A las diez, el pellejo de la espalda me daba una sensación de eferescencia. . .

A las once, tenía hinchadas las manos y las venas. Los pies me parecían dormidos. . .

A las doce, íbamos caminando sobre nuestras sombras, sintiendo así mayor desamparo. . . (pág. 51)

Compárese a este reloj prosístico la "luz del día", la "tarde pálida", la "noche fría", que al sucederse puntualizan el paso de las horas en el soneto. Todo se remonta a Ércilla.

Con la misma estructura repetitiva crea Cáceres un poco de suspensión al describir el principio de la inevitable pelea de dos gauchos:

¿Qué diría el paisano peleador?

Un minuto quedó en silencio, y ya más serio. . .

. . .

¿Qué diría Antenor?

Antenor se levantó de una pieza, miró al forastero. . . (pág. 162)

Pero Fabio Cáceres, apto como narrador, no pasa de ser, como individuo, un personaje no muy definido, una personalidad débil. El hecho de que escaseen datos reveladores de su personalidad no justifica necesariamente esta conclusión, pero el que haya *optado* por suprimir sus opiniones y preferencias personales sí la autoriza. Le parece de más incluir siquiera una descripción física de sí. ¿Qué sabemos en concreto acerca de Fabio Cáceres? ¿Cómo es? Algunos rasgos triviales: no le gusta quedar en ridículo, tiene miedo a la magia y lo desconocido, aprecia a la mujer sólo por el placer físico, y prefiere la amistad de los hombres. Son rasgos genéricos del gaucho, la mayoría de ellos. Seguramente no tenemos la impresión de conocerlo íntimamente. El hecho es que Cáceres es una persona pasiva, que cobra vida e interés sólo en función de los demás. Lo único que lo estimulaba a perfilarse de chico era la atención de los vecinos a sus payasadas. En su oficio de gaucho se esfuerza por nivelarse con los compañeros: aprender sus costumbres, camuflarse entre ellos y no resaltar. En la relación que es el fundamento de la novela —la relación entre él y don Segundo Sombra— Cáceres queda, por su propia elección, en papel secundario. No ha podido forjar su propia vida, sino que deja que las circunstancias la moldeen: don Segundo sobreviene al pueblo y literalmente arrastra al muchacho consigo.¹² Cáceres no hizo nada tampoco para producir el segundo cambio en su estilo vital: su herencia lo convirtió en hombre acaudalado e

¹² Recuérdese la imagen del abrojo prendido al chiripá.

instruido, y sus protestas contra el curso de su destino fueron acalladas por el hombre que lo domina en todo. La tendencia a amminorar la importancia de uno mismo, tratándose de la evocación de una figura tan extraordinaria como don Segundo, es natural. Lo desgraciado de tal estado de cosas es que ni don Segundo ni Fabio Cáceres emerjan como verdaderos caracteres en esta obra.

En el plano estilístico, la tendencia de Cáceres a reducir al mínimo su propia identidad y voluntad es evidente en el constante empleo de verbos en la primera persona plural. En lugar de expresar sus acciones y pensamientos en términos de "yo", acude frecuentísimamente a la fórmula "nosotros", incorporándose así a un cuerpo de personas —gauchos—, perdiéndose su individualidad entre ellos. El empleo de "nosotros" para denotar acciones directas —"llegamos al pueblos... pasamos por la plaza... y nos bajamos en un almacén" (pág. 82)— no tiene nada de particular, pues aunque Fabio se expresa así repetidamente, es natural que describa los actos del grupo del que forma parte. Pero Cáceres se atiene a esta forma gramatical aun en casos de percepciones o impresiones de índole personal. Durante cierto baile en el que los participantes recitan versos amorosos, Cáceres siente placer de nuevo, porque la atención cae sobre él:

pero una alegría involuntaria era dueña de todos nosotros, pues sentíamos que aquélla era la mímica de nuestros amores y contentos.

A mi vez fui parte del cuadro con Don Segundo y mi elegida. Era un gato con relación. (pág. 71)

Lo que está sugiriendo aquí son sus sentimientos personales, perfectamente consonantes con su habitual percepción simbólica de los hechos: evidentemente no es capaz de afirmar que los demás también conceptuaban el baile como "mímica" de sus amores. Y cuando pasa, en el nuevo párrafo, a la primera persona singular, es sólo para colocarse dentro del cuadro total de aquel ambiente, para evitar destacarse demasiado. Los ejemplos de este fenómeno son numerosos. El narrador achaca un pensamiento propio a todo el conjunto de personas en que se encuentra, para reducir el elemento del "yo":

El mozo nos saludó con una sonrisa de complicidad, que no alcanzamos a comprender. (pág. 82)

Antenor se levantó de una pieza, miró al forastero y comprendimos otra cosa más: que sabía de qué y de quién se trataba. (pág. 162)

A la verdad, nuestra hambre bien nos podía hacer ver cualquier cuadrúpedo comible, pues eran las diez, y desde las dos de la madru-

gada no habíamos "matao el bichito" más que con unos cimarrones. (pág. 109)

Ahí quedamos como pan que no se vende. (pág. 115)

Como nosotros estábamos quietos, podíamos ver algunos de muy cerca. (pág. 116)

La mancarronada relinchaba con desasosiego y, nosotros mismos, sentíamos la desazón del tiempo como nuestra. . . Bajo los golpes de luz percibíamos en un chicotazo las cosas demasiado claras, y los novillos blancos, como también los rosillos plateados y las manchas de los overos, se nos metían en los ojos. Después quedábamos perdidos en la noche. . . (págs. 166-67)

Raras son las declaraciones de tipo personal. Confesiones como éstas —"Nunca me gustaron amontonamientos. . . Para mí todos los pueblos eran iguales" (pág. 82)— casi parecen salidas de tono. Como narrador, pues, Fabio Cáceres pretende esconderse, confundirse en el estilo de vida que está evocando, y su éxito en el empeño se debe quizá, no tanto a un esfuerzo consciente artístico o estilístico como narrador, como a su naturaleza y carácter.

Siendo éste el caso, ¿quién es el personaje de más relieve —don Segundo Sombra, a quien el narrador dedica tanto espacio, o el propio Cáceres, que parece querer rehuir el honor? El título de la novela, escogida aparentemente por el narrador, arguye en favor de aquél. Mas Cáceres es indudablemente el protagonista, el principal actor. La pregunta resulta artificial y un poco engañosa. Lo que debe ocupar nuestra atención no es el descubrimiento de lo que divorcia o separa a los dos personajes, sino la exploración de lo que los une. La relación central de la novela se basa en el esfuerzo de Fabio por acercarse a la perfección que ve en su padrino. Consiste en su intento de aprender algo de la inmensa sabiduría de Sombra y de alcanzar una parte de la armonía y tranquilidad de espíritu de que goza el dechado de los gauchos. Es una relación, por tanto, activa por parte de Cáceres, y pasiva por parte de Sombra. Fabio tiene que trabajar asiduamente para empezar a igualarse con don Segundo, mientras que éste sigue siendo el mismo de siempre, dando el ejemplo con su sola presencia. Los dos personajes tienen bastante en común. Ambos anhelan la libertad, motivo quizá de su mutuo aprecio. Pero don Segundo tiene la suya —la ha ganado— en tanto que Fabio debe buscarla. El narrador, que ya no es gaucho, siente que ha perdido irremediablemente su libertad, y evoca los días pasados, cuando aún la podía alcanzar. Como el "guacho" Fabio, don Segundo es de antecedentes dudosos: aparece de repente sin que su

vida anterior se nos explique y sin que nos importe. El tabernero del pueblo ofrece estos escasos datos sobre el recién llegado:

El es de San Pedro. Dicen que tuvo en otros tiempos una mala partida con la policía. (pág. 18)

Como Fabio, don Segundo es hábil narrador. Las narraciones de don Segundo, por supuesto, pertenecen a otro estilo: son orales, contadas en el lenguaje del gaucho, y versan no sobre él mismo, sino sobre motivos folklóricos. Talentos muy distintos se necesitan para la narración oral, porque la presencia y el porte del narrador —su contacto con el auditorio— son de capital importancia. Fabio aprecia la destreza narrativa de su padrino:

Y yo admiraba más que nadie la habilidad de mi padrino que, siempre, antes de empezar un relato, sabía maniobrar de modo que la atención se concentrara en su persona.

—Cuento no sé ninguno —empezó—, pero sé de algunos casos que han sucedido y, si prestan atención, voy a relatarles la historia de un paisanito enamorado y de las diferencias que tuvo con un hijo del diablo. (pág. 75)

Esta es la primera de dos historias largas que cuenta don Segundo; la otra es la de Miseria, quien recibe la visita de Cristo y sus apóstoles en su herrería y sabe aprovechar las tres gracias concedidas por el Señor para poner en ridículo al diablo. Lo que hace especialmente deliciosos estos relatos es la tendencia de don Segundo a ambientar todo dentro del marco gauchesco: la pampa argentina. Dolores, en el primer cuento, es el hombre humilde enamorado que, valiéndose del poder del amor, vence al diablo que ha secuestrado a su querida. La figura pertenece al folklore universal, pero el héroe de la versión de don Segundo es un "paisanito" que vive a orillas del río Paraná. En el segundo relato, Sombra traslada a Cristo y sus discípulos a la pampa argentina del siglo XIX, y acomoda todos los detalles de la historia al nuevo escenario. La visión de Cristo y San Pedro hablando como gauchos iletrados, voseándose a diestra y siniestra, es singularmente cómica. El lector sabe adónde lo llevan cuando encuentra afirmaciones como ésta:

—Güenas tardes —dijo Nuestro Señor.

Pero es preciso señalar aquí una distinción importante. Don Segundo, cuando utiliza el habla gauchesca, la usa con toda naturalidad. No es como el narrador Fabio Cáceres, que echa mano de este

lenguaje con miras artísticas. Los cuentos de Sombra, pues, se aprecian en dos niveles. En el original nivel ingenuo —en el que se incluyen los gauchos que oyen el relato, sin exceptuar al joven Cáceres— se percibe la comicidad de las situaciones. En el nivel más alto —el del Cáceres narrador y del lector— se aprecia el pintoresquismo de la expresión también. Cáceres evoca la gracia narrativa de Sombra desde el segundo nivel, pero no ha olvidado la admiración que le causó cuando no era capaz de tales distingos.

Los cuentos de don Segundo, entonces, son cuentos recreados por el narrador, que ofrece dos modos de disfrutarlos. Declara su intención en una de esas raras referencias al tiempo presente de redacción:

el grande hombre nos contaba fantasías, relatos o episodios de su vida, con una admirable limpidez y gracia que he tratado de evocar en estos recuerdos. (pág. 183)

Es interesante que al evocar el estilo narrativo de su padrino, pueda, al mismo tiempo, inyectar algo de su propia habilidad para la narración. Cáceres describe así los momentos preliminares al cuento de Miseria:

Cebé con más lentitud. Mi padrino comenzó el relato: "Esto era en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo y sus Apóstoles."

Quedé un rato a la espera. Don Segundo nos dejaba caer, así en un reino de ficción. Ibamos a vivir en el hilo de un relato. Saldríamos de una parte a otra. ¿De dónde y para dónde?

Nuestro Señor, que según dicen... (pág. 144)

Cáceres recrea aquí la expectación que sintió al escuchar el cuento años atrás. Entonces no era tan capaz de precisar por qué sentía esta sensación. Pero ahora es capaz no sólo de analizar la habilidad de Sombra para "preparar" a su auditorio, sino también de emplear la misma técnica, útilmente, con el lector. Mientras Cáceres describe su expectación en aquel momento anticipatorio, el lector también empieza a sentirse impaciente por saber qué pasará. Cáceres está jugando con el lector del mismo modo que Sombra jugaba con sus oyentes, y, paradójicamente, en el mismo momento de llamar la atención sobre el truco.

La relación de Fabio con su protector se basa, además, en dos cosas: la admiración y la incomprensión. Desde el principio Cáceres siente profundo respeto por Sombra: en *La Blanqueada* con el tape Burgos era primera noche, Fabio alude a don Segundo como el

"hombre que tenía toda mi simpatía" (pág. 20). Y la "incondicional admiración" que éste sabía "suscitar en el paisanaje reservado e incrédulo" (pág. 104), es la misma que siente Cáceres. Es una especie de veneración que pone en duda la neutralidad de Fabio como observador e intérprete de su padrino, afectando su capacidad de juzgarlo imparcialmente. Esto, claro, no le preocupa nada al narrador, que desea recordar a su compañero aún más grandioso de lo que era. Pero el lector tiene que prevenirse contra la posibilidad de que lo que está leyendo puedan ser exageraciones entusiastas y no comentarios desinteresados. La admiración de Fabio para su padrino dimana en gran medida de su incapacidad para comprenderlo. Don Segundo es un ser que el joven gaucho jamás podrá penetrar completamente. Exclamaciones así nos lo revelan:

Pero ¡qué hombre que no concluiría nunca de comprender! (pág. 101)

En una ocasión, Fabio acaba de opinar que prefiere el aire libre al abrigo de paredes y techo:

—Bien dicho, muchacho —comentó mi padrino, y no supe si pensaba así, o si quería simplemente que lo dejara en paz. (pág. 105)

Tras tratar de desentrañar mentalmente el carácter de don Segundo, se resigna a la imposibilidad de llegar sino a conclusiones parciales:

Pero todos esos pensamientos míos no pasaban de ser más que conjeturas. Verdad era su absoluta indiferencia ante los hechos, a quienes oponía comentarios irónicos. (pág. 166)

Esta incompreensión impide una verdadera intimidad entre muchacho y hombre. Don Segundo queda extrañamente distante. El caso es que ni una vez en la obra se dirige al joven por nombre o apodo. Es cierto que Fabio, de gaucho, no sabía su nombre, pero tampoco bautiza don Segundo a su amigo con un mote cariñoso. Los ejemplos más específicos de trato directo son frases como éstas:

—¡Hacete duro, muchacho! (pág. 56)

—Güen día, muchacho. Te estaba esperando pa hablarte. (pág. 57)

—Bien dicho, muchacho— (pág. 105)

—Vea, mocito. (pág. 158)

Al presentar a Fabio a otro gaucho, Sombra deja de decir su nombre:

—Yo soy de Cristiano Muerto... ; mi compañero de Callejones.
(pág. 90)

Entonces a través de la novela, y en cada uno de sus dos oficios, Fabio Cáceres debe esforzarse continuamente por comprender e igualarse a este hombre que para él es un ideal, pero también un enigma. El hecho de que comparten los mismos oficios de que hemos hablado —don Segundo es el gaucho perfecto y a la vez admirable narrador— agranda paradójicamente la brecha que los separa, en vez de reducirla. Debemos entender la narración, por lo tanto, como un intento de comprender *en parte* al gaucho venerable, de sólo aproximarse a la grandeza que representa. Fabio Cáceres, sentado en su escritorio anotando recuerdo tras recuerdo, está rememorando algo impreciso, perfilando algo que nunca tuvo contorno bien definido. El resultado es un anhelar por encontrar no sólo el pasado, sino al hombre extraordinario que hizo ese pasado digno de recordarse.

LO INASIBLE Y LO DOCIL*

Por *Alberto DALLAL*

PARA el verdadero poeta, la poesía es un acto de identificación del mundo. En la época contemporánea esta identificación no sólo persiste sino que se hace más necesaria. Identificación personal o colectiva, accidental o voluntaria, exacta o imprecisa, deviene acto inaplazable e ineludible. Medios masivos de comunicación, impronta de catástrofes, reservas sobre el futuro, viajes ideológicos y descubrimientos tecnológicos nos han convertido en seres excepcionales de una transición excepcional, casi fantástica: los cambios masivos, a nivel universal, de las formas de vida y de organización del hombre. Si hasta hace unas décadas la poesía hallaba sólo uno de sus elementos trascendentes en ese acto exclusivo de identificación; si la poesía guardaba para sí la capacidad de convertirse en denominador común de todos los aspectos en que se manifestaba la sabiduría del hombre, en la época contemporánea la poesía se ha visto obligada a compartir esa tarea "totalizadora", ese acto singular de identificación con la acción política. La existencia del hombre está partida en dos. Por una parte, vislumbra los cambios y prepara su advenimiento: requiere de una técnica de las transformaciones. O sea, se inquieta ante la irrupción de las evoluciones aceleradas. Por otra parte, trasciende, desde hoy, sus limitaciones: despega desde la superficie de la Tierra aún situado en su planeta. Se adelanta, observa con los ojos de su nueva mística: salir fuera de la atmósfera deviene transcendencia, transcendencia común, colectiva (filosófica). Saborea su poética, su temible optimismo. La auténtica poesía de hoy no puede ser trágica pues de serlo adelantaría una muerte de la especie. ¿Para qué, si no para impedir la Muerte, se inventa una nueva poética?

Es el ascendente revolucionario en su nivel mundial el que califica y termina por caracterizar a todos los actos, a todas las acciones del hombre de hoy. Como la poesía durante tantos siglos, la política, y en especial su expresión más auténtica y lograda: la acción revolucionaria se ha convertido en una pasión que explicablemente

* Prólogo al libro *Alas de tierra* (Poesía, 1943-1973), de Juan Rejano, que próximamente publicará la Universidad Nacional Autónoma de México.

nos refiere y define, individual y colectivamente, al hombre o los hombres que intentamos ubicar: los poetas. Como antaño, los poetas son prototipos. Cualquiera que insista en la vocación individualista del hacedor poético, reducirá la historia contemporánea a metas y características ya superadas —por lo demás brillantemente superadas por los poetas del pasado. Quien insista en la importancia plural de *todas* las manifestaciones culturales del hombre, presuponiendo que la política —e, insisto, la acción revolucionaria en especial— conserva el mismo nivel de las demás, estará haciendo caso omiso de una realidad que incluso a través de la poesía nos enfrenta a tensiones y malformaciones nunca vistas ni poéticamente soñadas.

Para Juan Rejano, la revolución y la poesía convergen hacia ese mismo acto del poeta de ser y hacerse, ininterrumpidamente, hombre. No exageramos en esta concepción del poeta concreto: Rejano la comparte con algunos de sus coetáneos y contemporáneos. Pero en Rejano la acción se hizo militancia, la militancia cultura, la cultura lenguaje y poesía. Nacido en Córdoba, España. Rejano fue testigo de ciertos fenómenos sociales que acabaron por obligar a otros poetas —tal vez a la mayoría— a volver los oídos en dirección de la voz individual y silenciosa del poeta apartado, del poeta puro, tal vez (sin exageraciones) del poeta derrotado. Para muy pocos poetas las hecatombes del siglo han dejado intocada la consistencia de su materia poética. Las transformaciones sociales en España y su culminación en la Guerra Civil de 1936; la primera Guerra Mundial; las entusiastas décadas del experimento soviético; la segunda Guerra Mundial; la actitud de los gobernantes norteamericanos ante la evidencia imperialista y las bombas atómicas y termonucleares; el surgimiento del llamado Tercer Mundo se ocupó de hacer política mundial; la experiencia estalinista y su rechazo oficial durante el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética; las revoluciones china y cubana; el ascenso y posterior asesinato de Salvador Allende en Chile; en fin, la culminación de todos estos acontecimientos ya expresada más arriba como cambios masivos y universales de formas de vida y organización, definieron la actitud estética de Juan Rejano ante la forma poética. La realidad se ocupó de hacer más precisa su voz interna (tan necesaria, tan indispensable en el desarrollo de la vocación del poeta) pero esta misma realidad —personajes y acontecimientos— se convirtió en tema. Así, el poeta-hombre, el ser pensante y el testigo-participante son a la vez, todos ellos, sujetos activos de la reflexión poética, sustantivos que podrían incluirse en lo que para Rejano indica e implica la palabra *poeta*.

Para Juan Rejano el poeta es un hombre que se hace concreto cuando, sin dejar de ser hombre, vigoriza la lucha del pueblo a través de la poesía. Doble acción: ser, pensar y realizar el acto político

por antonomasia: *ser* el pueblo que lucha; desde este punto, desde este acto militante y voluntario, convertirse en poeta. El poeta aislado no conoce "el borde de sus huellas". No importa cuáles sean las limitaciones que imponga esta identificación; las diferencias entre hombre-que-milita y poeta se anulan en la praxis vital. Por otra parte, el poeta será incapaz de conocerse a sí mismo si no interviene solidariamente en la historia, la cual incluye la tierra, el paisaje y toda situación revolucionaria. Para el poeta-hombre verdadero, la angustia verdadera no termina jamás. Pero a diferencia de la desesperación de la poesía individualista, de la poesía seca, carente de pasión revolucionaria, el grito del poeta-hombre es una "voz en marcha", un "delirio de fe", una herida que se abre siempre hacia las riberas, el horizonte y el futuro.

La auténtica pasión poética madura en la revolución y más tarde en el exilio ("Mírame aquí, lejana España mía"). Muchos de los que hoy desearían señalar o señalan el alejamiento de la poesía y de la experiencia social cambiarían sus puntos de vista si vivieran el exilio forzoso o la forzosa, peligrosa intensidad de una guerra civil. Y esto no es nuevo. Voces como las de Neruda, Hernández, Vallejo, Hikmet perciben cabalmente —y nos dicen— cuánto de poesía se desgarran, se extiende, se comprime en el espíritu del hombre a causa de las transiciones sociales; cuánto de vida en estos trances queda sólo como un harapo, como elemento inerte; cuánto del alma (y esta palabra delata la identificación del revolucionario y del romántico) muere, se extingue, se pierde en la contracción colectiva.

La revolución hecha poesía y la poesía hecha revolución no constituyen una polémica. Sería tanto como discutir si el hombre es o no un ser biológico. El problema y sus temas nos remiten más bien a dos motivos o consecuencias más concretos, tal vez más terribles pero más justos: la ingenuidad y la realidad del poema. Si los fines de la poesía no se refieren al hombre, al mundo y a la sucesión histórica de los hechos concretos, el hálito poético parece desear vivir por sí mismo, pensarse como es, ya que anteriormente "ha sido pensado como no es; urge devolverle su rica, inagotable heterogeneidad". Al desear sobrevivir como algo en suma inexistente el pensar poético se anularía a sí mismo como ese *no ser* arrojado a "a la espuerta de la basura", como dijera Abel Martín, invento y precursor de Antonio Machado (*De un cancionero apócrifo*), a la vez padre y precursor de Juan Rejano. La poesía que no se hace concreta en el mundo, para los hombres, para la historia resulta a fin de cuentas tan llena de ingenuidad como aquella señalada por los que, en rechazo de las obviedades del mundo, acusan de ingenuo al poeta revolucionario, al poeta que habla de revolución, de lucha abierta,

de transformación. El poeta del acontecimiento es el poeta de todos los hombres, mientras que el poeta aislado, no importa qué tan grande sea la dimensión de su estirpe, cuántas su malicia y su destreza, se separa irremediamente de la especie, del transcurrir épico.

La poesía por ser hálito, por ser carga —y tan compleja y misteriosa— también acaba por acentuar, caracterizar y definir a los hechos. En los sucesos hay poesía tanto como en las palabras y el lenguaje. Aquí radica la actividad dialéctica de la poesía: surgir del mundo y regresar a él y transformarlo. De otra manera, la poesía habría perdido ya su capacidad universal y su vocación totalizadora desde hace muchos siglos: tal vez desde que el lenguaje —en todos los idiomas— vino a ser propiedad de grupos y clases sociales. Y he aquí el punto de partida de la vocación revolucionaria del poeta: colectivizar el lenguaje cuando los acontecimientos —la revolución— han sido desposeídos de las palabras que los describen, los canten y los hagan perdurables. En principio, hasta que los tiempos cambien, el lenguaje es posesión del sabio y del ingenuo. Ambos lo utilizan para alcanzar sus propios fines. Y el ingenuo, el hombre del pueblo, debe ser tan puro como para desligar al lenguaje de toda sabiduría y renovar el conocimiento. Ciertamente, en la época contemporánea el poeta, como el revolucionario, es un ingenuo y un sabio: sencillamente un poeta. La pregunta que permanece abierta, la pregunta obligada, entonces, sería: ¿sólo los seres puros creen en el futuro?

El segundo aspecto de la poesía se refiere a la realidad del poema. El creador contemporáneo insiste en creer en la inaccesibilidad del objeto que él crea. En estos términos, se opone a la desmedida "fabricación" y el loco consumo. Pero éste es asimismo un problema social. ¿Quiénes y con qué objetivos convierten al hombre de hoy en un super-consumidor? Tal vez la crisis del arte contemporáneo consista en la imprecisión de lo creado. El poema es una obra: el poema es complejo. La obra es más trascendente mientras mayor cúmulo de complejidades contenga. ¿Cuál es el extremo radical de este fenómeno? El poema ha quedado hecho sin palabras: el poema es un ente inasible que se desprende de la realidad y que se extingue. Pero ¿no se confunden en este extremo obra y vida? ¿Y no es la vida social revolucionaria, tecnológica, cultural tan estruante como para concederle vida y no obra? En *El oscuro límite* (1948) Reiano nos habla precisamente de este interjuego realidad-irrealidad en la mente del poeta: "¡Todo, todo en mi frente!/lo inasible y lo dócil." Todo, dentro de la esfera del pensamiento, esa vida que se entrega a los sentidos del hombre-poeta ("esa estrella, estos labios/que a los míos deslumbran, /el rumor que se esparce..."). Sin ser poeta intelectual, Reiano busca la salida en la comprensión cabal: el poeta-hom-

bre ha de aprender a contener en sí ese universo, esa distancia, "un latido, un aroma": todo, una *totalidad*, el suceso y la materia, el hombre, el mendigo, la *Causa*. El poeta-hombre es aquel que sabe

*"atraer hacia un vórtice
donde nada perezca
los luceros que viven
en la tierra creando
a la vez dicha y duelo;
reunir en un instante
las más distantes horas,
sus pobladores múltiples,
y contemplarlo todo,
radiante, desde un cielo
que el mismo cielo envidia"*

¿Cuántos poetas aún sucumben a la tentación de la realidad? Algunos de los poetas de la generación de Juan Rejano perfilaron su obra y diseñaron sus poemas con ingredientes de la realidad que se alejaban totalmente de la poesía inconcreta. Algunos, como Salinas, se remitieron a la sensualidad: otros (Cernuda, Prados) fundamentaron su poesía en unas cuantas ideas y palabras comprobables: de todas maneras, las obras —los poemas— llenaban las páginas de los libros —unos cuantos libros— como se va llenando de expresiones, de deseos, de palabras un ser que atestigüa la vida y el transcurrir del mundo y de la especie. Sin dejar de ser íntimos, sin hacer de lado su voz personal, los miembros de la generación del 27 seguían y siguieron asidos a la vida en sus más elementales dimensiones: cuerpo, alma, árbol, reflejo, fuego, mar, amor. En Rejano, esta realidad resulta más violenta, más intensa que en otros, tal vez por la angustia (la suya es una desesperación del cambio y del futuro), tal vez por el temperamento arábigo que le dejara su tierra. En Rejano, la vida "llama en mi pecho a golpes" (*Soledades*). El poeta, como el revolucionario, como el más puro e ingenuo de los seres humanos también se pregunta: ¿quién soy yo? ("Ese lívido coro"). Pues *todo* es mucho: querer acirlo todo, desear volver a la patria liberada, desbordarse en las ansias de la tierra de uno (*El genil y los olivos*, 1944), despertar del sueño (*Fulgor violento*)... y aún así, saber que "la noche del olvido me está esperando abierta..." (*El oscuro límite*).

Para el poeta-hombre, como para el hombre del pueblo, la ingenuidad es la poesía más precisa e inmediata. Ser auténticamente puro significa reconocer que existen de inmediato cosas inalcanzables. Para el poeta-hombre la pureza es una vocación humanística,

la forma más perfecta de comunicación con los demás, con los otros, con los que, como él, poseen sólo un cuerpo y una capacidad de trabajo. La lucidez de *Noche adentro* (1949) es alcanzada por Rejano mediante una exhortación: "Mirame bien..." Tranquilidad de ser, de saberse, de pensarse. Serenidad al saber decir las cosas. En este libro Rejano asienta la forma de su voz poética. Sigue siendo el mismo poeta-hombre y a la vez es otro, un ser que conoce profundamente el gozo de la soledad. El poeta sabe que el mundo es radiante y desnuda su mirada. Quiere "recoger las estrellas más sombrías" y busca el mar y los demás elementos del paisaje. Atosiga al cuerpo hasta confundirlo con la realidad que lo circunda: incursiones casi oníricas, anímicas, flotantes que lo identifican con otros poetas españoles que llegan al mismo sitio por otros caminos, por otros problemas. Pero está, persiste, sobre todo, la vocación de ser hombre: "Mirame bien, soy hombre, no desierto/ de este oscuro pantano en que mi vida/ nació: aquí estoy,/ entre cadenas lívidas." Y adquiere Rejano la vocación de percibir la vida incluso con los sentidos afiebrados, fugaces, violentos y melódicos de la sensibilidad poética española. En "Muy cerca" Rejano se aproxima a la familia de los poetas sensualistas y a la exactitud y factura de los poetas latinoamericanos más cuidadosos de la forma.

En *Cantar del vencido* (1954) sobreviene otra depuración. Es esta poesía, por haber permanecido inédita, la más clara muestra de que la obra de los poetas se conforma "grano a grano"; de que no importa el orden de su publicación en tanto el creador sepa cabalmente cuáles son sus objetivos, cuáles sus metas, etapas y pasos sucesivos. Ceñido a XXVII cantos, exactos, insustituibles, *Cantar del vencido* proclama la definitiva victoria de los "ocultos poderes" amorosos. Elogio de la mujer y del acto, *Cantar del vencido* sorprende en la totalidad de la obra de Juan Rejano. No sucede al descubrir las cancioncillas de otros libros ni los versos rimados (odas, sonetos) que aparecen en la obra del poeta. Sin embargo, el aliento de *Cantar del vencido* impresiona por sus claras alusiones, sus imágenes de admiración y su atmósfera fiel: las palabras, los versos son como lugares de un mapa de la intimidad y del desasosiego sensual y amoroso.

Desde *La respuesta* (1956) hasta el *Libro de los homenajes* (1961) se tiende sobre la obra de Rejano un hilo que describe perfectamente la heterogeneidad de sus luchas, de su amistad y solidaridad con hombres de diversas actitudes y de su atenta hermandad con los jóvenes. Este tipo de poemas elogiosos y sinceros penetran en otras zonas, ahora líricas (*La ronda amorosa*), ahora evocadoras (*El río y la paloma*), al mismo tiempo que se asientan los pies del poeta en una geografía definitiva. Si en *Noche adentro* la orienta-

ción de la poesía de Rejano ha ganado la pulcritud, la conciencia de la vocación, el conocimiento de un destino (el destierro, la emigración), ciertos poemas-dedicaciones a personas vivas y activas expresan otro aspecto, tal vez más inmediato y vital, de su generosa poética. En los *Homenajes* no hay un desfile de elogios, sino una identificación solidaria, un "mano a mano", una labor. (No es necesario recordar aquí la enorme y prolongada tarea editorial y cultural de Juan Rejano a lo largo de treinta y cinco años de la cultura mexicana. Tampoco la deuda fundamental que muchos artistas, escritores y poetas españoles en el exilio tienen con la generosidad de Juan Rejano.) Los versos que el poeta frecuenta en estos libros no son sólo reconocimientos sino descripción, recordatorio y extensa generalía. Basta una lectura al "Homenaje a Ermilo Abreu Gómez" para saber que se trata de un trágico paseo por la tierra, un lamento de lejanías, una tristeza que se lleva con dignidad y esperanza. Los amigos de Juan Rejano se han multiplicado como estrellas, como plantas pequeñas al unísono de sus actos de amistad y de auxilio. Los retratos que con palabras ha dibujado Juan Rejano son como sorpresivos descubrimientos del Hombre en cada amigo, como singulares (y a veces inexplicables) signos de humanidad y fraternidad. Muchos de ellos han perpetuado la sabiduría, el talento, la sagacidad, la bienhechura de las acciones artísticas y domésticas. Otros, ingenuamente, han dicho lo ya explicado por otros medios. Pero todos hablan de algo (¿otra vez la esperanza?) que va delante de los hombres, algo que los hace idénticos a sí mismos y a sus semejantes. Algo, como las sombras del poema "A Luis Buñuel . . .", que hace iguales, ya, a todos los hombres.

Aún más que el epígrafe que Juan Rejano utiliza en *La respuesta*, algunos poemas de *El ázmin y la llama* (1966) insisten en la militancia optimista y trascendente de su poética. En este libro, la palabra trasciende su exactitud y va en busca del punto más hondo del cuerpo. Rejano mismo ha dicho que su verso, "nutrido en un sentimiento no metafísico, en una emoción no religiosa, se queda simplemente a la orilla del hombre, y en ella busca los motivos de su existencia" (Prólogo a *El ciervo*, por León Felipe, 1958). Habría que añadir que aun a la orilla del hombre, la poesía de Rejano percibe y perfila al hombre entero, al Hombre. Sus versos no se satisfacen sino en el conocimiento de una totalidad: el Hombre y su porvenir. Angustia, enfrentamiento; pero asimismo amor, solidaridad, humana trascendencia. Lo dócil es lo inmediato, digno de canto como lo más misterioso e inasible: el hombre mismo. La poesía ha sido para Rejano una situación unívoca. Soledad, sí, pero "tan alta. . ." Descubrimiento: "una rama florida en el invierno. . ." Cuestión de tiempo: espera. ¿No es que las metas del poeta siem-

pre quedan insatisfechas? Si, como creo, "Escrito en la arena" es un diario interior, una crónica, el círculo se cierra: "Hoy recobré mi ser: estoy de nuevo con los míos. . ." No es el final, sino el comienzo. El poeta no se encuentra de frente a *sus* personas (éstas han quedado vivas en libros, en poemas, en palabras anteriores); son los ríos, los montes, las intensidades palpables, España. Rejano está consciente, alerta y es más joven que nosotros. Es cierto lo que dice de sí mismo:

*Si me abriesen el pecho brotaría
un pétalo de fuego enamorado
anterior a las aguas y al olvido*

Se terminó la impresión de este libro
el día 8 de septiembre de 1975 en los
talleres de Editorial Libros de México,
S. A., Av. Coyoacán 1035, México 12,
D. F. Se imprimieron 1,500 ejemplares.

Nº 1001

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	Precios	
	por ejemplar	
	Pesos	Dls.
RENDICION DE ESPIRITU (I y II), por Juan Larrea	10.00	1.00
LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez ...	10.00	1.00
SIGNO, por Honorato Ignacio Magaloni	5.00	0.50
LLUVIA Y FUEGO. LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Bledsoe	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña	10.00	1.00
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alvarez Acosta	15.00	1.50
NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, por Miguel Alvarez Acosta	50.00	5.00
DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por Luis Quintanilla	20.00	2.00
ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por Germán Pardo García	20.00	2.00
DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Roio	5.00	0.50
DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Paz Paredas ..	15.00	1.50
ARETINO, AZOTE DE PRINCIPES, por Felipe Cassio del Pomar	15.00	1.50
OTRO MUNDO, por Luis Suárez	10.00	1.00
EL HECHICERO, por Carlos Solórzano	5.00	0.50
AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón	15.00	1.50
RAZON DE SER, por Juan Larrea	10.00	1.00
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Ale- gría	5.00	0.50
LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	15.00	1.50
INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce	15.00	1.50
PACTO CON LOS ASTROS, GALAXIA Y OTROS POE- MAS, por Luis Sánchez Pontón	15.00	1.50
LA EXPOSICION, DIVERTIMIENTO EN TRES ACTOS, por Rodolfo Usigli	15.00	1.50
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTA- DOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE 1900-1950, por Frederic H. Young	10.00	1.00
GUATEMALA, PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVO- LUCION, por Pedro Guillén	5.00	0.50
EL DRAMA DE AMERICA LATINA. EL CASO DE ME- XICO, por Fernando Carmona	25.00	2.50
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por Gerard Pierre-Charles	25.00	2.50
MARZO DE LABRUEGO, por José Tiquet	10.00	1.00
ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por Lucila Leal Araujo	25.00	2.50
LOS FUNDADORES DEL SOCIALISMO CIENTIFI- CO: MARX, ENGELS, LENIN, por Jesús Silva Herzog	20.00	2.00
ORFEO 71, por Jesús Medina Romero	15.00	1.50
CHILE HACIA EL SOCIALISMO, por Sol Arguedas	30.00	3.00
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA, por Alfredo L. Palacios	3.00	0.30
VOZ EN EL VIENTO, por Jorge Adalberto Vázquez	15.00	1.50

REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números)

MEXICO	150.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	18.30
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	15.50
PRECIOS DEL EJEMPLAR	
MEXICO	30.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	2.70
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	2.00

Ejemplares atrasados, precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

León Pacheco

La filosofía política de Kissinger y América Latina.

Martínez de la Vega

Cuba ya no es amistad prohibida. Un retorno a la soberanía de nuestra América.

Antonio Carrillo Flores

La conferencia mundial de población de 1974.

*D. Alonso Calabrano y
Bruno Z. Soto.*

Retrato político de la CEPAL.

Joaquín García Monge: Sus obras
Nota por MAURICIO DE LA SELVA

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

Jesús Silva Herzog

El polifacético Alfonso Reyes. Sus preocupaciones sociales.

Robert G. Mead Jr.

Mariano Picón Salas y otras voces de protesta en el moderno ensayo hispanoamericano.

Alberto Fernández Leys

La muerte de Horacio Quiroga, tema de una controversia.

Francisco Carenas

La abrumadora concreción del lenguaje Barojiano.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

Aída García Alonso

Un hombre de idea fija.

Alberto Eliseo Fernández

Judíos en las brigadas internacionales.

Gabriela de Beer

Luis Cabrera, ensayista y teórico de la Revolución Mexicana.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

María del Carmen Millán

Tres escritoras mexicanas.

Teresa C. Salas y

Henry J. Richards

Nicomedes Santa Cruz y la poesía de su conciencia de negritud.

Jaime Giordano

El libro del destierro.

Richard Ford

Los dos oficios de Fabio Cáceres.

Alberto Dallal

Lo inasible y lo dócil.